

La sociedad anestesiada

El sistema económico global bajo la óptica ciudadana

Pablo Kornblum



Kornblum, Pablo Diego

La Sociedad Anestesiada: el sistema económico global bajo la óptica ciudadana / Pablo Diego Kornblum- 1a Ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Almaluz, 2018.

308p.; 15 x 22 cm.

ISBN: 978-987-1813-50-6

1. Economía. I. Título.

CDD 337

Diseñadora Gráfica:

Malena López

Edición especializada:

Lic. Adriana Rodríguez

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por la ley.

Hecho en el depósito que prevee la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Agradecimientos

A mi familia, amigos y colegas. Más allá del cariño y aprecio que nos propiciamos mutuamente, las vidas e historias de cada uno de ustedes son un aprendizaje permanente que me permiten cotejar y contrastar la realidad que vivo y percibo cotidianamente.

Gracias a Adriana y a todo su equipo de Editorial Almaluz. Con una gran calidez y sencillez, respeta la pluralidad de ideas y se transforma en un pilar para todas aquellas obras que impliquen la difusión de un conocimiento superador.

A mi amada esposa Fanny, quien me brinda una admiración y respeto totalizadores que se han traducido en tantos años de apoyo incondicional para con mis más profundos deseos profesionales.

Y finalmente, a mi tan esperada y deseada Malena. Creo que la mejor manera de transmitirte mi amor indescriptible es haber generado una obra que permita que el futuro te encuentre siempre prevenida en tu conciencia.



Índice

Prólogo.....	9
--------------	---

INTRODUCCIÓN

El hombre y su existencia.....	11
El fin de la historia	15

CAPÍTULO I

Historia y presente del sistema económico global

Principios, teoría y globalización del sistema capitalista.....	19
El escenario pragmático de la dinámica global.....	33

CAPÍTULO II

Los principales Actores en pugna

El Estado

Su lógica funcional y la relación con el mercado. Concepto y teoría.....	55
El escenario internacional: ¿Un Estado avasallado o cómplice?.....	60
El contexto doméstico: El triunfo del interés concentrado.....	67
La gran contradicción: Los perdedores bajo la lógica estatal.....	73

El Sistema Financiero

Economía Real vs. Economía Financiera.....	79
La rentabilidad financiera global lejos del control Estatal.....	86
Irresponsabilidad y Crisis.....	91



La Estructura Social

Las Elites Económicas.....	97
Las Elites Políticas y las Clases de soporte.....	103
Los Trabajadores.....	109
Las Clases Medias, las PYMES y los Excluidos.....	115

CAPÍTULO III

La puja de intereses, las contradicciones y la inviabilidad del sistema

Las contradicciones para un sistema que se torna inviable.....	123
La puja de intereses como rector del sistema-mundo actual.....	129
Un proceso de creciente inequidad.....	134
La desigualdad de oportunidades que corroe el bienestar.....	141

CAPÍTULO IV

El dilema socio-ambiental, la destrucción de los recursos naturales y la tecnología por sobre el trabajo

El resquebrajamiento del sistema y la relación del hombre con la naturaleza.....	149
El efecto invernadero, la escasez alimentaria y la problemática del agua.....	157
Una mirada diferente para con el medio ambiente.....	165
La tecnología, el mundo del trabajo y el escenario futuro.....	171



CAPÍTULO V

La comprensión ciudadana de la realidad

El manejo de las élites políticas y económicas

¿Los únicos capacitados? Entre el engaño y el ocultamiento.....	181
Perpetuar el control a través de la dinámica económica sistémica.....	192
La necesidad de un cambio bajo un statu-quo que parece inquebrantable.....	199

El pensamiento individual

El individuo como el todo.	
Las necesidades materiales vs. La riqueza espiritual.....	208
El ser humano como mercancía.....	216
El consumo como objetivo ulterior.....	225
La humillación permanente.....	233
La mirada a futuro.....	244

CAPÍTULO VI

La sociedad anestesiada

La falta de comprensión colectiva.....	255
Una lógica impuesta.....	262
El desasosiego de las mayorías.....	270
De cara al futuro.....	276

CAPÍTULO VII

El futuro de la humanidad

Un interminable círculo vicioso de explotación, violencia y desanimo.....	287
Comprensión y Compromiso.....	292
¿Qué deparará el futuro?.....	298



Prólogo

Hemos vivenciado en los últimos años un deterioro en nuestro estándar de vida. Los trabajadores vemos como cada día que pasa nos cuesta más llegar a fin de mes y mantener dignamente a nuestras familias. Ni que hablar de tener tiempo y dinero para la recreación y el ocio.

El ajuste parece que siempre lo tenemos que hacer las clases medias y los trabajadores. Nos piden colaboración y esfuerzo, pero todo cada vez cuesta más. Es un ahogo, una asfixia económica que no nos deja crecer.

Las respuestas que nos dan solo quedan en promesas. El derrumbe socio-económico se nota en la falta de seguridad, la carencia de infraestructura en salud y educación, los excluidos que se encuentran por años desocupados. Nos explican ambiguamente que el problema son las causas, pero más importantes son las consecuencias. O viceversa.

Nada es claro o preciso. Los medios de comunicación nos apabullan con información contaminada por los poderes contrafácticos que solo buscan un adoctrinamiento masivo. Creo que realmente nos falta formación para poder comprender quienes son los que verdaderamente nos representan, y quienes son los que tienen puros intereses personales.

Observamos que en el mundo los problemas se asemejan a lo que nos pasa. Migraciones, escases de recursos naturales, desigualdad, pobreza. Paraísos fiscales, corrupción, presión financiera a los gobiernos son la norma y no la excepción.

No nos podemos quedar de brazos cruzados. Los que permanentemente somos perdedores de las políticas económicas de quienes nos han gobernado y nos gobiernan, tenemos que poder modificar nuestros destinos. Llegar a una situación en la cual podamos tener el suficiente dinero que nos permita desarrollarnos en nuestras profesiones y vidas personales.

Este libro es de una enorme utilidad para entender objetivamente en qué punto estamos parados. El autor nos revela los poderes detrás de las apariencias, que rol juega cada sector en la vida económica de un país, y como la violencia volvió a primar en una sociedad autodestructiva y para con el medio ambiente.

Esta vida, no es sustentable. Los pocos beneficiados, las ‘elites’ como diría Kornblum, a la corta o la larga también se perjudicarán de tanta miseria e histeria colectiva. La situación actual solo potencia posiciones extremistas. Un camino que, sino se corrige, puede ser de difícil retorno.

En definitiva, la lectura de esta obra es totalizadora: no solo es una herramienta que nos ‘abre la cabeza’ para repensar nuestra historia y presente, sino que además nos genera la fuerza necesaria para dar ese paso adelante; aquel cosquilleo emocional que nos despierte de la profunda anestesia de la que hemos sido víctimas.

Rubén “Pollo” Sobreiro



Introducción

El hombre y su existencia

“El hombre es el único animal para quien su propia existencia es un problema que tiene que resolver” Erich Fromm

¿Quién soy? ¿Cuál es el fin de mi existencia? Parecen preguntas sencillas, aunque pocas veces pueden ser contestadas con facilidad. Probablemente la respuesta se asemeja a la conquista de los deseos y objetivos que, en el largo estadío que representa la vida, se puedan desarrollar bajo un marco de complacencia y felicidad.

Por ello, sin desentenderse de las cuestiones de índole espiritual, racional o pasional - y teniendo en cuenta que los valores supremos lejos se encuentran de un corte economicista -, urge la necesidad de crear las bases de la dignidad socio-económica para después si, generar un escenario personal superador que permita concretar los sueños que cada uno de nosotros tenemos. Las mismas son cuestiones homogéneas a todos, que no tienen que ver con la cultura o la idiosincrasia: necesidades materiales básicas, bienes y servicios esenciales para poder disfrutar la vida como individuos y en comunidad, acordes a una calidad de vida plena y satisfactoria para cualquier ser humano.

Sin embargo, una gran mayoría de la población global todavía sobrevive sin la salubridad, educación e infraestructura acorde a una realidad sin carencias. E increíblemente - o no, tema central de análisis del presente libro -, el sistema internacional en el cual estamos inmersos ha llevado a un escenario donde el desinterés por la pobreza y la miseria ajena son moneda corriente.

En este sentido, las ideas utópicas de mancomunidad justa y equitativa han sido arrolladas por las incansables pujas de intereses por el poder y la riqueza. Es la ley del más fuerte en un sistema que contrapone siempre a los ganadores y perdedores; donde la clave es el posicionamiento de los diferentes actores, en un escenario cada vez más competitivo que potencia

incrementos incesantes en la brecha entre una minoría cada vez más rica, y unas mayorías cada vez más pobres y excluidas. Y esto no puede ser negado por nadie.

En este aspecto, el capitalismo y su modernidad han sido destructores del ser humano, quien ha quedado reducido a la condición de mercancía portadora de la fuerza de trabajo. Es un modelo de socialización espiral descendente que tiende a reducir a los seres humanos a la condición de ‘gente’, sin otra identidad que la de ‘consumidores’ en el plano económico, y la de ‘espectadores’ pasivos en el plano político.

La descripta estructura sistémica ha sido generada bajo el paradigma que impera hoy en día, la globalización capitalista; es decir, no solamente la subsunción real del trabajo organizado (es decir, dentro del proceso mismo de la producción, por medio del salario) a la lógica del capital, sino la subsunción formal de todas las otras formas de subsistencia y de relaciones humanas a la ley del valor; sea a través de mecanismos financieros (precios de las materias primas, deuda externa, paraísos fiscales) o jurídicos (normas de las organizaciones internacionales como el FMI, el Banco Mundial, la OMC), las cuales se han potenciado sobre nuevas bases materiales (las tecnologías de la información y la comunicación), tanto a nivel nacional como internacional. Indefectiblemente, el actual sistema mundo es lo que provoca lo que Quijano llama “la igualdad de las desigualdades”¹, donde la inequidad sistémica es la norma y no la excepción.

Todas las clases sociales y los grupos se ven afectados en su vida cotidiana por este escenario, que lejos de ser solamente económico, tiene sus dimensiones sociales, políticas y culturales. Siguiendo este concepto, la apertura de los mercados promovidos por la expansión del sistema capitalista internacional, nos ha inmerso en un modelo anglo-occidental de producción y consumo que ha derivado en la homogeneización de las culturas más diversas y disímiles a un grado nunca visto anteriormente en la historia de la humanidad. Esta dinámica ha profundizado la atomización de los grandes colectivos, la fragmentación de las clases y capas subalter-

¹ Quijano, Aníbal, *Movimientos Sociales y gobiernos en la región Andina-Resistencia y Alternativas. Lo político y lo social*, Clacso, Buenos Aires, 2006, p. 24.

nas, la desintegración y desmembramiento social producido por el auge del mercado, y la mercantilización de la vida social. Bajo este marco, el desarrollo personal ha pasado a un segundo plano. El actual objetivo que lo abarca todo es la lógica de la acumulación. Producir y consumir se intercalan cíclicamente, sin dejar una bocanada de aire para que el hombre piense, se desarrolle, genere.

No parece ser necesario que el ser humano se supere: los procesos se desarrollan de antemano en las mentes de las élites, mientras las clases subyugadas se adaptan. Solo queda observar el descenso impoluto de las retribuciones que invocan la investigación, la educación, el pensamiento. Tras ello, se encuentra la destrucción de la espiritualidad y la ética como consecuencia de la lógica de la ley del valor, único criterio del desarrollo y de la política para aquellos que ejercen la dominación.

Sin embargo y como contraparte, el sujeto es un ser natural, corporal, vivo; que existe en sociedad y desarrolla su proyecto de vida en el marco de determinadas relaciones sociales. Por lo tanto, su continuidad vital depende de sus posibilidades efectivas de integrarse en la división y distribución de los ingresos del conjunto social. Esta es una contradicción explosiva del contexto planteado previamente, ya que en los términos de su desarrollo como persona, implicaría vivir en un marco de creatividad y plenitud productiva. Rafael Sebastián Guillén Vicente (alias el subcomandante Marcos), explicó el *per se* del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) bajo esta lógica: “Somos mujeres y hombres, niños y ancianos bastante comunes, es decir, rebeldes, inconformes, incómodos, soñadores”.²

No caben dudas que el cambio sistémico que soslaye las inequidades y permita el desarrollo superador de cada ser humano no es sencillo; sobre todo por los permanentes obstáculos que generan las élites políticas y económicas que desean conservar de cualquier manera el statu-quo. El apañar y promover el sistema capitalista concentrador tiende permanentemente, tal como lo indica Mészáros, a “destruir la unión entre lo social y

² Diario La Jornada de México, 4 de Agosto de 1999.

lo político, precisamente para luego consagrar dicha fragmentación como un fenómeno inherente a la naturaleza de la sociedad".³

Para alcanzar el objetivo las élites insisten en que no hay alternativas porque el sistema global estaría inscripto en la evolución ineluctable de la historia y respondería a las exigencias objetivas de la coyuntural revolución tecnológica y financiera que ha transformado las relaciones sociales y la gestión económica; obviando cualquier tipo de reevaluación de las temáticas estructurales. Por lo tanto, el discurso ideológico dominante busca presentar a los procesos revolucionarios como inéditos y ahistóricos, imponiendo nulidad a toda la fuerza y el impacto requerido para lograr un cambio totalizador.

Por el contrario, para lograr el viraje hacia un sistema político-económico más justo, se requeriría entonces una lógica moral y ética diferente, donde la equidad colectiva prime con fuerza sobre la cultura individualista que se focaliza en el consumo y el atesoramiento individual de la riqueza generada. Mientras el hombre no sea ideológicamente colectivo, aunque esté concentrado en un sistema socio-económico y productivo de permanente interacción, su racionalidad tendrá una dinámica solitaria y dispersa. Y cuanto más lejos se encuentre de la razón y la pasión, más apartada aún se encontrará la fuerza necesaria para generar una nueva manera de vivir y convivir.

Spinoza sostenía que "...lo que no se ama no engendra nunca disputas, ni tristeza si se pierde, ni envidia cuando otro lo posee, ni terror, ni odio; en una palabra, ninguna commoción del alma. Pero ocurre todo esto cuando amamos..."⁴ El amor al prójimo embebido en valores colectivos, junto con la comprensión racional parecen ser la llave que permita sortear esta encrucijada. Lamentablemente, mientras las mezquindades inmorales de este complejo sistema mundo prevalezcan, las necesidades de las mayorías continuarán sin respuesta.

³ Mészáros, István, *Socialismo o Barbarie. La alternativa al orden social del capital*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 3ra. Edición, 2005, p. X.

⁴ Spinoza, Baruch, *Tratado de la reforma del entendimiento* (1661), Editorial Cactus, Buenos Aires, 1ra Edición, 2006, p.16.

El fin de la historia

“Una historia no tiene principio ni fin: uno elige arbitrariamente ese momento desde el que mirar hacia atrás o desde el que mirar hacia adelante”

Graham Greene

El avance de la historia nos ha demostrado que el objetivo superador que ha prevalecido se encuentra alejado del bienestar de la humanidad toda. No hay base alguna para pensar que los colectivos sociales que más éxito han tenido a lo largo de los siglos, en términos de supervivencia y generación de riqueza, son necesariamente los que más le han brindado mejoras al ser humano en términos individuales. En este sentido, Yuval⁵ indica que al igual que la evolución, la historia hace caso omiso de la felicidad de los organismos unipersonales. Y por su parte, los individuos que no han podido tener una calidad de vida digna, han sido demasiado ignorantes o débiles para influir sobre el curso de la historia para su propio beneficio.

Sin embargo, a pesar de estas carencias socio y microeconómicas salientes, el ‘fin de la historia’ parecía estar cerca hace no mucho tiempo. Con esta frase, en los albores de la década de 1990 Fukuyama ponía en palabras la sensación y los deseos de un grupo de actores que posicionaban al capitalismo democrático como sistema global ulterior, sin pensar en todas las necesidades insatisfechas de una mayoritaria población global que, empobrecida y carente de oportunidades, se perdía en el rumbo de la historia.

Se proponía, pues, una visión optimista del mundo moderno, fundado sobre el triunfo de la ‘razón’ como factor de progreso continuo sin límites. Relegaba el pasado de la humanidad al museo de lo irracional y calificaba toda concepción de un porvenir diferente como una utopía destructiva (vale decir, totalitaria). En este sentido, mientras el fallido sistema comunista imperante reproducía una monotonía gris de la vida y se adjudicaba la capacidad de decretar el tamaño y el contenido de las necesidades

⁵ Yuval, Noah Harari, *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Editorial Ramdon House Modadori S.A., Argentina, 2013, p. 271.

humanas, el sistema capitalista se había tornado cada día más colorido y seductor, librando y estimulando los más profundos deseos materiales del ser humano. Y en el caso de que las problemáticas socio-económicas se acrecienten, el contexto descripto no deja más margen a la acción desde el seno del propio sistema: desde ‘mejorarlo’, pasando por proporcionarle un ‘rostro humano’, hasta el ‘corregir sus excesos’.

Para ello, el capitalismo decidió abandonar la competencia marginal y homogénea para apostar a la potencial infinidad de los deseos humanos; y desde entonces, ha puesto todo su empeño en servir a ese infinito crecimiento: en lograr que los deseos no encuentren su satisfacción sino más deseo; en multiplicar en vez de racionalizar las oportunidades y las opciones; en dar rienda suelta al juego de probabilidades en lugar de estructurarlo.

En este sentido, la nueva gobernanza económica mundial ha instaurado los fundamentos del sistema internacional: la libre circulación generalizada de capitales en un contexto de fuertes déficits públicos, la preeminencia de las firmas multinacionales, el ajuste al mercado mundial, la regulación - aunque laxa e ineficiente - del sistema monetario global coordinado por los Organismos Financieros Internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial), y la Organización Mundial de Comercio, como marco institucional de liberalización comercial en un espacio de competencia transnacional.

Como complemento, se ha generado un proceso continuo de innovación, deslocalización, y recortes de personal (afectando fuertemente los salarios y la demanda); todo ello a través de mecanismos complejos de concentración y centralización de capitales. A consecuencia, se ha agudizado la competencia inter-monopolista y la recomposición del capital, lo que se manifiesta en los procesos de megafusiones de las grandes corporaciones transnacionales y las privatizaciones de las empresas públicas.

Bajo este marco, las políticas han abandonado el objetivo de lograr el pleno empleo digno y la distribución de la riqueza, los cuales han sido intercambiados por la lucha contra la inflación (ajustes, suba de tasas de

interés) y el reaseguro institucional para el crecimiento y la acumulación de riqueza. Esta evolución corresponde a un nuevo ‘compromiso’ social, que se traduce en la revalorización de las ganancias a expensas de los salarios, bajo una clara disociación entre la generación y la apropiación de valor.

La lógica embebida se corresponde con un proceso donde los beneficios crecientes deberían permitir mayores inversiones, que se traducirán luego en empleos y en un mejoramiento de los salarios y de los ingresos más bajos, vía incrementos de la demanda laboral y el ‘efecto derrame’ previsto por las élites económicas. Es decir, el crecimiento macroeconómico es la condición del progreso y de la modernidad, y el mismo transita indefectiblemente por el unívoco camino de la expansión del mercado mundial.

Cuando la racionalidad descripta genera rechazo, las élites políticas y económicas desarrollan respuestas vehementes: desde privatizar experiencias autogestivas, pasando por mercantilizar las relaciones sociales, hasta domesticar las rebeldías. Todo en función de garantizar la supervivencia o un mejor lugar en el estatus de reconocimiento que establece el sistema.

En definitiva, la tendencia del capital a subordinar cada aspecto de la vida con creciente intensidad es la esencia del sistema actual. Cuando existe una gran crisis política, económica o social, la misma se maneja a través de la acentuación y el reordenamiento de la subordinación. Ello se realiza primariamente a través de la separación del sujeto y el objeto (o sea, generando la deshumanización del individuo), lo que no solo permite el crecimiento permanente de la extensión del mercado a todas las áreas, instituciones y actividades de la vida cotidiana, sino que además crea seres humanos que responden al dominio directo del capital.

Por ende, la mercantilización de la tierra, la salud o la educación (hasta hoy en día alcanzar el software y la genética), no solo conllevan una furiosa reducción en la provisión de asistencia social, el incremento in-gobernable del estrés y otras variables que se potencian en detrimento de la

calidad de vida; sino que en realidad forma parte de una nueva cosmovisión desde donde se estructura la sociedad actual.

Esta situación nos hace reflexionar, por un lado, si nos encontramos viviendo bajo un sistema justo cuando los representantes decisores que detentan el poder persiguen un objetivo alejado del bien común, pero por sobre todo con total desaprensión para con los más desfavorecidos socialmente. Pero además, el ajuste sobre millones de pobres y excluidos - siempre insuficiente pero salvaje bajo una discursiva difusa -, vuelve a poner en discusión bajo qué tipo de organización social desean vivir los hombres y mujeres del mundo. En definitiva, lo único que parece ser claro es que todavía estamos muy lejos del fin de la historia.



Capítulo I

Historia y presente del sistema económico global

Principios, teoría y globalización del sistema capitalista

“Lo único absolutamente cierto es el futuro, pues el pasado cambia todo el tiempo” Simonds-Duke

La historia de la economía es tan antigua como la humanidad y las relaciones sociales entre los hombres. Y durante la mayor parte de la historia, la producción global se incrementó lentamente, derivado de la expansión demográfica y la colonización de nuevas tierras. Sin embargo, el nacimiento y el desarrollo exponencial del sistema capitalista tal como lo conocemos en la actualidad, nos ha marcado como sociedad global y seguramente delineará el futuro de las próximas generaciones; siempre que no se produzcan cambios estructurales en la lógica y en el poder hacer de quienes entienden que otro mundo es necesario y posible.

Los números hablan por sí mismos. En el año 1500 había unos 500 millones de seres humanos en todo el mundo, el valor total en bienes y servicios producidos por la humanidad había sido de 250.000 millones de dólares en términos actuales, y se consumían 13 billones de calorías por día. Desde aquel entonces, la población se ha multiplicado 14 veces (7.000 millones de personas), el PBI global se incrementó 240 veces (60 billones de dólares) y el consumo de energía aumentó 115 veces (1.500 billones de

calorías diarias).⁶ Por lo tanto, ha habido un evidente crecimiento diferencial entre la expansión demográfica y la producción global.

Bajo esta dinámica, Braudel⁷ propone un análisis de las sociedades en diferentes etapas. En la primera, la vida material se inscribe en las estructuras de la cotidianeidad. La segunda caracteriza una instancia en la vida económica que trastocó el autoabastecimiento por los intercambios, las monedas, las plazas y las ferias. Por encima de esos dos niveles, el capitalismo constituyó una especie de superestructura de la historia global; no anula las otras etapas, pero les impone su lógica. Emerge ante la escisión de la esfera de los negocios (economía), y las decisiones institucionales centradas en el monarca (política); siempre bajo la lógica de los Estados-Nación que poseen objetivos intrínsecos pero también globales.

Complementando este concepto, Weber⁸ situó los orígenes del capitalismo moderno en términos de la ‘separación entre la economía doméstica y la empresa productiva’. En otras palabras, la emancipación de los intereses empresariales con respecto a todas las instituciones socioculturales existentes de supervisión y control inspiradas en la ética (centradas en el hogar o la pequeña empresa familiar - y a través de las mismas en pos de la comunidad local -) y, en consecuencia, la inmunización de las iniciativas empresariales contra todo valor que no atendiera a la maximización de las ganancias.

En el mismo sentido, Smith⁹ afirmaba que el impulso ambicioso del ser humano para con el incrementar los beneficios privados es la base de la riqueza colectiva. Esta ha sido una idea revolucionaria no solo desde una visión economicista, sino, más bien, desde una perspectiva moral y política; una racionalidad que convirtió el egoísmo en altruismo, y negó rotundamente la tradicional contradicción entre riqueza y ética.

⁶ Ibidem, p. 275.

⁷ Braudel, Fernand, *Civilisation, matérielle, économie et capitalisme (XV^o-XVIII^o siècle)*, Armand Colin, Paris, 3er Volumen, 1993.

⁸ Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Alianza Editorial, Argentina, 2012, p.79.

⁹ Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Argentina, 2011, p.156.

Bajo la lógica descripta, el beneficio individual es también el colectivo, a través de la interdependencia en la generación de riqueza vía el consumo, la inversión y la producción. Nada se menciona de las consecuencias socio-económicas negativas que podría conllevar la utilización de los altos niveles de rentabilidad en la compra de productos de consumo suntuario, o mismo de ganancias extraordinarias inmovilizadas a través del ahorro. Menos aún de la inequidad distributiva y los derechos de los que poseen su fuerza de trabajo como único medio de subsistencia.

Como adición, la idea de la existencia de un ‘orden natural’ desempeñó un papel fundamental a lo largo de la historia, ya que tomó cuerpo la convicción de que las relaciones económicas entre los individuos se encuentran reguladas por leyes objetivas; con respecto a las cuales las leyes del derecho positivo, elaboradas por los propios hombres, no podían entrar en contradicción.

La ‘mano invisible del mercado’, apoyada en el libre juego de la ‘Oferta y Demanda’, generó un escenario explicativo superador en los siglos XVII y XVIII; pero marginó abruptamente - ante una discusión con solo dos actores, la oligarquía terrateniente desesperada por mantener el statu-quo y la burguesía sedienta de poder político para desarrollar aún más sus negocios -, a la temática central referida a las relaciones sociales de producción y consumo.

Esta última toma relevancia en el siglo XIX cuando el marxismo¹⁰ pone sobre el tapete la existencia de hombres que contraen determinadas relaciones independientes de su voluntad, correspondientes a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. En este sentido, se comienza a discutir cómo las relaciones de producción forman la estructura económica de la sociedad, junto con la base real sobre la que se eleva el edificio jurídico y político y que permite la posterior determinación de las diversas formas de conciencia social.

¹⁰ Marx, C. & Engels, F., *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Progreso, Moscú, Obras escogidas en tres tomos, 1974.

En este escenario, el sistema mundo se conformaría por componentes inevitablemente centrífugos (conflictivos y antagónicos), bajo la lógica unívoca de la acumulación de capital como objetivo estructural central y primario. Lo que a su vez significaría, por un lado, que las instituciones que constituyen su marco recompensan a quienes persiguen este fin, como así también penalizan a quienes no lo hacen. En este aspecto, los gobiernos que abonan el sistema capitalista han encontrado en el mercado, como sistema autoregulado de división del trabajo y asignación de recursos, un eje de abstracción e inercia propia que tiende a la subordinación del hombre y el medio natural a sus propios fines.

Otro aspecto que se debe destacar es la fundamental distinción entre capitalismo y economía de mercado. Wang lo explica de la siguiente manera: “la economía de mercado es gobernada por la competencia, y como resultado, el intercambio bajo sus condiciones es igualitario. Por su parte y en contraposición, el capitalismo crea y utiliza posiciones monopólicas que resaltan las desigualdades en el intercambio. Como consecuencia, el capitalismo es un sistema antimercado que siempre tiende hacia el monopolio”¹¹.

Por lo tanto, si un mercado fuera verdaderamente libre - una multitud de vendedores, una multitud de compradores y una transparencia absoluta de operaciones, incluyendo el conocimiento cabal del verdadero estado del mercado por parte de todos los actores involucrados - sería completamente imposible para cualquiera obtener algún tipo de ganancias en el largo plazo.

La realidad muestra que nos encontramos entonces con una desigualdad creciente inter-clase (burgueses y trabajadores), que a su vez es intra-clase (disputa entre capitalistas vencedores que generan una élite monopólica y aquellos capitalistas perdedores que perduran - o no - en una permanente supervivencia cíclica totalmente dependiente de la coyuntura macroeconómica). En este aspecto el capitalismo es, por naturaleza, un ré-

¹¹ Wang, H., *China's new order: Society, Politics, and Economy in Transition*, Harvard University Press, Estados Unidos, 2003, p.122.

gimen en el que las confrontaciones sociales y políticas que se dan más allá del mercado producen un estado de desequilibrios sucesivos.

¿Cuándo ingresó la política en la discusión? Se podría decir que primó la necesidad por sobre la auto-convicción. Cuando el mercado comenzó a fallar a la hora de dar respuestas económicas a mayorías desahuciadas que pedían a gritos una digna calidad de vida, la teoría general de Keynes¹², con eje en el estímulo de la demanda, puso en consideración el rol activo del Estado dentro del paradigma capitalista. La receta para paliar las grandes crisis causadas por un mercado autónomo y totalmente desregulado, se forjó en la generación de una política monetaria y fiscal expansiva, reduciendo las tasas de interés y dinamizando la inversión. Las ‘expectativas positivas’ realizaron el resto del esfuerzo, estimulando y potenciando los mercados que previamente languidecían a la espera de una reacción empresarial que nunca llegaría.

Sin embargo, otra lectura más profunda demostraba que el objetivo primario de la intervención pública era el defender el sistema capitalista de las imprecisiones que lo podrían hacer colapsar. En este sentido, el manifiesto político keynesiano constituyó la culminación concreta del desarrollo de una teoría que incorporará la reconstrucción del Estado capitalista moderno como medio del relanzamiento de un sistema asentado en un novedoso, necesario y exigido equilibrio de poder; bajo un Estado que funcione como gestor de un pacto social que pueda conformar a las mayorías y apañar a las fuerzas e intereses hegemónicos en cada coyuntura histórica.

Al ‘motor keynesiano’ descripto, se lo ha acompañado por una inyección de lógica shumpetereana¹³: las innovaciones productivas, tecnológicas y financieras potenciarían el escenario de desarrollo incremental, donde una Oferta regulada en pos de la competencia, se complementaría con una Demanda creciente. Por el contrario, si los empresarios no inno-

¹² Keynes, John Maynard, *Teoría general de la ocupación, el interés, y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, España, 2006, p. 294.

¹³ Schumpeter, Joseph A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Editorial Orbis, Barcelona, 1983.

van, el capitalismo monopólico dominará el escenario sistémico provocando la concentración de la riqueza e incrementando las desigualdades; lo que a posteriori, podría derivar en un crecimiento peligroso de los partidos políticos de tinte comunista.

Sin embargo, las diversas corrientes teóricas ‘pro capitalismo competitivo’ no pudieron contrabalancear los crecientes beneficios exponenciales de los grupos de poder político y económico concentrados.

Piketty¹⁴ sostiene, bajo un riguroso análisis empírico global, que la tasa de crecimiento de las economías es inferior al incremento del capital. En sus conclusiones, la principal causal es que la acumulación de la riqueza no ha sido utilizada para incrementar la inversión productiva; está dinámica solo retroalimenta la concentración de la riqueza y afecta los niveles de empleo y la demanda agregada, dejando en manos del ‘efecto derrame’ los destinos de la economía real.

Solo marginalmente y en contados períodos históricos, los aumentos de la productividad han estado acompañados por incrementos proporcionales en los niveles salariales de los trabajadores. A su vez, las clases medias, los profesionales, y las pequeñas y medianas empresas (Pymes), han vivenciado una tendencia constante de disuasión de sus capacidades económicas e influencia política a lo largo de la historia.

Como respuesta a este escenario negativo para la mayor parte de las sociedades a lo largo y ancho del planeta, Hardt y Negri plantean que “la historia de las formas capitalistas siempre es necesariamente una historia reactiva”.¹⁵ En este sentido, gran parte del crecimiento de la globalización capitalista ha sido provocada como reacción a las luchas de las clases desfavorecidas. O como sostienen los teóricos funcionalistas y racionalistas, la historia del capitalismo es la de sus crisis y no la de su equilibrio.

¹⁴ Susani, Bruno, *El efecto Piketty*, edición digital del diario Página 12, 18 de Mayo de 2014. <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7666-2014-05-18.html>

¹⁵ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, Boston, 2000, p. 268.

Y en este aspecto - sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial -, las mejoras socio-económicas adquiridas luego de intensas luchas institucionales han conllevado a que el capitalismo solo funcione a escala global, dada la permanente pérdida endógena de las tasas de ganancia corporativas. La lógica sistémica conducía inexorablemente a una caída de la rentabilidad en pos de los trabajadores/clases medias, mientras se desarrollaba una cada vez más frecuente pérdida de poder relativo ante el Estado; por lo tanto, los intereses hegemónicos buscaron en la arena global y el des prestigio de los 'rivales' antes mencionados, la vuelta a la tendencia creciente de acumulación de riqueza.

En este sentido, el proceso globalizador le ha posibilitado a los grandes grupos económicos y a sus respectivos flujos de capital las herramientas necesarias para mantener o incrementar sus tasas de utilidad (tercerizaciones, flexibilización laboral, o la denominada 'Carrera descendente' - *Race to the Bottom* en sus siglas en Inglés -, en la cual se produce una competencia desmedida entre Estados vía devaluaciones competitivas o disminución de las regulaciones estatales, entre otros). Como complemento a la tercerización de la mano de obra y a la explotación del medio-ambiente, los incrementos y redistribución de impuestos y la internacionalización de costos aparece como un paso superador. A todo ello se le adicionó la potenciación generada por las nuevas tecnologías (la informática y las comunicaciones), que han extendido la base material de la reproducción capitalista a escala global.

Este último punto no es menor: los cánones civilizatorios vehiculizados a través de los medios de comunicación y los bienes y servicios culturales, asumen una cierta homogeneización - funcional y necesaria - para la preservación y consolidación de la hegemonía del sistema capitalista a escala planetaria; ello aunque sea con el mero discurso economicista del aprovechamiento de las economías de escala, o la 'política progresista' de equidad de oportunidades de consumo global, entre otros.

En este aspecto, es interesante destacar el pensamiento de la Escuela de Frankfurt¹⁶, la cual sostenía que el capitalismo siempre iba a funcionar en ‘modo keynesiano’ y, por lo tanto, se habían desplazado las contradicciones de la esfera de la economía (y la lucha de clases) a la de la cultura. Por lo tanto, dado que el capitalismo comenzaba a enfrentar una crisis de legitimación, se tornaba necesario un avance sobre la información y la cultura para refrendar una difícil situación para el statu-quo.

El capitalismo se convirtió entonces en mucho más que una doctrina económica: comprendía una ética, un conjunto de enseñanzas acerca de cómo debe actuar y pensar la ciudadanía. Su dogma principal y bien supremo es el potenciamiento del crecimiento económico; ya que tanto la justicia, como la libertad e incluso la felicidad se encuentran subordinadas de la acumulación incesante de capital.

Más aún, la resiliencia del frágil sistema capitalista, que la ideología predominante confunde con inmortalidad, tiene una explicación política concreta: el de las reparaciones extraeconómicas. En ese aspecto, el capitalismo ha sido históricamente rescatado de sus tendencias predatórias por la misma ‘democracia’, que ha funcionado en su esquema teórico como un baluarte significativo de la política estatal en general, y del reformismo en particular.

A pesar de ello, las últimas décadas del siglo XX potenciaron la discursiva del mercado: los gobiernos se convertían en instituciones inefficientes que se debían limitar a no dañar la ‘mano invisible’. Como complemento, el valor de cambio predomina sobre el valor de uso, es decir, que los productos ya no tienen importancia en función de su utilidad para los seres humanos, sino en función de su capacidad de ser vendidos.

A su vez, las mismas corporaciones desarrollaron un esquema de Lobby en el cual exaltan sus deseos y expectativas, exigen subsidios y protección de sus mercados, y fundamentan la necesidad de no ser gravados impositivamente ni que los gobiernos apoyen abierta y permanentemente

¹⁶ Offe, Claus, *Capitalismo desorganizado*, Ed. Basiliense, Brasil, 1984.

intereses que no sean estrictamente comerciales - especialmente las políticas sociales que benefician a los más necesitados -.

Si además se le adiciona la complicidad gubernamental para crear barreras arancelarias/fitosanitarias, la desregulación de las condiciones sociales/medioambientales, o la falta de apoyos impositivos a los productores de bienes y servicios de las economías locales, la problemática doméstica de los más humildes se ha potenciado en la arena global ante el avasallamiento de una globalización que exacerba la competencia despiadada.

Un punto importante a destacar es que, a pesar del contexto descripto, el objetivo principal de las políticas económicas y sociales debería ser la búsqueda del pleno empleo bajo un sistema productivo y de consumo sustentable, para las élites neoliberales el rol activo del Estado debe estar centrado en el temor, y bajo esta lógica específicamente en una variable clave: la inflación. No importa generar las condiciones para que se desarrolle un proceso recesivo o una política monetaria restrictiva: lo importante es aplacar los incrementos de precios. En este sentido, las causales pocas veces se encuentran en la habitual concentración y capacidad de formar precios de las élites económicas monopólicas; la variabilidad que imparten las teorías inflacionarias complejizan y diluyen estas obligaciones, siendo los gobernantes en tanto sus políticas como los principales responsables.

Se puede entonces afirmar que en los últimos años nos hemos encontrado con una revolución copernicana correspondiente a una doble ruptura: una primera, inscripta en la racionalidad misma del capitalismo, donde en el futuro no será la demanda la que genere el crecimiento; supuestamente lo hará el lucro. Por otro lado, cuando los incrementos de producción no cumplen sus objetivos de venta, ya sea por la imposibilidad de innovar, la escasez de demanda o la saturación de los mercados, la única manera de incrementar las ganancias será disminuyendo los costos.

Cabe destacar que los despidos y/o reducciones salariales son las primeras reacciones que toma el empresariado para 'reestructurar positivamente su modelo de negocio'. Keynes mencionaba que "el propietario del capital puede obtener interés porque aquél escasea, lo mismo que el dueño

de la tierra puede percibir renta debido a que su provisión es limitada”¹⁷. Como contraparte, nunca hay escases de mano de obra: cuando se requiere mano de obra (cuando el proceso tecnológico no la desplace definitivamente), la misma se cubre con inmigración (en el caso de la no calificada), procesos de tercerización, o educación/formación para los empleos más calificados.

Bajo este contexto, mientras los mercados internos del mundo más desarrollado se deprimen debido a que sus corporaciones se asientan en otras economías donde la debilidad de los salarios y la mezquindad de los aparatos productivos nacionales son moneda corriente, las mayorías trabajadoras de estos últimos países tampoco alcanzan un consumo y ahorro sustentable. Por lo tanto, en el mediano y largo plazo las sociedades se encontrarán, indefectiblemente, con mayores niveles de desempleo, recesión y retracción de un consumo necesario para motorizar el sistema macroeconómico y dinamizar la microeconomía; lo que, como indica Emmanuel¹⁸, genera un estadío donde el capitalismo se encierra en sus propias contradicciones.

Por un lado, se intenta mantener el valor de la fuerza de trabajo en el nivel más bajo posible; mientras que por el otro, se ve obligado, bajo la presión de su imperativa producción en masa, a popularizar sus productos y, por consiguiente, a crear continuamente nuevas necesidades. La dinámica descripta provoca finalmente que se deban incrementar, al menos exiguamente, los ingresos de las mayorías para que haya un mínimo umbral de consumo, dejando casi en un valor nulo la propensión marginal al ahorro. En definitiva, la elasticidad de la demanda genera ese límite en el cual las élites políticas y económicas realizan malabares para hacer sustentable el statu-quo sistémico.

¹⁷ Keynes, J.M., *Teoría General de la ocupación, el interés, y el dinero*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 309-310.

¹⁸ Emmanuel, Arghiri, *El intercambio desigual: ensayo sobre los antagonismos en las relaciones internacionales*, Siglo Veintiuno, España, 3ra Edición, 1972, p. 24.

Lo destacable de este proceso es que más allá de lo expuesto, el objetivo de generar un escenario estructural de largo plazo de homogeneización con tendencia descendiente de los niveles salariales se visualiza a escala global, ante un contexto donde la competencia económica exacerbada y cada vez más ardua se torna la norma y no la excepción.

La pérdida de mercados, tanto el doméstico (vía importaciones) como el externo (baja competitividad de exportaciones), con otros países de mayor capacidad productiva o sustentados en políticas cambiarias que, como se mencionó previamente, ponen el eje en la devaluación permanente y no en mejoras tecnológicas, de procesos o de formación, conllevan a una guerra económica y comercial (barreras arancelarias, dumping) que no reconoce fronteras ni actores, y que perjudica a lo que menos tienen en cada rincón del planeta.

Un claro ejemplo de las últimas décadas ha sido la pelea para subirse al tren del cambio tecnológico - que a diferencia de los salarios descendentes, se torna en una capitalización creciente -, lo cual estandariza procesos productivos que han generado fuertes tensiones entre Estados que se muestran permanente como los más aptos para recibir las tan esperadas inversiones - como la adopción de políticas que se ocupan preponderantemente de la estabilidad macroeconómica y financiera en los escenarios nacionales de decisión -, cuyo objetivo es generar fuentes de trabajo de sustentabilidad de corto/mediano plazo que permitan mantener controlado el malestar socio-económico generado por el desempleo y la recesión.

A la par del proceso tecnológico totalizador, el otro punto a destacar es una centralidad en la lógica financiera que se convirtió en el eje de la dinámica económica global. Wallerstein¹⁹ precisaba que estamos hoy claramente en una fase B, descendente, de un ciclo de Kondratieff iniciado hace cuarenta años, luego de una fase A, ascendente, que fue la más larga (de 1945 a 1975) de los 500 años de historia del sistema capitalista. En la fase A, la ganancia es generada por la producción material, industrial u otra; en la fase B, el capitalismo debe privilegiar las finanzas y refugiarse

¹⁹ Wallerstein, Immanuel, *Le capitalisme touche á sa fin*, entrevista de Antoine Reverchon, diario Le Monde, Paris, 11 de Octubre de 2008.

en la especulación para continuar acumulando riqueza, que desde el sector productivo, ya se torna imposible por los costos y gastos generados por el ‘Estado de Bienestar’ (que aunque reprimido y ninguneado, continúa siendo exigido por los más necesitados).

Sin embargo, la expansión del sistema financiero también requería que no solo el gran capital se reprodujese, sino también que el resto de los actores del sistema económico, aunque se encontraran alejados de la capacidad de acumular capital y determinar sus destinos, sean funcionales a las élites políticas y económicas: Estados pobres vaciados por gobernantes ricos, Pymes incapaces de competir ante un sistema concentrador e institucionalmente ajeno (falta de otorgamiento de créditos, formación profesional, etc.), trabajadores pauperizados ante la caída del salario real a nivel global, y las clases más bajas excluidas y desprotegidas ante el retiro masivo de los roles básicos de Estados que, a esta altura de la historia, debieran proteger mínimamente a su población.

En este aspecto, para paliar el descontento del ajuste y la retracción del poder adquisitivo de la mayor parte de la sociedad, las élites buscaron el modo de generar un endeudamiento masivo pro consumo para la satisfacción popular y la propia dinamización del sistema. Pero ello deriva, en un mediano/largo plazo, en el descenso de la ‘fase B de Kondratieff’: esto es, cuando la decadencia virtual se torna real y las burbujas explotan una tras otra: se multiplican las quiebras, aumenta la concentración del capital, y se desgarra el entramado socio-económico a la par que se incrementan los niveles de desocupación.

Mientras tanto, el quitarse el lastre de las problemáticas de la economía real, torna aún más financiera la lógica sistémica. Este ciclo tiene dos caras: la triunfalista para algunos grupos minoritarios, y la que potencia una retroalimentación negativa perversa para aquellos que no son parte del círculo de las élites. La historia reciente ha mostrado como el peso del capital concentrado se ejerce sobre Pymes financieramente inviables; sobre los asalariados, tanto en el lugar de trabajo como en forma de deudores ante los bancos (créditos al consumo e hipotecarios); y sobre los Estados,

a través de créditos que generan una deuda pública difícil de pagar en el mediano y largo plazo (además de quitar recursos útiles para el aparato productivo) para aquellos gobiernos que, por corrupción o inefficiencia a la hora delinear políticas socio-económicas, se han vuelto crónicamente deficitarios.

Esta lógica excedió el marco nacional y generó las grandes crisis regionales y mundiales de las últimas décadas. El flujo de capitales - en gran parte especulativos - han aprovechado la apertura indiscriminada de mercados y las políticas locales que los favorecían, obteniendo altos niveles de rentabilidad a costa de las 'economías del endeudamiento'. Los capitalistas banqueros y financieros les han prestado a los gobiernos y al sector privado de cada rincón del planeta para luego cobrar sus intereses, esperando (o no) que la dinámica capitalista de producción y consumo siempre funcione al límite, para que el círculo de repago de deudas nunca sea suficiente y se necesiten más préstamos.

Como contraparte, si la cadena se corta (suele pasar dada la no sustentabilidad macroeconómica de la actual dinámica capitalista), los acreedores quieren recuperar su dinero. Al ser los deudores insolventes, el escenario se transforma en una puja distributiva entre los diferentes grupos de nuevos acreedores, los acreedores pasados que quieren recuperar su dinero, y los deudores (mayoritariamente insolventes estructurales).

En este contexto de disputa por la apropiación de los recursos, las élites políticas, aliadas o al menos cómplices de las élites económicas, desarrollan una lógica impuesta donde la discursiva habitual es la culpa colectiva. En este sentido, el intentar restablecer la confianza económica socializando las pérdidas, con el fin de equilibrar las políticas de consolidación presupuestaria para generar expectativas económicas positivas que reactiven la economía, es solo otra forma de indicar que los más desfavorecidos - 'endeudados eternos' - , no han sido lo suficientemente cautelosos financieramente (aunque en muchas ocasiones no han tenido opción o no han sabido interpretar/comprender la realidad), y lo deben pagar con un más largo círculo vicioso de pobreza.

Sin embargo, cabe destacar que con o sin el apoyo de las élites políticas, las élites económicas jamás dejarán que el statu-quo se altere y su objetivo ulterior, la rentabilidad creciente y la acumulación de capital incesante, pueda verse mellada por las demandas políticas o sociales de cualquiera de los diferentes actores del sistema internacional.

Como análisis final se puede apreciar que el sistema pareciera no tener salida: en buena medida es como una serpiente que devora su propia cola; en un primer momento la comida abunda, pero pronto se hace cada vez más difícil de tragar, y poco después no queda nada que comer ni tampoco quien lo coma. El horizonte es un derrumbe sistémico, que no solo fractura el entramado social y productivo, sino que además hipoteca el nivel de vida de generaciones que aún no han nacido.

Bajo esta lógica, la economía-mundo capitalista, al extenderse al planeta entero, enfrenta un límite que cuestiona la idea de un mercado productivo ilimitado (que es el trascendente, ya que el sistema financiero en soledad es inviable *per se*). Este límite - el del ecosistema planetario - ha sido desestabilizado no solo por una geografía acotada, sino más aún, por un productivismo desenfrenado.

En este aspecto, el capitalismo no puede sobrevivir sin economías ‘no capitalistas’: es decir, puede proceder según sus principios siempre y cuando haya ‘territorios vírgenes y habitantes dispuestos’ a la expansión y la explotación. Pero como la lógica venera la rentabilidad cortoplacista en lugar de la sustentabilidad del lago plazo, la búsqueda ‘desenfrenada y desmesurada’ de la valorización intensifica la explotación de las dos fuentes originales de toda riqueza: *la tierra y el hombre*. Y para con este proceso, que en la actualidad se encuentra potenciado de forma ilimitada, se está avanzando raudamente hasta el agotamiento, sin importar las consecuencias.

El escenario pragmático de la dinámica global

“Ya no nos dominan hombres, ni personas, ni instituciones, sino una abstracción que se denomina capitalismo” Karl Marx

Habiendo asentado los principios teóricos elementales de la lógica sistémica, se pueden apreciar varios períodos del desarrollo capitalista. El primero, que llega hasta mediados del Siglo XIX, se podría denominar como la etapa de la manufactura o ‘capitalismo manufacturero’. El segundo, bajo el nombre de la ‘Gran Industria’, se prolongó hasta los años 1970’s. Este período admite una subdivisión: una primera etapa, que se estima hasta principios del Siglo XX, con predominio del obrero profesional y donde la fuerza de trabajo calificada domina el ciclo de trabajo gracias a sus conocimientos. A continuación, una segunda etapa - la época llamada de la ‘Gran Industria’ propiamente, con predominio del obrero masa -, en la cual la fuerza de trabajo es reorganizada mediante principios Tayloristas de producción, volviéndose más abstracta en cuanto a su relación con la actividad productiva.

La primera etapa corresponde al surgimiento y la evolución del Fordismo. En la misma se incorpora, por primera vez, al salario como un instrumento específico de promoción y aliento del consumo, modalidad de desarrollo capitalista que se puso en marcha como complemento de un Estado más intervencionista. Este último intentaba regular los ciclos económicos, con el objetivo primordial de la mantención del pleno empleo y el garantizar simultáneamente la asistencia/paz social. En este aspecto, el keynesianismo fue una clara respuesta a la Revolución Bolchevique del año 1917, bajo un escenario que propició la creación de un marco en el cual el Capital sólo podía sobrevivir políticamente reconociendo e integrando a su estructura socio-productiva a la clase trabajadora.

Por otro lado, para los Libertarios, el nuevo y extendido papel del Estado generaría políticas monetarias y fiscales más flexibles que podrían ‘socavar la estabilidad macroeconómica’, y en el largo plazo la sustenta-

bilidad del capitalismo. Sin embargo, el keynesianismo logró muy buenos resultados en los Estados Unidos y rápidamente logró expandir su lógica a nivel global de la mano de la acción estatal. La dinámica económica desarrollada en los 30 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial generó un rápido crecimiento económico en varias latitudes del planeta, reduciendo además los niveles de desigualdad, y mejorando sustancialmente, por lo menos en términos relativos, la calidad de vida de casi todas las clases sociales.

Como contraparte, la Unión Soviética sostenía que sus entrañas conllevaban un gobierno revolucionario con un plan evolucionario. Su principal objetivo no sería acabar con males como la pobreza, la corrupción, los privilegios, la tiranía y la guerra mediante la acción directa sobre los mismos; sino buscar y eliminar sus causas para generar un futuro superador, con base en la equidad para todos los seres humanos del mundo. En este sentido, Steffens sostenía que “se necesitaría la reordenación científica de las fuerzas económicas durante varias generaciones, lo que daría como resultado la democracia económica primero, y la democracia política al final”.²⁰

La equidad socialista de post-guerra había generado grandes expectativas entre grupos de obreros, profesionales, intelectuales y sindicalistas; los cuales, habiendo nacido durante un proceso de mayor institucionalización, buscaron la posibilidad de eliminar las desigualdades a través de un marco racional y de consenso endógeno e internacionalista.

Desde la lógica contrapuesta, las potencias occidentales, enmarcadas en un ‘atento y democrático Estado de Bienestar’, ajustaron los modelos capitalistas para poder competir con la hegemonía de una izquierda portadora de los modelos de acumulación regulados socialmente. La expansión del crédito a una escala histórica sin precedentes, junto con la redistribución de la riqueza bajo la impronta estatal, sentaron las bases del boom económico de un ‘capitalismo con rostro social’.

²⁰ Steffens, Lincoln, *The autobiography of Lincoln Steffens*, Harcourt, Brace and Company, New York, 1931, p. 35.

Se había conformado entonces un equilibrio institucionalizado de las pujas de intereses clasistas dentro del sistema de relaciones productivas; lo cual había logrado portar como ideología prometedora la simple idea de una vida mejor bajo un marco intra-sistémico. El sistemático desarrollo de formas socialdemócratas de integración de los trabajadores había generado expectativas de estándares de vida creciente, adecuados beneficios sociales, y garantías en el empleo; todo ello sustentado en un notable expansionismo fiscal y monetario, equilibrado con ingentes desarrollos productivos.

Sin embargo, los años 1970's marcaron un punto de inflexión para ambos sistemas. En cuanto al eje oriental, decía Godelier que “el problema del socialismo es que tuvo que aprender a caminar con las piernas del capitalismo”.²¹ Es decir, bajo la lógica de la acumulación de capital a nivel macro, y sobre una base de competencia tecnológica y productiva. Por el contrario, el desarrollo microeconómico y el saciar las carencias materiales, se postergaron para una etapa que nunca llegaría. Por ello, medio siglo después del fin de la Segunda Guerra Mundial, la insistencia obsesiva en epopeyas colectivas tuvo su final: las mismas ya no satisfacían las carencias de una población agotada económica y moralmente; por ende, el Imperio Soviético, junto con sus satélites alrededor del mundo, colapsarían *pari passu* se sucedían los triunfos de la globalización neoliberal.

Mientras tanto, en del otro lado de la cortina de hierro crecía exponencialmente la última fase del capitalismo tal como lo conocemos en la actualidad: un capitalismo financiero con una fuerte ascendencia sobre los roles y las capacidades del Estado. Se terminaba la producción acelerada de riqueza real que había permitido la distribución del producto social entre Capital, Trabajo y Estado, siendo este último el garante de este pacto. Por lo tanto, el rol del Estado democrático occidental, con una cierta regulación en beneficio de los trabajadores (bajo la coerción impuesta por una guerra fría que vitoreaba las conquistas colectivas/sociales del otro lado de la cortina de hierro), comenzaba a desvanecerse.

²¹ Godelier, Maurice, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Siglo XXI Editores, México, 1974, p.89.

El círculo virtuoso de incrementos de la productividad, inversión y salario, característico de las décadas anteriores, se desarticulaba; la tensión entre los factores productivos se transformó así en conflictividad social y pérdidas de producción. La presión social ejercida por las clases trabajadoras se intensificaba a medida que las empresas buscaban reducir los salarios para mantener/incrementar la rentabilidad, ante un sistema político/institucional que le demandaba a los gobiernos cada día más derechos; sobre todo a través de medidas de protección social (salud y educación) y políticas activas que realicen las obras de infraestructura necesarias, que a su vez les permitan a las mayorías desprotegidas recuperar sus fuentes de trabajo.

En este aspecto, las élites políticas del desarrollo hicieron que los trabajadores de los países más ricos, aquellos que habían conquistado derechos económicos y sociales a través de una mejor educación y una mayor participación de la renta económica, fueran los que debieran afrontar las pérdidas relativas. En este sentido, las tercerizaciones y la remisión de utilidades del tercer mundo a paraísos fiscales que se incrementaban al compás de las innovaciones tecnológicas y financieras, terminaron de ultimar el contrato social nacionalista vigente que permitía la retroalimentación positiva de riqueza generada y extraída de países menos desarrollados y pobres.

En cuanto a este último punto, en el estado embrionario del amplio mundo globalizado y desigual - en plena lógica Norte-Sur -, las grandes empresas y los primeros Fondos Financieros buscaron otros Estados-Nación donde pudieran pagar menores salarios y cumplir con una legislación más frágil y flexible. El compromiso de deuda deliberado de estos países dependientes se constituyó en una política hegemónica, lo que conllevó a que el círculo cierre perfectamente: los gobernantes y los trabajadores del subdesarrollo les darían la bienvenida a esos nuevos flujos de capital, esperando expectantes que los mismos pudieran generar la infraestructura, los bienes y los empleos tan necesitados. Complementando y potenciando este escenario, la intervención gubernamental de los países más atrasados tuvo

además, mayoritariamente, el objetivo de inducir la colocación de fondos destinados a la compra de la producción de los centros desarrollados.

Sin embargo, para el mundo subdesarrollado, la desidia y complicidad de sus propias élites cooperaban para con su menosprecio en beneficio de las economías desarrolladas. Poco importaba la economía real y la situación de mera subsistencia: su funcionalidad era fundamental para mantener costos ínfimos en términos de materias primas y manufacturas de bajo costo, a costa de pueblos empobrecidos bajo una lógica fuertemente inequitativa.

Por lo tanto, tanto en el mundo desarrollado como en los países más atrasados, el statu-quo socio-económico global comenzaba a resentirse con más fuerza. La competencia internacional erosionaba las ganancias, las inversiones productivas comenzaban a decaer, y las tasas de interés se incrementaban. El excesivo endeudamiento comprometió los pagos y la redistribución de la riqueza a nivel endógeno, presentando en diversos países una fuerte crisis de deuda externa. Este escenario repercutía cada vez en las clases medias y los trabajadores, que observaban año a año un claro deterioro en sus niveles de vida.

En términos políticos, el discurso desde las élites de los países centrales sostenía que la democracia era un lujo que solo podía alcanzarse después de que el desarrollo hubiera resuelto los problemas materiales de la sociedad. La lógica colonialista perduraba en el tiempo: primero el orden para lograr el progreso. Tal era la doctrina oficial que permitía justificar el apoyo acordado a los dictadores militares y los regímenes autocráticos de América Latina, Asia y África. Lamentablemente, la historia ha mostrado que nunca se ha podido avanzar hacia un progreso realmente democrático en términos económicos; más allá de algunos avances políticos/institucionales marginales que de ninguna manera han intentado quebrar el statu-quo.

En tanto el mundo desarrollado, se terminaba lentamente el contrabalanceo de los más desfavorecidos a través de la acción combinada de aumentos de salarios, gasto público y crédito a bajo costo que durante décadas permitió sostener la demanda. Las élites económicas pugnaron por

mantener sus crecientes tasas de ganancia transfiriendo a los precios las subas de los costos salariales y financieros, impulsando a la vez procesos inflacionarios que realimentaban los incrementos de las tasas de interés; lo que en escenarios no regulados comenzó a generar procesos de ‘estanflación’, no solo a nivel endógeno en el mundo desarrollado, sino también a través de las transferencias comerciales y financieras a las diversas regiones del planeta.

Este proceso potenció la concentración de la riqueza; lo que conllevó, por un lado, al capital a canales cada vez más especulativos, y por el otro, a un proceso de homogeneización cultural que generó una demanda de consumo no sustentable - solo viable a través de un endeudamiento cíclico -, obstaculizando el desarrollo económico de las clases menos favorecidas. Para ello se requirió un escenario de abundante liquidez global, el cual fue posible gracias a la expansión del movimiento internacional de capitales, con las bolsas y la banca trasnacional como mecanismo de difusión en cada región del planeta.

Con excepción de la izquierda radical, nadie se opuso realmente con firmeza a la proyección sistémica descripta. Desde la visión monetarista, el liberalismo económico era aún más importante que la indisciplina social creada por el socavamiento de la estabilidad monetaria. Para los Keynesianos, la restricción de la oferta de dinero (sobre todo restringiendo la expansión del crédito), hubiera causado un daño económico y social de consecuencias devastadoras.

Bajo este escenario, la década de 1980's potenció la importancia del capital financiero y especulativo, relegando definitivamente la actividad productiva a un segundo plano. Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías ya reemplazaban a una parte creciente del trabajo humano, abandonando de manera definitiva la lógica del pleno empleo. Por el contrario, los requerimientos de acumulación exigían quedarse con una parte creciente del producto social; hecho que hizo necesario la creación de un ambiente más seguro para el capital. Estos factores históricos conllevaron a la creación de una nueva etapa de la construcción económica mundial, a la cual se la denominó ‘neoliberalismo’.

Cabe destacar que en complemento con la lógica financiera, la nueva maquinaria electrónica y una innovadora organización de la producción a través de la externalización de fragmentos de los procesos - la denominada flexibilidad de la producción y el trabajo -, se conjugó con una revolución científico-tecnológica que generó lo que conocemos hoy en día como la matriz productiva 'moderna', en pos de ganar competitividad y eficiencia.

En este aspecto, los avances en las comunicaciones y el transporte facilitaron el control centralizado y la automatización industrial. El eje de la lógica corporativa se trasladó a los incrementos tecnológicos, ya que favoreció el recrear de un proceso de acumulación ingente derivado de los incrementos de productividad; de este modo, se resintió la relación entre los asalariados y capitalistas y propició, con la concordante pérdida de poder de los Estados y Sindicatos, una fuerte presión a la baja de los salarios reales.

En adición, la globalización de las telecomunicaciones creó monopolios mediáticos que desde su nacimiento, pasaron a ser una base fundamental y arma poderosa de los grupos concentrados de poder. El gran capital necesitaba, de nuevo, de una propuesta económica-social-cultural que lograra ordenar al mundo a favor de sus propios intereses.

El relato fue construyéndose a partir de grandilocuentes dogmas que sustituían los verdaderos propósitos de los poderes económicos. Modernización del Estado cuando se referían a un modelo reduccionista del mismo al servicio de prebendas corporativas. Flexibilidad laboral en lugar de plantear un exterminio de los derechos del trabajo. Racionalidad para lograr que el consumo fuese el único camino a la felicidad. Seguridad jurídica con el objetivo de dilapidar cualquier tipo de requerimiento que perjudicase los intereses de los inversionistas. Humano y sostenible para adjetivar el fracaso de un desarrollo que nunca se concilió con la dimensión social ni ambiental.

Ejemplos sobran: mientras el socialismo era denigrado e igualado al nivel de cualquier dictadura totalitaria empobrecedora - sin ningún análisis racional de los beneficios socioeconómicos que podría llevarle a los trabajadores en regiones del mundo específicas y ante casos puntuales -, las masas pauperizadas eran educadas a través de los programas televisivos sobre la importancia de la liberalización financiera o el pago de una deuda externa que ellos no habían generado ni les había brindado algún tipo de beneficio.

Más aún, las élites lograron potenciar el descontento popular en la medida en que éstos últimos visualizaron al Estado como responsable de la inflación, las ineficiencias que no permitían cumplir las funciones esenciales, y los mayores impuestos que debían pagar; en definitiva, el Estado y su rol había quedado expuesto, a través de los grandes medios de comunicación globales, a tratarse como un dilema a resolver y no como la solución a las problemáticas de los más desprotegidos.

El mérito del capitalismo neoliberal radicó precisamente en haber podido transformar la bronca ciudadana derivada de una vida que se deterioraba con el correr del tiempo, en un apoyo a la subordinación del Estado y la Sociedad Civil al poder omnímodo del dinero y el saneamiento fiscal. La liberalización comercial y financiera, las privatizaciones de las ‘ineficientes’ empresas estatales, y un control macroeconómico sustentable (con la inflación como el nuevo eje de la política económica), solventaban este marco ideológico apropiado para el avance del capitalismo sin fronteras.

Bajo su lógica, el crecimiento económico sustentable se redistribuiría a través de un efecto derrame que premiaría los esfuerzos individuales. En este sentido, priorizar medidas distributivas o equitativas en etapas tempranas del desarrollo constituiría un craso error, ya que obstaculizaría la maximización de la utilidad futura. Los beneficios llegarán por igual a su debido tiempo, a través del efecto de la ‘filtración’.

Por lo tanto, la acción colectiva encarnada en el rol del Estado era profundamente parasitaria. La corrupción enraizada, junto con las administraciones incapaces de mostrar gestión (con una potente mezcla de incapacidad y omisión) era la denostación complementaria para resaltar lo maravilloso de este nuevo ‘sistema mundo’.

La caída del muro de Berlín no solo fue el fin de dos grandes potencias que rivalizaban ideológicamente - ahora solo quedaba una: EEUU y su sacro capitalismo -, sino que se transformó en una oportunidad histórica para expandir un sistema a nivel global que reasegure la contra tendencia a la caída de la tasa de ganancia de forma ilimitada (al menos en términos geográficos), junto con el crecimiento exponencial de la acumulación de capital en manos de las grandes corporaciones transnacionales. En definitiva, se generó una lógica institucional que proveía la suficiente solidez para el aseguramiento de sostenibles tasas de rentabilidad.

El ‘capitalismo democrático’, mostrado al mundo a través de las nacientes cadenas de comunicación global como el sistema triunfante, moderno y eficaz, fue la propuesta aceptada mayoritariamente desde las más diversas aristas del planeta. La ‘dulce melodía’ que resonaba en los oídos de los más desposeídos era la propagada por los Organismos Multilaterales de Crédito, en consonancia y con el apoyo de los países centrales desarrollados y sus corporaciones transnacionales.

La teoría del libre mercado que incluía la total movilidad de los flujos de capital a nivel internacional, la disminución del Gasto público que logre eliminar el déficit fiscal, y la búsqueda de una Balanza de Pagos al menos equilibrada, complementaron las ideas fuerza que venían gestándose en las últimas décadas. Las políticas, erróneamente homogéneas, encarnaban las ideas de un nuevo sistema mundo de raíz unipolar, tanto a nivel geopolítico como de ideología económica.

En este sentido, el razonamiento colectivo era relativamente sencillo: el crecimiento es la condición del progreso y la modernidad; y el mismo pasa por la expansión del mercado mundial y la acumulación de riqueza en detrimento de cualquier otro objetivo socio-económico. Este aspecto

resalta aún más el contrapunto entre los asalariados y el empresariado. Si el keynesianismo, decía Clarke, “fue la expresión ideológica de los intentos del Capital y el Estado para responder a las demandas generalizadas de la clase trabajadora en la explosión de postguerra, el neoliberalismo puede ser visto como la subordinación de las aspiraciones de la clase trabajadora a la valorización del Capital”.²²

El pilar fundamental potenciador de este prometedor y novedoso sistema de acumulación se generaba a través de un novedoso concepto: el marketing. Basado en las bondades de un modelo consumista y una tecnología sin precedentes en la historia de la humanidad, los bienes y servicios que conllevaron mejoras en la calidad de vida de las personas fueron el caballito de batalla neoliberal. Por otro lado, aunque la historia, la cultura y los valores mantienen y hasta profundizan las diferencias internacionales, el poder de la globalización engendrado en los flujos de capital y las grandes corporaciones logró homogeneizar los patrones de consumo y de reproducción del capital, quebrando así la histórica lógica de funcionamiento de la economía de post-guerra.

En este aspecto, hasta finales de los años 1980's el ámbito de referencia principal de las empresas eran los espacios nacionales, lugar donde se celebraban los acuerdos entre el capital y trabajo, y sobre el cual el Estado proyectaba su poder de intervención y regulación. Con las nuevas condiciones, las corporaciones ganaron importantes grados de libertad para elegir sus emplazamientos, forzando a una creciente competencia entre los Estados para retenerlos por medio de concesiones especiales dirigidas a fortalecer las ganancias empresarias a través de reducciones impositivas, una mayor liberalización de los mercados, programas de apoyo y subsidios, y una legislación más flexible, entre otros.

En este sentido, las endebleas regulaciones en materia laboral y medioambiental, junto con elites políticas inescrupulosas y cómplices que apañaban y se beneficiaban del fraude corporativo, han permitido a los flu-

²² Clarke, S., *Keynesianism, Monetarism and the crisis of the State*, Edward Elgar, Cambridge, 1988, p.158.

jos trasnacionales mantener altas tasas de ganancia con una mínima inversión (cuando la hubo) y sin ningún tipo de interés en los desarrollos locales.

En tanto este último punto, las periferias dinámicas se convirtieron en sociedades atravesadas por las principales contradicciones producidas por la yuxtaposición de enclaves modernizados rodeados de un ‘océano’ anticuado (aportando capital humano empleado en actividades de baja productividad), contribuyendo a que se mantenga una posición subalterna; es decir, con gobiernos cómplices y poblaciones sometidas a grandes monopolios/oligopolios, los cuales impusieron decisiones tecnológicas modernas (para ser eficaces y competitivos), pero extremadamente costosas pues requerían de la utilización de recursos escasos (capitales, recursos naturales y mano de obra calificada).

Esta distorsión sistemática se agravó cada vez más cuando tal modernización se caracterizó por una inequidad creciente en la distribución del ingreso: en definitiva, las tercerizaciones de los aparatos productivos eran exitosas porque abarcaban pocos sectores que no cambian el marco institucional subdesarrollado y desigual. Ello también era un plus para que el capitalismo neoliberal se expandiera por regiones del mundo - donde los mercados de capitales eran incipientes pero desde un comienzo generaban alta rentabilidad - en las cuales previamente se les había negado parcial o totalmente el ingreso bajo otro marco, como fueron los casos de China e India.

Por otro lado, mientras el dólar afianzaba su posición como la moneda internacional por excelencia, la Organización Mundial de Comercio profundizaba la liberalización, generando un proceso de ascenso incesante en la relación comercio internacional/PBI global. El gran flujo de productos desde los nuevos mercados emergentes traccionaba la inflación a una tendencia descendente generalizada, les permitía a los Bancos Centrales de Occidente mantener las tasas de interés lo suficientemente bajas como para generar booms inmobiliarios a través de la proliferación de créditos para la construcción e hipotecas que potenciaron el negocio especulativo - muy utilizados por los dinamizadores de la cadena productiva -.

Como complemento, las compañías transnacionales financieras también generaron burbujas - mayoritariamente en forma de préstamos para el consumo y la producción suntuaria sin sustentabilidad -, que superaban ampliamente la producción de bienes y servicios de las diferentes economías del mundo.

Cabe resaltar que el estímulo de la actividad financiera - haciendo a esta última mucho más rentable y atractiva -, llegó además de la mano de élites que forzaron a los gobiernos a realizar políticas monetarias expansivas para abastecer las necesidades de liquidez de estos crecientes mercados, lo que representaba un cambio en las relaciones de poder de clase que dio origen a unas políticas fiscales y económicas que claramente beneficiaron a las rentas del capital.

Como contraparte, mientras el índice que mostraba las ganancias financieras se incrementaba fuertemente - acompañado de una 'explosión' de los dividendos corporativos -, el nivel de inversión sobre la economía real comenzaba una fase descendente. A ello se le debe adicionar que la inflación generada por la disociación del incremento exponencial de la economía financiera, en contraposición con la tendencia de crecimiento lineal de la economía real, conllevó a que los gobiernos neoliberales - con el manual bajo el brazo -, se focalicen en la suba de las tasas de interés para controlar los aumentos de precios, lo que provocó aún más la desaceleración económica de la actividad comercial y productiva.

La justificación de la lucha unívoca contra la inflación es que la misma es desestabilizante para la cadena de valor, por lo que el empresario inversor puede verse perjudicado. Sin embargo, cuando el eje de la política económica es claramente la multiplicación de las finanzas, desaparecen los empresarios que se encuentran ávidos de invertir, producir y generar empleo; solo se encuentran aquellos que desean obtener ganancias derivadas de la reproducción ficticia del capital.

Contradicoriamente, luego de que la concentración de riqueza y la financierización del sistema generara más crisis que soluciones, las respuestas apuntadas por las élites fueron el profundizar los causales de

las mismas: desregular, debilitar las rigideces sindicales - y si es posible arrasar con ellas -, liberalizar aún más los precios y los salarios, reducir el gasto público (particularmente las subvenciones y los servicios sociales), continuar con las privatizaciones de servicios esenciales, y generar una apertura total en las relaciones económicas con el exterior.

Sin embargo, la liberalización total, salvo en la economía imaginaria de los teóricos 'puros', no existe. Todos los mercados están regulados y sólo funcionan con esa condición. La única cuestión es saber quién y cómo los regula, sobre todo cuando las élites concentran cada día más poder. Por ejemplo, a pesar de que se cimentó la libre circulación del capital - que tenía como base un dólar (moneda internacional) flotante - y el comercio sin restricciones de los bienes y servicios, el tercer elemento de la producción, la mano de obra, quedaba limitada y controlada en su movilidad.

En cuanto a este último punto, para evitar el descontento social de una sociedad encerrada en las propias contradicciones de un espiral socio-económico claramente descendente, se utilizaron una vez más los medios de comunicación y una dialéctica pacificadora que pudiera llevar tranquilidad y esperanza a una ciudadanía media que se le 'vendía' una permanente transición a una mejor calidad de vida: desde una 'Liberalización Financiera' se daba en aras de facilitar una necesaria financierización de la economía - evitando cualquier correlación con los capitales golondrinas que perseguían altas rentabilidades sin compromiso con la economía real -; pasando por el hecho de que 'Liberalización Comercial' se originaba para permitir que las grandes compañías puedan exportar productos subvencionados; hasta la 'necesidad' de incrementar el 'Valor Agregado' para transnacionalizar las cadenas productivas de valor.

Por otro lado, cuando algunos de los tantos sectores opositores perjudicados intentaban encontrar los responsables de la pauperización de su nivel de vida, las élites sacrilaron la palabra 'Mercado' para velar por el anonimato; 'marcianización' a los poderes políticos y económicos del mundo para que puedan eludir cualquier tipo de responsabilidad socio-económica; y sostuvieron una 'total independencia' entre los distintos

poderes políticos y económicos (justicia, bancos centrales, etc.), que ve- larían por una total - pero realmente inexistente - democracia económica.

En voz baja y mientras la ofensiva neoliberal se desarrolló a lo largo y ancho del planeta, el trabajador fue el primer gran objetivo: disminución de su lugar en el producto social, obstaculización para con la adopción de nuevas tecnologías para todos los trabajadores, redefinición de la noción misma de trabajo, desregulación de los procesos de producción, y desmantelamiento de las organizaciones de trabajadores, fueron las consecuencias más visibles.

El disciplinamiento de la fuerza laboral había sido el complemento necesario del desmantelamiento del Estado de Bienestar, para luego proseguir con el fin del Pacto Social: este último determinó además que a partir de entonces, los crecimientos de productividad no se tradujeran en un incremento paralelo de los salarios. Era el novedoso ‘compromiso’ social, que se traducía en la revalorización de las ganancias a expensas de lo producido por la mano de obra (lo que Negri²³ denomina la etapa de la subsunción real del trabajo por el capital).

O'Reilly²⁴ va más allá y sostiene que las ganancias no provienen del trabajo no remunerado de la clase trabajadora, sino que es ‘creado’ para los capitalistas mediante la venta de bienes y servicios a los consumidores. Más aún, los salarios no solo son una fuente de ingresos a través de las ventas, sino también un costo. Es un sistema de suma cero que solo es quebrado por la rentabilidad del capitalista que, a través de sus ingresos excedentes, crean sus propios beneficios y la ‘generación de riqueza para el sistema en su conjunto’.

En definitiva, la racionalidad expresada hasta el cansancio sostenía que la rentabilidad corporativa era la que permiten las inversiones, que se traducen luego en empleos y en un mejoramiento de los salarios y de los ingresos más bajos, con efectos multiplicadores para el resto de la economía

²³ Negri, Antonio, *Twenty thesis on Marx: interpretation of the class situation today*, en Makdisi, Cesarino y Kart, *Marxism beyond Marxism*, Routledge, New York, 1996, p. 87.

²⁴ O'Reilly, Jim, *Capitalism as Oligarchy: 5000 years of diversion and suppression*, JOR, USA, 2016.

(sobre todo para las Pymes tan dependientes del gran capital y las intensas fluctuaciones de la mayoría de las economías del planeta).

Lo que acaeció luego en el Siglo XXI ha sido la potenciación de la erosión y el derrumbe de las relaciones sociales; momento en el cual el Estado-plan keynesiano daba lugar definitivamente a un Estado-crisis, cuyo eje se transformó de manera explícita en la intervención social ante el discurrir de las problemáticas. Lo que también quedaba claro que esta última era la medida previa a la coerción o la generación/promoción del pánico moral como forma última de restablecer la dominación.

Cabe destacar que para ello se hizo necesario la comparecencia de gobiernos que permitan una jurisprudencia laxa que facilite la quita de beneficios a los trabajadores y la represión laboral. La logia judicial también tiene su representatividad entre las élites, entremezclándose entre los poderes de la política y la economía. Sus ingresos suelen exceder largamente la media de la sociedad y también tienen participaciones accionarias o cargos en partidos políticos, lo que representa un doble estándar y una burla a las incompatibilidades de funcionario público que debería regir en una saludable división de poderes.

Retornando a los ejes de la política económica de los últimos años, la misma ha tenido como objetivos centrales la profundización en el control del Gasto Público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y el sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas (las que quedaron en pie), y la desregulación y la reforma institucional de los Estados. El sistema fiscal ha sido otra materia de discusión. Sin embargo todavía, por acción u omisión, no tiene una respuesta clara: no solo es profundamente regresivo a nivel global, sino que la elusión y evasión tributaria crece exponencialmente cuando se lo correlaciona con el tamaño del actor económico.

El siglo XXI también ha discutido la forma y los modos de financiamiento. Solo ciertos actores de linaje corporativo transnacional parecen acceder a liquidez rápida, racional y a bajo costo. Para los Estados, pero

sobre todo para las Pymes y los particulares, ha sido como mínimo infructuoso: a tasas usureras, inaccesible para una gran parte de la población que trabaja en la informalidad, y sin contar con un Estado verdaderamente activo en pos de una economía real que subsidie y promocione las capacidades productivas, solo ha generado un escenario alejado de lo que se podría esperar de un mercado dinamizador e inclusivo.

Bajo este contexto, la mayoría de los empresarios no busca incrementar sus utilidades vía aumentos genuinos de productividad, ya que este escenario es el más complejo y requiere inversiones en Investigación & Desarrollo, salarios acordes, como así también lograr ser parte de una cadena de valor con insumos de calidad y una logística eficiente. En este aspecto, solamente grandes corporaciones que lo desean (y no simplemente las que rauda e intempestivamente despiden personal bajo el lema de las tan necesarias ‘restructuraciones’), pueden afrontar un proceso de desarrollo con reales beneficios colectivos.

Cabe destacar que embebidas en el paradigma descripto, las más favorecidas han sido las corporaciones transnacionales que se encuentran en plena expansión de su control sobre la economía global. En este sentido, el sistema integrado transnacional de producción, estaba constituido en el año 2014 por 88.000 empresas transnacionales (ETN’s) y sus 600.000 asociadas o afiliadas en el mundo entero, representando así el núcleo estructural del capitalismo globalizado del siglo XXI.²⁵

Por el contrario, se ha dejado en evidencia también la falta de apego, ya que es inconveniente, a aquella pureza en la visión neoclásica que enfatiza que el mercado es perfectamente competitivo y que la razón por la que trabajadores reciben diferenciales salariales es por la diversidad de productividades, como se ha mencionado previamente. En la actualidad, todos los llamados triunfos de la eficiencia productiva son sólo esfuerzos por frenar los crecientes costos de producción, disminuyendo primero los salarios, y luego a la espera que el Gobierno de turno otorgue algún subsidio directo o indirecto.

²⁵ www.clarin.com/edicion-impresa/produccion-mundial-vuelca-nube, 14 de septiembre de 2014.

Complementando lo expuesto, la dinámica global ha llevado a la necesidad creciente de incorporar tecnología de punta para poder competir en el escenario doméstico e internacional, lo cual ha implicado una escalada en el costo del capital en los bienes donde se aplicaron innovaciones; ya sea tanto en agricultura, manufacturas o en la provisión de servicios, como así también en nuevos productos y procesos. En todos estos ámbitos, para mantener la competitividad en un contexto donde el agregado de capital ha crecido exponencialmente, el costo relativo del trabajo indefectiblemente ha vivido un proceso de decrecimiento. Como indica Strange²⁶, la dificultad por competir a través de mejoras tecnológicas e incorporación de capital, conlleva a que la mayoría de las empresas decida focalizarse en el eslabón más débil de la cadena de valor; esto es, disminuyendo la cantidad de trabajo empleado y reduciendo los salarios.

Ello ha generado, indefectiblemente, inequidades crecientes que mellaron la economía real; mientras el mercado se erigía limitante bajo la forma de restricción monetaria para las masas trabajadoras y las PYMES, ante su incapacidad de absorción de bienes y servicios que superaban largamente sus ingresos. Por ello, en lo transcurrido de este siglo fue necesaria la potenciación del crédito, despejando la frontera que obstaculizaba la rentabilidad y fluidez de la dinámica sistémica.

Por lo tanto, las mayorías, desprovistas de los recursos necesarios para responder a las seducciones de los mercados de consumo, requerían de papel moneda y cuentas de crédito para ser útiles sistémicos. En este aspecto, se intentó permanentemente convencer a la ciudadanía de que las deudas eran un valor en sí mismo; solo había que comercializarlas. Mientras tanto, el crecimiento del crédito postergaba el estallido de las crisis, sostenía la rentabilidad/utilidad, y distendía la lucha de clases.

El objetivo era incrementar las ganancias a corto plazo, abandonando los fundamentos de su propio fin: la estabilidad monetaria, el cumplimiento financiero, y una rentabilidad sustentable y sostenible en el

²⁶ Strange, Susan, *The retreat of the State*, Cambridge University Press, London, 1996, p. 11.

tiempo asociada a la economía real. Tal como indica Bauman²⁷, la fuente de las ganancias capitalistas se había desplazado de la explotación del hombre que trabaja y produce, a la explotación de los consumidores (grupo al cual todos pertenecen).

El círculo vicioso del crédito sin control era la ‘crónica de una muerte anunciada’: la gran crisis de este siglo llegó en el año 2008, comenzando en Estados Unidos, pasando por Europa y, de forma más directa o indirecta, alcanzó a cada uno de los rincones del planeta. La lógica financiera cortoplacista se entremezclaba con la corrupción y la malversación de fondos; generando, una vez más, una burbuja imposible de controlar. Quiebras de grandes fondos financieros, particulares y Gobiernos, generaron un caos que se apoderaba de un mundo que parecía no haber aprendido de los errores del pasado.

Sin embargo, la mayoría de las élites, que si comprenden la dinámica y lógica del sistema mundo, generaron sus propios beneficios. Por un lado, potenciaron los miedos sistémicos y retrotrajeron los flujos financieros hacia decisiones conservadoras y expectativas cautelosas. Ello no solo implicaba la potenciación de la deuda futura, sino que además impactaba directamente en el incremento de las tasas de interés reales, retrayendo cualquier posibilidad de Pymes y particulares de tomar créditos para la producción y el consumo, tan necesarios para salir del estancamiento. Como contraparte, las exigencias a los deudores particulares se mantenían firmes: no interesaba la incapacidad financiera para devolver los préstamos que habían sido otorgados irresponsablemente, aún a sabiendas que los mercados internos se desplomaban.

Por su parte, los Organismos económicos y políticos internacionales se acordaban tardíamente de la importancia del cumplimiento de las reglas y la regulación. Mientras que los Gobiernos, desesperados por contener las tensiones sociales desatadas por la gran crisis y potenciadas por las fragilidades previamente mencionadas, buscaron infructuosamente una receta mágica que ayude a solucionar la grave problemática.

²⁷ Bauman, Zygmunt, *DAÑOS COLATERALES, desigualdades sociales en la era global*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1^a ed., 2011, p. 26.

Para contrarrestar este escenario, la decisión más importante fue la de incrementar la emisión monetaria por parte de los principales Bancos Centrales del mundo (entre 7.000 y 10.000 billones de dólares entre los años 2009 y 2014). Sin embargo, el dinero se dirigió principalmente hacia las élites económicas concentradas: pago de deuda, salvataje y sustentabilidad de las grandes corporaciones (el valor de las 500 empresas globales más importantes se incrementó un 40% del 2009 al 2014). Nunca se constituyó una estrategia de recomposición del Estado - pese a que su activa participación pueda hacerlo suponer – ni un proceso redistributivo en términos de inversión, empleo y consumo, que permita producir los bienes y servicios tan necesarios para reactivar las alicaídas economías domésticas.

Quedó al descubierto entonces que el objetivo central había sido la solvencia de los banqueros, quienes utilizaron ese dinero para distribuirlo entre accionistas, pagar compensaciones a sus ejecutivos y acumular liquidez. Por el contrario, ellos mismos continuaron con los despidos y las reestructuraciones; a la vez que, como se mencionó previamente, se restringieron los créditos abocados al circuito de la economía real. Para el resto de la sociedad, quedó instalada la lógica neoliberal a través de un efecto derrame que solo reprodujo el sistema y potenció la brecha de la inequidad. Los cambios estructurales, una vez más, brillaban por su ausencia, a pesar de las sistemáticas experiencias históricas que piden a gritos un cambio radical.

Por el contrario, en la actualidad se observa una nueva ofensiva ideológica: los planes de austeridad, propuestos como única salida posible a la crisis, fueron legitimados por la expansión de la deuda pública. Esta última fue presentada como la generadora de la crisis; sin embargo, aunque existió una deuda primaria para financiar gasto público improductivo, lejos ha estado de ser la causa troncal del descalabro financiero y sus efectos sobre la economía real. Lo que es sorprendente es que el mayor endeudamiento público (o sea de todos) haya sido la respuesta a la crisis, salvaguardando el buen nombre y honor de los verdaderos responsables: las élites políticas - que no controlaron ni regularon las actividades financieras - y económicas - que motorizaron la no sustentabilidad del sistema -.

Para estas últimas, si los deudores no pudieron pagar los intereses del descontrol de consumo que la misma dinámica financiera inspiró y alentó, tal vez se los pueda inducir/obligar a hacerlo por medio de impuestos pagados al Estado. Más aún, tal cual ocurrió a principios de la década de 1980's cuando se nacionalizó la deuda privada en la República Argentina, los accionistas y Organismos Internacionales también entendieron que los Estados-Nación son los únicos deudores tangibles y punibles, desasociando las responsabilidades de quienes contrajeron la deuda con los de una ciudadanía en su conjunto que, injustamente, debió cargar con un proceso de socialización de las pérdidas.

Finalmente, lo expuesto aprecia que los elementos de senilidad propios del sistema, solo demuestran que la renovación de un capitalismo 'rejuvenecido' por la revolución tecnológica, fundado en el modo de acumulación apropiado que debería acompañarlo - la financiarización de la mundialización -, continúa bajo la misma lógica de la acumulación indiscriminada y desigual sin ningún tipo de límite autoimpuesto.

Un sistema teórico y discursivamente unívoco en torno a 'civilizaciones institucionalistas, democráticas y respetuosas de los 'derechos humanos e individuales', bajo un escenario mediático global propicio para el ocultamiento de los intereses concentrados. A lo que se adiciona, como enfatizó Vinci, una limitada viabilidad organizacional autonómica de las potenciales fuerzas desestabilizadoras empobrecidas; ya que cuando cuestionan la lógica neoliberal, solo tienden a cobijarse en un 'keynesianismo de izquierda vago y optimista en el que la magia de la palabra 'desarrollo' ocupa la posición central.²⁸

Por ende, no solo florecen los populismos de derecha que buscan capitalizar el descontento con demagogia nacionalista y xenófoba: la izquierda se diluye y termina fusionándose (muchas veces bajo las presiones internacionales, como por ej. Syriza arrodillándose ante la presión de la Troika en la crisis de la deuda griega de mediados de la década de 2010's) con el reformismo socialdemócrata tradicional.

²⁸ Vinci, Luigi, *El problema de Lenin*, Punto Rojo, Italia, 2014, p. 69.

Por otro lado, se ha generado una dinámica socio-económico tendencialmente negativa para unas mayorías que se deben adaptar, más allá de que sea contrario a sus intereses, a un mundo donde la integración de la economía global, la expansión y la liberalización del comercio mundial, y la desregulación del capital financiero transnacional, han sido los medios para cumplir el objetivo y la prioridad de las élites: la incesante acumulación de recursos naturales, capital físico y sobre todo financiero.

En definitiva, la única forma de mantener vivo el capitalismo ha sido el mantenimiento coercitivo e inducido de las inequidades socio-económicas y políticas en todo el mundo; con diferentes niveles en cada región para poder trasladar la acumulación de riqueza hacia donde sea que exista una mayor facilidad para cooptar a las sociedades.

En este sentido, cabe destacar que como no fue posible un avance pacífico a través de una dialéctica armoniosa en todos los rincones del planeta, los procesos represivos se acentuaron y enterraron ciertos progresos obtenidos, alejando a las mayorías de un marco de dignidad y desarrollo personal y profesional en términos de lo que una ‘verdadera democracia’ representa como utopía.

Por ello, lo más grave pareciera no ser el avasallamiento de los ‘derechos económicos’ de los más necesitados; sino más bien, la coercitiva respuesta (verbal y física) para con los reclamos por parte de una población relegada y excluida que requiere fervientemente la regeneración o el restablecimiento de una digna calidad de vida conforme con los avances socio-económicos que se deberían disfrutar ya en el corriente Siglo XXI.

El corrimiento hacia los extremos de la política (dejando de lado la lógica de centro/derecha vs. centro/izquierda de la post segunda guerra mundial), el nacimiento de los grupos activistas como los ‘Indignados’, o los procesos revolucionarios como la ‘Primavera Árabe’, son los claros ejemplos testigos de proceso de cambio más radicales. Habrá que ver si de aquí en más, las élites modificarán sus respuestas; o si, por el contrario, profundizarán su poder concentrado (mediático, económico, militar) para mantener, como sea, el statu-quo establecido.





Capítulo II

Los principales Actores en pugna

El Estado

*Su lógica funcional y la relación con el mercado.
Concepto y teoría.*

“El Estado, al igual que el suelo sobre el que se halla situado, no es un patrimonio. Consiste en una sociedad de hombres sobre los cuales únicamente el Estado tiene derecho a mandar y disponer. Es un tronco que tiene sus propias raíces” Immanuel Kant

La promesa de felicidad universal creciente a lo largo del tiempo, llevó al Estado moderno a una especie de pacto social. Mientras este se comprometía a distribuir los beneficios colectivos, los ciudadanos no solo legitimaban la integración social, sino que además encontraban la motivación para participar de esfuerzos o causas comunes con niveles aceptables de lealtad y disciplina.

En este sentido, el Estado ha sido concebido a lo largo de la historia moderna como el representante de una capacidad administrativa técnica que no puede ser aplicada por el momento por ningún otro acuerdo institucional. Esta potestad institucional brindada por la ciudadanía, deviene en su responsabilidad para con la generación, administración y asignación de los recursos.

En términos objetivos, Catellani²⁹ define el rol del Estado en cuatro espacios económicos centrales:

- 1) Establece las reglas de juego fijando marcos normativos que regulan el funcionamiento de los diversos mercados.
- 2) Interviene en la orientación general del modelo de acumulación, diseñando y aplicando diversas políticas económicas que promueven la realización de ciertos intereses sectoriales por sobre otros.
- 3) Las propias actividades económicas que realiza a través de sus múltiples reparticiones y empresas productoras de bienes y servicios, generan transferencias de recursos públicos hacia el sector privado, ya que las firmas estatales suelen operar con precios y tarifas diferenciales que benefician a sus proveedores y consumidores.
- 4) El Estado cumple, de acuerdo a sus posibilidades, capacidades y también intereses (particulares y colectivos), la función de articular los actores económicos dentro del esquema nacional y para con su política exterior.

Sin embargo, a pesar de partir de este mismo eje de análisis técnico, desde la ideología las visiones se contraponen tajantemente. Para el marxismo, existe una teoría del sistema capitalista y su crítica, pero también sujetos en pugna: la burguesía frente a la clase trabajadora. Se trata de una dinámica donde prevalece la subordinación del trabajo a la lógica de la ganancia, junto a la de un Estado cuya función es lograr consensos entre ambos para favorecer la dominación del capital. Es decir, para determinar quién ejerce la dominación de la base social (explotación) y la superestructura jurídica e institucional.

En este sentido, el Estado representa aquel lugar donde se condensan las correlaciones de fuerzas y desde el cual, por ejemplo, los vencedores pueden transformar sus intereses en leyes y construir un marco normativo e institucional que garantice la estabilidad y eventual irreversibilidad de sus

²⁹ Castellani, Ana, *Recursos Públicos, intereses privados. Ámbitos privados de acumulación, Argentina, 1966-2000*, UNSAM-Edita, Buenos Aires, Junio de 2012.

conquistas. No se trata, por cierto, del único lugar desde el cual se ejerce el poder social; pero es, sin duda alguna, el espacio privilegiado de su ejercicio en una sociedad de clases.

En adición a este concepto, Wallerstein³⁰ sostiene que el Estado debe administrar de forma permanente el cambio social para ofrecer concesiones que apacigüen pero no destruyan el sistema capitalista básico: incluir a toda la ciudadanía dentro de un verdadero contexto de desarrollo socio-económico habría hecho imposible mantener la incesante acumulación de capital, ya que la difusión de plusvalía la habría vuelto casi irrelevante.

Por otro lado, no incluir a nadie habría conducido a la ira popular y a la destrucción de la coraza política del sistema. Esto es, el realizar concesiones y llevar a cabo políticas que las élites no aprecian - como ciertos niveles mínimos de bienestar, intervención activa en políticas económicas, o un verdadero contexto de libertad sindical -, requieren de un escenario ‘democrático de facto’ que genere la sensación de un pluralismo que permita capear las tensiones sociales desatadas por las inequidades sistémicas.

Si ello no funciona, el Estado cuenta con las fuentes de represión, destinadas a proteger el sistema económico y sus agentes sociales. Como decía Max Weber “El Estado es la institución rectora que posee el monopolio de la violencia legítima”³¹ de la sociedad. De ahí que el triunfo político o ideológico en el plano de la sociedad civil carezca de efectos imperativos. Por ello, por más que se fuerzen actualmente las hipótesis de la desestatalización, desconexión o desmembramiento del Estado, este continúa siendo el pilar fundamental de cualquier sociedad de clases.

Resumiendo este escenario, Chomsky³² sostiene que los suntuosos beneficios que el Estado les termina proveyendo a los grupos concentrados a través de su funcionalidad para con el sistema capitalista moderno centrado en la obsecuente generación de riqueza, son altamente superiores

³⁰ Wallerstein, Immanuel, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Siglo XXI editores, Madrid, 1988, p. 23.

³¹ Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Alianza, Madrid, 2011, p.125.

³² Chomsky, Noam, *Profit over people*, Seven Stories Press, New York, 1999, p. 15.

a la lógica distributiva y equitativa. En este aspecto, aunque los gobiernos preservan su entidad directriz, se encuentran, en muchas ocasiones, muy lejos de atender los intereses no-corporativos; mermando no solo su compromiso para con el desarrollo de las capacidades y derechos de la ciudadanía, sino también para con la consecución del objetivo de mantener su propia fortaleza y un adecuado margen de maniobra.

En tanto este último punto, no se puede dejar de mencionar la visión ideológica yuxtapuesta: los neoliberales entienden que lo mejor para el sistema es restringir a los Estados a la protección de la propiedad privada y los contratos establecidos, delimitando al debate político a temas menores; lo que implica que los gobernantes persigan objetivos en base a las necesidades del mercado (o sea en la preservación del sistema), más allá de las diferencias formales en las formas de actuación de cada poder ejecutivo de turno.

Tres razones fundamentan esta explicación. La primera es que, en una economía de libre mercado, el empleo depende de la inversión privada y, por lo tanto, del ‘nivel de confianza’. Esta lógica les brinda a las corporaciones un gran poder para imponer condiciones al gobierno; en particular, presionando para condicionar los manejos presupuestarios, el tipo de cambio o la tasa de interés, entre otros. De lo contrario, cualquier perturbación podría producir un deterioro en la economía a raíz de cambios en las potenciales decisiones de los intereses privados.

La segunda razón es que los empresarios tienen aversión a que los gobiernos interfieran a través de la inversión pública o de subsidios en ciertos bienes de consumo o servicios públicos (por ejemplo educación, salud, transporte, etc.), dado que compiten con la provisión del sector privado. O lo que es peor, el mercado teme que el gobierno pueda sentirse tentado a nacionalizar diversas industrias para conquistar una nueva esfera donde poder realizar inversiones. La tercera razón se centra en la búsqueda del pleno empleo, lo cual volvería inefectivo el despido como medida para disciplinar a los trabajadores, quienes podrían reclamar por mejoras salariales y sociales.

Sin embargo, como contraparte el mercado también exige un rol activo cuando le es conveniente su intervención: ya sea en tanto generar un impulso proactivo para revertir la tendencia de rentabilidad decreciente, obtener recursos estratégicos para la manutención de los requerimientos domésticos, o simplemente para exportar las contradicciones domésticas.

En definitiva, lo expuesto nos invita a comprender un plano superador que conlleva fuertemente arraigada una lógica de interdependencia mutua entre el Estado y el Mercado dentro del sistema Capitalista. La tensión entre estas dos maneras, esencialmente diferentes, de ordenar las relaciones humanas, nos obliga a ampliar el espectro de análisis y comprender a diferentes actores (ya sea estatales o privados) que, tanto a nivel doméstico como internacional, interactúan en el marco de este sistema dual para conseguir sus objetivos.

Lo que se puede concluir es que, sin lugar a duda, los fines se entrelazan: por un lado, el mercado constituye un medio para alcanzar el poder y ejercerlo; mientras que el Estado se utiliza, producto del orden socioeconómico que logran imponer sectores cuyos intereses se tornan hegemónicos, para obtener y acumular capital. Por lo pronto, Estado y Mercado se han conjugado para determinar la distribución de poder y la riqueza dentro de la órbita capitalista; siendo las diferentes políticas económicas gubernamentales el resultado del conflicto de esta compleja red de intercambios de diversos intereses públicos y privados, bajo un solemne marco de recursos escasos y de crisis moral.

El escenario internacional:

¿Un Estado avasallado o cómplice?

“Lo que preocupa es que la globalización esté produciendo países ricos con población pobre” Joseph E. Stiglitz

Embebido en la expuesta dicotomía entre Mercado y Estado, el marco conceptual de análisis se transpola a cada rincón del planeta. Como lo indica Gilpin³³, para el Estado las fronteras territoriales son la base obligada de la autonomía nacional y la unidad política. Para el Mercado, por el contrario, es imperativa la eliminación de todos los obstáculos políticos y de otro tipo que entorpezcan la operación de los aceitados mecanismos que potencien la fluidez en los intercambios económicos trasnacionales. En este aspecto, se torna fundamental el rol que cumple el Estado ante el avance del Mercado y los diversos actores transnacionales en el mundo actual.

Ya a finales de la década de 1980's, Cox establecía que la internacionalización del Estado se definía por la conversión del mismo “en una agencia que ajusta las prácticas y políticas de la economía nacional a las exigencias de la economía global”.³⁴ Reforzando este concepto, Falk indica que el “Estado se vuelve un cinturón transmisor desde la economía global a la nacional. Un gran número de políticas nacionales son formuladas por las élites internacionales que actúan a través de las instituciones transnacionales”.³⁵

En este sentido, las poderosas fuerzas del mercado, a través de los flujos financieros, comerciales y de inversión extranjera, tienden a eludir las fronteras nacionales a fin de escapar del control político y poder in-

³³ Gilpin, Robert, *The political economy of International Relations*, Princeton University Press, USA, 1987, pp. 21-22.

³⁴ Cox, Robert, *Production, Power and World Order*, Columbia University Press, New York, 1987, p. 257.

³⁵ Falk, Richard, *La globalización depredadora*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2001, p. 187.

tegrarse a las sociedades en función de su conveniencia (donde son más productivas y rentables). Cuando no pueden evitar el obstáculo estatal, le exigen al mismo que se centre en delinear y controlar un estable proceso de crecimiento económico y acumulación de capital: si bien el transnacionalismo y la desregulación han reducido el rol del Estado en el gobierno de los procesos económicos, el mismo permanece como único garante de los derechos del capital (propiedad, contratos, etc.), ya sea nacional o extranjero.

En este aspecto, se espera que el Estado mantenga la ley y el orden dentro de sus fronteras, evitando así que el territorio bajo su dominio se convierta en una zona ‘dificultosa’ para los inversionistas. Para completar el proceso de atracción, es importante recortar impuestos y dar exenciones impositivas, debilitar las leyes laborales y generar laxas regulaciones medioambientales - amordazando a las organizaciones defensoras de los trabajadores y a las ONGs promotoras de un planeta limpio -, y eliminar todo vestigio de restricciones al comercio y a los movimientos de capital. Y finalmente, transmitirle a la sociedad toda una aceptación generalizada para con la globalización; describiéndola desde el sentido común como un incontrolable, inevitable, y en el mejor de los casos, un deseado proceso.

Por el contrario, la mayoría de los gobiernos, lejos de posicionarse vehemente en pos de los intereses colectivos de la ciudadanía, simplemente acompañan este proceso: la distribución y regulación del capital quedan en un segundo plano, aislando a los mercados y sus decisores de cualquier tipo de responsabilidad democrática. La realidad es que solo se limitan a restringir, encauzar y hacer que las actividades económicas sirvan a los intereses manifiestos de los grupos de poder asociados a ellos mismos (que suelen conjugarse con los objetivos del gran capital trasnacional).

Para citar una medida específica - de las más importantes -, Egan³⁶ desarrolla el concepto referente a los Estados que enfatizan la promoción de la ‘competitividad’. Aunque los incrementos de productividad y las re-

³⁶ Egan, Daniel, *The Limits of Internationalization: A Neo-Gramscian analysis of the multilateral agreement on investment*, University of Massachusetts, USA, Vol. 27 N° 3, 2001, pp. 78-79.

ducciones de costos generan una fragilidad sistémica que acarrea enormes consecuencias socio-económicas negativas, la dialéctica gubernamental solo gira en torno a la ‘incapacidad’ de realizar otro tipo de políticas para enfrentarse con un ‘proceso globalizador avasallante y extremadamente competitivo’. Ocampo³⁷ refuerza este concepto señalando que existen enormes incentivos de los países a mostrarse individualmente como los más atractivos para las inversiones: alta movilidad del capital, creciente producción susceptible de relocalización, y un sostenido debilitamiento de los mecanismos históricos de acción concertada.

En referencia a este último punto de tinte geopolítico, Hardt y Negri³⁸ afirman que la globalización de la producción y el intercambio han significado que las relaciones económicas se hayan vuelto más autónomas de los controles políticos, con la consecuente declinación de la soberanía estatal. Algunos sectores han celebrado esta nueva era como la ‘liberalización de la economía capitalista’ de las restricciones y distorsiones que las fuerzas políticas les han impuesto; otros lo lamentan ya que lo entienden como un cierre de los canales institucionales a través de los cuales el ciudadano medio puede influenciar o desafiar la lógica fría de los beneficios corporativos.

Attina³⁹, por su parte, indica que una nueva forma de geopolítica, conducida por las fuerzas económicas del mercado internacional, compite actualmente con los Estados-Nación; pero que sin embargo, no asumen responsabilidad alguna de gobernanza dentro del sistema global. Al mismo tiempo, el Estado se encuentra desafiado por fuerzas de ámbito más reducido que, con políticas de identidad rivales al Estado, reducen la capacidad de los gobiernos y fragmentan los espacios políticos estatales.

Como contrapunto, las corporaciones multinacionales y los grandes actores financieros actúan generalmente de manera anónima, escondidos bajo nombres tales como ‘mercados mundiales’ o ‘inversores

³⁷ Ocampo, José Antonio, *Toward a Post-Washington Consensus on Development and Security*, Revista de la CEPAL N° 74, Chile, 2001, pp. 7-20.

³⁸ Hardt, Michael & Negri, Antonio, *Empire*, Harvard University Press, USA, 2000, prefacio.

³⁹ Attina, Fulvio, *El sistema político Global*, Editorial Paidós Ibérica, Barcelona, 2001, p. 81.

globales'. Como indica Bauman⁴⁰, son fuerzas cambiantes y huidizas, esquivas, difíciles de localizar y sancionar. Tampoco tienen residencia fija: son extraterritoriales - a diferencia de los poderes eminentemente territoriales del Estado -, y tienen la capacidad de moverse libremente alrededor del planeta, en contraste con las agencias gubernamentales que se mantienen irrevocablemente sujetas al suelo, y deben rendir cuentas por ello a los ciudadanos que representan.

Para citar un ejemplo, en la actual economía global muchos sectores se organizan en cadenas de valor mundiales, como son por ejemplo los casos de las industrias manufactureras (textil, electrónica, etc.), o las de productos agrícolas (azúcar, café, etc.). En estos sectores, las empresas multinacionales no solo abaratan costos al controlar complejas redes de proveedores en todo el planeta, sino que además obtienen enormes beneficios al contratar a trabajadores en países donde los salarios son denigrantes.

En adición, este escenario se encuentra enmarcado en un proceso que ha potenciado la competencia entre los capitalistas locales y foráneos. Los nichos son escasos, pero las alianzas y complementariedades han abierto oportunidades para aquellos que, sin distinguir nacionalidad, pueden proveer bienes y servicios a buen precio y calidad en todos los rincones del planeta.

Los Estados tienen una participación fundamental para balancear este esquema. Por un lado, buscan ayudar a sus empresas nacionales - vía subsidios, exenciones impositivas, promociones - para que puedan exportar y/o instalarse en otros mercados. Por otro lado, tratan de ser condescendientes con el capital internacional: existen grandes intereses económicos en juego – como se mencionó previamente, los masivos flujos de capital vertidos a través de la Inversión Extranjera Directa (IED) o mismo el Capital líquido de corto plazo pueden ser claves para el crecimiento económico o la estabilización del tipo de cambio, entre otros -, como así también su representación como enormes conglomerados financieros que poseen un

⁴⁰ Bauman, Zygmunt, *La sociedad sitiada*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 1^a ed. 5^a reimp., 2007, p.92.

gran poder de Lobby en los Organismos Internacionales y pueden generar expectativas positivas (o negativas) para con el país determinado en cuestión.

En este aspecto, Petras y Veltmeyer⁴¹ aseveran que uno de los mitos más grandes de la era de la globalización es el de un Estado sin poder, vaciado y despojado de sus funciones frente a un poder corporativo global desencadenado. Los autores recalcan que todos los Estados del planeta, aunque han sido parcialmente ‘desmantelados’, no han sido ni debilitados ni reducidos en términos de sus diversos ‘poderes’; antes bien, han sido reestructurados para servir mejor los intereses de la clase capitalista transnacional.

Mann⁴² adhiere a la idea y cuestiona seriamente la amenaza que el sistema capitalista representa para el futuro del Estado, en la medida en que las economías mantienen aún una fuerte dependencia del aparato estatal, incluso frente al crecimiento de las dinámicas de carácter transnacional. Tal dependencia se advierte a través de la coexistencia de dos aspectos importantes. El primero se relaciona con el papel central del mercado interno en la dinámica de las economías nacionales, mientras que el segundo hace alusión a los fuertes vínculos que atan a las compañías multinacionales con la legislación e infraestructura de sus países de origen.

Este fenómeno también se presenta en el ámbito de los mercados financieros - considerados como el sello distintivo de la economía global -, que requieren para su expansión la fijación de ciertos parámetros desde el ámbito estatal, como son los precios de las acciones de acuerdo con los mercados nacionales de valores, las leyes corporativas o las prácticas contables. Un ejemplo es la *Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP)*, el potencial acuerdo de libre comercio entre los Estados Unidos y la Unión Europea, donde se destaca una cláusula que permitiría

⁴¹ Petras & Veltmeyer, *Las dos caras del Imperialismo, vasallos y guerreros*, Editorial Lumen, México D.F., 2004, p. 25.

⁴² Mann, Michael, *El futuro global del Estado Nación*, Revista Análisis Político Nº 38, Bogotá p.12.

que compañías multinacionales presenten demandas contra los gobiernos para exigir compensaciones cuando las regulaciones afecten sus ganancias.

En cuanto a este último punto, el capital financiero especulativo también posee un rol central. Tal como lo indican Sacroisky y Rivas, “El rol asumido por el capital financiero en los tiempos de la globalización financiera, en donde la creación y explosión de burbujas han sido moneda corriente, no fue solo el producto de las libres fuerzas del mercado, o de la revolución tecnológica que imprimió una alta velocidad a las transacciones. Se requirió sobre todo un Estado activo que se autodestruyera en algunos aspectos, pero se fortaleciera en otros para avanzar en este proceso”.⁴³

Los que sí han perdido poder, en menor o mayor proporción según la región o el país en el cual se encuentren insertos, han sido las clases medias, la masa trabajadora y los excluidos. A través de los cierres de Pymes, despidos o congelaciones salariales, las víctimas de las reestructuraciones - a pesar de que los trabajadores constituyen el actor principal en términos de mantener la competitividad y rentabilidad corporativa -, se han mostrado generalmente pasivos en las últimas décadas; reflejo indudable de un sentimiento de impotencia y una profunda incapacidad para plantear desafíos eficaces derivado especialmente de la disminución de su fortaleza política y su poder económico.

Peor aún: en un mundo cada vez más globalizado, los acreedores finales no reclaman de manera directa, ni se encuentran enmarcados dentro del escenario nacional. Financistas, Organismos Internacionales y terceros Estados, homogenizan sus reclamos de deuda pública y privada al presionar a los gobiernos para que paguen los compromisos asumidos; esta situación solo genera un escenario recesivo, con mayor ajuste, y un gran impacto sobre una porción mayoritaria de la ciudadanía fuertemente dependiente de la protección estatal.

⁴³ Sacroisky, Ariana y Rivas, María Sol, *Globalización Financiera y Crisis. Los límites que impone la OMC para la regulación estatal*, Cefid-ar, Documento de Trabajo N°42, Argentina, Abril de 2012.

Durfee y Rosenau⁴⁴ lo han explicitado con claridad: los gobiernos que no aplican las recetas estabilizadoras pro-sistémicas - que benefician mayoritariamente a los acreedores y potencian la concentración de riqueza -, quedarán 'aislados' del sistema financiero/económico internacional y deberán resolver las problemáticas sociales por sus propios medios. Concretamente, cualquier gobierno que realice una acción significativa dirigida contra los intereses concentrados, encontrará como resultado una crisis económica y la huida del capital del territorio estatal.

A consecuencia, un dilema permanente para los diferentes gobiernos del mundo es la gran problemática que genera el capitalismo *per se* como sistema global: por un lado, planta las semillas políticas de su propia destrucción en la medida que difunde la tecnología, la industria y el poder militar; por el otro, crea competidores extranjeros de menores salarios que pueden terminar denostando a la economía antes dominantes en el campo de batalla de los mercados mundiales.

Este escenario ha derivado en profundos cambios en la ubicación geográfica y el foco de las actividades económicas, modificando en las últimas décadas la distribución de la riqueza y el poder entre los Estados. Dicha redistribución y sus efectos en la posición y el bienestar de los gobiernos individuales ha acentuado el conflicto entre los mismos; ya sea entre los más desarrollados, o con aquellos que se encuentran todavía en etapas donde la inequidad y la falta de una institucionalidad positiva son moneda corriente.

En este aspecto, históricamente el sistema era impulsado desde las regiones del Norte desarrollado (Norteamérica, Europa y Asia Oriental), ya que estas generaban la mayor parte de la producción mundial, dominaban el mercado y poseían el control de los Organismos Internacionales que legislan la dinámica global. Sin embargo, en las últimas décadas esta hegemonía ha comenzado a revertirse: por un lado, con la migración de las empresas y capitales hacia los países del Sur que ofrecen mayores ventajas comparativas en términos productivos y financieros; por el otro, con la

⁴⁴ Durfee Mary y Rosenau, James, *Playing Catch-Up: International Relations Theory and Poverty*, The Nottingham University Journal of International Studies, Great Britain, 1996, p.529.

presencia de otros actores Estatales de importancia (China, Rusia, etc.) en un contexto de multipolaridad creciente.

En definitiva y para concluir, la lógica global nos muestra una profunda interdependencia compleja, donde los diversos actores estatales y no estatales alrededor del mundo pujan por sus intereses y condicionan las políticas públicas en pos de objetivos que suelen ser difusos y dinámicos. Lo que sí se aprecia es que el Estado todavía tiene - en mayor o menor medida - un rol que cumplir en la arena global; y según el compromiso y el posicionamiento que tome, puede tornarse fundamental y diferenciador en la vida de las personas a lo largo y ancho de nuestro planeta.

El contexto doméstico: El triunfo del interés

concentrado

“Controla los alimentos y controlarás a la gente; controla el petróleo y controlarás las naciones; controla el dinero y controlarás el mundo”

Henry Kissinger

A la hora de mirar hacia adentro, los gobiernos nacionales buscan maximizar sus propias capacidades, minimizando al mismo tiempo las consecuencias adversas de los acontecimientos internacionales. En este sentido, Putman⁴⁵ sostiene que un objetivo de todas las estrategias de la política económica es lograr que la política nacional sea compatible con la internacional.

Lo que ha ocurrido es que al ser variados los grados en los que la interdependencia económica establece relaciones jerárquicas, de dependencia y de poder entre los grupos y las sociedades nacionales, los diversos gobiernos del mundo han intentado permanentemente asegurar su propia independencia e incrementar la dependencia de los otros Estados.

⁴⁵ Putman, Robert, *Diplomacia y política nacional: la lógica de los juegos de doble nivel*, MIT Press Journals, USA, 1996, pp. 75-76.

Solo para citar un ejemplo empírico de la complejidad que implica la interrelación económica y diplomática – utilizando la dinámica doméstica como arma de negociación -, en el año 2014 la Unión Europea (UE) denunció a Brasil ante la Organización Mundial del Comercio (OMC) por conceder subsidios ‘ilegales’ a sectores fabriles, especialmente a la industria automotriz. Para los europeos, este es un punto nodal: “Brasil recurrió a ese régimen fiscal de manera incompatible con las obligaciones ante la OMC, al conceder ventajas a las industrias nacionales y protegerlas de la competencia”⁴⁶, sosténía el comunicado de la Unión Europea.

Sin embargo, lo más interesante es que también se señaló que las medidas perjudicarían a los consumidores brasileños que “se ven afectados por precios más elevados, por una oferta limitada y un acceso restringido a las innovaciones”.⁴⁷ Es decir, en la disputa diplomática, se utilizan como ‘rehenes’ de la puja a aquellos ciudadanos del Estado acusado; el cual, en teoría, defiende los intereses de su propia población, ‘a pesar de estar tomando políticas económicas erróneas’ para con ellos según la UE.

Por lo tanto, la diversidad de las interpretaciones conlleva a otra característica importante de análisis que se desdobra en dos: la desnacionalización del Estado por un lado - o sea, un Estado con necesidad de gestionar las presiones globales - y la desestatización de la regulación social. En este sentido, se observan diariamente acuerdos comerciales y de liberalización a nivel regional o global, pero los programas sociales para palear con las problemáticas socio-económicas derivadas dependen de cada país en particular: solo para citar un ejemplo, la palabra ‘libertad’ ha sido exclusivamente dirigida hacia el capital y los mercados asociados al comercio y las inversiones, pero condicionando al ámbito nacional el mercado laboral.

A consecuencia, la globalización ha recortado y limitado las capacidades de los Estados para satisfacer las demandas sociales, favoreciendo su fragmentación. Bajo este escenario, la problemática podría encon-

⁴⁶ http://www.clarin.com/mundo/Brasil-impuestos-industria_automotriz_0_1240676045.html

⁴⁷ Ibidem.

trarse en el desfasaje, y a veces la contradicción, que existe entre el cambio radical del mundo y las estructuras políticas ligadas al pasado. Estos dos factores no evolucionan a la misma velocidad ni de forma armoniosa, por lo cual son las estructuras del Estado, sometidas al doble proceso de la globalización y la desintegración, las que se encuentran en tela de juicio.

Lo expuesto sostiene la idea de que la pérdida de poder del Estado se acentúa con la profundización del sistema capitalista, ya que la existencia misma del Estado se embebe bajo una definición territorial de cada sociedad en particular, con sus ciudadanos, su dinámica económica, sus problemáticas. Y en un escenario estructural de carencias institucionales y productivas, solo conlleva a acentuar el sufrimiento de regiones y pueblos vulnerables y desfavorecidos; donde en términos empíricos se visualiza claramente una doble ofensiva contra el trabajo (disminución del salario real, desregulación, deslocalización) y contra el Estado (privatizaciones, exigencias de mayor eficiencia/productividad).

En cuanto a este último punto, el discurso desideologizante del capitalismo actual, apela a argumentos del orden técnico-profesional para presentar como inevitables los programas políticos cada vez más recurrentes: esto es, para recortar el perímetro social de la acción estatal y retrotraerla a sus funciones weberianas ligadas al orden y a las necesidades básicas, primero hubo que delinear discursivamente un Estado ‘sobredimensionado y derrochador’.

En este aspecto, la conveniente lectura que resalta la ineficiencia en la asignación de recursos, el desequilibrio en las variables económicas y la arbitrariedad en los criterios de justicia social, se presenta como inequívoca, objetiva y surgida de los datos duros de la realidad (aunque siempre las muestras privilegian determinadas experiencias y acomodan a discreción las variables cuidadosamente seleccionadas).

Por ello, los Estados del siglo XXI se suelen focalizar primordialmente en la adopción de las políticas fiscales y monetarias necesarias para mantener la estabilidad, la creación de la infraestructura básica para dinamizar la actividad económica, y la provisión de un mínimo control social (con gran imaginación se proponen políticas increíblemente creativas) que provean previsibilidad de largo plazo.

Se torna entonces evidente que, a pesar de denostarlo, las élites económicas requieren del respaldo gubernamental para debilitar la posición negociadora de los trabajadores, lograr una reducción de sus costos fiscales, u obtener incrementos en los subsidios para con los servicios públicos de los que puedan verse beneficiados. Es decir, manipulando las decisiones macroeconómicas en pos de los intereses concentrados.

En este contexto, el objetivo prioritario de los gobernantes - aunque claramente no el natural, originario y ético -, se transformó en el perpetuar el poder de las élites políticas y económicas (o sea auto-beneficiarse y ceder/negociar con el Capital concentrado), siendo estas las que representarían los ‘intereses del Estado’, ya que son quienes poseen la ‘capacidad de conducir el país y redistribuir la riqueza para el bienestar colectivo’.

Sin embargo, esta relativa calma se suele resentir frecuentemente ante el creciente número de participantes en el juego económico; el cual ha conllevado a que la búsqueda de apropiación de los excedentes generados sea el foco de disputa de los diversos actores económicos (más o menos poderosos) a nivel intra-nacional. En este aspecto, el Estado continúa siendo el actor soberano y único capaz de promover políticas que balanceen los diversos requerimientos e intereses.

En cuanto a los más desfavorecidos - clases medias profesionales, Pymes, obreros, excluidos -, estos persiguen sus intereses intentando presionar a los gobernantes para que adopten políticas que les generen al menos mejoras marginales en su calidad de vida. Pero solo tienen el voto (cuando no es fraguado y vilipendiado) para alcanzar, aunque sea, meros objetivos puntuales. Para con ellos, las élites solo buscan construir coalicio-

nes entre los diferentes actores económicos y políticos que les permitan desarrollar políticas ‘generalistas positivas’, pero que claramente no afecten el statu-quo.

Por otro lado, las élites económicas buscan incesantemente el poder y se intercambian sus lugares privilegiados según sus posibilidades y contactos entre las élites políticas dentro de cada proceso democrático. Es decir, cambios cosméticos para que nada cambie.

En este aspecto, los políticos también requieren ingente liquidez financiera para su ascenso al poder (o para permanecer en el mismo), por lo que nadie en el mundo corporativo se puede mantener al margen de las fuertes presiones existentes sobre los gobiernos; sencillamente porque perderían terreno frente a la competencia – como es el caso de las grandes compañías, las cuales buscan constantemente acabar con los monopolios rivales –, o les afectaría indirectamente, a través de medidas de política macroeconómica que puedan afectar sus intereses particulares.

Cabe destacar que la lógica monopólica derivada de las etapas ulteriores del capitalismo es central para comprender el desempeño estatal. El resultado neto de aquellos que ya han lucrado en un mercado monopolizado – luego de haber desplazado al primer estadío de la teórica ‘competencia perfecta’ –, es retirar sus ganancias y buscar algún otro mercado al cual monopolizar. En este sentido, el papel de los gobiernos se torna fundamental, ya sea como creadores o destructores de monopolios (potenciando utilidades), así como de legitimadores ‘neutrales’ de prácticas monopólicas, o compradores a una escala quasi-monopsonista de bienes costosos.

Ello retrotrae el círculo vicioso y conlleva, finalmente, a que bajo la cooptación de del poder por parte de determinados grupos económicos, otros intentarán desplazar al gobierno aliado de turno; lo que conlleva a que se genere inevitablemente un sistema ineficiente (como mínimo), pero seguramente corrupto como media normalizada de la actual vida política.

Bajo la descripta dinámica sistémica, este sistema clientelar se encuentra enmarcado, como lo indica Geddes, en un “modelo de líderes políticos racionales y concentrados en sus propios intereses, donde el desarrollo de capacidades burocráticas genuinas dependen de si sirven o no a los objetivos inmediatos para con su carrera en la política.”⁴⁸ Esta racionalidad alternativa no busca ni la eficiencia ni la eficacia, sino el lucrar con el Estado a través de relaciones clientelares y en pos de los intereses concentrados creados.

North lo describe de forma parecida: “Existen dos tipos generales de explicación del Estado: una teoría del contrato (o ‘visión neoclásica’) y una teoría de explotación o teoría depredadora. Este último punto de vista considera que el Estado es el agente de un grupo o clase; mientras su función no es otra que extraer los ingresos del resto de los habitantes en beneficio de este mismo grupo...”⁴⁹

En tanto esto último, para alcanzar este objetivo se necesita mantener un firme sendero de coerción sobre los perdedores y excluidos: represiva en términos jurídicos, políticos y policiales/militares. Como además la situación es estructural y global, en este empréstito reciben permanentemente los apoyos de las principales potencias estatales (de forma directa o a través de sus conglomerados corporativos) y de los Organismos Internacionales; quienes aprovechan y utilizan términos como terrorismo, insurgencia y violencia sectaria, para justificar el accionar represor de gobiernos con un alto grado de debilidad y desaprobación doméstica.

En definitiva, lo expuesto ha dejado en claro que las élites económicas necesitan permanentemente a los Estados - tanto como los pobres y marginados - para defender sus intereses; aunque estos no siempre se condigan con el generar y desarrollar los beneficios colectivos necesarios en base a objetivos ligados a la equidad y la justicia social. Lo que existe en la mayoría de los escenarios nacionales alrededor del mundo es una estra-

⁴⁸ Geddes, Bárbara, *Politician's dilemma: Building State capacity in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1994, p. 7.

⁴⁹ North, Douglass, *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 37.

tegía de fragmentación, corrupción y porque no auto-implosión de los gobiernos; cada vez más alejados de su razón de existencia *per se*, solo buscan garantizar un statu-quo que se encuentra en permanente contraposición a los intereses de los más desfavorecidos.

En este sentido, la política gubernamental se terminó centrando en la generación de un marco institucional apropiado para la organización/explotación del trabajo y los recursos naturales al proteger los derechos de propiedad y la ‘institucionalidad democrática’ para su consecuencia; y cuyo fin continúa - y continuará - siendo la acumulación de capital en todas sus formas.

***La gran contradicción:
Los perdedores bajo la lógica estatal***

“Cuando las calamidades caen sobre un Estado, se olvidan de los dioses y nadie se preocupa en honrarlos” Eurípides

Más allá de la ética y las capacidades que derivan luego en la eficiencia y eficacia (o no) de cada uno de los gobiernos, los mismos se encuentran, por un lado, en un proceso de constante adaptabilidad; por otro lado, buscan incrementar permanentemente su margen de maniobra. En este sentido, el irreversible contexto de incrementos en los precios de las materias primas y los alimentos, proveniente esencialmente del crecimiento demográfico global y la inclusión de millones de seres humanos al mercado de consumo esencial, requiere, como mínimo, un Estado activo.

Sin embargo, la democracia real, es decir no sólo en términos electorales sino bajo una lógica de equidad distributiva de la riqueza generada, ha sido permanentemente puesta en discusión en las últimas décadas. En este sentido, los gobiernos ‘democráticos’ no han podido arribar a resultados consistentes, racionales y eficientes; lo que le ha otorgado una legítima transferencia de responsabilidad - por default - a la preeminencia autoritaria del mercado.

Tal como lo menciona Gerschenkron⁵⁰, las problemáticas - como las soluciones a estas - que se le presentan a los Estados son variadas. Por un lado, los gobiernos no generan instituciones que permiten distribuir los mayores riesgos en una amplia red de dueños de capital, mientras que las Pymes no pueden ni desean asumirlos en un contexto de permanente perjuicio cíclico. En tales circunstancias, mientras el Estado debe actuar como empresario sustituto u ofrecer subsidios desequilibrantes para instar a los capitalistas privados a invertir, también tiene que ocuparse de aliviar los cuellos de botella que generan los desincentivos para la inversión y la producción.

Por otro lado, cuando el consumo no es balanceado equilibradamente por la inversión y el ahorro, y tampoco se realiza una política económica prudente en términos de solvencia fiscal y monetaria, el círculo vicioso del endeudamiento desarrolla un ciclo estructural de déficit público que mella sobre las capacidades gubernamentales de crear un escenario de crecimiento y desarrollo que haga sustentable una equidad distributiva con altos niveles de calidad de vida.

Para explicar este contexto, Wallerstein⁵¹ sostiene que la crisis fiscal proviene de la confluencia de dos presiones: por un lado, las demandas que imponen a los Estados los productores capitalistas para recibir más y más servicios y redistribuciones financieras; por el otro, las demandas del resto de la población, las cuales los políticos suelen ubicarlas bajo el rubro de ‘democratización’. En pocas palabras, todos quieren que los Estados gasten más, no solo los trabajadores y excluidos, sino también las élites económicas; por lo tanto, si los Estados han de gastar más, deben incrementar la recaudación para solventar esta demanda.

⁵⁰ Gerschenkron, Alexander, *Economic backwardness in historical perspective, a book of essays*, Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 1962 citado por Evans, Peter, *El estado como problema y como solución*, Universidad de Berkeley, California, pp. 540-541.

⁵¹ Wallerstein, Immanuel, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Siglo XXI editores, Madrid, 1988, p. 43.

El problema surge cuando se analiza que, a pesar que el Gasto Público ha transitado bajo una media histórica de crecimiento constante, los ingresos han sufrido vaivenes cíclicos de tendencia decreciente, en consonancia con la pérdida de poder de los gobiernos en la calidad de actores decisores en el ámbito económico nacional e internacional.

Así podríamos continuar evaluando los escenarios subsiguientes. Bajo la lógica capitalista, tarde o temprano, la dinámica macroeconómica (altos niveles de inflación, desempleo, etc.) y productiva comienzan a resentirse fuertemente, conllevando a que el escenario socio-económico también se deteriore. A consecuencia, se destaca una turbulencia en cascada: la mayoría de la ciudadanía, ante el declive en su calidad de vida, comienza a demandar cambios; los gobiernos no pueden proveerlos, por lo que los ciudadanos reaccionan - ya sea activamente en las calles o a través de elecciones -.

En el corto/mediano plazo, el deseo de una mejor calidad de vida conlleva a que las presiones políticas y las tensiones se acrecienten. Mientras el Mercado se encuentra lejos de cualquier tipo de obligación a brindar respuestas - ya que su derecho discrecional legitima su favoritismo hacia determinados intereses (los cuales no siempre son medianamente colectivos) -, el foco del reclamo se centraliza en el deber gubernamental. En este sentido, los liberales argumentan que el Mercado es un desarrollo institucional creado para obtener beneficios y no para hacer caridad. Y donde el mercado no encuentra rentabilidad, se retira. Ante este contexto, es muy probable que se vislumbre aún más el ahogo y la incapacidad de generar una respuesta plausible por parte del Estado.

Bajo el marco expuesto, las políticas hacia los más desprotegidos quedan relegadas en relación al objetivo real de las élites políticas que controlan y manipulan al Estado: salvar a la macroeconomía financiera para brindarle estabilidad y previsibilidad a los grandes grupos empresarios que, cautelosos y expectantes, temen que sus activos e ingresos corran algún tipo de riesgos; ello a pesar de que suelen disfrutar de mano de obra a bajo costo, beneficios fiscales y altos niveles de rentabilidad. En definitiva,

continuar recibiendo los privilegios necesarios del poder político para incrementar más aún su riqueza.

Por su parte, para los pequeños propietarios, cuentapropistas, trabajadores y excluidos, el único mensaje es la espera paciente de la recuperación económica y un efecto derrame que raramente llega con la fuerza necesaria a todos los destinatarios: por el contrario, lo que suele ocurrir es que ante la falta de respuestas concretas sustentables, a los más desprotegidos solo les queda aferrarse a los beneficios adquiridos y oponerse a medidas gubernamentales que disminuyan sus ingresos.

Estos ‘perdedores seriales’ en la lucha por los recursos, le exigen como pueden al Estado - aunque desinformados, atomizados, y engañados mayoritariamente -, que actúe para paliar la pobreza generada por las mismas inequidades del juego sistémico. El pedido a gritos de un Estado que propicie la equidad, no intenta distinguir los casos de complicidad o de verdadera debilidad de los gobiernos; la ciudadanía solo observa a los gobernantes de turno como el único canal, aunque infructuoso, de reclamo.

En este contexto, aunque la lógica de los Estados-Nación se impuso históricamente a nivel sistémico debido a que su dinámica institucional les confirió una ventaja a la hora de movilizar los recursos de sus sociedades, en la actualidad, tal como lo indica Falk⁵², se vive una época en la que los Estados están perdiendo su ventaja organizativa en la provisión de bienes públicos. Rotberg⁵³ lo sostiene de este modo: los Estados-Nación fallan porque ya no pueden proveer más bienes políticos positivos para su gente. Sus gobiernos carecen de legitimidad y, ante los ojos y los corazones de una creciente pluralidad de sus ciudadanos, el Estado-Nación en sí mismo se vuelve ilegítimo.

⁵² Falk, Richard, *La Globalización Depredadora*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2002, pp. 60-61.

⁵³ Rotberg, Robert, *The New Nature of Nation-State Failure*, The Center for Strategic and International Studies and the Massachusetts Institute of Technology, The Washington Quarterly, 2002, p. 85.

Dado que entonces la inefficiencia y la corrupción sobrepasan mayoritariamente las buenas voluntades de los elegidos por la ciudadanía, se potencia un contexto que se multiplica día a día en el escenario global: Estados mellados negativamente en sus capacidades (débiles y descreídos), disminuidos en su hacer para con el producto social - donde se considera su papel como un gasto y no como una contribución al desarrollo económico, social y cultural -, e inmersos en un contexto internacional cada vez más competitivo y complejo ante la diversidad de actores e intereses en pugna.

Cabe destacar que, enmarcados en esta yuxtapuesta trama sistémica, los políticos que sí desean cumplir con su deber de proveer e incrementar la calidad de vida de sus representados - sobre de todo los más necesitados -, buscan fortalecerse ante el avasallamiento de los diversos grupos y estratos sociales que mellan sobre su margen de maniobra para cumplir, de forma eficiente y efectiva, sus funciones.

Por ahora, el temor a las crisis derivadas de las inefficiencias de política económica, o al accionar de los mercados ante los perjuicios sobre los intereses de ciertas élites (tanto públicas como privadas), parecen tener más preponderancia que las políticas públicas proactivas, firmes e inclusivas. En este sentido, cuando la pobreza y las inequidades son estructurales, la pasividad gubernamental solo deteriora los indicadores de desigualdad y potencia los ciclos viciosos y acumulativos de desempleo y marginalidad.

El derrumbe socio-económico descripto solo ha generado más temores y violencia; lo que se ha visto reflejado empíricamente en un incremental apoyo de la ciudadanía a los políticos reaccionarios: desde nacionnalistas que demandan que se finalice con las tendencias globalizadoras - como la inmigración - provocadoras de escenarios domésticos de permanente inestabilidad, hasta la eliminación de políticas sociales sobre los sectores más vulnerables que no son 'apegados al trabajo'.

En definitiva, si los gobiernos no logran nivelar y consensuar un plano ético y político de diálogo, difícilmente se podrá lograr la inmediata redistribución de la riqueza tan necesaria para aquellos que, indefectible-

mente, no tienen tiempo para esperar los falsos milagros macro y microeconómicos fomentados por los grupos concentrados de interés.

Lo único que queda claro es que cuando los más desfavorecidos han necesitado a los Estados para que los contengan ante el aluvión que representa la presión de las fortalecidas élites económicas de la globalización neoliberal, más han sentido que desde la órbita gubernamental - cuales responsables de brindarles la protección social adecuada -, los han abandonado.

El sistema financiero

Economía Real Vs. Economía Financiera

“Si los mercados fueran eficientes, yo estaría pidiendo caridad en la calle”

Warren Buffet

Si la economía en general tiene un alto componente de expectativas, lo que permite que la economía financiera sobreviva y prospere es nuestra confianza en el futuro. Por ejemplo, solo una ínfima parte de la población humana tiene conocimiento de que no todo el dinero que se encuentra en las cuentas bancarias se encuentra cubierto por monedas y billetes reales. Menos aún, que solo una parte es la que se encuentra cubierto por bienes y servicios reales.

En este sentido, mientras vivimos una realidad desconocida o encubierta por determinados intereses, se han desarrollado todo tipo de tesis: desde las relacionadas al engaño, pasando por el funcionamiento lógico de tinte estadístico, o simplemente comprendiendo las asombrosas capacidades de la imaginación humana para sostener la supervivencia de un sistema dado que parecía funcionar ‘correctamente’ de algún modo. Sin embargo, lo que sí es seguro es que las expectativas a futuro fueron la clave para salir del estancamiento económico en los primeros siglos del capitalismo.

En las etapas previas, se creía que la cantidad total de riqueza era limitada y las próximas generaciones no producirían más que la presente. Los negocios parecían un juego de suma cero, donde la riqueza de uno se obtenía a expensas del otro. Este concepto negativista era inconcebible para el desarrollo sistemático. Se necesitaba generar una nueva lógica, donde la ciudadanía pueda acordar la representación de bienes imaginarios (bienes que no existen en el presente) con un tipo de dinero especial, al que luego llamarían crédito.

El crédito nos permite construir el presente a expensas del futuro. Se basa en la suposición de que es seguro que nuestros recursos futuros serán muchos más abundantes que nuestros recursos actuales: una serie de nuevas y magníficas oportunidades que se abrirán ante nosotros si podemos construir bienes y servicios en el presente utilizando los ingresos que obtendremos en un período de tiempo determinado.

Bajo esta lógica, mientras el crédito sirviera para la potenciación de la producción de bienes y servicios, los efectos positivos sobre el crecimiento del empleo y la mejora de la calidad de vida de las mayorías conllevaría a que el círculo virtuoso del capitalismo se limitaría a la puja de intereses entre la burguesía naciente - quienes sostenían su posición sistémica como inversores - y el proletariado, defendiendo que la reproducción del capital no es más que el producto de la clase trabajadora y, por lo tanto, depende de ella para el sostenimiento sistémico.

Quedaba claro que el sistema financiero - tal cual lo indicaba el objetivo teórico liberal previamente descripto - era de mero 'acompañamiento'. En palabras de Shumpeter, el banquero es el capitalista por excelencia que se sitúa entre los 'hombres de empresa' que se lanzan a la configuración de nuevas ideas, y los poseedores de medios productivos. Se tornaba evidente que la economía real necesitaba a su contraparte financiera para poder desarrollarse.

Sin embargo, la escuela *Regulacionista* francesa de principios de Siglo XX, generó un análisis con derivaciones contrapuestas, donde las complementariedades encuentran ciertas grietas que comienzan a ensancharse a medida que transcurren los años.

En la década de 1920's se produjo un desfasaje entre la producción y el consumo masivo, derivado de una modernización en la estructura productiva que había sido generada por nuevos procesos tecnológicos y formas de organizar las tareas; esto permitió alcanzar niveles de producción en escala inéditos, pero sin la ampliación correspondiente de las posibili-

dades de consumo: un desequilibrio que se manifestaba a partir de que una parte creciente del excedente no encontraba una demanda sostenible, dadas las fuertes desigualdades y la pauperización de los niveles de vida.

Mientras Keynes encontró la respuesta con una inyección de liquidez, los monetaristas solo observaban una salida no rentable de la inversión en la economía real: a medida que se fueran agotando las posibilidades de incrementar las ganancias en los mercados de bienes y servicios, el sistema financiero crearía una gran masa de recursos en la búsqueda de otras colocaciones rentables. Por lo tanto, la financierización representaba una respuesta del capital ante el estancamiento de la economía tangible.

Más aún, el corrimiento hacia el eje financiero tendría otros beneficios para el capitalista, como es el evitar todas las problemáticas sociales y políticas que conlleva la economía real: el capital monetario podría cumplir su ciclo de valorización sin salir de la esfera financiera (obviando el esquema productivo), al no abandonar la forma de dinero a través de la rentabilidad reproducida por la mera utilización y valorización de los mercados financieros.

También existe una lógica intermedia: el capitalista puede sencillamente retirar la parte del lucro social producido por el sector productivo a través de la tasa de interés, para luego traducir esa liquidez hacia un esquema financiero. Las cuentas bancarias de grandes corporaciones globales en paraísos fiscales son un claro ejemplo de utilidades derivadas de procesos productivos remitidas a ‘guardadas’ para su autoreproducción.

Y aquí se haya uno de los grandes dilemas. El que las élites económicas desarrollen una estrategia exclusivamente de valorización del capital sin siquiera generar algún tipo de proceso en la economía real, deriva en un escenario donde el mismo capital financiero no solo se torna el eje mesiánico de una economía concentradora de riqueza - porque la mayoría de los procesos de distribución se generan casi exclusivamente a través del aparato productivo, como el consumo y la mayoría de los impuestos -, sino

que acaba imponiendo el ritmo de inversiones sobre el capital físico, la infraestructura y el trabajo, además de presionar (o coaccionar junto) a las élites políticas para la toma de decisiones sesgadas en pos de sus propios intereses.

Lo que ha ocurrido luego de la Segunda Guerra Mundial es la propia expansión y potenciación retroalimentada de la esfera financiera descripta (deuda pública y privada, tasas de interés, mercados de bonos, activos ficticios ‘derivados’ de títulos, etc.). Para que ello sea factible, se ha producido un contexto tecnológico que desarrolló una dinámica global a través de los sistemas de provisión de servicios y manejo de la información⁵⁴; lo que ha permitido incrementar así el papel de los mercados financieros mundiales que operan crecientemente en tiempo real.

El fin del Estado de Bienestar generaba un sistema capitalista que ya no buscaba el retorno de altas tasas de ganancia a través de la confrontación con movimientos sociales y políticos que pretendían niveles dignos de bienestar de las mayorías. Tampoco una lógica que permanentemente incitara a los poseedores de capitales a trabajar puntualmente sus decisiones de inversión en la economía real, como podría ser el renunciar a las operaciones de ampliación de sus capacidades productivas en beneficio de inversiones destinadas específicamente a mejorar sus estados financieros de corto plazo. El cambio que se gestaba se dirigía hacia lo rápido, lo diversificado, lo descomunalmente rentable.

Para generar un sustento teórico que solidifique esta novedosa lógica financiera dominante, ha sido fundamental el contar con el aporte intelectual de la academia neoliberal, sobre todo a partir de la década de 1970’s. La misma se encargó de definir y promocionar la noción de ‘necesidad’ de una banca central independiente, la apertura comercial, la desregulación económica y las privatizaciones de empresas públicas como condición necesaria de una macroeconomía ordenada y previsible. Estas medidas, en realidad, conllevarían a un objetivo central: que el capital financiero pueda fluir sin obstáculos y con altos niveles de rentabilidad a lo largo y ancho del planeta.

⁵⁴ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Imperio*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002, p. 253.

Por parte del Estado, la utilización de las políticas activas de estímulo financiero por parte de los constreñidos gobiernos para favorecer la inversión productiva, se tornaban en muchos casos insuficientes ante las políticas de ajuste social que perjudican a la demanda y a las expectativas empresariales; sobre todo debido a que estos últimos observan un horizonte confuso sobre los beneficiados - y en qué términos relativos - y perjudicados en la actual puja de intereses.

Por otro lado, en la búsqueda de mayor seguridad, el capitalismo financiero ha generado un vínculo directo con las grandes corporaciones, siendo estas últimas mucho más estables que los pequeños y medianos productores de la economía real, quienes se encuentran expuestos frecuentemente a las quiebras ante un escenario global cada día más complejo y competitivo. Más aún, el crédito para la producción suele ser restrictivo y caro para las Pymes (con una clara decisión política en pos de los grandes grupos económicos que profesan una fuerte restricción para evitar la competencia) a través de tasas de interés 'usureras' que no les permiten ingresar y competir en los diversos mercados de la economía real.

En tanto los consumidores, el gran endeudamiento de las familias - derivado de la incentivación exponencial del sistema capitalista a la compra compulsiva - también originó un enorme crecimiento de las finanzas con este objetivo. Teóricamente, la expansión del crédito y el ascenso de la importancia relativa de la forma de dinero del capital, que es inseparable de esa expansión, significa que existe un permanente incremento en la velocidad, volumen y volatilidad de los movimientos del capital.

En este sentido, la expansión y la falta de administración del crédito conllevaron a que las deudas tomadas por sectores con medios y bajos ingresos, tuvieran como desenlace inevitable su incapacidad para hacer frente a los compromisos adquiridos; lo que a consecuencia repercute, como ha ocurrido en el año 2008, en un escenario de gran crisis financiera global. Por el contrario, los detractores resaltan la importancia del crédito como herramienta fundamental para sostener el consumo; es decir, sostener la demanda a través de altos niveles de endeudamiento de la población,

aunque el recurso se vuelva insostenible una vez que la deuda represente una porción cada vez mayor de ingresos de las clases medias y bajas, los cuales vienen siendo recortados drásticamente en las últimas décadas.

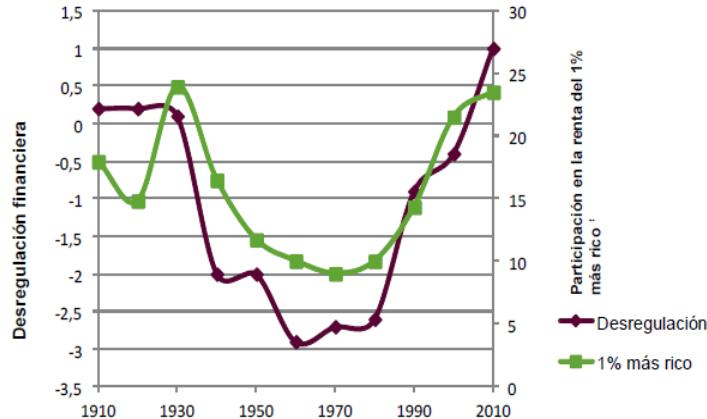
Como contraparte, la quiebra financiera de las mayorías lejos se encuentra de la preocupación de los grandes especuladores del mundo, aquellos adeptos de los avatares y las crisis económicas sistémicas del actual sistema-mundo. Al tener información prodigiosa o encontrarse 'protegidos' por los Organismos Nacionales o Internacionales (Bancos Centrales, Fondo Monetario Internacional, etc.), las élites económicas y políticas suelen escapar de las implosiones económicas a través de la ayuda financiera - con una inyección de liquidez dirigida - o política, presionando a la ciudadanía u a Estados endeudados para que repaguen/refinancien sus deudas.

En cuanto a este último punto, los gobiernos suelen utilizar también los préstamos derivados del movimiento internacional de capitales provenientes de los actores económicos y políticos rectores del actual sistema mundo (Instituciones Financieras, países rectores de la geopolítica internacional, etc.). Ello ha provocado que la mayoría de los Estados del planeta se encuentren hoy en día profundamente endeudados, lo que no solo ha causado estragos macroeconómicos (devaluaciones, déficits de Balanza de Pagos, etc.), sino también profundas grietas socio-económicas que han minado el aparato productivo minorista y han mellado fuertemente la calidad de vida de la mayor parte de la ciudadanía.

Finalmente, cabe destacar que una de las enseñanzas de todos los defaults ha sido la correlación entre la libre movilidad del capital y la ocurrencia de crisis bancarias y de deuda. Las secesiones de pagos son una expresión de la volatilidad de los flujos de capitales y se precipitan por un shock imprevisible - con excepción de las ya prevenidas élites -, como puede ser el alza de la tasa de interés internacional, la caída de los precios de materias primas o el estallido de burbujas especulativas; lo que no solo pone en evidencia la vulnerabilidad e inestabilidad sistémica de las economías, sino también el consecuente sufrimiento de las mayorías más humildes, desinformadas y endeble.

El gráfico a continuación es un claro ejemplo que demuestra, en la principal potencia económica del planeta en el último siglo, la existencia de una correlación directa entre la desregulación financiera y la desigualdad económica.

La relación entre desregulación financiera y desigualdad en los Estados Unidos de Norteamérica



Fuente de los datos: Financial Deregulation, <http://www.nber.org/papers/w14644.pdf>; Income share - Piketty and Saez (2003, 2012)

En definitiva, a lo largo de este apartado se ha expresado que la lógica financiera, como proceso virtuoso de generación de riqueza, se opone completamente a una dinámica distributiva y de desarrollo de los pueblos.

La rentabilidad financiera global lejos del control estatal

“Lo que quiere básicamente el capital financiero es moneda estable, no crecimiento” Noam Chomsky

Es claro que el capitalismo actual pone cabeza abajo el significado original del libre mercado. Los ‘mercados libres’ son en realidad economías libres para los buscadores de rentas, es decir, ‘libres’ de la regulación o tributación al estado de los ingresos no obtenidos a través de las utilidades y los rendimientos financieros.

La historia del último medio siglo lo ha demostrado. Como lo sostiene Bauman⁵⁵, el capital, de flotación libre, global y despolitizado, busca con denuedo zonas del mundo que permitan sacar partido del lucrativo diferencial (temporario y autodestructivo) en rincones del planeta sin instituciones de autodefensa ni protección estatal de los pobres y las tierras explotadas.

Firebaugh concuerda y sostiene que “aliviado de los controles y equilibrios locales y arrojado a la tierra de nadie en que se ha convertido la zona global, los capitales financieros acumulados en las partes desarrolladas del mundo han sido libres de recrear en lugares distantes las condiciones que regían en sus países de origen en los tiempos de la acumulación primitiva.”⁵⁶

Mientras una parte cada vez más minoritaria del aluvión de liquidez fluye apaciguadamente a la economía real, la tendencia exponencialmente creciente es dirigida hacia el capital especulativo para garantizar la capacidad de refinanciar deudas (potenciado por que las mismas - tanto

⁵⁵ Bauman, Zygmunt, *DAÑOS COLATERALES, desigualdades sociales en la era global*, Fondo de Cultura Económica, 1^a ed., Buenos Aires, 2011, p.72.

⁵⁶ Firebaugh, Glenn, *The New Geography of Global Income Inequality*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2003, p.69.

pública como privada - son un obstáculo mayúsculo para redirigirse hacia el consumo y el capital productivo) o hacia la búsqueda de retornos financieros con mejores rentabilidades (ante la dificultad creciente para colocar la producción).

Para citar un caso clásico, numerosas corporaciones no financieras obtuvieron préstamos aprovechando las bajas tasas de interés global de la primera década del Siglo XXI. Sin embargo, en lugar de invertir ese dinero en la economía real, utilizaron los préstamos para recomprar sus propias acciones o adquirir otros activos financieros. Su lógica de acumulación es clara: ¿Por qué deberían invertir en la economía real si la financiera es más rentable? Por ende, se reemplazó un sistema de acumulación de capital en el cual las mercancías eran el eje central en la producción de plusvalor, por un circuito en el que la moneda produce más moneda con ninguna o escasa relación con la producción.

En este sentido, Sassen⁵⁷ indica que la lógica financiera es radicalmente distinta de la banca tradicional, ya que esta última vende algo que tiene: dinero. Las finanzas venden algo que no tienen y, por ende, deben adentrarse en otros sectores - desde bienes de lujo hasta simple servicios - que les permitan ser parte de la lógica de acumulación sistémica. Para ello se requieren crear/desarrollar instrumentos financieros cada vez más sofisticados - de dudosa validez la mayoría - que puedan multiplicar el proceso de extracción de valor; todo ello bajo un proceso de autonomización de los mercados financieros y movimientos cada vez más veloces de cantidades crecientes de dinero.

La dicotomía con los flujos financieros es que no solo son invasivos, sino que a la vez son destructivos de los bienes y servicios que utilizan para volcarse en los mercados, inflando sus precios o generando salidas disruptivas cuando las expectativas son negativas. En este aspecto Hudson⁵⁸

⁵⁷ Sassen, Saskia, "Las categorías dominantes son invitaciones a no pensar.", <http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-295951-2016-04-01.html>

⁵⁸ Hudson, Michael, *Killing the Host: How Financial Parasites and Debt Bondage Destroy the Global Economy*, ISLET, 2015.

sostiene que la economía FUEGO - finanzas, seguros y bienes raíces (a los que se les podría adicionar materias primas) - atenaza a la economía real y lentamente empuja a las mayorías a un estado de crisis de difícil reversión.

Bajo este marco, la separación entre la acumulación real y monetaria ha sido crucial para la comprensión de la inestabilidad, volatilidad, fragilidad e impredictibilidad del capitalismo de hoy.

Cabe destacar que el contexto descripto ha derivado en un cambio radical en las relaciones financieras globales entre los diversos Actores Estatales y no Estatales. En cuanto al actor Estatal, el crecimiento explosivo del capital ficticio, por su componente profundamente especulativo, provoca un comportamiento turbulento que escapa periódicamente de la crisis administrada; es decir, de la intervención pública para enfrentar la insuficiencia de las contratendencias clásicas que se utilizan para suavizar las recesiones.

En este aspecto, la diversidad de retos financieros para los Estados son variados:

- 1) Puede ser generando una acumulación de deuda para la recompra de acciones corporativas, cuyo objetivo es evadir impuestos.
- 2) El denominado 'Flight to quality' (vuelo a la calidad) expresa la búsqueda de ganancias menos riesgosas, retirándose de mercados vulnerables y refugiándose en el capitalismo financiero desarrollado hasta que amaine el temporal y vuelva a ser rentable el negocio en Estados estructuralmente empobrecidos. En este aspecto, la capacidad de la fuga del capital respecto de la insubordinación es central para imponer su subordinación, como puede ser infringir bancarrota o la tercerización de procesos en otros mercados.
- 3) El desarrollo de una red mundial de paraísos fiscales que tienen una baja o nula tributación tanto para empresas como para los no residentes, además de que no se exige la existencia de una actividad

económica sustancial o real; lo que causa una dinámica financiera de oscuro pasado (proveniente de actividades generalmente ilícitas) y futuro (dirigido seguramente a la reproducción de flujos financieros sin control y con objetivos especulativos).

- 4) En 2013 el mundo perdió, según el Banco Mundial, 156.000 millones de dólares de ingresos fiscales a causa de ciudadanos ricos que esconden sus activos en paraísos fiscales fuera de las fronteras de sus países.⁵⁹

Ejemplos sobran. *Ugland House*, en las Islas Caimán, es un edificio en el que existen 18.857 empresas registradas, y es famosa por haber llevado al ex presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Barack Obama, a afirmar que “o bien es el edificio más grande del mundo, o es el mayor fraude fiscal del que tenemos noticia”⁶⁰ Del mismo modo, hay 830.000 empresas registradas en las Islas Vírgenes Británicas, a pesar de que cuenta con apenas 27.000 habitantes. Más aún, al menos el 70% de las empresas de la lista *Fortune 500* tienen una filial en un paraíso fiscal.⁶¹

En cuanto al rol de los actores privados para eludir y/o evadir los controles y requerimientos financieros gubernamentales, existe una ‘industria de defensa de las ganancias’ que consiste en una muy costosa articulación de abogados, planificadores de bienes raíces, Lobbies y activistas anti-impuestos, que usufructúan y defienden una trama vertiginosa de maniobras impositivas. Intrincadas sociedades y sofisticados fondos de inversión amasados en nebulosos fideicomisos familiares y empresas fantasmas en el extranjero, incluyen desde estrategias de inversión hasta programas de filantropía.

⁵⁹ Heller, Pablo, “Cocaína” en Wall Street, 28 de diciembre de 2014 | Edición Impresa #1346 del Diario Prensa Obrera, <http://www.po.org.ar/prensaObrera/1346/internacionales/cocaina-en-wall-street>

⁶⁰ Presidente Barack Obama, *comentarios del Presidente a la Reforma de la política fiscal internacional*, 4 de mayo de 2009, http://whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-By-The-President-On-International-Tax-Policy-Reform

⁶¹ Phillips R., Wamhoff S. & Smith D., *Offshore Shell Games 2014: The Use of Offshore Tax Havens by Fortune 500 Companies*, Citizens for Tax Justice and U.S. PIRG Education Fund, 2014, <http://ctj.org/pdf/offshoreshell2014.pdf>

Como se ha podido observar, la problemática no puede ceñirse a una política Estatal en particular; sino más bien a un eje sistémico global de compromiso colectivo intraestatal e interestatal. Mientras nos encontramos con Estados cómplices de los flujos financieros solo por el mero hecho de que existan gobernantes cuyo objetivo es recibir dadiwas, poder estabilizar la macroeconomía en el corto plazo, o generar ‘expectativas de apoyo’ endógenas por parte del sistema político internacional, las problemáticas para las mayorías no serán resueltas. Más aún, estas se accentuarán cuando el capital se escurra entre los cielos porosos del sistema internacional, multiplicando un sistema de acumulación que solo beneficia a unos pocos.

Lo que en definitiva se ha visto en las últimas décadas es que las crisis financieras - o ‘desequilibrios’ - pasaron a ser la norma y no la excepción: instituciones financieras que presionan a los Estados para que paguen sus deudas; corporaciones que piden ayuda a los Gobiernos para evitar sus quiebras; ciudadanos que le reclaman a las élites políticas una legislación que proteja sus hipotecas y empleos. Las instituciones estatales y globales, como ha ocurrido en el transcurso del último siglo, vuelven a aparecer en el centro de la escena en un rol central.

En este sentido, los grandes deudores (Estados, corporaciones, bancos) saben que son demasiado importantes para ‘fracasar’ (derivado de la propia raíz sistémica concentradora de capital), y que por lo tanto los propios Estados y las Agencias Internacionales no pueden permitirles colapsar a causa de las consecuencias sociales y económicas que tal colapso podría acarrear. Consecuentemente, saben que no importa cuán ‘irresponsablemente’ se comporten, no importa cuánto puedan endeudarse en el intento de maximizar sus ganancias a toda costa; difícilmente no sean rescatados por otros Estados u Organismos supranacionales. Éste es el así llamado problema del ‘riesgo moral’ que está ahora en el núcleo de la administración de la deuda.

De parte de las instituciones rescatistas, la situación es ambigua: el exponer culpabilidades exógenas solo desnudaría las fragilidades

sistémicas, eludiría responsabilidades propias y propagaría un marco de desconfianza política, económica y comercial. Además, el sostener que la falta de un control político real del sistema es sustancial para la comprensión de las crisis, solo acrecentaría las inequidades derivadas de las burbujas y el desenfreno especulativo. Lo único que parece importar es ‘patear la pelota para otro lado’ y, tal cual como ha ocurrido con la crisis de la deuda griega de principios de esta década, los responsables solo son los ‘gobiernos inescrupulosos’ y las ‘sociedades irresponsables’.

En definitiva, el rol del poder político se refleja claramente en las palabras de Zaiat: “El mundo financiero es el principal abanderado de la teoría de las ‘expectativas racionales’, pese a que, en la práctica, la violan en sus fundamentos. El fraude, la utilización de información privilegiada y lobby para capturar la voluntad de los reguladores del mercado son conductas habituales en la actividad financiera global, como quedó en evidencia con los casos de corrupción de los últimos años. Nada de ‘expectativas racionales’ desarrollan con sus negocios.”⁶²

Irresponsabilidad y Crisis

“Las crisis no se deben a las características especiales de ninguna institución, nacen del funcionamiento normal del sistema” Hyman Minsky

La economía financiera, creada y diseñada para solventar a la economía real, ha quedado marginada debido a las fragilidades e irresponsabilidades generadas por intereses puramente rentísticos. Los pilares de un capitalismo al menos sustentable - que no quiere decir equitativo -, requieren de esfuerzo, producción, y acumulación de riqueza tangible. Mucho pedir para el mundo actual en que vivimos, donde claramente el capitalismo financiero ha triunfado: solo para citar un ejemplo, entre los años 2003 y 2013, la capitalización bursátil mundial creció un 147%, mientras que el PBI mundial un 80%.⁶³

⁶² Zaiat, Alfredo, *Economía a Contramano. Como entender la política económica*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2012, p.58.

⁶³ <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-260940-2014-11-30.html>, Entrevista realizada a Piketti.

En términos marxistas, el capitalismo actual no solo busca rentabilidad a través de la extracción de plusvalía de la fuerza de trabajo productiva, sino también (y principalmente) de las ‘rentas’ de la industria financiera. Desde una lógica ‘Crowding out’ neoclásica, se podría adicionar que los trabajadores (‘consumidores’) y la industria se encuentran obligados a pagar una proporción creciente de sus ingresos en forma de rentas y de interés al sector financiero para tener acceso al ahorro y al crédito. Este escenario conlleva a insuficientes salarios y ganancias para sostener la demanda del mercado de bienes de consumo y la inversión en los nuevos medios de producción físicos (bienes de capital e infraestructura).

Por lo tanto y tal como lo señala Giddens⁶⁴, podemos afirmar que los mercados monetarios (que funcionan las veinticuatro horas a través de sistemas de computación y de comunicación electrónica instantánea), han reorganizado las instituciones locales y las pautas vitales cotidianas transformado las sociedades en que vivimos. Estos cambios sistémicos han generado un constante aplazamiento de las crisis por medio de la expansión de una deuda que desasocia crecientemente la acumulación productiva y la monetaria - donde el dinero se expande a una tasa mucho más rápida que el valor que representa -, contraponiendo un claro escenario de débil producción y exponencial endeudamiento.

Este esfuerzo por recapitalizar a quienes prestan dinero y hacer que sus deudores vuelvan a ser confiables para el crédito - generando el permanente endeudamiento -, se suele enmascarar con altisonantes voces de los principales Medios de Comunicación, instituciones financieras y Organismos Internacionales/Nacionales, los cuales generan expectativas positivas intergeneracionales a sabiendas de una situación macroeconómica endebil y microeconómica generalmente irreversiblemente negativa. Es decir, se tienta, seduce y endeuda a todos aquellos potenciales deudores en términos racionales; como así también a aquellos millones de otros a los que no se puede ni debe incitar a pedir prestado, hasta que por lo menos su situación económica personal sea medianamente digna y estable.

⁶⁴ Giddens, Anthony, *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Editorial Taurus, Madrid, 1999, pp. 43-46.

Este contexto no es fortuito. En el fondo, las élites financieras son acreedores que no quieren que los deudores reembolsen los préstamos. Es su deuda (el interés mensual que se paga sobre la misma) lo que los prestamistas modernos amistosos (y de una notable sagacidad) decidieron y lograron reformular como la fuente principal de su ganancia ininterrumpida; más aún, la deuda permanente genera poder sobre el deudor. Ingresar a esta situación se hizo más fácil que nunca en la historia de la humanidad; mientras que salir de la misma, nunca fue tan difícil.

Como complemento, ha sido clave para las élites financieras el proveer el crédito necesario para la reproducción del capital sin permitir que esta expansión socavara la disciplina necesaria para la explotación del trabajo. El objetivo ha sido generar una dinámica financiera que maximice los intereses, bajo un manto de fuerte control social. Sin embargo el capital financiero, desasociado del aparato productivo y cooptando el poder político y las élites económicas, solo ha autogenerado un círculo de riqueza efímera que genera cataclismos en los Estados y miseria en la gran mayoría de la ciudadanía.

Para citar el más claro evento crítico del corriente siglo, justo antes del colapso de Lehman Brothers el sector financiero solo se enorgullecía de su capacidad de innovación. Sin embargo, en los años previos al estallido de la hipotecas *Subprime*, los bancos concedían préstamos a personas que desde el momento iniciático no podían pagarlos. Pero el sistema no mostraba signos de debilidad: la dinámica cíclica se basaba en expectativas positivas y porque no, sustentables.

Sin embargo y tal como indica Minsky, “la estabilidad es desestabilizante”⁶⁵. Y en un sistema estable, los actores del mercado comienzan a despreciar los riesgos. Los inversores, porque así obtienen mayores rendimientos; y los reguladores, porque se dejan engañar por el espejismo de la solidez y comienzan a creer que la economía desarrolló nuevas reglas que permiten un mayor endeudamiento. Evidentemente, la regulación financiera, fundamental para impedir la evolución endógena del sistema

⁶⁵ Diario Clarín, Sección IECO del 9 de Octubre de 2016, *Hyman Minsky, el gurú de las crisis financieras*.

hacia deudas de riesgo, no había desarrollado un mecanismo lo suficientemente eficiente y eficaz para evitar la catástrofe macroeconómica ocurrida.

No obstante, al examinar este contexto de manera más detenida, lo que se hizo evidente es que la mayor parte de la innovación y el ‘progreso’ implicaba idear mejores formas para estafar a los más débiles - porque no también a los ‘desprevenidos sin información’ -, manipular a los mercados sin ser descubiertos (al menos, no durante un largo período), y explotar su poder al máximo ante la falta de controles estatales.

A nivel macro, se puede concluir que cuando los recursos fluyeron hacia esta lógica de novedosos y complejos instrumentos financieros, el crecimiento del PBI fue marcadamente menor que el registrado en períodos previos de la historia donde prevalecía un capitalismo centrado en la economía real. Por otro lado, a nivel micro se puede destacar que incluso en los momentos de mayor esplendor del sistema financiero, no se vislumbraron importantes incrementos de los estándares de calidad de vida (con excepción de la riqueza acumulada por los banqueros) de la mayor parte de la sociedad.

Por lo tanto, podemos afirmar que la última gran crisis global que comenzó en los años 2008-2009, no es más que un reflejo de constantes pérdidas de riqueza colectiva, con un fuerte detrimiento en la economía real y constante crecimiento de las inequidades. El endeudamiento financiero bajo la lógica del capitalismo actual continúa creciendo y los gobiernos, al intentar solamente ayudar a las élites que actuaron irresponsablemente - y en la mayoría de las ocasiones siendo ellos mismos parte -, generan una deuda pública aún más difícil de sobrellevar a futuro.

Lo que nos encontramos entonces son actores que manejan las finanzas internacionales y se encuentran protegidos de los vaivenes de la economía real (conflictividad laboral, depredación medio-ambiental, problemas de logística en las cadenas de valor), además de que poseen la capacidad de movimiento/escape con facilidad y rapidez de los mercados a punto de colapsar.

En el caso de que caigan en la ‘desgracia’ de quedar atrapados en mercados insolventes, tienen la capacidad de utilizar su poder de lobby para que las élites políticas y los medios de comunicación locales y trasnacionales, puedan salir a su rescate. Con seguridad, buscarán posteriormente quedar atados a las economías del futuro, que no son más que una vuelta al pasado: comprar activos y atarse a bonos de materias primas (recursos naturales), con poco valor agregado pero con alta rentabilidad futura.

En cuanto a este último punto, si por ejemplo, y simplemente como lo plantean Blyth y Lonergan⁶⁶, en lugar de adoptar políticas que hacen disparar los precios de los activos, generar burbujas especulativas o desarrollar créditos incobrables, los bancos centrales controlarían los movimientos especulativos del gran capital por un lado, y les otorgarían un cheque a cada hogar por el otro – o si quieren atacar la desigualdad creciente, aunque sea otorgárselos al 80% más pobre de los hogares -, esta gran masa de la sociedad seguramente consumirá en la economía real o generará microemprendimientos productivos en lugar de potenciar la dinámica financiera. Evidentemente, estas ideas se encuentran lejos de ser objetivos primarios de los diversos gobiernos del mundo en la actualidad.

Se ha generado entonces un escenario sistémico donde la inestabilidad financiera crónica se ha vuelto el rasgo central del capitalismo contemporáneo; donde además, la posibilidad de un colapso financiero mundial se ha tornado una característica estructural del mismo - aún en períodos de rápida acumulación -, con un final imprevisto (pero siempre a través de una lógica discursiva propositiva en un contexto futuro de ‘destrucción creativa’). Todo ello a sabiendas de las dificultades de los más desprotegidos para recomponerse de contextos recesivos, hiperinflacionarios, de falta de crédito, o simplemente dada su incapacidad de generar ideas innovadoras.

⁶⁶ http://www.ieco.clarin.com/economia/hora-probar-diferente_0_1211879099.html “*Ya es hora de probar algo diferente*” SUSANA MANGHI - LARRY ELLIOTT

En este sentido, bajo la dinámica descripta, las consecuencias socio-económicas negativas pueden llegar a ser impredecibles. Desde desempleo y pobreza extrema, hasta conflictos sociales derivados de una especulación financiera que excluye a millones de personas de la compra de alimentos. Por lo tanto, podemos afirmar que el sistema financiero actual agudiza el punto más alto de los dos males tradicionales del capitalismo: la inestabilidad y la desigualdad.

Podemos concluir entonces sosteniendo que el capitalismo triunfa, pero en una de sus formas menos prometedoras: financiera y excluyente. Tiende a prevalecer ante la ausencia de un sistema internacional que permita la complementariedad de los procesos nacionales bajo objetivos de crecimiento de la economía real con distribución de la riqueza. Es la victoria a nivel internacional de un capitalismo veloz y flexible, que desplaza a los otrora menos dañinos, más igualitarios, más eficaces, pero demasiado lentos frente a la agenda coyuntural que proponen los grupos de interés concentrados.

La falta de un modelo ético ha reproducido un sistema financiero inmoral que se ha llevado puesto, ya sea por acción, omisión o complicidad de las élites, una lógica de desarrollo productivo y social sustentable. Aquel que pueda equilibrar las inequidades que se van acrecentando con el correr de la historia.

La Estructura Social

Las Elites Económicas

“Algo malo debe tener el trabajo, o los ricos ya lo habrían acaparado”
Mario Moreno, ‘Cantinflas’

Tres siglos atrás, Madison⁶⁷ se refería al ‘derecho de las personas’ como aquellos derechos que solo les pertenecían, tal cual lo indica literalmente el término, a los seres humanos. Sin embargo, el crecimiento de las formas corporativas enmarcadas bajo la economía de mercado, conllevaron a un nuevo significado del término: las empresas, quienes habían sido primeramente consideradas entidades artificiales sin derechos, en la actualidad poseen una esencia de legalidad y legitimidad similar a los seres humanos; donde su característica principal no solo es la inmortalidad, sino también su extraordinaria capacidad de acumular poder y riqueza a través de la penetración de todos los ámbitos de la vida institucional de los Estados.

Para citar solo un par de ejemplos históricos de un poder económico que ha trascendido las esferas política y social, la famosa Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC), desembarcó en Indonesia en el año 1603, y a través de acciones comerciales y bélicas, gobernaron informalmente Indonesia por 200 años, para que luego el Estado Holandés se haga cargo formalmente del país en el año 1800. Otro caso es el la Compañía Británica de las Indias Orientales, la cual gobernó el poderoso imperio Hindú por más de un siglo (mantenía una enorme fuerza militar de 350.000 soldados, un número considerablemente mayor que el de las fuerzas armadas de la monarquía británica), hasta que los británicos convirtieron a la India formalmente en colonia en el año 1858.⁶⁸

⁶⁷ Rutland, Robert Allen, *James Madison: The Founding Father*, University of Missouri Press, USA, 1997.

⁶⁸ Yuval, Noah Harari, *De animales a dioses, Breve historia de la humanidad*, Editorial Ramdon House Modadori S.A., Argentina, 2013, p. 357.

A nivel micro, a comienzos del siglo XX se agudiza la separación de los grandes poderes económicos: mientras algunos miembros se ocupan de la gestión directa de la empresa, los otros simplemente aportan su capital para emprendimientos que en los hechos no controlan. Se derriba así definitivamente el límite impuesto a la capacidad de acumulación para el capitalista individual; aquella forma que había primado en los orígenes del capitalismo tal cual lo conocemos en la actualidad.

Keynes hace referencia a este concepto sosteniendo que “A comienzos del siglo XX se dividieron a las clases propietarias en dos grupos - los ‘hombres de negocio’ y los ‘inversionistas’. Mediante este sistema, la activa clase empresarial podía recurrir, para ayudar a su compañía, no solo a su propia riqueza sino a los ahorros de toda la comunidad; y las clases profesionales y propietarias, por otro lado, podían hallar empleo para sus recursos sin que representara para ellas problemas, ni responsabilidad, ni gran riesgo (según se creía)”.⁶⁹

Complementando estos conceptos, alcanzamos a visualizar a las élites económicas de comienzos de Siglo XX: solo algunos dueños de ingentes flujos de capital (aquellos más productivos, que poseían bienes diferenciadores, etc.) podían alcanzar el roce internacional. Sin embargo, el ámbito de referencia principal de estas ‘Corporaciones’ - aquellos grandes conglomerados que dejarían de ser Pymes - eran los espacios nacionales; es decir, desarrollaban una lógica mercado-internista, ya que era puertas adentro del país en donde se celebraban los acuerdos entre capital y trabajo, además de ser el ámbito racional sobre el cual el Estado proyectaba su poder de intervención y regulación.

Con el correr de las décadas, grandes sociedades anónimas burocratizadas han concentrado el capital, transformándose en las ‘grandes empleadoras y generadoras de riqueza’ de los países. Gracias a esta concepción de ‘todopoderosas’, podían generar enormes ventajas para con su relación con los gobiernos de turno (eximirse de culpabilidades por daños

⁶⁹ Keynes, J.M., *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1996 (1923), p. 28.

sociales o medioambientales, recibir subsidios, etc.) a expensas de las Pymes, y por supuesto, las clases trabajadoras.

La transformación de la economía global en las últimas décadas ha conllevado a un cambio en su comportamiento: se ha generado un nuevo escenario re-direccionalizado hacia una cultura cosmopolita, dejando de lado la visión nacionalista de post-guerra, por un lado, en conveniencia con una expansión lineal de la economía real y exponencial de la economía financiera, por el otro. Todo ello bajo el poder de las élites económicas y a través del mercado global, cual ha devenido en la institución absoluta.

Los números que los acompañan son monumentales: menos de un millar de mega-corporaciones controlan el 87% de los flujos económicos y financieros del mundo. Ellos deciden no solo dónde realizar inversiones y generar riqueza, sino también qué partidos políticos apoyar y cuales gobiernos desestabilizar.⁷⁰ En este aspecto, las burocracias privadas de las empresas de producción mundial, convertidas en poderes no controlados ni elegidos mediante procedimientos públicos y democráticos, dictaminan muchas de las políticas que toman los gobiernos, controlan los medios de comunicación, y defienden su poder exponiendo con su propia dialéctica una generalmente tergiversada realidad.

A escala mundial, el poder creciente de las empresas transnacionales sobre la reformulación de los cuadros jurídicos y normativos de los Estados-Naciones, junto con la reorientación de las funciones de las instituciones globales en el plan financiero (Banco Mundial, FMI, Bancos regionales) y comercial (OMC), han constituido un nuevo escenario que Sapir definió como la era del neoliberalismo: “Este momento histórico no se trata del imperialismo de una nación sobre otra, sino de las multinacionales sobre las naciones; por lo tanto, el neoliberalismo sería una etapa superior del imperialismo.”⁷¹

⁷⁰ <http://dowbor.org/2015/11/ladislau-dowbor-o-caotico-poder-dos-gigantes-financeiros-novembro-2015-16p.html/>

⁷¹ Sapir, Jacques, Entrevista en el diario Tiempo Argentino el 20 de Septiembre de 2015.

Bajo este marco, Dahrendorf⁷² sostiene que existe una élite mundializada o de ‘clase global’, destinada a dominar el planeta sin tener en cuenta las fronteras ni las pertenencias nacionales. Se observan asimismo como ciudadanos del mundo, parte de alguna corporación multinacional o grupo socio-económico de tinte global. En este sentido, nuevos y existentes Lobbies se refuerzan y potencian para proteger sus intereses, mientras los negocios y la multiplicación del capital pasaron a ser la única prioridad más allá de las coincidencias geográficas, culturales o religiosas en la que se encuentren inmersos; ya sea durante la búsqueda de nichos de mercado, la rentabilidad financiera en los diversos mercados, o a través de la contratación de mano de obra a bajo costo.

En este sentido, las élites económicas ganaron muchos grados de libertad para elegir sus emplazamientos, forzando a una creciente competencia entre los Estados para retenerlos por medio de concesiones especiales dirigidas a fortalecer las ganancias empresarias a través de reducciones impositivas, exenciones fiscales, contratos privilegiados, una mayor liberalización de los mercados, acceso a la tierra, programas de apoyo y subsidios.

Por otro lado, se beneficiaron de un mayor acceso a la justicia, donde coexisten con las élites gubernamentales para bloquear aquellas políticas que puedan fortalecer las posiciones de los trabajadores, las Pymes, o la progresividad fiscal. Una vez más, nos encontramos con ejes temáticos que se encuentran claramente en contradicción con la lógica neoliberal de un Estado mínimo y meramente articulador de los procesos económicos.

En este aspecto, al capital global le conviene las democracias blandas basadas en economías de mercado que generan un imperialismo económico estructural - donde es más sencillo esconder/disimular mecanismos de explotación -, y poder así diferenciarse de régímenes totalitarios, donde una revolución política por más libertades (como ha sido el caso de la ‘Primavera Árabe’) puede derivar en la potenciación de movimientos de

⁷² Dahrendorf, Ralph, *El Nuevo liberalismo*, Editorial Tecnos, España, 1982, p. 53.

izquierda/derecha anti-sistémicos radicalizados. El capitalismo tiene esa particularidad: sólo merma en todo su potencialidad de acumulación cuando sus adversarios son poderosos y el capital se encuentra obligado a ajustarse a reivindicaciones que no surgen de su lógica unilateral exclusiva.

Sin embargo, Jessop⁷³ plantea aquí un punto interesante: la aceptación de cualquier estrategia de acumulación no anula la competencia ni los conflictos de intereses planteados entre las élites económicas. En todo caso, una potenciación exitosa de la riqueza exige el sacrificio simultáneo de ciertos intereses inmediatos de clase para alcanzar un equilibrio garante del compromiso entre las distintas fracciones del capital en general. Cuando las élites económicas no están dispuestas a sacrificar parte de sus intereses, se abren períodos de alta tensión social que pueden desembocar en una crisis de hegemonía; sobre todo cuando la posibilidad de extender la dinámica de acumulación sólo puede alcanzarse sobre la base del ejercicio de dominación económica.

Como contraparte, se puede afirmar que por ahora, su concordancia para mantener el poderío ha podido mucho más que sus diferencias. Un punto fundamental ha sido su posicionamiento hacia el afuera.

Los cíclicos escenarios macro, micro y socio-económicos negativos conllevan, al menos por default, al malestar de una parte de la población que busca encontrar algún chivo expiatorio - con mayor o menor razón -, que se haga responsable y/o de respuestas a sus problemáticas. Como se ha empezado a generar una idea de que las élites económicas poseen una visión y objetivos homogéneos y estrictamente endógenos para con sus propios intereses, para estas se hizo estrictamente necesario 'lavar' la imagen grupal.

Para ello han generado un claro sustento ideológico: a pesar que abandonan raudamente su compromiso con la nación y sus propios conciudadanos, se muestran políticamente correctas ante la sociedad bajo la dialéctica de una superioridad moral a través de una identificación altruista y abstracta para con toda la raza humana y con la estabilidad de la dinámica

⁷³ Jessop, B, *Accumulation strategies, state forms and hegemonic projects*, Clarke Ed., London, 1991, pp. 160-161.

sistema global. En este sentido, las élites económicas buscan permanentemente racionalizar y legitimar las políticas de mercado que los favorecen; en un momento histórico caracterizado por un desequilibrio social que siempre opera a su favor.

Es de gran utilidad la subjetividad que brinda la economía como ciencia social, ya que junto con todo el poder de soporte que brindan los grandes medios de comunicación, los partidos políticos de influencia, y las más importantes usinas de pensamiento, se permiten crear ‘prismas’ que generan entendimientos sociales diferenciados según los objetivos de las élites.

Como lo indica Amin⁷⁴, cada palabra, deseo o enseñanza solo profundizaba sus intereses acoplados a la univoca lógica de la acumulación endógena: el ardor por las libertades fue convertido en individualismo, la pasión por la igualdad se convirtió en elitismo, el amor por lo universal se confundió con occidentalización, y la imaginación fue canalizada por la mercantilización.

Queda claro entonces que el fin de las élites económicas es gobernar unilateralmente la sociedad en todas sus dimensiones y someterla a la lógica exclusiva del beneficio máximo. Solo se debe balancear prudentemente una demanda doméstica exclusiva para los ejecutivos y las empresas que las mismas élites desean favorecer; mientras que las mayorías se puedan mantener dependientes en términos productivos y financieros, con

mínimos beneficios estatales, e ingresos de subsistencia (todo esto además como condición necesaria para incrementar la competitividad y la rentabilidad).

En definitiva, para las élites económicas hay algo que el resto de la sociedad nunca debe olvidar: de sus capacidades y motivaciones dependen la creación de riqueza y puestos de trabajo. Son como un grupo de super-héroes de la economía, capaces de brindar prosperidad universal apelando a la magia del mercado.

⁷⁴ Amin, Samir, *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2003, p.81.

De lo contrario, se autodenominan como flores increíblemente sensibles que se marchitan ante la adversidad: si se les incrementa los impuestos, se los somete a regulaciones, o mismo se ‘hieren’ sus sentimientos en algún discurso político que perjudica sus intereses, dejarán de lado su altruismo y se retirarán esperando tiempos mejores. Por supuesto, en ese mismo momento ya comenzarán a digitar y presionar desde sus mansiones los cambios políticos necesarios para retomar el otrora más beneficioso statu-quo.

Las Elites Políticas y las Clases de soporte

“El ‘idiota’- privado de la razón - es quien sólo privilegia sus propios asuntos particulares haciendo caso omiso de las cuestiones que afectan a todos los ciudadanos.” Pericles

Para comprender el rol de las élites políticas para con la dinámica económica, Castellani explica en términos teóricos: “...por un lado, las mismas juegan un rol central en el proceso de acumulación de capital como consecuencia de las decisiones macroeconómicas que afectan a las empresas, las cuales son cruciales para marcar el rumbo del resto del sistema económico. Por otro lado, porque el accionar colectivo e individual de sus miembros suele incidir en la determinación de las políticas públicas, en especial, aquellas que definen la orientación de la intervención económica estatal.”⁷⁵

Para comenzar, nos encontramos que en la praxis, las 85 personas con más dinero del mundo controlan, juntas, tanta riqueza como la mitad más pobre de la población del planeta (1,7 billones de dólares).

No se trata de un accidente: el crecimiento de la desigualdad es resultado de un ‘acaparamiento de poder’ por parte de las élites del dinero,

⁷⁵ Castellani, Ana, *Estado, empresas y empresarios*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 34.

que han cooptado los procesos políticos para arreglar en su favor las reglas del sistema económico. En las últimas décadas, los ricos han ganado suficiente influencia política para inclinar a su favor las decisiones en cuestiones tales como la desregulación financiera, el crecimiento de los paraísos fiscales, o los determinantes recortes de los servicios públicos para las mayorías, entre otros.

Se puede afirmar entonces que las élites económicas - los accionistas de grandes corporaciones, inversionistas, y dueños de flujos financieros de tinte global -, potencian y desarrollan su fortaleza dado que cuentan con las élites políticas como un aliado estratégico. Un claro ejemplo de la historia reciente es la presión ejercida por el Gobierno Español, quien intentó que el Gobierno Argentino mantuviera las tarifas de servicios públicos en manos de empresas españolas a precio dólar luego de la devaluación argentina del año 2002. A este aspecto se le deben adicionar los beneplácitos económicos que ofrecen las prácticas corruptas, los cuales convierten a los representantes del actor estatal en parte de esta práctica ilegitima.

En este aspecto las élites políticas, por acción (mayoritariamente) u omisión, facilitan que las élites económicas lleven a cabo procesos de coerción monopólica dado el poder generado por un mismo sistema que les ha permitido acumular riqueza. Las acciones son diversas y de distinto grado de complejidad: ya sea a través de la modificación de un precio vital de mercado (alimentos), desestabilizando la macroeconomía nacional (fuga de capitales), o proporcionando incentivos extremos en detrimento de los intereses de las mayorías (quita de impuestos progresivos). Si a ello le adicionamos las políticas fiscales asimétricas, los regímenes regulatorios laxos y las instituciones poco representativas que existen actualmente, se genera un pseudo 'secuestro democrático' por parte de las élites políticas. En este sentido, las mismas se convirtieron claramente en gestores de las élites económicas; tal como se mofaban Marx y otros críticos sociales de izquierda, los gobernantes parecen ser en realidad miembros de un sindicato capitalista.

A pesar de que, tal como se ha observado, la conveniencia reina entre las élites políticas y las económicas, también la presión ejerce como factor de poder e intereses. En este sentido, Gourevitch⁷⁶ señala que las instituciones públicas se encuentran fragmentadas, mientras que el poder se distribuye formalmente en un gran número de organismos independientes pero autónomos. Bajo este contexto, se ha facilitado la presión de los Lobbies corporativos para apropiarse de las herramientas estatales y poder ejercer poder decisorio (o de veto) sobre las políticas públicas en los distintos niveles de Gobierno.

Un punto central respecto de los Lobbies hacia gobiernos (propios y ajenos), es que han logrado racionalizar con naturalidad la presión: por ejemplo, que las empresas anuncien al mismo tiempo un incremento de sus utilidades junto con una oleada de despidos, sin que desde la arena pública se realice algún tipo de objeción o pronunciamiento contrario. Y como se ha visto en la crisis financiera global de los años 2008/2009, los daños que tanto perjuicio les han causado a las clases medias y trabajadoras, se han enmascarado con facilidad gracias a la complicidad del entramado económico y los asuntos políticos.

En el descripto escenario sistémico, ¿como justifican las élites políticas la prevalencia de los intereses propios y del poder económico concentrado? Simplemente utilizando su propio poder político, económico y sobre los medios masivos de comunicación para promover ideas y normas tales como que ‘la mayoría de las personas ricas han labrado su fortuna trabajando duro’ o que el ‘fortalecer los derechos laborales y gravar la rentabilidad corporativa dañaría de forma irreparable la economía’. El lenguaje se despliega de forma inteligente, rebautizando con una dialéctica orwelliana las bondades de las élites económicas - como por ejemplo que son los ‘genuinos creadores de riqueza’ - y atacando a sus detractores - nombrándolos en ciertos casos como ‘terroristas económicos’ -.

⁷⁶ Gourevitch, Peter, *La “segunda imagen” invertida: los orígenes internacionales de las políticas domésticas*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, Revista Zona Abierta, No. 74, 1996, p. 67

En este sentido, cabe destacar la totalización de los objetivos particulares de las élites. Un claro ejemplo lo dio cuando el presidente Eisenhower nombró al presidente de General Motors, Wilson, como secretario de Defensa en 1953. En un discurso memorable, este último sentenció: “lo que es bueno para General Motors, es bueno para los Estados Unidos”.⁷⁷ Zizek refuerza este concepto en términos teóricos: “La eternización de las élites se presenta a través de un estado que depende de una conjunción histórica concreta. Esta se presenta como un rasgo eterno y universal de la condición humana: el interés de una clase en particular se disfraza del interés humano universal.”⁷⁸

Para alcanzar su éxito, evitan trasladar al resto de la sociedad la información y/o el conocimiento adecuado para que se comprenda cabalmente su contexto situacional. Para citar un ejemplo, diferentes actores políticos afirman que los individuos se encuentran en situación de pobreza porque no se han organizado lo suficiente para alterar los patrones distributivos; sin embargo, el error analítico que se comete se deriva en el obviar el contexto histórico, económico, ideológico o internacional en el cual la ciudadanía se encuentra inmersa.

En cuanto a este último punto y en contraposición a la gran masa ciudadana, las élites políticas no solo constituyen un grupo más homogéneo y con mayores intereses comunes; sino que además poseen un enorme poder que les permite operar sobre las falencias sistémicas que se encuadran dentro de la incapacidad de lograr una reflexión pluralista y racional de las mayorías, consciente o inconscientemente, del acontecer económico y político nacional e internacional.

Sin embargo, lo que se observa en la actualidad es que los Estados y sus líderes políticos carecen cada vez más de legitimidad para garantizar no solo los ‘cuasi-monopolios’ que requieren las élites económicas; sino principalmente la conservación de su capacidad para domar a las ‘clases peligrosas’. En los últimos años, el efecto demostración de las redes sociales y los medios de comunicación generaron una nueva visión para crecen-

⁷⁷ Wilson, C., quoted in: Louis E. Boone, David L. Kurtz (1987), *Management*, p. 100.

⁷⁸ Zizek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI Editores, Bs As, 2003, p. 81.

tes sectores de la población pauperizada y excluida, generando demandas sociales insatisfechas en nuevas generaciones que exigen justificadamente una vida mejor (mayor ocio, consumo de bienes, salud y educación de calidad). Por otro lado, estos reclamos se contraponen con las exigencias de mayor productividad y menores ingresos en mercados cada vez más inestables en términos económicos y financieros.

Bajo esta lógica, la puja de intereses del sistema capitalista se encuentra en su punto más álgido. Como los asalariados, en su proceso de cuestionamiento al control y dominio del capital, se movilizan y alcanzan algún grado de unidad, las élites económicas responden mediante innovaciones tecnológicas, organizacionales y políticas diseñadas para descomponer estos movimientos, ya sea por la vía de la cooptación o por su eliminación.

Como contrapunto, dado que el capitalismo es esencialmente un sistema de dominación de una clase por otra, el capital, en tanto depende del trabajo asalariado, no puede eliminar el sujeto antagónico; debe constantemente recrear un nuevo proletariado cuyo desarrollo y movimiento amenaza a su vez la dinámica capitalista mediante procesos de ataque y resistencia parciales y coyunturales, en el marco del surgimiento del nuevos modos de resistencia que perjudican la rentabilidad del gran capital económico y financiero.

Es por ello que también nos encontramos con casos donde las élites económicas se encuentran con menores márgenes estructurales sobre las tasas de utilidades a nivel global al perder, por algún motivo, el apoyo de las élites políticas. Sin embargo, siempre habrá grupos de poder desplazados (generalmente vinculados a gobiernos de otro color político) que puedan modificar la tendencia descripta. El resultado es entonces un conflicto de relevancia entre las élites que se resisten o quieren limitar al cambio económico y político, y las que desean un cambio de statu-quo para hacerse del control del Estado.

Pero mientras la lucha por el poder del Estado se torna ardua y desgastante, la operatividad del día a día debe continuar. Y las disputas de las microeconomías requieren ser paleadas de una manera eficiente y eficaz. Para ello, las élites económicas contratan y pagan con mayor generosidad a gerentes; tanto para con la supervisión diaria de ‘trabajadores resentidos y mal predispuestos’ (siendo esta una tarea incómoda y engorrosa - una carga ingrata e indeseada -), así como para el competir con otros actores de la misma rama que quieren disputar el monopolio económico. Pero sobre todo, y aquí probablemente sea el punto más importante, funcionen como una línea de choque que deba dar explicaciones sobre las problemáticas económicas y financieras corporativas (cuando no de la macroeconomía a nivel endógeno y ante la sociedad).

Esta clase de soporte (gerentes, capataces, ejecutivos de grandes corporaciones, tecnócratas de las finanzas, microempresas proveedoras de los grandes grupos económicos) suele representar un porcentaje minoritario (entre el 5% y el 20% de la población dependiendo el país), y es cuantitativamente bastante mayor que las élites (que suele conformarse por el 1% más rico y poderoso de la sociedad). Poseen relativamente una mejor calidad de vida que el resto de la ciudadanía en términos macro (disfrutan de vacaciones, medicina y educación privada, acceso a la tecnología y bienes de confort), y sobre todo en relación a su círculo de pertenencia laboral/profesional. Gozan de cierta movilidad, poseen una mayor libertad de elección, cuentan con mayores opciones y son más impredecibles. Se sienten gratificados y se autocomplacen con ciertos lujos.

También en este grupo se encuentran aquellas medianas empresas que, por poseer cierto contactos o capacidades (bienes tecnológicos o insumos escasos, desarrollos organizaciones innovadores, acceso al crédito privilegiado – mismo a través de la política -), desean la mantención de un sistema que les permita continuar dominando ciertos nichos de mercado, además de ser proveedoras de aquellas grandes corporaciones con ingentes recursos económicos e influencia política; en cuanto a este último punto, ello les asegurará cierto nivel de rentabilidad aceptable, aunque sea a costa de una dependencia de las élites económicas y políticas de turno.

Por ello, para todas estas afortunadas ‘clases de soporte’, la situación de mayor bienestar relativo es por lo menos, volátil: los vínculos generados en un escenario de complejidades, competencia e inestabilidades crecientes, solo provee coyunturas - algunas veces muy efímeras - de felicidad. Más aún, la mayoría sabe que no son - ni probablemente lo serán nunca – parte de las élites.

Lo que si debieran tener en claro es que realizan el trabajo sucio: se desgastan en nombre del siempre protegido gran capital concentrado y las políticas económicas contrarias a los intereses de las mayorías; librando de este modo a las élites de la responsabilidad particular de cada individuo y de la sociedad como un todo.

Es cierto que podrán dejarles a sus herederos bienes o el manejo de sus respectivas empresas; pero alejados del círculo de las élites, la posibilidad inter-generacional de mantener su calidad de vida dependerá de una generación de riqueza que, en el mediano/largo plazo, corre peligro de diluirse entre los ciclos viciosos de la macro y microeconomía.

Los trabajadores

“Los trabajadores seguimos siendo el pariente pobre de la democracia.”

Marcelino Camacho

La historia ha demostrado que el capitalismo construyó las bases materiales de su reproducción a través de la contradicción entre el capital y el trabajo. Bajo este sistema, los trabajadores se encuentran supeditados al capital dentro del proceso mismo de la producción, lo que se denomina la subsunción real del trabajo por el capital, es decir, por una sumisión de los trabajadores a los detentores del capital por el mecanismo del salario.

Por otro lado, gran parte de la literatura clásica económica sostiene el principio que indica que el trabajo es el creador de la riqueza. Ello

deriva en una tensión no resuelta del capitalismo: este necesita de la fuerza de trabajo y, al mismo tiempo, busca prescindir de ella.⁷⁹ De aquí deriva la actual discusión sobre la tecnologización y automatización de los procesos productivos para cumplimentar las dos máximas del proceso de acumulación: reducir costos e incrementar la productividad.

Este contexto sistémico descripto ha sido observado a lo largo de la historia moderna. La lucha de la clase trabajadora, desde su formación corporativa en el Siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, estuvo caracterizada por el lugar particular que el trabajador tenía en la producción: bajo una forma específica de organización (el sindicalismo basado en la calificación) y una ideología particular (basada en la idea de la dignidad del trabajo).

La respuesta para descomponer esta masa compacta por parte de la gerencia ejecutiva (las ‘bases de apoyo’ de los capitalistas mencionados en capítulos previos) fue descalificar al trabajador y privarlo del control del proceso de trabajo. Como complemento, el rol gubernamental ha sido clave a través del desarrollo del Estado de Bienestar: por un lado, como una manera de reconocer la creciente fuerza de trabajo; por el otro, y tal como lo indica Negri⁸⁰, integrando a la misma en el mantenimiento del orden (por medio de la social-democracia) y en la dinámica del capitalismo (por medio de la gestión de la demanda).

En cuanto a este último punto, el escenario de post Segunda Guerra Mundial parecía ser el más beneficioso para los trabajadores bajo la lógica del capitalismo. Las mejoras socio-económicas habían estado asociadas a las luchas sindicales, las políticas keynesianas expansivas, el ascenso progresivo de la Unión Soviética y la descolonización. Los salarios se habían vinculado a la productividad, de manera que el crecimiento de esta última determinaba el incremento correspondiente del poder adquisitivo del trabajador. Tal como lo indican los principios teóricos básicos de la economía liberal.

⁷⁹ Kaplan, Steven & Rauh, Joshua, *It's the market: the broad-based rise in the return to the top talent*, Journal of economic perspectives, Vol. 27, Nº3, Nashville, 2013.

⁸⁰ Negri, Antonio, *The politics of Subversion*, Polity, Cambridge, 1989, p. 64.

La perspectiva descripta dio lugar a la obligada socialización del capital, a la transformación de la sociedad en una ‘fábrica social’ y a la emergencia de una nueva composición de clase, el ‘obrero social’. La fuerza de este nuevo modelo se expresa en las luchas mantenidas en las décadas de 1950’s y 1960’s, las cuales fueron ‘más allá de la fábrica’ para combatir todos los aspectos en los cuales la lógica del capital ultimaba a la sociedad.

Este escenario obligó a la burguesía no solo a abandonar la forma keynesiano-Fordista de gerenciamiento; sino también a desarrollar nuevas formas de contraataque. Poco importó que, si bien el gasto se incrementó en el Estado de Bienestar, parte de los ingresos de los trabajadores han servido a los intereses de las élites económicas en tanto mejoraron la salubridad y la educación de los mismos, mejorando los niveles de productividad y la ganancia capitalista.

La realidad es que más allá de los beneficios económicos y sociales que generó la redistribución de la riqueza (mayor demanda, evitar la discusión sobre la validez del statu-quo, crecimiento en la producción), la tendencia sistémica no era viable para las élites económicas. Por ello, para contrarrestar una dinámica que conllevaba invariablemente a la caída de la tasa de ganancia, el capital corporativo inició, desde los años 1970’s, una serie de drásticas ofensivas contra los trabajadores.

Un objetivo primordial fue el atacar los contratos colectivos de trabajo, a fin de individualizar unas relaciones de trabajo que permitieran potenciar la dominación y explotación. La necesidad de contar con un soporte teórico estaba cubierto: provenía de la *Escuela de Chicago* y la teoría económica ortodoxa, bajo el supuesto de que si no se alcanza el pleno empleo, era una circunstancia que se debía primordialmente a la rigidez de los mercados laborales.

En paralelo al desarrollo del neoliberalismo individualista, se potenciaron las nuevas tecnologías en pos de una necesaria globalización para tercearizar procesos, colocar productos, y multiplicar rentabilidades, entre otros. En cuanto a la movilidad del capital, la velocidad de transformación de los medios de comunicación conllevó a que las cadenas logísticas y

financieras se desarrollaran en tiempos ínfimos y bajo la órbita de toda la geografía global.

En este aspecto, poco a poco todas las regiones (ex países comunistas, Estados subdesarrollados de Asia y América Latina, geografías africanas con contextos de pobreza mayúscula) se incorporaban a distinta velocidad a la nueva lógica sistémica. Se comenzaron a aplicar a los procesos productivos tecnologías que permitían descomponer los eslabones de fabricación, mientras que la logística comenzaba a permitir traslados rápidos y económicos (gracias, en parte, a los bajos precios de los productos energéticos).

Como consecuencia, la deslocalización de las cadenas de valor intensivas en mano de obra destruía empleos en los países industrializados; a la vez que se mantenían como una amenaza eficaz para forzar acuerdos a la baja en las condiciones de trabajo de las locaciones lejanas. Cabe aquí destacar que el proceso globalizador era solo para el capital físico y financiero (a pesar que la teoría sostiene la libre movilidad de todos los factores productivos para alcanzar la máxima eficiencia y eficacia); mientras que la cantidad de trabajadores de bajos salarios y los excluidos del mercado, parias de un sistema que no los contenía social ni económicamente bajo ningún ámbito nacional, continuaba incrementándose día a día.

Por otro lado, las amenazas de retirar los flujos de capital sino se obtenían claros beneficios - tanto productivos como estrictamente financieros - generaban una pelea entre Estados en la cual se resignaban a la potenciación consiente del sector informal, los incrementos del desempleo, como así también la represión contra los líderes de los movimientos de trabajadores.

En cuanto a este último punto, un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) es claro: entre los años 1989 y 2005, la densidad sindical (que mide las filiaciones sindicales, las cuales representan la pertenencia a sindicatos en relación al total de la mano de obra) se re-

dujo en los 51 países de los que existen datos⁸¹; más aún, se pone de manifiesto su correlación negativa con la desigualdad de ingresos: durante las tres últimas décadas, los salarios suponen un porcentaje menor de la renta nacional en prácticamente todos los países miembros de la OIT.⁸²

Sin embargo este escenario asfixiante para la mayoría de los trabajadores no era suficiente. Ya entrada la década de 1990's, la maquinaria sustituyó una parte importante del trabajo: en un principio en la producción industrial y más tarde en los servicios, lo que incrementó la productividad y disminuyó la necesidad de mano de obra. Este punto ha sido nodal, ya que no solo redujo las necesidades de concentración de los trabajadores, sino que los sometió a su propio ritmo de producción.

El siglo XXI ha sido una continuidad de finales del XX: una constante en la pérdida de empleo y las desregulaciones laborales, bajo un contexto de permanente inestabilidad enmascarado en la dialéctica de la flexibilidad y las eficiencias productivas. Es por ello importante destacar una vez más el rol que cumplen las élites políticas y económicas a través de la perversión del lenguaje.

Un claro ejemplo es el principio que se le presenta a la sociedad toda: la necesidad de un gran acuerdo colectivo para la ‘moderación’ de las pretensiones laborales y salariales; sobre todo si por culpa de los ‘inmoderados’ las empresas quiebran. Más aún, en este proceso de culpabilización, la flexibilidad se presenta como un hecho inevitablemente positivo y, en época de grandes cambios, demostraría la capacidad de los trabajadores para adaptarse a los cambios del entorno. De no hacerlo, significaría que los excluidos ‘prefieren continuar percibiendo un subsidio’. Esto sería poco creíble por parte de quien alguna vez tuvo un trabajo digno; pero por el contrario, no es tan inverosímil para quien nunca ha sido embebido por la cultura del trabajo.

⁸¹ Organización Internacional del Trabajo/Instituto Internacional de Estudios Laborales, *Informe sobre el trabajo en el mundo 2008: desigualdades de renta en la era de la globalización financiera*, Ginebra: OIT. http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_100354.pdf, 2008.

⁸² OCDE, *Previsiones de empleo*, <http://www.oecd.org/employment/emp/oecdemploymentoutlook-downloadableeditions1989-2011.htm>, 2012.

Como contraparte, poco se menciona la dificultad para la medición de cuanto aporta el trabajador y cuál es su productividad, dada la complejidad de las diversas ramas de la economía moderna. La realidad es que en la actualidad las remuneraciones se centran bajo la lógica de la oferta y la demanda de empleo más que por su retribución económica; lo que deriva en una ampliación aún mayor del margen de 'explotación' de las clases más desfavorecidas.

Para concluir, podemos sostener que bajo el contexto descripto, cada reestructuración capitalista, como no puede terminar definitivamente con el sujeto antagonístico asalariado, provoca una nueva recomposición de clase que incorpora nuevas camadas y estratos de trabajadores; lo que genera, tal cual explica Altamira, "un proceso permanente de composición, descomposición y recomposición como momentos del ciclo de luchas."⁸³

Por el contrario, en las últimas décadas lo que se ha vivenciado es que las luchas se han tornado cada vez más tibias por parte de las mayorías asalariadas: desde el debilitamiento de las organizaciones que defienden a los trabajadores - con una burocracia sindical que forja permanentemente alianzas espurias con la patronal en detrimento de los derechos adquiridos -, la pérdida del poder de las ideologías derivado del triunfo del capitalismo neoliberal con eje en el consumo y la acumulación, hasta la falta de un poder económico en los partidos de los trabajadores que permitiría desarrollar sus ideas políticamente - sobre todo en los grandes medios de comunicación -.

En definitiva, para los trabajadores las opciones limitadas o nulas: la mayoría son obligados a seguir rutinas monótonas y predecibles hasta el hartazgo, y no poseen un suficiente nivel de educación y/o calificación para competir y enfrentar con mejores perspectivas su futuro. Un escenario sombrío para aquellos que desde hace ya varias décadas vienen perdiendo en la repartición de la riqueza, tanto en la arena nacional como en el mundo en general.

⁸³ Altamira, Cesar, *Los Marxismos del nuevo siglo*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2006, p.59.

Las Clases medias, las Pymes y los Excluidos

“En presencia de las máquinas que ahorran trabajo, de la producción organizada, de la eficacia creciente de las combinaciones financieras, queríais retrasar el sol económico en varias generaciones; donde pequeños capitalistas luchaban unos contra otros en medio de una anarquía donde la producción era primitiva, costosa, derrochadora y desorganizada. Vuestro sol, pequeños burgueses, solo declina: nunca más volverá a levantarse; estás perdidos, condenados a desaparecer completamente de la faz del mundo”. Jack London en ‘El talón de Hierro’

Ante las incesantes presiones polarizadoras de la economía mundo capitalista, el otro grupo desfavorecido, y porqué no potencialmente el más peligroso - especialmente por su capacidad de análisis - es la otra clase media que ha visto derrumbada sus beneficios socio-económicos relacionados simplemente a la mera dignidad del ser humano.

Este sector social, que varía en términos cuantitativos según los niveles de desarrollo alcanzados en cada Estado - aunque cada vez confluyen más hacia una constante decadencia -, se encuentra en dificultades para sostener una lógica común, ante el advenimiento de un futuro sombrío en relación a un pasado próspero y un presente incierto e inquietante.

La tendencia histórica explica gran parte de las razones por las cuales las clases medias no se encuentran de parabienes. Se ha terminado la época en donde eran consideradas las ‘garantes’ de la estabilidad de la sociedad, de las instituciones y de la democracia. En este aspecto, hace aproximadamente medio siglo, los trabajadores más rudimentarios comenzaron a perder su fortaleza y sus posibilidades de ascenso social. En las últimas décadas, los empleados calificados y las Pymes han circulado por el mismo proceso. Los mercados domésticos deprimidos, propios del deterioro del Estado de Bienestar, han conllevado a que estos últimos se vieran

obligadas a tomar las posiciones de salarios deprimidos (profesionales o no) y a procesos de fuerte ‘ajuste’, desplazando inexorablemente a aquellos más pobres a la zona de indigencia que es representada por los excluidos sistémicos.

En este contexto donde la capacidad de consumo y producción colectiva se encuentra minada, las élites (causantes del escenario descripto) utilizan todos sus mecanismos de presión para encontrar otras alternativas que les permitan incrementar su rentabilidad: ya sea creando monopolios, conquistando mercados externos, a través de la militarización del control económico, o ante la ‘necesidad de reducir costos’ permanentemente en pos de privilegiar la tecnología y el capital por sobre el trabajo y la economía real. Todo ello recae aún con más fuerza sobre la ya deteriorada clase media.

En cuanto a esta última temática, cabe destacar que ante un mundo tan competitivo, la disminución de costos es privilegiada con creces frente a las mejoras de productividad. Tampoco importa si nos referimos al sector primario, la industria o los servicios de alta tecnología. En todos los rubros, disminuir costos equivale a despedir personal o pagar salarios paupérrimos de subsistencia. Expulsar, tercerizar y fusionar son palabras que retumban e imparten temor en los aquellas clases medias trabajadoras que, con su granito de arena, generan un mercado interno en cada rincón del planeta.

Por el lado de la producción, la concentración de los grandes monopolios y oligopolios han llevado a la quiebra a millones de Pymes sin capacidad de financiarse y competir. Las corporaciones son las que marcan la estrategia mediante el señalamiento de salarios, precios, especificaciones técnicas y condiciones de entrega. En la mayoría de los casos, las Pymes no tienen un desarrollo propio, diferente, sino que son víctimas y colaboradoras de la estrategia del gran capital.

En consonancia, el poco capital de reposición se erosiona ante los permanentes vaivenes cíclicos sistémicos (inflación y recesión). Su construcción de poder económico se torna cada vez más lábil, en torno a

una concatenación sistémica que genera una dependencia similar a la de la mayoría de los asalariados que sobreviven la permanente inestabilidad macro y microeconómica.

Otro punto a destacar es que el mercado interno que mantenía vivas a las Pymes también se encuentra resentido porque el Estado ha perdido su capacidad de generar empleo y dinamizar el consumo. Más aún, la mercantilización de los servicios básicos, como la salud, la educación, o la infraestructura - con la pragmática excusa de la 'falta de financiamiento y/o excesivo endeudamiento público' -, han obligado a estos sectores a que, para mantenerse dentro de la clase media, se embeban en un endeudamiento excesivo para el cual ni siquiera pueden asegurarse un mínimo repago que les permita crecer y desarrollarse.

Para llevar este esquema adelante, el liberalismo corporativo de las últimas décadas encontró la respuesta: un intento de recapitalizar a los prestadores de dinero y de hacer que sus deudores vuelvan a ser dignos de crédito, de modo tal que el negocio de prestar y tomar prestado, de endeudarse y permanecer así, pueda tornarse 'lo habitual'. En definitiva, por un lado tenemos una demanda de consumidores de ingresos declinantes, que se sostiene mientras éstos puedan seguir endeudándose; por el otro, un nivel de inversión de las empresas que depende de las compras inestables de los consumidores, bajo una dinámica financiera claramente adversa para las Pymes.

Nos encontramos entonces con una población que, aunque enraizada en su tierra y conocedora de sus necesidades, se le dificulta el acceso a empleos de alta productividad y a la generación de Pymes dentro de un sistema económico acorde y con el apoyo político adecuado (educación, créditos). Es un escenario donde no solo se encuentran alienados del desarrollo personal, sino que se ven cercenados del ahorro y su consecuente potencialidad para invertir, generar empleo y dinamizar la economía.

La dinámica sistémica descripta de sustentabilidad cortoplacista, solo retrasa la profundización del contexto adverso. La macro y microeconomía se acomodan en un modelo de equilibrio concentrador de riqueza,

junto con el poder político que lo sostiene de este modo. Pero genera un efecto perverso al condenar a la otra clase media a tener empleos denigrantes o pequeños emprendimientos que no les permitan salir de la subsistencia; con un bienestar más que precario al acentuar aún más un modelo socioeconómico desigual e inequitativo que replica un sistema estructuralmente conservador bajo un *statu quo* fuertemente regresivo.

Bajo este contexto, aunque la macroeconomía se pueda volver a acomodar en el mediano plazo, cuando la microeconomía familiar de millones de ciudadanos de clase media que han sostenido históricamente a las economías nacionales se desmoronan, las secuelas socio-económicas pueden durar años o hasta generaciones. Y en el largo plazo, este resquebrajamiento acabará actuando como un bumerang que afectará fuertemente al mercado interno y, consecuentemente, otra vez a la economía del país como un todo.

Es por ello que el ajuste de las élites debe ser muy fino. Las ‘clases medias’ y las Pymes, golpeadas y disminuidas a su más mínima expresión, solo deberán ser reconvertidas - tal como en los procesos de tercerización - bajo una formación técnica estandarizada proactiva; pero que a su vez se encuentre alejada de una educación cada día más denostada: aquella centrada en las ciencias sociales y la capacidad de generar crítica.

En este sentido, a la situación estructural *per se* complicada generada por las propias élites y la propia falta de un desarrollo de pensamiento reflexivo, se le debe adicionar una serie de razones que potencian su incapacidad de generar cambios sustanciales: estas constituyen un grupo heterogéneo, amorfó y con una variedad de intereses inmediatos; con escaso poder y una mínima capacidad organizativa y de recursos a disposición que les limitan la protección con bravura de sus intereses.

Hasta aquí tenemos un sistema que como eje reasegura un proceso de creciente desigualdad. Junto a este, nos encontramos en paralelo con uno más peligroso, que por su propio germen combina un proceso estructural perverso en términos socio-económicos, junto con la ‘no sustentabilidad’ dadas las tensiones y la violencia derivadas del mismo: el que promueve la exclusión.

Ambos son diferentes: el referente a la desigualdad es un sistema de pertenencia jerarquizada que crea integración social; un verticalismo donde cada eslabón cumple una función. Ello debe ser así porque, simplemente, de otro modo el sistema no funciona. Es un tipo de relación social que se muestra dominante, se impone a las demás, la reordena y cambia su naturaleza, aunque sin eliminar al otro. Necesita a algunos para producir, y a la mayoría para consumir.

No hay capitalistas sin trabajadores ni consumidores. No hay accionistas sin ejecutivos que sostengan/apoyen técnica y administrativamente sus empresas. No hay grandes corporaciones globales que no se apoyen en Pymes que tercericen procesos menores y costosos sin escala. La sobreexplotación de los recursos ha quedado en manos de las élites, con un efecto derrame marginal para el resto de una sociedad (tecnología, servicios y bienes de consumo), claramente no invasiva a la dinámica capitalista.

Por el contrario, existe aquel otro sistema, al cual nadie quiere ingresar y pocos pueden salir: el de los excluidos. Millones de personas a lo ancho y largo del planeta han sido apartados del círculo virtuoso del consumo y la producción. La insuficiencia de ingresos y la demanda concentrada de los bienes y servicios globales no son el único obstáculo: los programas de ajuste estructural que frenaron las inversiones sociales de los Estados, mercados de trabajo constreñidos con imposibilidad de reincorporación (ya sea por una cuestión etaria, de formación, etc.) y un efecto derrame inútil derivado de un goteo residual de la dinámica privada, se encuentran enmarcados en economías que perduran con permanentes deformaciones estructurales que impiden la mejora de las capacidades financieras (nulas mayoritariamente para quienes desean promover algún tipo de microemprendimiento) para la mayor parte de la ciudadanía.

Cabe destacar que la ‘anormalidad’ que representan los excluidos, normalizó la presencia de la pobreza y la desigualdad previamente descripta. La mayoría de la población global que vive con enormes carencias - muchos de ellos con empleos indignos - dejó de ser un tema cuya impor-

tancia requiriera inmediata atención. Comparado con el paisaje repulsivo y uniformemente horrible de los excluidos, los ‘pobres decentes’ se resaltan como personas que, a diferencia de los marginados, realizan las elecciones correctas y buscan desesperadamente, a través de un contexto de sumisión y lealtad pro-sistémica, situarse siempre (y como sea) dentro de los límites aceptados por la sociedad de producción y consumo. Esto ocurre a pesar de que en diversas ocasiones, estos se encuentren situados dentro de los sectores con ingresos que no sobrepasan el umbral de la pobreza (empleos informales precarios, venta ambulante inestable, etc.).

Sin embargo y volviendo a la lógica segregacionista, lamentablemente cada vez más seres humanos pasan del sistema de la desigualdad al de la exclusión; de encontrarse inmersos de una manera subordinada a estar por fuera de la civilidad que implica el salir del contrato social. Incapaces de contribuir con validez a la acumulación de capital, son abandonados a sí mismos; en el mejor de los casos para engendrar una economía de supervivencia - en el año 2014 se estimaba que el 40% de los trabajadores de todo el mundo trabajaban en el sector informal de la economía⁸⁴ -, mientras que en los peores escenarios socio-económicos (en muchos casos con ingresos que no permiten la mera subsistencia), terminan por sucumbir ante la pobreza extrema, las enfermedades, la violencia o la criminalidad.

Por lo tanto, a medida que transcurre el tiempo se observa que una cuota cada vez más mayor de la población mundial no es tanto un ‘ejército industrial de reserva’, sino que más bien es completamente redundante desde el punto de vista del capital. Se constituyen en lo que George llama ‘las multitudes inútiles’⁸⁵, aquellos que claramente son víctimas del sistema y su lógica. Son aquellos seres humanos que se encuentran arrinconados dentro de un marco institucional que les provee un margen de maniobra escaso y nulas soluciones estructurales: con una mínima calificación/educación e imposibilitados de conseguir el capital financiero necesario, solo sobreviven en un círculo vicioso que los aleja de la posibilidad de generar un flujo

⁸⁴ Confederación Sindical Internacional, *Frontlines Report*, CSI, <http://ituc-csi.org/frontlines-report-february-2014-14549?lang=en>, 2014.

⁸⁵ George, Susan, *Whose Crisis, Whose Future?*, Polity Press, 2010.

de liquidez permanente o un movimiento de reivindicación que conlleve a un proceso político que realmente promueva sus intereses.

Lo mayor gravedad reviste en que para la racionalidad inmoral de una gran parte de las élites, lo más sensato sería, si mismo los gobernantes o el sector privado no los incluyen en la sociedad de consumo, desplazar a estas millones de personas totalmente superfluas para los límites impuestos por la modernidad, sin capacidad de compra, y ajena a una producción ‘acorde a los requerimientos del capitalismo actual’.

Como consecuencia, los excluidos han pasado a ser un problema grave al constituirse en un excedente demográfico demandante en términos de Gasto Público y requerimientos redistributivos, además de hostil (por ende en muchas ocasiones requieren una ‘solución urgente’) para unas élites que tienen en la mira solo el objetivo de la acumulación bajo un marco de estabilidad institucional.

En este sentido, estos ‘marginados’ del proceso social de producción pueden tornarse peligrosos como desestabilizadores ante la potencial violencia a generar; de aquí la dicotomía de ciertos sectores de las élites que prefieren mantener un margen de pobreza donde las mayorías se encuentren incluidas en la sociedad del trabajo y puedan conformarse con salarios de subsistencia o programas sociales.

De no ser así, las técnicas ortodoxas de integración por la fuerza, hoy perimidas como medios para mantener el statu-quo, siguen empleándose para mantener a la ‘clase inferior’ de los excluidos a una distancia prudencial; la otra opción, la más ‘antipopular’, es confinarlos a un escenario de reclusión para impedir que propicien desmanes.

Sea cual sea la forma elegida, el marco de acción se cierne entonces en expulsar al ser humano de la sociedad civil al estado de la naturaleza; ya sea condenándolos a la mera subsistencia o a la total indigencia. Ello no implica una planificación cínica de la destrucción de los pobres y exclui-

dos mediante el hambre, las pandemias o las guerras étnicas. Sencillamente nadie, pero NADIE, debe ser un obstáculo en el camino de la acumulación.

Para concluir, la salida parece ser un camino sinuoso y complejo. La presión de las élites no solo proviene de la macroeconomía, sino también de mecanismos financieros y jurídicos nacionales e internacionales: el pago de la deuda externa que impide la utilización de recursos para los programas sociales, los paraísos fiscales que no permiten la reinversión del capital en sectores productivos que puedan generar empleo, o las patentes provenientes de Estados u Organismos Internacionales que se tornan un obstáculo para el desarrollo de economías de subsistencia, entre otros. Peor aún, la pérdida de poder adquisitivo, con la consecuente destrucción de la economía real, no ha mellado en su conciencia: buscan desenfrenadamente incrementar su rentabilidad y sus ganancias a pesar de las sucesivas crisis económicas y financieras a lo largo y ancho del planeta.

Bajo este marco, el límite social es muy contradictorio. El reflejo de las clases dominantes frente a toda crisis es bien conocido: que paguen los pobres, aquellos demasiado indigentes o indolentes para poder sucumbir ante los encantos de la seducción sistémica. Si ello no es suficiente, habrá que hacer que acarreen con los costos las clases medias y, en última instancia, algunas categorías de las capas más acomodadas que trabajan para las propias élites.

Lo difícil es poder comprender hasta donde podrá descender cada una de ellas y, sobre todo, cuales efectos socio-económicos, políticos e institucionales generará un escenario de por si fuertemente regresivo y altamente negativo para gran parte de la ciudadanía global. Esas mayorías ‘inútiles’, quienes no producen el suficiente valor agregado ni tienen un poder de compra diferenciador. Esos seres humanos que se encuentran obligados a vivir en el sufrimiento permanente de lo que Corten ha denominado “el planeta miseria”⁸⁶, escenario en el cual la distopía se transforma en realidad.

⁸⁶ Corten, A., *La Planète Misère*, Ed. Autrement, París, 2006.



Capítulo III

La puja de intereses, las contradicciones y la inviabilidad del sistema

Las contradicciones para un sistema que se torna inviable

“Sabemos lo que funciona: el libre mercado es lo que funciona”

George H. Bush.

La creciente desigualdad social, medida por la parte creciente de la masa de las ganancias (y, en paralelo, la parte decreciente de los ingresos del trabajo) en el valor agregado, pone en tela de juicio la adecuación entre, por un lado, una estructura dada de la repartición del producto neto entre salarios y ganancias y, por el otro, la coincidencia entre la demanda solvente (determinada por los salarios) y el volumen de las inversiones necesarias para asegurar la producción correspondiente. La ruptura de esta adecuación ha quebrado el motor de la reproducción en expansión, para sustituirlo por la desaceleración y hasta por la contracción económica.

Este contexto no ha podido ser revertido por el capitalismo competitivo de los teóricos liberales: las pequeñas y medianas empresas también han sucumbido con la concentración económica. Baran y Sweezy⁸⁷, por ejemplo, consideran que la crisis de los años 1930's es un resultado normal del capitalismo en su fase monopólica que conduce a la caída del consumo, el estancamiento y la depresión. La crisis no constituyó un des-

⁸⁷ Baran, Paul & Sweezy, Paul, *El Capital Monopolista*, Monthly Review Press, New York, 1966.

vío o una deformación del modo de producción capitalista, sino la tendencia propia del sistema, que se manifiesta a través de la sobreproducción o el subconsumo relativo.

En términos de la sobreproducción, los defaults han permitido restablecer el curso de la acumulación del capital a lo largo de prácticamente toda la historia del capitalismo. Los ciclos económicos están marcados por períodos de intensa acumulación, que han llevado a una sobre expansión económica derivada del crecimiento del crédito y el aumento de los flujos de capitales, pero que no encuentran su contraparte en la demanda de la economía real.

Desde la lógica financiera, aunque las crisis bancarias y de deuda generadas por la sobreproducción llevan a aún más violentas caídas de la actividad económica, el sistema siempre se termina acomodando a través del privilegio para aquellos que a) poseen un importante capital previo para sostenerse en los momentos más difíciles, b) quienes cuentan con el apoyo gubernamental, c) como así también quienes manejan información privilegiada de cuando comprar y cuando vender - ya sea acciones u otros activos -. Sin embargo, el encuentro del equilibrio se ofrece de la peor manera: profundizando las divergencias distributivas y la inequidad económica, política y mediática entre las élites y el resto de la sociedad.

En cuanto a la explicación subconsumista de la crisis, que complementa la expuesta y se encuentra presente en la mayoría de los autores marxistas y regulacionistas, la misma combina el crecimiento de la productividad del trabajo con el estancamiento salarial y el incremento en la tasa de ganancia. En estas condiciones, el incremento en la inversión podía generar altas tasas de beneficios por un tiempo, pero las mismas eran difíciles de sostener debido a los bajos ingresos de las mayorías.

Para los grupos de interés concentrados, los márgenes de ganancia se acotan dado el crecimiento demográfico de estos grandes sectores de la población mundial con capacidades productivas marginales e insuficiente poder de compra. En este aspecto, la sobreacumulación y sobreproducción

son ‘relativas’, donde la única certeza referencial es la tasa mínima de ganancia con la cual los capitalistas continúan invirtiendo y produciendo.

Bajo la lógica descripta, lo que maximiza los incrementos en los márgenes de ganancia en el corto plazo, expresa a los compradores en el largo plazo. Wallerstein⁸⁸ desarrolla claramente la ecuación: para los empresarios, la tensión se asienta entre los salarios que pagan, que incrementan el consumo mundial, y los salarios que no pagan, que aumentan sus ahorros/inversiones. Para las élites políticas y económicas, poco importa los que no pueden producir ni consumir. Esto es porque las causas de su exclusión son parte del mismo sistema; aunque variadas y/o complejas, lo determinante se encuentra en los intereses afectados.

Como contraparte las élites, con el objetivo de máximo de continuar la dinámica de la reproducción ampliada, suelen apoyar mínimos incrementos salariales que permitan generar una mayor demanda efectiva. Como complemento, intentan que los aumentos se encuentren siempre cercanos a la propensión marginal al consumo total, lo que condice con la imposibilidad de generar un ahorro suficiente que les brinde poder para desarrollar algún emprendimiento - lo que provocaría no solo una pérdida de trabajo para las élites económicas, sino también una potencial nueva competencia -.

Tampoco se caracterizan por generar un desarrollo económico sustentable - mejorando la calidad de la educación, la salud y los servicios sociales de protección -; a no ser que sirvan estrictamente a sus objetivos económicos o financieros. En este sentido, el desentenderse de su asistencia (elusión/evasión impositiva, eliminación del Gasto Social) o el no potenciar las capacidades de las mayorías (proveer empleo, masificar la formación académica), genera un círculo vicioso donde los propios individuos, excluidos y carentes de oportunidades (empleo y crédito), difícilmente puedan traducirlos en un ciclo positivo de autoayuda.

⁸⁸ Wallerstein, Immanuel, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1988, pp. 37-38.

Las excepciones solo existen ante la potencial necesidad de solventar el statu-quo. Las élites suelen apoyar una suba de impuestos corporativos o a las rentas extraordinarias - en contra de sus intereses, de allí la discusión sobre la distribución impositiva y la eficiencia en la recaudación -, ya que entienden que es el precio que deben pagar para generar una relativa estabilidad política; siempre y cuando dejen en claro que la ineficiencia generada y la pérdida de recursos para la inversión serán 'los verdaderos efectos perjuiciosos para con la sociedad toda'.

Para el resto de la ciudadanía, este último punto genera una contradicción obvia: en su calidad de consumidores del gasto público, los contribuyentes demandan más; en su calidad de proveedores de las arcas públicas quieren pagar menos (a lo que se le debe adicionar la ineficiencia y la corrupción). Bajo este contexto, los políticos se encuentran asfixiados ante demandas crecientes de beneficios sociales, el dinamizar la capacidad de consumo sin generar inflación, y diseñar un programa para la generación de empleo sustentable con la mayor eficiencia y eficacia productiva posible. Demasiada exigencia ante un escenario embebido en una interdependencia compleja derivada de la exponencial puja de intereses de actores estatales y no estatales a nivel intra e internacional.

Esta situación insostenible puede conllevar a un coctel explosivo, sobre todo en las sociedades más empobrecidas y desiguales. Por ello la necesidad de apaciguar a las mayoritarias clases desprotegidas a través del brindar una mínima calidad de vida (en muchos casos se remite simplemente a la mantención de la mera subsistencia).

Por su parte, cuando la situación excede los cánones aceptados por el statu-quo, se suele pensar en una lógica represiva. Sin embargo, generalmente se trata de no llegar a la coacción: como la libertad del trabajador es lo que vuelve al capitalismo inherentemente inestable, el empresario suele intentar 'domesticar' legalmente, bajo el marco de la ley, a los trabajadores. De lo contrario, un escenario de 'subversión' podría ser aún peor.

Para lograr este objetivo, la primera meta es reforzar el convencimiento del trabajador: este no tiene más remedio que vender su fuerza de trabajo – por lo que la libertad se comienza a volver relativa -, lo que permite generar un proceso de dependencia. Ya que por el contrario, si nos encontramos en un escenario de ‘no control’ en el corto plazo, el ser humano podría transformarse: desde un empleado inconforme y por ende menos productivo, pasando por un ser ‘revolucionario’ anti-sistema, hasta su conversión en una potencial competencia capitalista en el mediano o largo plazo.

En tanto este último punto, las clases medias y las Pymes se ocupan de intentar mantener su estatus de clase, buscando con desesperación la continuidad de sus patrones de consumo. Ante la contradicción entre la generación de ingresos decrecientes propios del sistema descripto, y las demostraciones en los medios de comunicación por parte de unas élites que alientan la acumulación a cualquier costo, se genera un escenario de guerra implícita de ‘todos contra todos’, donde reina un individualismo que atenta contra una leal mancomunidad - aunque sea de tinte competitivo - que permitiría generar un escenario de sustentabilidad intra-sistémico bajo la pureza teórica de los clásicos liberales.

Más aún, las élites buscan potenciar los golpes de efecto en contra de la protección de los derechos de las mayorías, tanto ya sea a través de la baja rentabilidad forzada de microemprendimientos que no pueden sustentarse, como por la disminución del salario directo e indirecto - este último sobre todo a través del ajuste del Gasto Público -.

Por otro lado, han promovido un Estado mínimo sujeto a privatizaciones crecientes y la apertura a la competencia y al capital financiero. La estrategia de brindar previsibilidad hasta que se reconstituyan condiciones de ‘conjunto para la salida de la crisis’, ha sido un relato cautivante pero sin sustento empírico de recuperación: mientras la economía real y la demanda de las mayorías no encuentren respuestas sustentables, el relato se resquebraja ante la inocua falta de moral de la racionalidad económica capitalista.

Derivado de lo expuesto, la realidad es que la sociedad global - tanto en el mundo desarrollado como en el subdesarrollo - ha sido aca-rreada hacia un mundo de bajos salarios, alta rentabilidad de las monopólicas corporaciones, e incrementos en la polarización y la desintegración social. Si a ello se le agrega un profundo debilitamiento de los procesos verdaderamente democráticos, donde los decisores políticos y las estructuras quasi-gubernamentales pasaron a girar alrededor de las necesidades de las élites económicas y los intereses privados, el desafío para revertir este contexto altamente desfavorable se torna aún mayor.

Por lo tanto, si la problemática es entonces de tinte sistémico, la misma implica respuestas globales. Sin embargo, estas parecieran ser políticamente inviables para un mundo íntimamente interrelacionado a nivel económico y extremadamente respetuoso de las formalidades institucionales y diplomáticas.

En este sentido, el Siglo XXI solo potenció las tensiones nacionalistas, las diferencias sectoriales intra-nacionales y la puesta a prueba permanente de la estabilidad macroeconómica. La crisis global se ha ido transformando de coyuntural a estructural, donde la delicada sensibilidad social es puesta a prueba con cada decisión política.

Bajo este escenario critico, las élites redoblaran sus esfuerzos para evitar el cambio del statu-quo. En su utilización del Estado, los gobiernos, siempre dentro de las políticas económicas marginales pro-sistémicas, utilizan (cuando no contienen) a los mercados financieros internacionales, intentan satisfacer las demandas domésticas en un contexto de permanentes exigencias para con la protección del medio ambiente, generan una mínima diversidad productiva que pueda derivar en una estable situación socio-económica, e intentan desarrollar una coherente política de seguridad alimentaria que fortalezca la paz social.

En definitiva, el núcleo del dilema es una de las contradicciones fundamentales del sistema: el capitalismo no puede ser al mismo tiempo coherente y completo. Si es coherente con sus propios principios, surgen

problemas que no puede abordar; y si trata de resolverlos, no puede hacerlo sin caer en la falta de coherencia con sus propias premisas.

A consecuencia, las grietas en los fundamentos mismos del sistema económico global han conllevado a una incesante puja de intereses que desarrolló profundas inequidades basadas en estratos económicos fuertemente arraigados en la mayoría de las sociedades del planeta: una élite económica y política cuantitativamente minúscula pero que detenta el poder real; una clase minoritaria acomodada que accede a una aceptable calidad de vida en base a su producción para las élites; y unas mayorías, en muchos casos viviendo al límite de la subsistencia y la dignidad, que sobreviven dentro de un cortoplacismo enraizado en la anomia social y la pérdida de fe.

La puja de intereses como eje rector del sistema mundo actual

“Es inútil hablar de los intereses de la comunidad sin entender cuál es el interés de la persona” Jeremy Bentham.

Por más que nos disgusten y nos quejemos de ellas a fuerza de lamentos y plegarias, la realidad es que las relaciones de poder aparecieron sobre la faz de la tierra junto con las formas más primitivas de la vida animal, como lo ha comprobado hasta el cansancio la socio-biología y el transcurso de la historia. Por ende, la puja de intereses se ha tornado un elemento clave para generar un análisis crítico.

Como lo hemos descripto en el apartado anterior, el sistema internacional como un todo se encuentra en crisis, desgarrado por permanentes contradicciones y ambigüedades intrínsecas. A través de los diversos mecanismos generados por la dinámica económica global, millones de trabajadores en todo el mundo son sometidos a diversas condiciones de ‘explotación’ y ‘exclusión social’: desempleo, precarización laboral y bajos

ingresos. Además, las Pymes son sometidas a las grandes corporaciones, quienes generan una fuerte dependencia en torno a las cadenas de valor y a la feroz competencia. Para todos estos grupos, el financiamiento es costoso y las deudas abultadas.

Cuando reina la ley del más fuerte, el aparato productivo más débil (en este caso los más pobres, quienes no cuentan con una red de contactos, capital o educación suficiente para salir adelante) no pueden obtener los beneficios institucionales y jurídico/sociales que les permitan lograr un desarrollo profesional y personal.

Por el contrario, las élites políticas y económicas se comportan de manera homogénea y mancomunada. Financiamiento de campañas y dadi-vas para los políticos; susidios y contratos abultados para las corporacio-nes. Siempre bajo el marco de una macroeconomía estable, financiamiento a bajo costo y baja/nula conflictividad social. Esta permanente situación de ‘sujeción del Estado a los ricos’, solo fortalece un contexto que conjuga la anarquía, la debilidad y la falta de objetivos colectivos por parte de quienes, a través de las políticas públicas, lejos se encuentran de guiar positivamente a la sociedad toda.

Para comprender como se ha llegado a esta situación, un punto primordial de análisis es la multiplicidad de grupos de interés que compiten ferozmente entre sí para alcanzar el mayor rédito posible. Si se toma como ejemplo que en la economía clásica se llega al equilibrio cuando la oferta y la demanda se encuentran en un mercado perfectamente competitivo, se puede realizar una analogía en la cual los diversos grupos (las empresas de lo político) compiten entre ellas en un medioambiente totalmente abierto.

En este caso, el interés público (el equilibrio) se consigue balanceando los diferentes intereses de los actores en cuestión, ya que según afirman los liberales, no existe una automática armonía entre los individuos y los grupos de una sociedad; simplemente, la escasez y la diferenciación son las que introducen una inevitable medida de competencia. El libre albedrío se torna moneda corriente y cada actor busca sobrevivir de cualquier manera y a cualquier costo.

Sin embargo, la problemática se cristaliza cuando el pragmatismo denota la inexistencia de un mercado perfectamente competitivo: algunos grupos de interés tienen más poder político y económico que otros, algunos políticos son más influenciables que otros, como así también existen intereses exógenos que han llevado a la formación de oligopolios y monopolios en empresas proveedoras de bienes y servicios de interés público; todo lo cual afecta la democratización económica y política del Estado. Lo único cierto empíricamente es que en el mundo ha habido un cambio real de poder en las últimas décadas: un desplazamiento de la otrora relativa fortaleza del pueblo trabajador y las clases medias, hacia las élites políticas y económicas.

El sistema mundial continúa su tendencia divisoria hacia dos grandes bloques: la plutocracia y el resto. Es una sociedad global en la cual el crecimiento – que en una gran parte es destructivo y está muy desperdi ciado - beneficia a una minoría de personas extraordinariamente ricas, que dirigen el consumo y la acumulación de la riqueza generada. Para el año 2014, los CEOs de las grandes empresas ganaban 295 veces los ingresos de un operario promedio, una brecha que se acrecienta con el correr de los años. Por otro lado, las 85 personas más ricas del mundo tenían en ese mismo año un patrimonio que superaba al de los 3.500 millones más pobres.⁸⁹

¿Cómo se ha llegado a la descripta situación global? La realidad es que el análisis se torna difícil en un escenario de fuertes y profundas asimetrías inter e intra-nacionales; es por ello que la comprensión sistémica se torna fundamental.

Por un lado, se visualiza con claridad un sistema ‘capitalista democrático’ que no provee respuestas para aquellas mayorías de excluidos que se encuentran sumergidos en un círculo vicioso de pobreza y desesperanza. Como contraparte, la plutocracia acrecienta su margen de maniobra de manera exponencial, logrando un control quasi total de las variables macroeconómicas domésticas, para luego centrarse en una fase posterior de desarrollo expansionista en el marco internacional.

⁸⁹ Por Bernardo Kliksberg, *¿Hacia dónde va el planeta?*, <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-252377-2014-08-07.html>

Bajo este contexto, mientras más personas y áreas se involucran plenamente en la economía-mundo, se genera un menor margen para los ajustes o una renovación productiva: en este sentido, los inversionistas, los consumidores y los gobiernos no encuentran salidas efectivas y positivas para todos en conjunto, sino en términos sectoriales. En tanto los costos recaen sobre la población y el trabajo, las grandes corporaciones procuran mejorar permanentemente su posición en los mercados internacionales a fin de compensar con exportaciones crecientes - en algún lugar del mundo donde se pueda encontrar un nicho de mercado - las actualmente constreñidas demandas internas.

Esta situación, provocada por las heterogeneidades intrínsecas derivadas de las desigualdades del sistema capitalista, ha llevado a que la lucha de poder entre las élites económicas/políticas y el resto de la sociedad sea de una asimetría sin precedentes: Tercerizaciones a mercados periféricos, disminución del Gasto Público/Social y un fuerte descenso del salario real en sus diversas variantes (devaluaciones, incrementos de impuestos regresivos, inmigración, aumentos de la edad jubilatoria, etc.), son sus principales exponentes.

Por otra parte, un gran dilema en la actualidad es que cada día se agregan más Estados con fuertes carencias en términos institucionales y socio-económicos (los que siempre han sido pobres y aquellos que han perdido sus bondades como modelos de desarrollo y calidad de vida), que a su vez poseen a una mayoritaria parte de la sociedad educada bajo los parámetros del menoscabo social y económico.

Este último punto no es menor: aunque posean ciertos niveles de formación básica o educación media - y pueden ser competitivos en la mayoría de las áreas de la economía global -, se rigen bajo una lógica de 'perdedores empobrecidos', y una dinámica socio-económica propagada por los cooptados medios masivos de comunicación de 'trabajadores pobres y empresas siempre al borde de la quiebra'. Ante este escenario negativo para la mayor parte de la sociedad, el capitalismo monopólico financiero y real solo busca potenciar la concentración de las ventas en aquellos estratos

socio-económicos con suficiente capacidad de consumo: por un lado, políticos, empresarios y financieros, es decir aquellos ricos estructurales que pueden pagar los bienes y servicios suntuarios; por otro lado se encuentran las clases medias, las Pymes y los asalariados que, bajo los contextos socio-productivos de pertenencia de clase que se replican en cada rincón de la tierra, utilizan su alta propensión marginal al consumo para continuar un proceso que favorece exponencialmente a las élites. Por supuesto, nada hay para aquellos excluidos que no poseen poder de compra.

¿Cuál es la respuesta del resto de la ciudadanía alejada de la plutocracia ante esta permanente lógica sistémica que tiene como objetivo único el ‘no caerse del tren del consumo’? Moravsk⁹⁰ sostiene que el ciudadano medio se encuentra en un contexto de férrea defensa de sus inversiones existentes, mientras se mantienen cautos sobre la asunción de costos y riesgos en perseguir nuevas ganancias; lo que implica, directa o indirectamente, explotar al máximo posible su poder sobre el resto de los grupos o actores políticos, sociales y económicos.

Lo cierto es que élites dominantes estuvieron constantemente, a lo largo de todo el Siglo XX, dedicadas a una siempre presente guerra de clases. Pero la misma se convirtió en unilateral cuando sus víctimas abandonaron tal lucha. Como indica en el año 2014 Buffet - una de las diez personas más ricas del mundo en aquel momento -, “ha habido una lucha de clases durante los últimos 20 años, y mi clase ha ganado”⁹¹.

Tal como lo veremos en el próximo apartado, la principal consecuencia es que la desigualdad en materia socio-económica se ha recrudecido. Siete de cada diez personas viven en un país donde la divergencia entre ricos y pobres es mayor ahora que hace 30 años; mientras la minoría rica de esos países, está incrementando aún más su participación en la renta nacional. Entre 1988 y 2008, el coeficiente de Gini aumentó en 58 países.⁹²

⁹⁰ Moravsk, Andrew, *Taking Preferentes Seriously: A liberal Theory of International Politics*, Massachusetts Institute of Technology, EE.UU., 1997, p. 517.

⁹¹ Oxfam, *Iguales*, 29 de Octubre de 2014.

⁹² Calculado con los datos de B. Milanovic, *All the GinisDataset*, <http://econ.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/EXTDEC/>

Para el año 2014, la riqueza del 1% de la población más rica del mundo ascendía a 110 billones de dólares (el 46% del total global), una cifra 65 veces mayor que el total de la riqueza que poseía la mitad más pobre de la población mundial; es decir, menos de un centenar de personas poseían la misma fortuna que la mitad más pobre de la humanidad.⁹³

Por lo tanto, pareciera ser que la *democracia* ha pasado a circunscribirse al mero hecho del voto y la legitimidad del reclamo; un escenario alejado de cualquier atisbo de justicia distributiva. Como consecuencia, los más perjudicados terminan siendo siempre los más pobres: aquellos que no poseen capacidad de persuasión alguna y, por lo tanto, quedan excluidos de cualquier posibilidad de recibir los beneficios que obtendrían dentro de un verdadero marco institucional plural e igualitario.

Un proceso de creciente inequidad

“Nos quitan las tierras y en ellas, con ellos de patrones, levantamos aeropuertos y nunca viajaremos en avión, construimos autopistas y nunca tendremos automóvil, erigimos centros de diversión y nunca tendremos acceso a ellos, levantamos centros comerciales y nunca tendremos dinero para comprar en ellos, construimos zonas urbanas con todos los servicios y sólo las veremos de lejos, erigimos modernos hoteles y nunca nos hospedaremos en ellos. En suma, levantamos un mundo que nos excluye, uno que nunca nos aceptará y que, sin embargo, no existiría sin nosotros.”

Ejército Zapatista de Liberación Nacional

En el comunicado precedente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional⁹⁴, se plasma un sistema inequitativo que, sobre todo en las últimas décadas, se vivencia en todos los rincones del planeta. Con la caída

⁹³ Credit Suisse, *Global Wealth Report 2013*, Zurich: Credit Suisse. <https://publications.credit-suisse.com/tasks/render/file/?fileID=BCDB1364-A105-0560-1332EC9100FF5C83>
Y “The World’s Billionaires”, *Forbes* (consultado el 16 de diciembre de 2013) <http://www.forbes.com/billionaires/list/>, 2013.

⁹⁴ EZLN-Ejército Zapatista de Liberación Nacional, *Discurso del 16 de marzo de 2001 en el Instituto Politécnico Nacional*, en <www.ezln.org/marcha/20010316a.es.htm>.

del comunismo, el capitalismo ‘más benigno’ ha ido perdiendo relevancia política. Bajo el Estado de Bienestar, los capitalistas dependían de sus trabajadores para conservar su poder y sus riquezas tanto como estos últimos necesitaban a los primeros para ganarse su sustento. Ambas partes sabían perfectamente que volverían a encontrarse al día siguiente, y en los meses y años por venir. Vivirían en un mismo país, concurrirían a los mismos eventos deportivos, a los mismos bares. Esta perspectiva temporal y geográfica les permitía percibir sus relaciones como un ‘conflicto de intereses’; por lo que el eje de discusión se focalizaba en empeñarse a mitigarlo, hacerlo tolerable, e incluso intentar resolverlo para satisfacción mutua.

Por más antagónica, desgradable e irritante que pudiera ser la convivencia, las partes estaban dispuestas a negociar un *modus vivendi* aceptable una vez que comprendían que esa coexistencia sería duradera. Tras negociar esa modalidad de unión, creerían en su longevidad. De ese modo, ganarían un marco sólido y confiable en el que inscribir y sostener sus planes y expectativas para el futuro. Este escenario se tornaba clave para la sostenibilidad del ciclo económico en particular, y la sustentabilidad del proceso de reproducción capitalista en general.

En este sentido, Solow⁹⁵ sostenía las condiciones de un ‘sendero de crecimiento equilibrado’, es decir una trayectoria de incremento en la que todas las magnitudes - producción, ingresos, beneficios, sueldos, capital, precios de los activos, etc. - progresan al mismo ritmo, de tal manera que cada grupo social saca provecho del crecimiento en las mismas proporciones, sin mayor divergencia. En perspectiva similar, Kusnetz⁹⁶ precisó que la desigualdad en cualquier lugar estaría destinada a seguir una ‘curva en forma de campana’ - es decir, primero crecería y luego decrecería -, a lo largo del proceso de industrialización (crecimiento de la desigualdad) y de desarrollo económico (decrecimiento de las desigualdades).

⁹⁵ Piketty, Thomas, *Pasado y futuro de la desigualdad*, Le Monde Diplomatique, Capital Intelectual, Buenos Aires, Septiembre de 2014, p.7.

⁹⁶ Dasgupta, S., Laplante, B., Wang, H. and Wheeler, D., *Confronting the Environmental Kuznets Curve. The Journal of Economic Perspectives*, 16(1), 2002, 147-168.

Por ello, en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, una tasa superior a la normal de crecimiento económico y poblacional, junto con subas de impuestos a los mayores beneficios y una ingente política estatal activa redistributiva, contribuyó a reducir la inequidad. Sin embargo, la descripta ‘edad de oro del capitalismo’ (1945-1973), aquella época en la cual los teóricos progresistas sostenían que la desigualdad se estabilizaría y se reduciría por sí sola con el correr del tiempo, resultó ser una ilusión.

La ruptura sistémica ante al avance del capitalismo neoliberal fue acompañada de un cambio en la lógica del compromiso social, ligado al pasaje del capitalismo de la economía real al capitalismo financiero, la desregulación en pos de los monopolios y las subvenciones dentro del mismo círculo vicioso de las élites. El mercado es una relación de fuerzas que, en el marco del sistema económico existente, construye las desigualdades y las requiere para poder reproducirse.

En este aspecto, el compromiso social propio del capitalismo que producía bienes y servicios y definía una tasa de interés a largo plazo en un marco de lógica competencia, con un Estado activo y moderador entre los intereses del capital y el trabajo, paso a ser parte del pasado. Una mano de obra estable y calificada, necesaria para el crecimiento de la productividad, constituía una inversión necesaria en un tiempo en el cual el sistema ya lejos se encontraba de ser condescendiente. Por otro lado, las tasas impositivas para los más ricos decrecieron en la mayoría de los países del mundo, generando una ‘captura de oportunidades’ por parte de las élites a expensas de los pobres y las clases medias. Adams ya lo decía dos siglos atrás: “la manera en que las personas tributan, quién tributa y sobre qué se tributa son las cuestiones más esclarecedoras sobre una sociedad.”⁹⁷

Junto a este contexto, las desigualdades siderales en la distribución del ingreso lentamente dejaron de dar revista a la otrora condena social basada en una justificada voluntad moral. En su lugar, una revitalizada teoría económica pro-sistémica reafirmaba que la distribución del ingreso es el resultado del ‘libre juego de las fuerzas del mercado’ y que ésta es,

⁹⁷ Adams, Quincy, *For Good and Evil: The Impact of Taxes on the Course of Civilization*, Editorial Lanham: Madison Books, 1993.

siempre, la más adecuada y además la única solución eficiente y óptima, puesto que asegura el pleno empleo de los factores, la mayor productividad y por ende el mayor crecimiento económico. En palabras de Hobsbawm, “la economía política occidental ha subordinado deliberadamente el bienestar y la justicia social a la tiranía del PBI; al intencionadamente desigualitario mayor crecimiento económico posible.”⁹⁸

Sin embargo, este argumento que sugiere que las desigualdades son el precio que una parte de la sociedad (los mayorías empobrecidas) debe pagar para asegurar una mayor eficiencia que favorezca al conjunto de la misma, fue desmitificado por el mismo Keynes⁹⁹ quien, por ejemplo y en términos laborales, demostró que este postulado es falso puesto que el equilibrio existía en múltiples casos en los que existen factores de producción desempleados; más aún, era más común encontrar los múltiples casos de equilibrios con desempleo que un equilibrio con pleno empleo.

En adición, gran parte del avance del capitalismo actual tiene un rostro financiero, el cual se basa en la especulación y los flujos de capitales a corto plazo. Sin una economía real que sostenga los deprimidos mercados domésticos, el trabajo pasa a ser la principal variable de ajuste mediante la implementación del desempleo de masas, la precarización y la generalización de la competencia mundial en materia salarial. No se puede olvidar que además, el trabajo es el único elemento que brinda la mayor flexibilidad productiva en relación al hacer más competitivo al empresario en el corto plazo.

En otro punto a destacar, las élites justifican la existencia de altos niveles de ingresos para ellos y sus clases de soporte sosteniendo que, por un lado, los sueldos exorbitantes que se asignan a sí mismos los Presidentes y Gerentes de las grandes empresas y de los bancos son una remuneración normal habida cuenta de sus capacidades para dirigirlos, ya que logran los mejores resultados para los accionistas. Sin embargo, este grupo es minori-

⁹⁸ Hobsbawm, Eric (Cit), *El pavor de los súper-ricos: la desigualdad y los grandes impuestos*, <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=641>, Mayo de 2014.

⁹⁹ Piketty, Thomas, *Capital in the Twenty-First Century*, Harvard University Press, 2014, p. 178.

tario (no suele superar el 10% o 15% de la población total económica-mente activa), por lo que los efectos que pueden derramar para el resto de la economía son insignificantes en términos de consumo e inversión.

Por otro lado, para los empresarios, la rentabilidad deriva del riesgo de sus inversiones, las cuales deberían favorecer al conjunto de la sociedad a través de la producción y el empleo. En la actualidad, ante una acumulación creciente del capital, el rendimiento se mantiene en un nivel superior a la tasa de crecimiento económico (4% a 5% anual ante alrededor de 1,5% por año respectivamente)¹⁰⁰. Por ende, ello significa que una porción comparativamente decreciente de los ingresos totales se dirige al salario (y que en contadas ocasiones se incrementa más que el conjunto de la actividad económica).

En tanto a los causales, el rendimiento del capital puede mantenerse a un nivel elevado en particular porque siempre hay ganancias oriundas de la productividad, de las innovaciones tecnológicas y del crecimiento de la población (con una mayor demanda) en ámbitos geográficos estancos (potenciación de la escasez). Evidentemente, las tasas de retorno en la propiedad y las inversiones son consistentemente más altas que lo que suelen crecer las economías, generando un proceso de aceleramiento de la desigualdad.

Este escenario se refleja empíricamente a nivel global: para el año 2013, 1.426 personas superaban los mil millones de dólares de activos, cuya riqueza conjunta ascendía a 5,4 billones de dólares.¹⁰¹ Más aún, el 10% de la población mundial poseía en ese año el 86% de los recursos del planeta, mientras que el 70% más pobre (más de 3.000 millones de adultos) sólo contaba con el 3%.¹⁰²

¹⁰⁰http://www.iego.clarin.com/economia/capitalismo-XXI-autor-economicomomento_0_1127887572.html, *El capitalismo del siglo XXI*, Diario Clarín, IECO. 27 de Abril de 2014.

¹⁰¹ Kroll, L., La lista de multimillonarios en 2013: datos y cifras, *Forbes*, <http://www.forbes.com/sites/luisakroll/2013/03/04/inside-the-2013-billionaires-list-facts-and-figures/>, 4 de Marzo de 2013.

¹⁰² Credit Suisse, *Global Wealth Report 2013*, Zurich: Credit Suisse. <https://publications.credit-suisse.com/tasks/render/file/?fileID=BCDB1364-A105-0560-1332EC9100FF5C83> Y “The World’s Billionaires”, *Forbes*, <http://www.forbes.com/billionaires/list/>, 2013.

La concentración de la riqueza global

Riqueza (dólares americanos)	Porcentaje de la población mundial	Número de adultos (millones)	Porcentaje de la riqueza mundial	Riqueza total (billones de dólares)
<10.000	68,7	3.207	3,0	7
10.000–100.000	22,9	1.066	13,7	33
100.000–1 millón	7,7	361	42,3	102
> 1 millón	0,7	32	41,0	99

Fuente: 'Global Wealth Report 2013'. Zurich: Credit Suisse

Finalmente, el orden capitalista que vivimos en la actualidad, cual asume formas distorsionadas e incluso rasgos de farsa, claramente incrementa permanente la desigualdad; lo cual en el dialecto de la ética, significa relaciones de explotación y de injusticia social, que justamente no son una condición para la eficacia económica sino todo lo contrario.

Los análisis empíricos de las últimas décadas han demostrado que un nivel de desigualdad elevado constituye un obstáculo para el crecimiento económico, ya que dificulta la inversión en la economía real, limita la capacidad de producción y consumo, y debilita las instituciones; todos ellos elementos necesarios en sociedades donde entre sus objetivos centrales se encuentra la justicia distributiva.

Ello implica además que, aunque los efectos de la desigualdad suelen percibirse sobre todo en las capas más bajas de la jerarquía social, las minorías más acomodadas también lo sufren. En este sentido, cabe destacar que en una sociedad sin equidad, todos se ven en mayor o menor medida perjudicados. No solo porque la desigualdad extrema corrompe la política, frena el crecimiento y reduce la movilidad social; sino que además desaprovecha el talento y el potencial de las personas, debilitando los cimientos de una sociedad más productiva en beneficio de las élites que controlan la economía.

Para concluir, Wilkinson y Pickett¹⁰³ explican que la desigualdad es ‘extremadamente tóxica’ debido a la diferenciación del estatus social: a mayor nivel de desigualdad, mayor poder e importancia tienen la jerarquía social, la clase y el estatus, y más necesidad tienen las personas de compararse con el resto de la sociedad. Al percibir grandes diferencias entre sí mismos y para con los otros, las personas tienen sentimientos de subordinación e inferioridad; siendo estas además emociones que provocan ansiedad, desconfianza y segregación social; lo que a su vez desencadena una serie de profundas problemáticas sociales, como son la delincuencia y los conflictos violentos interpersonales.

En cuanto a este último punto, ha sido probado empíricamente que las tasas de homicidios son exponencialmente mayores en aquellos países con una desigualdad económica extrema, que en las naciones más igualitarias. Es por ello que Hanauer sosténía que “es peligroso vivir en un país con una desigualdad elevada. Ninguna sociedad puede mantener un incremento exponencial de desigualdad. De hecho, no existen ejemplos en la historia de la humanidad en los que la riqueza estuviese extremadamente concentrada sin que en algún momento apareciesen las horcas”.¹⁰⁴ Ojalá que la ciudadanía global no se dirija unívocamente hacia ese camino.

¹⁰³ Wilkinson, R. & Pickett, K., *Desigualdad: un análisis de la (in)felicidad colectiva*, Editorial Penguin, Londres, 2010.

¹⁰⁴ Oficina de la ONU contra la droga y la Delincuencia (UNODC) “Global Study on Homicide”, Viena: UNODC, http://unodc.org/documents/data-and-analysis/statistics/Homicide/Global_study_on_homicide_2011_web.pdf, 2011.

La desigualdad de oportunidades que corroe el bienestar

“La igualdad no significa que todos tengamos la misma riqueza, sino que nadie sea tan rico como para poder comprar a otro, ni que nadie sea tan pobre como para verse forzado a venderse.”

Rousseau

Para comenzar, podríamos preguntarnos cuáles serían los principios de una sociedad lo más equitativa posible - sin tomar en cuenta la utopía comunista - con la cual se podría llegar a un gran acuerdo colectivo. En este sentido, Rawls afirma que “las desigualdades económicas y sociales deben estar dispuestas de tal manera que las sociedades (a) sirvan el máximo beneficio posible a los menos favorecidos y, (b) cuenten con cargos y puestos accesibles a todos sus miembros en condiciones de justa igualdad de oportunidades.”¹⁰⁵

En este sentido, la igualdad de oportunidades debería ser un principio fundamental en las sociedades que quieren ser desarrolladas e inclusivas. Ello significa que los logros y resultados de una persona no deben depender de su raza, género, familia, herencia o cualquier otra característica inmutable. Sin embargo, nada de ello ocurre hoy en día. Las elecciones políticas y económicas deliberadas que sostienen el sistema capitalista actual son las que generaron y sostienen una mayor desigualdad. En este aspecto, existen dos poderosos factores políticos y económicos que exacerbán la situación y que explican en gran medida las extremas inequidades actuales: el fundamentalismo de mercado y el secuestro democrático por parte de las élites.

¹⁰⁵ J. Rawls, *Teoría de la justicia*, Cambridge: Harvard University Press, EE.UU., Capítulos. 2 y 13, 1971.

Desde esta perspectiva, aunque se argumente que cierto nivel de desigualdad de ingresos en cualquier sociedad puede ser lógica debido a la iniciativa, el esfuerzo y los méritos, prima la vigorosa y estrecha correlación entre la desigualdad de ingresos y la desigualdad de oportunidades. A consecuencia, y dado que la desigualdad económica se incrementa a lo largo del tiempo, sus consecuencias son cada vez más difíciles de revertir.

Bajo este escenario, se ha dado lugar a un ‘monopolio de oportunidades’ por parte de las élites, quienes acaparan una realidad que les implica impuestos más bajos, subvenciones a sus proyectos, y una posición de privilegio para con su posición en el mercado y la generación de riqueza material y financiera. A todo ello se le debe adicionar dos puntos inter-generacionales claves: para con su descendencia, un legado de mejor educación por un lado, y por el otro una atención sanitaria de calidad.

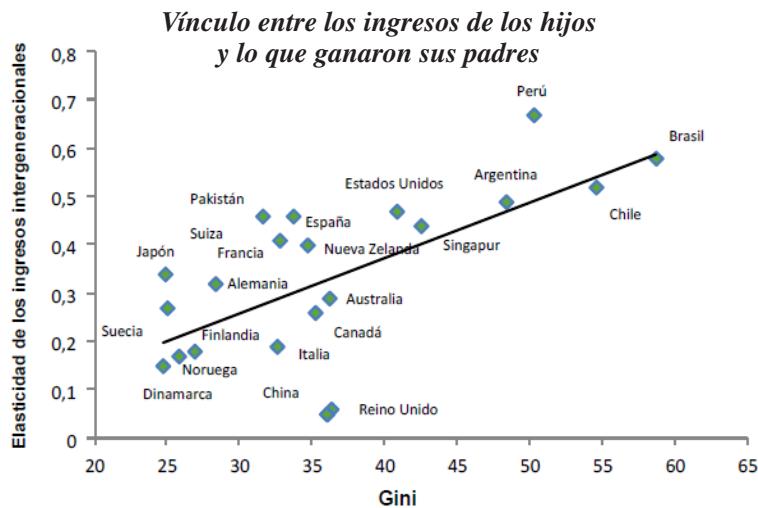
El resultado es la creación de una dinámica y un círculo vicioso de privilegios que pasan de generación en generación. Hoy en día las posibilidades que los niños tendrán en su vida dependen en gran medida de la situación socioeconómica de sus padres y los vínculos que puedan estos generar - o que puedan financiar las actividades para que sus hijos directamente se relacionen con otros pares de estatus en ámbitos académicos, culturales, deportivos, etc. -, con un gran margen de independencia de sus capacidades o el esfuerzo que realicen.

El acceso a una educación de calidad es un claro ejemplo. Como se ha mencionado, las élites suelen pagar a sus hijos costosas escuelas privadas que les facilitan el acceso a universidades de privilegio, lo que a su vez les permite obtener empleos mejor remunerados y posibilidades de acceder a capital para generar emprendimientos propios. Esto se ve reforzado por otras ventajas, como son los recursos financieros y las redes sociales que los padres más ricos comparten con sus hijos, y que les facilitan aún más las oportunidades educativas y profesionales.

De este modo, las élites aseguran el futuro de su descendencia generando cargos de privilegio corporativo - en muchas ocasiones lejos

de una racional meritocracia empresarial -, junto con el otorgamiento de acciones u otro tipo de bienes físicos o capital financiero. En definitiva, se puede afirmar que los más ricos se apropián de oportunidades que se les negarán sistemáticamente a las mayorías, las cuales claramente no solo no cuentan con los recursos económicos y políticos para generar un bienestar en el corto plazo, sino que menos aún podrán alcanzar una digna y sustentable calidad de vida en el largo plazo.

En el estudio posterior podemos observar que Corak ha relacionado el coeficiente de Gini (el cual mide el grado de desigualdad en una sociedad) y el grado de dependencia entre los ingresos de una persona y los de su ascendencia. Por ejemplo en Dinamarca, uno de los países con un coeficiente Gini más bajo - o sea más igualitario -, se señala que en el año 2012 sólo el 15% de los ingresos de un adulto joven dependían de los ingresos de sus padres; por el contrario en Perú, un país con uno de los coeficientes de Gini más elevados del mundo, dos tercios de lo que ganaba una persona en ese mismo año se relacionaba con los ingresos pasados de sus progenitores.



Fuente: M Corak (2012) Inequality from Generation to Generation: The United States in Comparison

Fitzgerald sentenció esta diferencia con claridad en su novela *El Gran Gatsby* de principios del Siglo XX “Los ricos no son como tú y yo. Y tampoco lo son sus hijos”.¹⁰⁶ En este sentido, Piketty argumenta “que estamos retrocediendo hacia un ‘capitalismo patrimonial’, en el cual los resortes de la economía están dominados no sólo por la riqueza, sino también por la riqueza heredada, donde el nacimiento importa más que el esfuerzo y el talento”.¹⁰⁷

Su argumentación se basa en la habilidad de los dueños de la riqueza para mantener alta su tasa neta de retorno en relación al crecimiento económico medio. A consecuencia, los agentes económicos que tienen los mayores ingresos, poseen además los patrimonios más importantes. Como contraparte, son las personas más pobres quienes más sufren la gran inequidad global; que como lo mencionamos anteriormente, se deriva principalmente de la falta de igualdad de oportunidades.

Por su parte, solo un murmullo en forma de quejido resuena en las clases de soporte y lo que queda de la desmembrada clase media: pareciera que solo aspiran a mantener los mínimos privilegios adquiridos (con suerte equiparando sus ingresos con los procesos inflacionarios, ciertos contextos positivos de productividad, o un mejor posicionamiento político a la hora de la competencia con otros costos comparativos internacionales), pero con una tendencia a desentenderse ante las necesidades de los más desfavorecidos, aquellos que no tienen opción de elegir.

Por ende, se puede afirmar que en el ‘acaparamiento de oportunidades’, se genera el proceso que perpetúa las desigualdades, el cual tiene lugar cuando grupos concretos asumen el control de recursos y activos valiosos en su propio beneficio. A su vez, cabe destacar que el círculo vicioso de la desigualdad económica se traduce en desigualdad política, donde luego la misma produce a su vez una mayor inequidad económica y así sucesivamente en un proceso de difícil reversión.

¹⁰⁶ Fitzgerald, Scott, *El Gran Gatsby*, Scribners, Nueva York, 1925.

¹⁰⁷ http://www.iceo.clarin.com/economia/renta-herencia-ganan-trabajo_0_1111089263.html, iEco, Clarín, *El capital en el siglo XXI*, 30 de Marzo de 2014.

Es por ello que para mantener este statu-quo, un elemento fundamental se centra en generar las reglas del juego para reasegurarse este resultado, es decir, a través de la política. En este sentido, nos encontramos con un sector privado que se torna menos relevante a la hora de generar empleo digno para las personas más pobres, pero sí genera presión para perpetuar sus privilegios rentísticos. Y en el permanente ceder del Estado, solo nos encontramos con un agravamiento de la situación de los más desprotegidos.

Un claro ejemplo es la falta de apoyo de las élites a los servicios públicos esenciales; ellos mismos han creado un sistema dual en el cual pueden elegir no utilizarlos - compran su educación y su sanidad de manera individual y privada -, y por lo tanto son reticentes a financiar el sistema público - que raramente utilizan - con impuestos (lo cual debilita aún más el contrato social). Como indica Anderson¹⁰⁸, ante un escenario donde los niveles de desigualdad se perpetúan y refuerzan, se genera un contexto en donde las personas ricas cada vez comparten menos intereses con las menos favorecidas.

Por el contrario, las élites sí esperan ansiosamente las subvenciones gubernamentales. Beneficios fiscales, incentivos a la producción, mejores condiciones de financiamiento son un ‘debe’ para sostener el apoyo al Gobierno de turno. Un informe del Fondo Monetario Internacional (FMI)¹⁰⁹ del año 2013 reveló que en los países de renta media y baja, el 61%, 54% y 42% de las subvenciones a la gasolina, el gas licuado del petróleo y el diesel respectivamente fueron destinados al quintil de población con mayores ingresos, mientras que sólo el 3%, 4% y 7% respectivamente acabaron en manos del quintil con menos ingresos.

Por otro lado, unos marcos regulatorios deficientes configuran un entorno ideal para las prácticas empresariales monopólicas. La ausencia de competencia permite que las empresas puedan imponer unos precios desor-

¹⁰⁸ E. Anderson, *What Should Egalitarians Want?*, Cato Unbound, <http://cato unbound.org/2009/10/19/elizabethanderson/what-should-egalitarians-want>, 2009.

¹⁰⁹ FMI, *Energy Subsidy Reform: Lessons and Implications*, <http://www.imf.org/external/np/eng/2013/012813.pdf>, 2013.

bitados, lo cual perjudica a los consumidores y en último término produce un incremento de la desigualdad económica. Si los Gobiernos no actúan cuando las empresas en posición dominante impiden la competencia, tácitamente se está permitiendo que éstas se apropien de una rentabilidad extraordinaria y, con la misma, se produce una transferencia de ingresos de los sectores más desfavorecidos de la sociedad hacia los más ricos.

En otro punto fundamental, el acceso a la justicia también suele estar en venta (de forma legal o ilegal), y la capacidad de afrontar las costas judiciales y el acceso a los mejores abogados les garantizan impunidad a las élites. Los resultados se manifiestan de forma obvia en los laxos sistemas normativos actuales que favorecen prácticas corruptas y debilitan la capacidad de los menos poderosos (incluidos los partidos políticos, ONGs, etc.) que quieren luchar contra la pobreza y la desigualdad.

Para citar solo un ejemplo, en el año 2013 Oxfam¹¹⁰ calculó que el mundo estaba perdiendo 156.000 millones de dólares de ingresos a causa de ciudadanos ricos que esconden sus activos en paraísos fiscales fuera de sus fronteras. Mientras tanto, el control conjunto que deberían realizar el poder político y judicial, tanto a nivel nacional como en conjunto con los Organismos Internacionales de contralor, brillan por su ausencia.

Los pocos cambios positivos que se observan en pos de una mayor equidad a nivel global, son marginales y coyunturales. Por supuesto, todos ellos sin alterar las estructuras ni el statu-quo. Ante esta situación, el premio Nobel de economía Stiglitz realizó en el año 2014 una ‘alerta institucional’: “La extrema desigualdad en términos de renta y riqueza que existe actualmente en gran parte del mundo es perjudicial para nuestra economía y nuestra sociedad, pero además socava nuestra política.”¹¹¹ En

¹¹⁰ Para obtener información más detallada y completa sobre los cálculos y la metodología de Oxfam se puede consultar en: Oxfam, “Tax on the “private” billions now stashed away in havens enough to end extreme world poverty twice over”, 22 May, <http://oxfam.org/en/pressroom/pressreleases/2013-05-22/tax-private-billions-nowstashed-away-havens-enough-end-extreme>, 2013.

¹¹¹ <http://www.oxfam.org/es/informes/iguales-acabemos-con-la-desigualdad-extrema>, 29 de Octubre de 2014.

la misma línea de análisis, Carney va más allá y abre el paraguas para ‘cuidar’ al propio sistema capitalista: “Así como cualquier revolución se come a sus hijos, el fundamentalismo de mercado sin control puede devorar el capital social necesario para el dinamismo a largo plazo del propio capitalismo”.¹¹²

En definitiva, como alguna vez dijo Roosevelt, “ninguna sociedad puede ser feliz y próspera si la mayor parte de sus ciudadanos son pobres y miserables”¹¹³. Evidentemente, y siendo tal la situación actual del mundo en que vivimos, un cambio urgente se torna necesario para retornar a un escenario de equidad sustentable que mejore sustancialmente la calidad de vida de las mayorías desfavorecidas del planeta.

¹¹² http://www.clarin.com/zona/mundo-vez-desigual-riqueza-multimillonariosdolareses_0_1253874893.html

¹¹³ http://avalon.law.yale.edu/20th_century/froos2.asp





Capítulo IV

El dilema socio-ambiental, la destrucción de los recursos naturales y la tecnología por sobre el trabajo

El resquebrajamiento del sistema y la relación del hombre con la naturaleza

“Al perpetrador sólo puede cambiarlo la humanidad de la víctima: la víctima sólo puede curarse cuando el perpetrador vuelve a ganar su humanidad” Antjie Krog

La economía es la actividad colectiva destinada a asegurar las bases materiales de la vida física, cultural y espiritual de todos los seres humanos en el planeta. Sin embargo, cuando la economía se volvió política, las diversas vertientes ideológicas plasmaron sus ideales sistémicos a imagen y semejanza de sus propias realidades e intereses más profundos.

Para comenzar, los filosofos de la Ilustración creían, en líneas generales, que la actividad económica es un proceso lineal que conduce invariablemente al progreso material ilimitado en nuestro planeta, siempre y cuando se elimine toda traba al funcionamiento del mercado para que sea la ‘mano invisible’ la que verdaderamente regule la oferta y la demanda. El marqués de Condorcet plasmo la euforia de aquella nueva era de progreso cuando proclamó que “La naturaleza no ha fijado término alguno al perfeccionamiento de las facultades humanas,..la perfectibilidad del hombre es en verdad indefinida,.. los progresos de esa perfectibilidad, indepen-

dientes de lo sucesivo de la voluntad de quienes se propusieran impedirlos, no cuentan con más límite que el de la duración de este globo en el que la naturaleza nos ha ubicado".¹¹⁴

Marx¹¹⁵, por su parte, acordaba en parte sobre este diagnóstico y se refería al sistema capitalista como aquel que, a pesar de sus propias barreras y limitaciones, amplia el círculo de consumo y derrumba todas las barreras que restringen el libre desarrollo de las fuerzas productivas, la expansión de las necesidades, el desarrollo general de la producción, y la explotación y el intercambio de las fuerzas mentales y naturales.

Para llevar este escenario a cabo, el rol de la lógica capitalista consistió en embeber la lógica económica dentro de la sociedad por medio de la paulatina integración de las actividades colectivas a la ley del valor. En este sentido, la mercantilización pasó a dominar casi la totalidad de las relaciones sociales, en campos cada vez más numerosos como el de la salud, la educación, el deporte o la religión. Solo para citar un ejemplo actual, en muchos países del mundo a un servicio público como la provisión de agua corriente se le exige una rentabilidad positiva permanente; en consecuencia privatizable, y por lo tanto capaz de contribuir a la acumulación de capital.

Por ende, el interés común de los multíniveles del poder terminó consistiendo en colocar al mercado como elemento de interés general por sobre los territorios y recursos, desconociendo la pertinencia de las razones culturales, históricas y morales que forman parte de los cohesionadores societales vinculados a las identidades y sentidos populares reconocidos alrededor del mundo. En este sentido, al internacionalizar sus prácticas el sistema universaliza su lógica, y en este impera hoy la 'ley del valor globalizada', que engendra necesariamente, como indica Amin, "la polarización, expresión de la pauperización asociada a la incesante y completamente abarcativa acumulación a escala mundial".¹¹⁶

¹¹⁴ Condorcet, marqués de, *Outlines of an Historical View of the progress of the Human Mind*, J. Johnson, Londres, 1795, pp. 4-5 (Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2004).

¹¹⁵ Marx, Karl, *Grundrisse*, Vintage, Nueva York, 1973, pp. 408-410.

¹¹⁶ Amin, Samin, *Capitalisme et Système-Monde*, 1993.

Es interesante que, como contraparte, si definimos la economía de otra manera que no sea solamente la producción de valor agregado, debemos concluir que el sistema económico, tal como está organizado en la escala mundial, hoy es el más ineficaz que se haya conocido: un sistema autodestructivo y no sustentable que afecta a una gran parte de la humanidad y pone en peligro al resto de los seres vivos y los recursos naturales.

En este aspecto, con la falsa promesa de la plena realización y unidad del género humano alrededor de la institución-mercado, sacrilizada bajo la orientación instrumental que anima a una sociedad global basada en la producción e intercambio de mercancías - materializada en la centralidad econométrica, la racionalidad del cálculo a corto plazo y la maximización de la ganancia -, el sistema actual le da claramente la espalda a la totalizadora realidad que conforma el entorno natural y social, alejándose a paso firme de lo que debería ser una posición sustentable para las futuras generaciones.

Tomando una expresión propia de Schumpeter¹¹⁷, el carácter ‘destructivo del capitalismo’ supera su carácter de ‘creador de bienes y servicios’. El mismo eterno intento de acumular provoca la caída de la tasa de ganancia, llevando a que los capitalistas busquen permanentemente contratendencias por medio de transformaciones de los procesos de trabajo y los medios de producción. A consecuencia, los condicionantes ecológicos, las dificultades para administrar la pobreza, y la creación de burbujas financieras, han empujado al propio sistema a expandir sus fronteras, sobre todo en la agricultura campesina, los servicios públicos y el control de la biodiversidad.

Sin embargo, estos procesos tienen límites físicos y sociales que generan nuevas y más profundas crisis. Según Mészáros¹¹⁸, hoy en día y más que nunca, el capitalismo destruye las dos fuentes de su propia riqueza: la naturaleza y el ser humano. Hardt y Negri¹¹⁹ hablan de ‘corrupción y

¹¹⁷ Houtart, F., *Deslegitimar el capitalismo. Reconstruir la esperanza*, Ruth Casa Editorial, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 37.

¹¹⁸ Mészáros, I., *Educação contra Alienação*, Brasil de Fato, Mayo de 2006.

¹¹⁹ Hardt M., y A. Negri, A., *Multitude*, La Découverte, Paris, 2004, p. 34.

perversión de la vida' a la capacidad de la humanidad de destruir su propia existencia. Por su parte, luego de analizar los efectos físicos, biológicos y antropológicos del sistema económico capitalista, Morin¹²⁰ llega a la conclusión de que el propio ser humano pone en peligro la capacidad misma de reproducción de la vida, único parámetro dentro de un mundo caracterizado por la complejidad y la incertidumbre. En definitiva, increíble e irracionalmente, el hombre no solo se autodestruye a sí mismo como especie, sino también a su entorno circundante.

En tanto este último punto, su evolución en dueño del planeta ha provocado la destrucción de la flora, la fauna y los ecosistemas en general. Bajo la lógica capitalista, la explotación de la naturaleza por parte de los que detentan el poder tiene un componente de egoísmo irracional: la falta de consideración para comprender el mundo en que vivimos como un bien colectivo que debemos cuidar.

Como señala Rifkin¹²¹, la actual civilización consume más del entorno circundante de lo que puede regenerar y, por lo tanto, más que de Producto Bruto Interno deberíamos hablar de Costo Bruto Interno, ya que cada vez que se consumen recursos, una parte de estos deja de estar disponible para su uso futuro. Por lo tanto, toda actividad económica consiste en un préstamo de la energía y los recursos materiales por parte de la naturaleza. Si ese préstamo reduce la abundancia natural más rápidamente de lo que la biosfera puede reciclar los desechos y restablecer las existencias previas, la deuda entrópica acumulada acabará siendo aplastante, sea cual sea el régimen económico de utilización de los mismos.

Es por ello que hoy en día, mientras la ley del valor incluye a todos, la destrucción ambiental afecta a todos. El mundo se está acercando a varios 'límites planetarios', utilizando la máxima cantidad posible de recursos naturales. En este aspecto, el resultado del régimen de acumulación y de consumo prevaleciente en los últimos tres siglos, basado en la utiliza-

¹²⁰ Houtart, F., *La ética de la incertidumbre en las ciencias sociales*, Ruth Casa Editorial, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

¹²¹ Rifkin, Jeremy, *La Tercera Revolución Industrial. Como el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Espasa Libros, Barcelona, 2011, p. 279.

ción poco racional de los recursos naturales en los procesos productivos (a pesar de ciertos cambios marginales positivos en las últimas décadas), ha tenido determinantes impactos ambientales.

Un claro ejemplo es la apertura a la explotación trasnacional de recursos naturales, que a través de los megaproyectos de infraestructura que tienen como el solo propósito el garantizar el acceso a los mismos, aseguran la integración a los circuitos mundiales de acumulación capitalista. Bajo la lógica descripta, las corporaciones trasnacionales utilizan su influencia para asegurarse de que los países ricos en recursos les ofrezcan generosas subvenciones y mecanismos de elusión fiscal; mientras que proponen sistema de extracción o producción (como es el caso de los monoculturales sobre extensiones enormes de tierra) que destruyen la biodiversidad.

Más aún, las élites económicas corporativas luego convierten la ‘riqueza real’ en sus diversas formas de capital-dinero, mayoritariamente en busca de su valorización a través de diversas instituciones financieras -grandes bancos, sociedades de seguro, fondos de pensión y *Hedge Funds*-, que además son quienes en muchas ocasiones, reinvierten sus activos en acciones de otras empresas, las cuales posteriormente hacen fluctuar los mercados de materias primas estratégicas (alimentos, hidrocarburos) y cuyo impacto económico es agresivo para las mayorías que viven con ingresos de subsistencia.

En este punto cabe destacar que dado el sistema desigual en el que nos encontramos inmersos - y hemos expuesto largamente en apartados previos -, también existe una explotación diferencial de los recursos. En este sentido, la crisis ecológica también es una crisis de la sociedad; ya que por un lado, los modos de consumo de los más ricos, que tienden a difundirse como modelos, son ingentes predadores de los recursos.

Para sostener esta lógica perversa con el objetivo unívoco de potenciar la acumulación de capital, las élites amoldan un falso discurso bajo la noción de que todo es parte del ‘patrimonio de la humanidad’, siendo este un lema que ellos mismos resignifican permanentemente para ‘blindar’ su tan deseado ‘libre acceso’ para la explotación.

Como contraparte, las personas más pobres son las primeras y principales afectadas por la destrucción del medio ambiente y los efectos del cambio climático. Sin poseer la infraestructura necesaria para resguardarse de catástrofes naturales, o con mínimas capacidades de compra para sostener incrementos de precios de alimentos comestibles luego de una sequía, las limitaciones se agudizan y las problemáticas se potencian.

Es por ello que las tensiones domésticas y geopolíticas también son un punto que se debe tener en cuenta. La fuerte iniciativa política del sujeto dominante por subordinar a la tierra y sus productos a la ganancia de las propias élites, tiene como objetivo complementario el satisfacer las necesidades básicas productivas y socio-económicas de las mayorías: de este modo, se logran evitar fuertes tensiones intraestatales desestabilizadoras del statu-quo. De no ser así, una necesaria salida económica diplomática o un conflicto bélico de tinte nacionalista, pueden llegar a ser la solución - aunque sea coyuntural - para restaurar el orden en caso de escases.

Finalmente, se puede concluir que hemos alterado la armonía ecológica de nuestro planeta, destruyendo los cimientos de una potencial prosperidad humana al convertirla meramente en una orgía de consumo temerario. El sistema económico en el que vivimos, al extenderse al planeta entero, enfrenta un límite que cuestiona la idea de un mercado y recursos ilimitados, indispensable para su expansión: el paradigma ecológico.

Ese límite - el del ecosistema planetario - está siendo claramente desestabilizado por un productivismo desenfrenado que, contrariamente a la discursiva sustentabilidad del capitalismo, compromete las ganancias y desemboca en la disfunción de un sistema que conlleva en su propio germe el peligro de la auto-aniquilación. A consecuencia, el desastre es tan grande que no hay ninguna categoría humana, ni siquiera los más ricos y dominantes, que no tengan que enfrentar este problema.

Obviar la heterogeneidad de las culpabilidades, diferenciar quienes producen el mayor daño medioambiental, y comprender quiénes son los más perjudicados, implica repensar el concepto de prosperidad,

cuestionar el consumismo e insistir en la necesaria consideración de los límites ecológicos antes de optar por alguna política económica.

De lo contrario, la ruptura del equilibrio ecológico que presenta un panorama amenazador y pone en peligro la supervivencia misma de la especie humana, se profundizará. Lo único que ello demuestra es que la irracionalidad de seguir agotando los recursos naturales y destruyendo el medio ambiente para garantizar un determinado modelo de vida, implica un absoluto desprecio por la humanidad como un todo por parte de las élites responsables.

En consecuencia, el ser humano, sin distinción de su situación socio-económica particular, debe comprender que su entorno y la simbiosis con la naturaleza son fundamentales: por ende, la generación de políticas que promuevan el cuidado permanente de los recursos es urgentemente imprescindible en pos de una ‘herencia positiva necesaria’ para las futuras generaciones. Más aún, Hinkelammert¹²² llama desesperadamente a la ‘ética necesaria’, es decir, todo lo que se refiere a poner en marcha todas las herramientas que posibiliten regenerar y hacer sustentable la vida; en contraposición a su calificación del capitalismo como ‘sistema de muerte’.

Nuestro medio ambiente es fuente de vida. No se puede agredirlo ni destruirlo sin atentar contra la vida humana. Es entonces claro y necesario que la naturaleza no debe ser explotada en función de una racionalidad puramente instrumental, característica de una modernidad vinculada económica y culturalmente con el capitalismo salvaje.

Por el contrario, dentro de la totalizadora lógica moderna, el futuro se encuentra claramente comprometido. En un mundo de oportunidades técnicas y económicas sin precedentes, es totalmente inaceptable que cientos de millones de niños en el mundo, faltos de un contexto medioambiental y económico digno, no puedan desarrollar plenamente su potencial socioeconómico y humano.

¹²² Hinkelammert, F., *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto oprimido*, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006, p. 301.

En definitiva, como indica Houtart¹²³, es la misma lógica sistémica la que está en juego: la naturaleza como objetivo de explotación y los seres humanos solamente valorizados en función de la competitividad individual en la producción de valor agregado y de la capacidad de consumo. Estamos enfrentados entonces con una crisis del presente modelo de civilización. De la civilización occidental moderna, capitalista/industrial, basada en la despiadada explotación del trabajo y la naturaleza, el individualismo, la competencia, y la destrucción masiva del medio ambiente.

Sin embargo, el reconocer la sobreexplotación del sistema por parte de las élites no es tarea sencilla: relacionar la destrucción medioambiental, la escasez de alimentos y la paupérrima situación socio-económica con la estructura sistémica del modelo requiere de una comprensión superadora y una aceptación en detrimento del statu-quo que, al día de hoy, es impensado.

Es por ello que la única solución continuista por quienes dominan los destinos del mundo es la constante búsqueda de nuevas fronteras de producción y explotación: escenarios vírgenes y puros (como podría ser la Antártida) para avanzar raudamente hacia la potenciación de la rentabilidad. Ello además simplifica y suaviza la tensión con los dos obstáculos más importantes con que se encuentran las élites: el impasse ecológico por un lado, y las resistencias sociales por el otro.

Por ahora, solo las asimetrías de poder, dinero e influencia desequilibran las políticas de lucha y favorecen los intereses de acumulación cortoplacistas de una minoría; por parte de las mayorías, solo nos encontramos todavía con un tibio y heterogéneo reclamo que a duras penas refleja la real y urgente necesidad de proteger las perspectivas de desarrollo sustentable de la civilización toda.

¹²³ Houtart, F., *El camino a la utopía desde un mundo de incertidumbre*, Ruth Casa Editorial, Panamá, 2009, p. 42.

El efecto invernadero, la escasez alimentaria y la problemática del agua

“La degradación ambiental y la degradación humana o ética están íntimamente unidas.” Papa Francisco

Prácticamente todas las actividades comerciales de nuestra economía globalizada dependen de un modo u otro del petróleo y de otras fuentes de energía: más aún, la mayoría de nuestros materiales de construcción (cemento, plástico) están hechos de combustibles fósiles, al igual que la mayor parte de los productos farmacéuticos. Nuestro transporte, nuestra electricidad, nuestra calefacción y nuestra iluminación dependen también de los mismos. Como indica Rifkin, “hemos construido una civilización entera sobre la exhumación de los depósitos de Carbonífero.”¹²⁴

Ayres y Warr, con uno de los modelos de análisis más precisos generados, lo han explicado con sólidos basamentos empíricos: “los incrementos de la eficiencia termodinámica, gracias a la cual la energía y las materias primas se convierten en trabajo útil, representaron la mayor parte de los aumentos de productividad y de crecimiento económico registrados en las sociedades industriales”.¹²⁵ Dentro de la presente lógica, los combustibles fósiles se siguen llevando la mayor parte de la inversión en energía, con un peso de actualmente hasta cuatro veces superior a los recursos destinados a energías renovables.¹²⁶

¹²⁴ Rifkin, Jeremy, *La Tercera Revolución Industrial. Como el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Espasa Libros, Barcelona, 2011, p.28.

¹²⁵ Ayres, R.U y E. Ayres, *Crossing the Energy Divide: Moving from Fossil Fuel Dependence to a Clean-Energy Future*, Upper Saddle River, Wharton School Publishing, New Jersey, 2010, pp.13-14.

¹²⁶ Carbon Tracker Initiative & The Grantham Research Institute, LSE, *Unburnable Carbon: Wasted capital and stranded assets*, <http://www.lse.ac.uk/GranthamInstitute/wpcontent/uploads/2014/02/PB-unburnable-carbon-2013-wasted-capital-stranded-assets.pdf>, 2013.

Estamos entonces atrapados en la dinámica perversa de una civilización que si no crece el nivel de producción y consumo no funciona; por el contrario, si crece destruye las bases naturales que la hacen posible. Si seguimos extrayendo carbón, petróleo o gas, y lo quemamos, hay que volver a extraerlos; es claro que son recursos no renovables y este contexto no ocurrirá indefinidamente.

El punto clave aquí es que al ir agotando paulatinamente los recursos naturales y energéticos, se están causando cambios ecológicos irreversibles en el clima y la biodiversidad.

El cambio cataclísmico de la temperatura y de la química del planeta provoca la desestabilización de los ecosistemas a través de olas de calor extremas, las subas del nivel del mar, y la reducción de los stocks de alimentos. La temperatura de la Tierra se elevó 0,7°C durante el siglo pasado¹²⁷; aunque el ritmo de cambio se está acelerando. En Noviembre de 2012 el Banco Mundial y el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés)¹²⁸ indicaron que las temperaturas se encaminan hacia un incremento de entre 4 y 6 Grados Celsius para el año 2100.

Es importante resaltar que una simple variación de entre 1,5°C y 3,5°C podría provocar una extinción en masa de vida vegetal y animal en menos de cien años. Los modelos indican una tasa de extinción de un orden mínimo del 20% y máximo de hasta el 70%. En este aspecto, el paleoclimatólogo Kump ha sostenido recientemente que “El ritmo que en el que estamos inyectando dióxido de carbono a la atmósfera en estos días es diez veces más

¹²⁷ Diario Clarín, *El cambio climático hará estragos en la agricultura, prevé el Banco Mundial*, IECO, 26 de Enero de 2014.

¹²⁸ K. Anderson y D. Calverley, *Avoiding dangerous climate change: choosing the science of the possible over the politics of the impossible*, Informe sin publicar encargado por Oxfam y realizado por investigadores del Tyndall Centre. Gran parte del análisis se basa en la investigación incluida en: K. Anderson y A. Bows (2011), *Beyond dangerous climate change: emission pathways for a new world*, Philosophical Transactions of the Royal Society A, 369, 20–44, DOI:10.1098/rsta.2010.0290., 2014.

rápido que durante el final del periodo Pérmico”¹²⁹. El final del periodo Pérmico había sido una era previa a la extinción masiva de los dinosaurios, la cual luego derivó en la aniquilación masiva del 90% de la vida en el Océano y el 75% en tierra firme.

En este aspecto, si se tiene en cuenta que la tierra ha experimentado cinco oleadas de extinción biológica en los últimos 450 millones de años, y que cada vez que se produjo una aniquilación de esta clase se tardaron unos diez millones de años en recuperar la biodiversidad perdida, entonces se puede apreciar que las variedades arbóreas de reproducción lenta, se han adaptado a unas zonas de temperatura relativamente estables a lo largo de miles de años.

Por consiguiente, cuando la temperatura se modifica radicalmente en cuestión de unas pocas décadas, las especies arbóreas no pueden migrar con la rapidez suficiente como para seguir el ritmo de desplazamiento de su zona de temperaturas propicias. A consecuencia, si se estima que la deforestación contribuye a entre el 20% y el 25% del total de las emisiones de Gases que impactan sobre el Efecto Invernadero¹³⁰, la prospectiva claramente conllevará a una mayor desertificación, degradación de la tierra y sequías crecientes.

Cabe destacar que el 25% de la superficie terrestre del planeta está arbolada y sirve de hábitat para muchas de las especies de vida restantes: por lo tanto, las 5,2 millones de hectáreas de bosque que se pierden cada año son grandes contribuyentes a que en la actualidad más del 60% del ecosistema se encuentre degradado¹³¹, causando estragos crecientes en la vida animal y humana.

¹²⁹ Kump Lee, citado en la nota *La crisis climática es culpa del capitalismo*, del suplemento The New York Times International Weekly, Diario Clarín, 27 de Noviembre de 2017.

¹³⁰ *Managing Water under Uncertainty and Risk, The United Nations World Water Development Report 4*, Published in 2012 by the United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, 7, place de Fontenoy, 75352 Paris 07 SP, France, © UNESCO 2012, All rights reserved.

¹³¹ Ibidem.

En cuanto a la situación alimentaria en particular, a principios del siglo XIX Thomas Malthus vaticinó un futuro sombrío para la humanidad: predijo que el crecimiento poblacional sobrepasaría al crecimiento de la productividad en la agricultura, lo cual llevaría a un desequilibrio creciente entre las bocas que alimentar y la oferta de alimento. La escasez conllevaría a ciclos de hambre recurrentes y, por lo tanto, concluye que “el poder de la población es tan superior al poder de la tierra para permitir la subsistencia del hombre, que la muerte prematura tiene que frenar hasta cierto punto el crecimiento del ser humano.”¹³²

Dos siglos después, el desequilibrio no solo existe; sino que, sumado a la desigualdad de ingresos, afecta a gran parte de los habitantes del planeta a través de un doble aspecto: la producción y los precios de los alimentos. A la urbanización creciente derivada del desplazamiento de la población rural, el calentamiento global, y la degradación de los modos de producción agrícola que afectan negativamente a la Oferta (se espera que para el año 2020 el PBI agrícola mundial disminuya en un 16%), se le contrapone una demanda creciente de una población en aumento, la utilización de los granos como alternativa energética al petróleo - generando un dilema de *trade-off* entre nutrición y recursos energéticos (solo una proyección de oferta energética de biocombustibles de 12.000 millones de toneladas de petróleo para el año 2050 requerirá 1/5 de la tierra cultivable global) -, y la sobre-especulación en los mercados internacionales de materias primas desregulados - en la mayoría de los casos con una fuerte concentración oligopólica -.

En este sentido, la cantidad de tierra arable por habitante se ha encontrado en descenso sostenido desde hace más de medio siglo: 0,32ha (hectáreas) por persona en 1961-63; 0,21ha en 1997-99; y se estima que será de 0,10ha en 2030. Por otro lado, Guillet indicaba que en el año 2008 cerca de 2.000 millones de acres de tierra alrededor del mundo - un área aproximada que duplica a la geografía China - se encontraban ya seriamen-

¹³² Malthus, Thomas, *Primer ensayo sobre la población*, Alianza Editorial, 2000.

te degradadas.¹³³ Este escenario, al disminuir, las calorías diarias per cápita disponibles en todo el mundo, podría generar que el número de personas en riesgo de hambre se incremente entre un 10% y 20% para el año 2050.¹³⁴

A ello se le adiciona que, aunque se adopten medidas de adaptación al cambio climático, la productividad agrícola podría disminuir hasta un 2% por década en lo que queda de siglo, con un riesgo de impactos aún más graves a partir de 2050.¹³⁵ A consecuencia, si tenemos en cuenta que un incremento en la temperatura en más de 3°C podría producir incrementos en los precios de hasta el 40%¹³⁶ debido a una menor producción, esta magnitud podría exponer a 400 millones de personas de algunos de los países más pobres del mundo al peligro de padecer una grave escasez de alimentos, entre los que debemos además incluir a más de 25 millones de niños menores de 5 años con un escenario de potencial malnutrición.¹³⁷

Más allá de las prospectivas futuras, las consecuencias ya se encuentran entre nosotros. La FAO indicó que para el año 2012, el 12,5% de la población global (868 millones de personas) no recibían la energía diaria suficiente y tenían subnutrición crónica, 2.000 millones de personas sufrían deficiencias de micronutrientes, y un 26% de los niños del mundo tenía carencias alimentarias¹³⁸.

¹³³ Guillet Dominique, *A poner sangre a los motores! La tragedia de los necro-combustibles*, Eco Portal, tomado de La Jiribilla Digital, año V, 2007.

¹³⁴ Diario Clarín, *El cambio climático hará estragos en la agricultura prevé el Banco Mundial*, IECO, 26 de Enero de 2014.

¹³⁵ Grupo Intergubernamental de Expertos sobre cambio climático, Grupo de trabajo II, *Informe de Evaluación 5, Capítulo 7, p.3*, http://ipcc-wg2.gov/AR5/images/uploads/WGIIAR5-Chap7_FGDall.pdf, 2014.

¹³⁶ *LA SITUACIÓN ALIMENTARIA MUNDIAL, Nuevos factores y acciones necesarias*, Instituto Internacional de Investigación sobre Políticas Alimentarias, Washington, D.C., Diciembre 2007.

¹³⁷ G.C. Nelson, M.W. Rosegrant, J. Koo, R. Robertson, T. Sulser, T. Zhu, C. Ringler, S. Msangi, A. Palazzo, M. Batka, M. Magalhaes, R. Valmonte-Santos, M. Ewing y D. Lee, *Cambio climático: El impacto en la agricultura y los costos de adaptación*, Washington DC: Instituto Internacional de Investigación sobre Políticas Alimentarias, <http://www.ifpri.org/sites/default/files/publications/pr21.pdf>; los datos sobre la población menor de 5 años de Estados Unidos y Canadá procede de las tablas estadísticas de UNICEF, http://www.unicef.org/statistics/index_24183.html, 2009.

¹³⁸ *The State of Food and Agriculture*, FOOD AND AGRICULTURE ORGANIZATION OF THE UNITED NATIONS, Rome, 2013.

Para concluir, la escasez de agua constituye uno de los principales desafíos del siglo XXI al que se están enfrentando ya numerosas sociedades de todo el mundo. Cerca de 1.200 millones de personas, casi una quinta parte de la población mundial, vive en áreas de escasez física de agua, mientras que 500 millones se aproximan a esta situación. Otros 1.600 millones viven en países que carecen de la infraestructura necesaria para transportar el agua desde ríos y acuíferos.¹³⁹

A lo largo del último siglo, el uso y consumo de agua (una necesidad básica mínima de agua de entre 20 y 50 litros diarios) creció a un ritmo dos veces superior a la tasa de crecimiento de la población. No obstante, desde principios del siglo XX, el agua utilizada por la industria y los servicios ha ido en aumento. En el año 1900 la producción utilizaba una cifra estimada del 6% del agua del mundo. A comienzos del corriente siglo, ese número se ha multiplicado cuatro veces.

Como complemento, tenemos la exponencial cifra de los 3.500 litros necesarios para producir los alimentos que permiten obtener el mínimo diario de 3.000 calorías que una persona adulta necesita para vivir; es decir, que para generar alimento diario suficiente para una familia de cuatro integrantes, se requiere una cantidad de agua tal como una piscina de natación olímpica llena.

Para ilustrarlo en números macro, la agricultura demanda el 70% de toda el agua fresca del mundo; ello significa que el agua que se utiliza para irrigar y producir alimentos hoy en día genera los mayores requerimientos. Pensemos que el cultivo de un solo kilo de arroz requiere entre 2.000 y 5.000 litros de agua. En otras palabras, el desarrollo de la industria alimenticia absorbe una cantidad de agua que es aproximadamente 70 veces mayor que la utilizada para fines domésticos. A futuro, las perspectivas de los Organismos especializados mantienen la misma tendencia: se estima

¹³⁹ <http://www.wharton.universia.net/index.cfm?fa=viewArticle&ID=2299>

que el consumo de agua para la agricultura se incrementará un 19% para el año 2050 (hasta llegar a los 8.515 Km3).¹⁴⁰

Por otro lado, si la población alcanza los 9.100 millones de habitantes a mitad del corriente siglo, sumado a la combinación de una dieta más rica en proteínas y vitaminas, se puede predecir un incremento en la demanda de alimentos del 70% para dentro de tres décadas. Si a ello le adicionamos un incremento de la demanda de energía en torno al 50% (cabe destacar que los biocombustibles son agua-intensivos, lo que también aumenta la presión sobre los recursos acuíferos), podemos afirmar que estos elementos interconectados potenciaran la competencia para obtener agua potable entre los diferentes sectores productivos y de consumo.

Este escenario de Demanda creciente, se encuentra contextualizado en un cuello de botella en términos de Oferta. En este sentido, únicamente el 2,53% del total es agua dulce, siendo el resto es agua salada. Aproximadamente las dos terceras partes del agua dulce se encuentran inmovilizadas en glaciares y al abrigo de nieves perpetuas. Por otro lado, los recursos de agua dulce se ven reducidos por la contaminación: unas 2 millones de toneladas de desechos son arrojadas diariamente en aguas receptoras, incluyendo residuos industriales y químicos, vertidos humanos y desechos agrícolas (fertilizantes, pesticidas y sus respectivos residuos). A mediados de este siglo el planeta habrá perdido 18.000 kilómetros cúbicos de agua dulce, una cantidad nueve veces mayor a la que se utiliza cada año para el riego, que a su vez representa el 70% de las extracciones de agua.¹⁴¹

Otro punto a destacar es el ascenso global de las temperaturas, lo cual impacta impiadosamente en el ciclo del agua. Cada incremento térmico de 1°C en el conjunto del planeta significa un incremento del 7% en

¹⁴⁰ Managing Water under Uncertainty and Risk, The United Nations World Water Development Report 4, Published in 2012 by the United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, 7, place de Fontenoy, 75352 Paris 07 SP, France, © UNESCO 2012, All rights reserved.

¹⁴¹ FAO, FIDA y PMA, *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2012. El crecimiento económico es necesario pero no suficiente para acelerar la reducción del hambre y la malnutrición*, Roma, 2012.

la capacidad de retención de humedad de la atmósfera. Esto origina una alteración radical del mecanismo de distribución de agua, ya que aunque incrementa la intensidad de las precipitaciones, reduce su duración y frecuencia, potencia las inundaciones y alarga las sequías. A consecuencia, los ecosistemas que se han adaptado a un régimen meteorológico durante un período prolongado, no pueden ajustarse con suficiente prontitud a estos cambios bruscos de las precipitaciones, lo que provoca extinciones en la flora y la fauna.

En sentido similar, es casi inevitable que la capa de hielo del Océano Ártico continúe reduciéndose, al igual que la capa de nieve y el volumen de los glaciares en el hemisferio norte.¹⁴² En este aspecto, el incremento de las olas de calor ha conllevado a que el crecimiento del nivel del mar se esté produciendo más rápido de lo esperado: 0,19 metros entre 1901 y 2010. En consonancia, tenemos otro dato menos alentador: según datos recabados por Rifkin, el calentamiento global podría provocar una subida de entre 26 y 82 centímetros para el año 2100.¹⁴³

Esta contracción de los glaciares (perderían un 60% de su volumen de hielo de aquí al año 2050) y el aumento del nivel del mar, plantearán riesgos para la seguridad humana. Por un lado, implicará una amenaza de inundaciones a corto plazo; por el otro, se esperan disminuciones en la disponibilidad de agua dulce a largo plazo en Asia, América Latina y partes de África Oriental.

Más aún, dado que el 90% de todos los desastres naturales tienen su origen en el agua - con creciente frecuencia e intensidad - las derivaciones socio-económicas se han agravado con el correr de los años: en el año 2010 se registraron 373 desastres naturales en los cuales fallecieron 296.800 personas, afectaron a otras 208 millones y costaron alrededor de 110 mil millones de dólares en pérdidas económicas.

¹⁴² Diario Clarín, http://www.clarin.com/sociedad/Critico-informe-cientifico-cambio-climatico_0_1000700235.html, 27 de Septiembre de 2013.

¹⁴³ Rifkin, Jeremy, *La Tercera Revolución Industrial. Como el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Espasa Libros, Barcelona, 2011, p.46.

Finalmente, el incremento del nivel del mar no solo reducirá la disponibilidad de agua dulce que afectará a millones de personas que se encuentran a la vera de circuitos acuíferos, sino que además conllevan un determinante impacto indirecto a través de la perdida de recursos ictícolas y marítimos: en la actualidad el 85% de todas las poblaciones de peces ya se encuentran sobreexplotadas o agotadas.¹⁴⁴

En definitiva, los escenarios a futuro tienen una perspectiva más que sombría: para el año 2050, se estima que 7.000 millones de personas en 60 países sufrirán escasez de agua potable y no potable para la producción, el consumo, y su utilización para las tareas de la vida cotidiana.¹⁴⁵ Si a ello le adicionamos la problemática alimentaria y medio ambiental, se genera una necesidad urgente e imperiosa de reflexión por parte de los poderes decisorios de toda la humanidad. No caben dudas: nos encontramos ante un dilema moral que afecta a todos los seres vivos sin excepción.

Una mirada diferente para con el Medio Ambiente

“La tierra proporciona lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre, pero no la codicia de cada hombre.” Gandhi

El ser humano consume actualmente el 31% del total de la producción primaria neta sobre la superficie terrestre (es decir, de la cantidad neta de energía solar convertida en materia orgánica vegetal por medio de la fotosíntesis), a pesar de que sólo sumamos medio punto porcentual de la biomasa total del planeta.¹⁴⁶

Si tenemos en cuenta, además, que se espera que la raza humana pase de los casi 7.000 millones de individuos actuales, a más de 9.000

¹⁴⁴<http://es.wfp.org/hambre/datos-del-hambre?gclid=CPCmmpeJ6bkCFWxo7Aod00YAF>

¹⁴⁵ IPCC Secretariat c/o WMO • 7 bis, Avenue de la Paix • C.P: 2300 • CH-1211 Geneva 2 • SwitzerlandReport (WGI AR5) is available at www.climatechange2013.org or www.ipcc.ch.

¹⁴⁶ Fuente: FAO, FIDA, PMA, *Bioversity International*. 2012. *Rome-based Organizations submission to Rio + 20 outcome document* (disponible en http://www.fao.org/fileadmin/user_upload/sustainability/pdf/11_11_30_Romebased_Organizations_Submission_to_Rio_20_Outcome_document.pdf), 2012.

millones hacia mediados de este siglo, lo más probable es que la tensión así generada sobre los ecosistemas terrestres acabe teniendo consecuencias devastadoras para la supervivencia futura de todas las formas de vida.

La economía es un subsistema de un sistema mayor y finito, la biosfera, por lo que el crecimiento desenfrenado permanente es imposible. Los números lo avalan: en el año 2006, los seres humanos extraían un 25% más de los recursos que el planeta podía reproducir; para el año 2050, será el doble de la capacidad de reproducción de la tierra.¹⁴⁷ Aunque los datos parecieran ser irrefutables, no es así para todos. Como ironizó Boulding: “Quien piensa que siempre es posible el crecimiento, o está loco o es economista”.¹⁴⁸

Es por ello que el pago de la deuda externa, la liberalización del comercio y la acentuada penetración en el sector agrícola-ganadero del capital concentrado y los fondos financieros, representan la lógica sistémica que prevalece en el mundo actual. Este escenario requiere la aceleración de los procesos de extracción y utilización de recursos no renovables (sobre todo hidrocarburos), el desgaste de la capacidad productiva de los suelos, y las emisiones de gases con efecto invernadero; resultados directos o indirectos de la lógica de acumulación y destrucción del medio ambiente que ya hemos expresado.

A lo expuesto le podemos adicionar que las pautas meteorológicas irregulares, las catástrofes naturales, la volatilidad de los precios y los riesgos de los mercados amenazan también a los ecosistemas y la biodiversidad; incrementando a su vez la incertidumbre en cuanto a la seguridad alimentaria y nutricional en el mundo. Es claro que mientras la tendencia de la Oferta tiene una inercia decreciente, las demandas son cada vez mayores. Para el año 2030, el mundo necesitará por lo menos un 50% más de alimentos, 45% más de energía y 30% más de agua para el sostenimiento sistémico, según propias estimaciones de la ONU.¹⁴⁹

¹⁴⁷ Cartacapital, 15 de noviembre de 2006.

¹⁴⁸ http://www.ieco.clarin.com/economia/inclinacion-crecimiento-objetivo-pseudo-religioso_0_1573042716.html

¹⁴⁹ <http://es.wfp.org/hambre/datos-del-hambre?gclid=CPCmmpeJ6bkCFWxo7Aod00YAFa>

El punto central es que ausentes de los objetivos se encuentran las riquezas humanas, sociales y ecológicas: el capitalismo tiene prioridad no sólo sobre la democracia, sino también sobre el ambientalismo y los recursos vitales; lo que, indefectiblemente, generará una crisis civilizatoria en el mediano o largo plazo.

En este apartado podemos destacar que, tal como lo hemos observado a lo largo del libro, las inequidades, tanto en la distribución de las culpabilidades como de las consecuencias, son moneda corriente. De acuerdo a Kakar, para el año 2014 “la degradación del medio ambiente puede atribuirse a menos del 30% de la población mundial. El 7% más rico (unos 500 millones de habitantes en aquel año) era responsable del 50% de las emisiones de dióxido de carbono, mientras que el 50% más pobre producía sólo el 7% de las emisiones totales.”¹⁵⁰

Estas disparidades también se visualizan en la utilización de los recursos mundiales. Por ejemplo, sólo el 12% de la población mundial utiliza el 85% de los recursos hídricos del planeta; mientras que cada 15 segundos muere un niño en el mundo por no tener acceso al agua potable. En este aspecto, los bebés nacidos en países desarrollados consumen entre 30 y 40 veces más agua que los nacidos en países pobres.

Para los adultos, la situación no varía: el 50% de la población de los países más atrasados se encuentra expuesta al peligro que representan las fuentes de agua contaminadas - con su respectiva incapacidad de tecnológica y de conocimientos para purificarlas -. ¹⁵¹

Por otro lado, en un planeta que podría producir alimentos para todos sus habitantes, diez mil niños mueren por día por desnutrición. Sin embargo, se ha estudiado que con sólo 25 centavos de dólar se podrían proporcionar los nutrientes básicos para evitar esta situación.

¹⁵⁰ http://www.clarin.com/zona/mundo-vez-desigual-riqueza-multimillonarios-dolares_0_1253874893.html, 2014.

¹⁵¹ Además, es probable que también sean responsables de un porcentaje mucho mayor de las emisiones históricas. D. Satterthwaite, *The implications of population growth and urbanization for climate change*, Environment and Urbanization, Vol. 21(2), http://cstpr.colorado.edu/students/envs_5720/satterthwaite_2009.pdf, 2009.

Por el contrario, lo que tenemos en la actualidad es que cada segundo que pasa, se gastan por lo menos dos millones de dólares en armas alrededor del mundo. En este aspecto, Massiah sostiene claramente que “los límites del ecosistema planetario impiden que imaginemos la continuación de los modelos de desarrollo y crecimiento fundados en formas productivistas... La desestabilización y las guerras en ciertas regiones prolongan y acentúan las desigualdades estructurales. Esta es la respuesta de las clases dominantes, de los países dominantes, frente a la contradicción y el análisis de los límites del ecosistema.”¹⁵²

En cuanto a este último punto, y a contraparte de las penurias que observamos en las mayorías empobrecidas alrededor del mundo, las élites parecen dispuestas a continuar con el proceso de explotación, obteniendo el mayor provecho de ello.

Para citar un ejemplo, a pesar de que se ha analizado cuidadosamente que para evitar superar el peligroso límite de 2°C es necesario que el 80% de las reservas conocidas de combustibles fósiles permanezcan bajo tierra¹⁵³, se continúa con una ingente financiación privada para la explotación de los mismos, en condescendencia con las élites políticas que les proporcionan cuantiosos beneficios de fondos públicos, incentivos y desgravaciones fiscales.

En este sentido, el FMI calculó que durante el año 2011, alrededor de 1,9 billones de dólares de subsidios fueron destinados al sector de los combustibles fósiles a nivel mundial; esta cifra incluye, por un lado, el costo de sufragar los enormes daños que causa el sector, y por el otro, el Lobby para la defensa de los intereses corporativos (sólo en el año 2013, las industrias de los combustibles fósiles destinaron 213 millones de dóla-

¹⁵² Massiah, Gustave, *Una estrategia altermundista: Nuevas propuestas para enfrentar y superar la crisis capitalista*, Le Monde Diplomatique - Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012, p. 43.

¹⁵³ Carbon Tracker Initiative y el Grantham Research Institute, LSE, *Unburnable Carbon: Wasted capital and stranded assets*, <http://www.lse.ac.uk/GranthamInstitute/wp-content/uploads/2014/02/PB-unburnable-carbon-2013-wasted-capital-stranded-assets.pdf>, 2013.

res para influir sobre los responsables políticos de los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Europea).¹⁵⁴

Evidentemente, el eje de la política económica dominado por las élites, que vincula los salarios al límite de la subsistencia con el consumo suntuario y el proceso de acumulación de riqueza financiera, o mismo la explotación hidrocarburífera con la creación de empleo y la potenciación de las cadenas de valor, evita evaluar el gran dilema que implica solucionar las enormes necesidades básicas insatisfechas y el cuidado de nuestro planeta, como son el caso de la malnutrición o la contaminación medio ambiental.

Sin embargo, la irracionalidad de los poderes dominantes hace que nos encontremos con un sistema que puede ser representado por una ‘serpiente que se muerde su propia cola’. En este aspecto, la carencia de micronutrientes no solo provoca un incremento de la morbilidad y la mortalidad, sino también el deterioro del desarrollo cognitivo y la reducción de la capacidad de aprendizaje, en conjunto con la disminución de la capacidad laboral y la productividad debido a las crecientes problemáticas de salud; todo ello implica una consecuente pérdida de Capital Humano sano y calificado, perjudicando principalmente a las propias élites que requieren de la misma - con excepción de la mano de obra minoritaria que posee la educación y la salubridad adecuada - para ser utilizada en sus procesos productivos.

A consecuencia, los marginados pasan a ser seres humanos invalidados desde su propia concepción, que se transforman en inútiles para el mundo laboral y son ‘candidatos objetivos’ para ser destinados al reino de los excluidos. El no poder evitar la malnutrición - tornándose la alimentación acorde una condición previa necesaria para garantizar su desarrollo - inhabilita su comprensión sobre lo que verdaderamente ocurre y el funcionamiento de un sistema que los opprime, bajo una lógica que perpetúa

¹⁵⁴ Fondo Monetario Internacional (FMI) (2013) “Energy Subsidy Reform: Lessons and Implications”, <http://www.imf.org/external/np/pp/eng/2013/012813.pdf>

un círculo vicioso claramente adverso para estas mayorías marginadas de la dinámica propositiva de la economía global.

En el mientras tanto, la dinámica macroeconómica global de corto plazo generada por las élites, le pone un velo a la ciudadanía global que cree todavía en cierta sustentabilidad, tanto económica como financiera. Lo que no se palpa con verdadera preocupación en los grandes conglomerados sociales globales (como se mencionó, probablemente derivado de la falta de formación/información, junto con la necesidad de focalizarse en otras urgencias de corto plazo), es el horizonte de escasez y destrucción de los recursos naturales, lo cual no permitirá el normal funcionamiento de la vida en sociedad tal cual la conocemos hoy en día.

¿Cómo generar un cambio de conciencia que ayude a torcer el paradigma actual? Según Jackson, en primer lugar tiene que haber un reconocimiento tácito de los ‘límites’, para acabar con la ‘patología’ bajo la cual sigue funcionando el sistema: crecimiento infinito en un sistema finito. La ‘lógica social’ del desarrollo a largo plazo debe prevalecer sobre el hiperconsumismo y la hiperproductividad. La prosperidad debe consistir en nuestra habilidad para progresar como seres humanos dentro de los límites del planeta. “El reto de nuestra sociedad es crear las condiciones para que esto sea posible. Es más, yo diría que es la tarea más urgente de nuestros tiempos”.¹⁵⁵

En la misma dirección, Sousa Santos¹⁵⁶ sostiene que sólo una conciencia y una acción ecológica vigorosa, pueden enfrentar con éxito la vorágine del capitalismo extractivista: una base de política económica no dominada por el fetichismo del crecimiento eterno y del consumismo individualista; sino más bien centradas en las ideas de reciprocidad, solidaridad y complementariedad vigentes tanto en las relaciones entre los seres humanos, como en las relaciones entre los humanos y la naturaleza.

¹⁵⁵ Jackson, Tim, *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito*, Icaria editorial/Intermón Oxfam editorial, Barcelona, 2011, p. 280.

¹⁵⁶ Boaventura de Sousa Santos, ¿Extractivismo o ecología?, <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-239508-2014-02-10.html>

Por ahora, parece difícil el repensar un mundo de respeto para con la naturaleza, sino hay una consideración real para con los propios pares humanos. Lo ideal sería que ambos planos se equiparen para generar una sustentabilidad sistémica que el mundo actual no posee. Y este escenario superador debería ser la utopía a alcanzar.

La tecnología, el mundo del trabajo y el escenario futuro

“Temo el día en que la tecnología sobrepuje nuestra humanidad. El mundo solo tendrá una generación de idiotas.” Albert Einstein

Schiller solía decir que “sólo juega el hombre cuando es hombre, en todo el sentido de la palabra, y es plenamente hombre sólo cuando juega”.¹⁵⁷ Durante siglos, hemos tenido que dedicar una cantidad desmesurada de nuestro limitado tiempo en la Tierra a trabajar arduamente para procurarnos las mínimas comodidades de bienestar, lo que nos ha dejado muy pocos momentos para el juego profundo en el ámbito de lo trascendente: claramente nuestros antepasados se han visto obligados a llevar una vida menos examinada y fructífera en términos de lo que debería ser un desarrollo personal superador y pleno.

A pesar de una discursiva proveniente de las élites sobre una evolución tecnológica que mejora incuestionablemente la calidad de vida de toda la ciudadanía, la realidad actual muestra un escenario diferente: el elemento técnico por sí solo no ha podido aligerar a la raza humana de la carga de tener que procurarse su propia supervivencia económica.

En las raíces del desarrollo capitalista, la revolución industrial vino acompañada de un Capital Físico, una ‘maquinaria’ con un nivel de

¹⁵⁷ Schiller, F., *On the Aesthetic Education of Man*, In a Series of Letters, trad. E.M. Wilkinson y L.A. Willoughby, Oxford, Clarendon Press, 1967 (trad. Cast.: *La educación estética del hombre*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 73).

sofisticación tecnológica que, supuestamente, haría la vida más fácil de los seres humanos a través de una menor cantidad de horas de trabajo/esfuerzo, en contraposición de una mayor producción de bienes y servicios (lo que se traduciría en un mayor ocio).

Poco y nada se sabía de lo que realmente ocurriría después: incrementar la productividad con el objetivo unívoco de acumular capital (incluyendo una restructuración de la producción que permitió depender cada vez menos de los trabajadores), junto con un proceso de flexibilización laboral que avalaría el despido de empleados sin obstáculos cuando hubiera que disminuir costos en pos de ‘revitalizar’ la tasa de ganancia. En este sentido, cabe destacar que este contexto parecería no haber sido un fenómeno ‘sobrevenido’, sino el resultado de un camino tecnológico concreto y pretendido, con un claro sustento teórico: el desempleo que desvaloriza la fuerza de trabajo no ha sido más que la tasa ‘natural de paro’ según la visión neoliberal, o el ‘ejército industrial de reserva’ desde la lógica marxista.

En los siglos subsiguientes, se educó e instruyó a las sociedades a través del Estado, la iglesia, y el aparato militar, para que el buen ciudadano tenga como meta en la vida convertirse en un trabajador productivo. Seres humanos de varias generaciones fueron transformados ellos mismos en máquinas que debían buscar, implacablemente, la multiplicación de la riqueza material: más aún, se vivía para trabajar.

Sin embargo y con el correr de las décadas, la producción dejaba de ser mano de obra intensiva para volverse capital intensiva y, progresivamente, de información intensiva. El eje de la discusión del proceso productivo se alejaba del contexto que embebía a la persona, trasladando el foco casi exclusivamente en el cómo potenciar la producción de bienes y servicios en cantidad y calidad.

La secuencia histórica se podría definir de las siguiente manera: cuando la agricultura comenzó a reemplazar la mano de obra humana con sustitutos mecánicos y químicos, millones de trabajadores desplazados de sus antiguas ocupaciones emigraron a las ciudades en busca de empleos en las fábricas. Y cuando las estas comenzaron a automatizar la producción, millones de trabajadores manuales pasaron a formar parte del personal del entonces pujante sector de los servicios.

Las problemáticas sociales en la cadena de valor comenzaron a potenciarse cuando los incrementos de producción, derivados de los aumentos de productividad, dejaron de generar empleos en diversos sectores económicos (suministros, transporte, distribución, administración). Gran parte de estas áreas, ahora ‘auxiliares’, también generaban procesos de automatización y robotización sustitutivos de mano de obra (computadoras, cintas transportadoras, distribución sin almacenamiento, etc.); por lo que ante una menor oferta laboral en los mismos, se comenzaron a generar abismales diferencias entre los requerimientos empresarios, y la educación/formación de los trabajadores.

En este sentido, la necesidad de subsistir llevó al desplazamiento de los trabajadores de una industria a otra, de un sistema productivo a otro. Sin embargo, en cada transición, el poder del salario se diluía cada vez más dentro de las variables de la negociación, a la par de las difusas consecuencias sobre el conocimiento, junto con la dinámica específica de cada contexto socio-cultural.

El patrón actual es, por un lado, pagar salarios de subsistencia por tareas todavía rudimentarias en cualquier parte del mundo que así lo permita. Por el otro, algunos sectores intentan reemplazar mano de obra de baja calificación por personal especializado, con mayor educación y capacitado para la alta tecnología; otro modelo de negocios, pero con una lógica que se repite: salarios también tendientes a la baja que permitan incrementar los bonos para los altos ejecutivos y, sobre todo, enormes utilidades para los accionistas.

Retornando al factor tecnológico en sí, en las últimas décadas la revolución contemporánea (en términos de tecnología de la información, las comunicaciones y los sistemas) ha ejercido, ciertamente, una poderosa acción que ha impuesto la reestructuración de los sistemas productivos (sobre todo facilitando la dispersión geográfica en segmentos comandados a distancia).

Todo esto ha estado provocando profundas transformaciones en los procesos laborales. Para citar un ejemplo, desde el año 2000 al 2010, EE.UU. perdió unos 5.6 millones de empleos en el sector manufacturero. Solo el 13% de esas pérdidas han sido derivadas de un trasvasamiento al sector comercial; el resto fueron mermas por la automatización, las tercerizaciones, u otras modificaciones organizacionales que permitieron una mayor producción con menor cantidad de mano de obra.¹⁵⁸

En este último aspecto, por un lado los modelos de trabajo en cadena (taylorismo), han sido reemplazados por formas organizativas que afectan seriamente la estructura de las clases sociales y su percepción de los problemas que implican la segmentación de los mercados de trabajo. Por otra parte, la revolución tecnológica sin precedentes - tanto por la rapidez con que se producen las innovaciones, como por su veloz difusión en los procesos productivos de bienes y servicios -, han contribuido, en un claro contexto de mercantilización generalizada, a multiplicar el deseo y el consumo extendido a cada rincón del planeta.

La dinámica macroeconómica afectada por la tecnología también se encuentra enmarcada en una discursiva sesgada por los medios de comunicación dominados por los intereses concentrados. Si una innovación conduce a un aumento en el desempleo, ninguno de los costos sociales - ni el sufrimiento de aquellos que son despedidos, ni el incremento en las erogaciones fiscales por el hecho de tener que pagar las prestaciones por desempleo - se refleja en la rentabilidad de las empresas.

¹⁵⁸ Centro para la Investigación Empresarial y Económica, Ball State University, Indiana.

Del mismo modo, el PBI no refleja el costo del incremento de la inseguridad que las personas sienten cuando aumenta el riesgo de pérdida de sus puestos de trabajo; ni la violencia que se podría generar y requiere un sistema de reaseguro policial y/o represivo. Y a menos que los programas sociales de subsistencia con créditos para consumo marginal sostengan un mínimo poder de compra, el desempleo masivo creará inevitablemente una retracción de la demanda. Por lo tanto, el progreso tecnológico podrá servir para hacer crecer la economía y crear riqueza, pero no existe ninguna ley económica que afirme que todo el mundo se beneficiará de ello. Menos aún se puede afirmar la sustentabilidad socio-económica de un modelo basado estrictamente en mejoras tecnológicas permanentes.

Más allá de la lógica teórica descripta, Brynjolfsson y McAfee¹⁵⁹ sostienen, en base a un minucioso análisis empírico, que el rápido cambio tecnológico ha estado destruyendo trabajos a un ritmo mayor del que los está creando, contribuyendo al estancamiento de los ingresos medios y al aumento de la desigualdad.

En términos similares, Vixeu, Michaels y Graetz¹⁶⁰ estudiaron el efecto que tuvieron los robots de 14 industrias en 17 países de los más avanzados tecnológicamente entre los años 1993 y 2007. El estudio comprobó que los robots industriales incrementaron exponencialmente la productividad laboral y la productividad total de los factores. A su vez, el rápido cambio tecnológico bajó el precio de los productos (ajustados por cambios de calidad) en alrededor de un 80% durante el período mencionado. Sin embargo, sin sindicatos ni cansancio humano, la multiplicación del uso de máquinas redujo de manera sustancial el empleo de los trabajadores menos calificados y, en menor medida, también de los empleados con un nivel medio de calificación.

¹⁵⁹ Rotman, David, http://www.technologyreview.es/read_article.aspx?id=43368, 25 de Junio de 2013.

¹⁶⁰ http://www.iceo.clarin.com/economia/Podran-finalmente-robots-quedarse-trabajos_0_1342066026.html, 19 de Abril de 2015.

Cabe destacar que la flexibilización también provocó la destrucción y el deterioro progresivo de la estabilidad laboral y social de las clases medias y media-alta: hoy en día, los trabajadores con más educación tienen las mismas posibilidades que los menos educados de verse devaluados y desplazados; por ende, el presionar para que se formen/capaciten cada vez más, aunque parezca irracional, puede crear tantos problemas como las soluciones que se pretende alcanzar.

Dorn¹⁶¹ ha trabajado puntualmente este tema y ha concluido tajantemente que a medida que pasa el tiempo, los trabajadores con altos niveles de educación y capacidad analítica, poseen ingresos que se acercan cada vez más a los salarios de subsistencia de los trabajadores menos calificados - en lugar de crecer de la mano de la productividad -. Por lo tanto, la problemática estructural parece no centrarse en la formación, sino en la lógica del capital concentrado que puede financiar los procesos tecnológicos de alta productividad, en contraposición a la mayoría de los trabajadores que compiten cada vez más duramente por puestos de trabajo crecientemente escasos.

¿Qué ocurrió con los supuestos beneficios de los aumentos de productividad? Para comenzar, no se han traducido automáticamente en incrementos de la demanda de los consumidores y en más empleo, a pesar de que parte de la riqueza generada y el consecuente crecimiento del PBI depende de los trabajadores.

Brynjolfsson y McAfee lo denominan ‘el gran desacoplamiento’, ya que aseguran que la tecnología es tanto la fuerza detrás del incremento de la productividad, como del débil crecimiento de los puestos de trabajo. “Es la gran paradoja de nuestra era. Mientras la productividad está en niveles récord y la innovación nunca ha sido tan rápida, al mismo tiempo tenemos una caída de los ingresos y menos empleos. La gente se está quedando

¹⁶¹ Dorn, David, *Concentrating on the Fall of the Labor Share*, American Economic Review, Papers and Proceedings, Enero de 2017.

atrás porque la tecnología avanza tan rápido que nuestras habilidades y nuestras organizaciones no son capaces de seguirla”.¹⁶²

La otra gran pregunta es qué ocurre con el rol del Estado. Hasta el momento, solo se ha observado la falta de una firme decisión política, tanto a nivel nacional como en términos de un compromiso global, para reorientar los intereses que defienden el statu-quo tecnológico actual, claramente favorable a las élites.

En este sentido, Levy Yeyati¹⁶³ sostiene que es imprescindible plantearse la temática del desarrollo equitativo de manera seria bajo este escenario tecnológico: cómo vamos a crecer y distribuir los frutos del crecimiento en un contexto en el que la tecnología, en lugar de igualar, tiende a desigualar: un escenario bajo el cual los avances tecnológicos transfieren renta hacia los dueños del capital; quienes, como se ha descripto, reciben el mayor provecho de los incrementos de productividad.

Finalmente, Frey y Osborne¹⁶⁴ afirman que en los próximos 20 años el 47% de los trabajos que realizan los humanos serán efectuados por máquinas. Más aún, concluyeron que la inteligencia de las máquinas y los robots portátiles, a mediano plazo, habrán automatizado 702 ocupaciones, tales como la producción, la administración, la logística, el marketing y los servicios. Lo que los autores dejan en claro es que estas áreas de trabajo no van a desaparecer completamente, sino que el empleo en ellas cambiará y se necesitarán menos seres humanos en los respectivos procesos.

Los humanos deberían entonces ‘moverse’ hacia otras áreas de la economía donde las máquinas tengan menor capacidad de reemplazo; es decir, en aquellas en las cuales la creatividad y la atención personalizada tengan prioridad ante la eficiencia, el costo y la productividad. En este ‘pasaje de un sector a otro’, que conllevaría un considerable proceso de

¹⁶² <http://www.eleconomistaamerica.com.ar/economia/noticias/4912220/06/13/La-gran-paradoja-de-nuestra-era-la-tecnologia-destruye-empleo-y-fomenta-la-desigualdad.html>

¹⁶³ <http://www.lapoliticaonline.com/nota/91345-hoy-son-todos-desarrollistas-porque-queda-bien-pero-el-modelo-de-frondizi-seria-inaplicable/> 8 de Agosto de 2015.

¹⁶⁴ http://www.clarin.com/sociedad/trabajos-advertencia-estudio_0_1267073320.html

adaptación, se generaría inevitablemente la pérdida de ingresos por parte de los perdedores sistémicos (que hoy en día concentran a la mayor parte de la población global), por el mero hecho de tener que ‘readaptarse y empezar de 0’. Más aún, si nos encontramos con un modelo cada vez más desigual en cuanto al acceso a los recursos financieros, educativos y tecnológicos, difícilmente unas crecientes mayorías excluidas puedan ‘subirse al tren’ de algún tipo de reconversión productiva.

Sin embargo, este escenario de temor ante la creciente posibilidad de perder el empleo no solo se visualiza en la carrera desesperada contra el tiempo de cada individuo para posicionarse de la mejor manera entre el avance científico, la formación académica y/o el escenario macroeconómico; sino también cuando se encuentran ante una verdadera imposibilidad democrática para defender sus propios intereses en cada uno de los procesos productivos, cadenas de valor, y áreas de cada microeconomía.

Finalmente, y en pos de mejorar la situación de las mayorías, se necesitaría un acuerdo político en apoyo a los más desfavorecidos, en conjunción con un entorno macroeconómico estable y un sustento institucional (en términos de créditos, cursos, etc.), para que se pueda generar un modelo que permita una adecuada adaptación de cada trabajador ante el avasallamiento tecnológico basado en una lógica productivista y de acumulación incesante/desmedida; el cual, además, no es prioridad para una gran parte de la población global que tiene como objetivo primordial el mejorar su calidad de vida.

En definitiva, gran parte del gran debate se sigue desarrollando en torno a la puja de intereses y la lucha de clases. El ingente Capital explota, sea en el rubro de la actividad económica que sea (con mayor o menor tecnología), al que solo posee su fuerza de trabajo. La reducción de horas laborales para redistribuir mejor el empleo, dando a su vez una mayor retribución al trabajador en detrimento de la rentabilidad corporativa (incluyendo mayores niveles salariales y de ocio para que el ser humano descanse, se desarrolle y porqué no haga política para mejorar su calidad de vida), es una utopía cada vez más lejana.

La tecnología debería ayudar, como diría Sábato, a que podamos “Trabajar de algo nos permita ganar tiempo para hacer lo que realmente nos importa.”¹⁶⁵ Por ello, se torna fundamental que cada uno cuente siempre con un tiempo para pensar, desestructurar, y porque no desear, ese cambio tan necesario que, como veremos en el capítulo siguiente, las élites desean evitar.

¹⁶⁵ <http://www.lanacion.com.ar/1725282-en-el-freezer-el-dilema-del-empleado-congelado-en-el-trabajo>, 7 de Septiembre de 2014.





Capítulo V

La comprensión ciudadana de la realidad

El manejo de las élites políticas y económicas

¿Los únicos capacitados? Entre el engaño y el ocultamiento

“El peor analfabeto es el analfabeto político. El que no ve, no habla, no participa de los acontecimientos políticos. El que no sabe que el costo de la vida, el precio de los garbanzos, del pescado, de la harina, del alquiler, del calzado o de las medicinas, dependen de decisiones políticas. El analfabeto político es tan burro que se enorgullece e hincha el pecho diciendo que odia la política. No sabe el imbécil, que de su ignorancia política nace la prostituta, el menor abandonado, el asaltante y el peor de todos los bandidos que es el político corrupto y lacayo de las empresas nacionales y multinacionales” Bertolt Brecht

La histórica visión teórica Wilsoneana afirmaba que una élite de caballeros con ‘elevados ideales’, libres de cualquier interferencia del público en general - los cuales son ‘ignorantes y entrometidos espectadores externos’ -, era necesaria para preservar la ‘estabilidad y honradez’. En el mismo sentido, Lasswell¹⁶⁶, uno de los fundadores de la ciencia política moderna, indicaba que la única opción viable es que las masas debían ser controladas por su propio bien; ya que como se advertía, la inteligente minoría debe reconocer la ‘ignorancia y estupidez de las masas’ y no sucum-

¹⁶⁶ Laswell, Harold citado por Chomsky, Noam, *Profit over people*, Seven Stories Press, New York, 1999, pp. 54-55.

bir a los ‘dogmatismos democráticos que se refieren al hombre como el que mejor puede juzgar sus propios intereses’.

Como complemento, este tipo de sociedad típica hasta fines del Siglo XIX, describía a las personas de más rango o categoría como las que asumían mayores riesgos y aceptaban las consecuencias negativas de sus actos; siendo ellos los héroes que peleaban por el bien del prójimo. Ello se contrapone claramente con lo que ocurre en la actualidad: como lo indica Taleb¹⁶⁷, en ningún momento de la historia han ejercido tanto control tantas personas que no asumen ningún riesgo personal; haciéndonos partícipes de políticas y actuaciones, donde los beneficios son pequeños y visibles, y las repercusiones o los efectos secundarios son invisibilizados y de una potencial enorme gravedad.

En la conjunción de ambos conceptos, Chomsky¹⁶⁸ advierte que en las democracias capitalistas de hoy la arena de lo público ha sido extendida y el poder concentrado trabaja para restringir el poder ciudadano; por lo tanto, la manera más efectiva de coartar la democracia ha sido transferir los decisores de política desde la arena pública hacia las instituciones que no están obligadas a responder por sus actos. Por ejemplo, las grandes corporaciones de la economía real y financiera, tal cual los inequívocos y virtuosos políticos del pasado, han tomado una vital relevancia a nivel de política doméstica y en el ámbito internacional, complementando (o cuando es necesario suplantando), el rol de la política a través de ‘gurúes tecnocráticos’ que, al comprender la lógica del mercado y la acumulación, se encontrarían ‘más que aptos’ para manejar la cosa pública.

Con excepción de su finalidad altruista, las élites no se equivocan: no solo constituyen un grupo más homogéneo y con mayores intereses comunes, sino que fundamentalmente su poderío económico y político les brinda una accesibilidad y capacidad negociadora que los acerca permanentemente a sus objetivos. Como contraparte, los trabajadores y las Pymes

¹⁶⁷ Taleb, Nassim Nicholas, *Antifrágil. Las cosas que se benefician del desorden*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2013, p.28

¹⁶⁸ Chomsky, Noam, *Profit over people*, Seven Stories Press, New York, 1999, p. 132

(mismo los excluidos), ocupan un rol pasivo y descansan sus expectativas en el mercado y las políticas públicas diseñadas por las mismas élites políticas en complicidad/conveniencia con las económicas.

En cuanto a los primeros, desde una visión marxista Witheford¹⁶⁹ refiere el concepto de ‘composición de clase’: un indicador de la unidad interna, los recursos y la voluntad de cada lado, determinada no meramente por la división técnica y social del trabajo, sino también por el medio cultural, las formas organizativas y la dirección política. Lo que se ha visualizado en las últimas décadas es que a medida que la cohesión de la clase trabajadora crecía, el capital respondía con reestructuraciones ofensivas desarrollando un poder económico, tecnológico e institucional para ‘descomponer’ la organización de su oponente.

Sin embargo, como el capital depende del trabajo colectivo como su fuente de plusvalor, no podía destruir a su contrincante de manera completa. Cada ofensiva, aunque sea exitosa, es seguida por una ‘recomposición’ de la fuerza laboral y la aparición de nuevas resistencias por parte de estratos diferentes de trabajadores con capacidades, estrategias y formas organizativas novedosas. A lo largo de la historia moderna esta ha sido una dinámica de constante transformación en la que la recomposición de la clase trabajadora y la reestructuración capitalista se acechan una a la otra en un ‘doble espiral’ de conflicto en constante expansión.

En tanto las Pymes, su situación puede ser más delicada aún. Sin entrar en una disputa ideológica antagónica con las élites, su dependencia hacia estas en términos de política económica y de posibilidades de participación en el mercado potencia su vulnerabilidad. Desde otra arista, el Estado las suele presionar a través de los impuestos corporativos y las cargas sociales (en general sin otorgarles subsidios compensadores dado su marginal poder de Lobby). Para concluir, sus empleados las presionan para obtener sueldos acordes a un bienestar que no siempre se encuentra a la altura de sus posibilidades microeconómicas. Por lo tanto, su situación ge-

¹⁶⁹ Whiteford, Nick, *Autonomist Marxism and the Information Society, Capital and Class*, London, N° 52, 82-125.

neral tiende a la inestabilidad, con beneficios/perjuicios variables en escenarios macroeconómicos positivos, pero claramente desfavorables ante las permanentes recesiones/crisis económicas que se observan en la actualidad.

Lo expuesto nos permite moldear y comprender la lógica de las élites. Wallerstein¹⁷⁰ lo explica claramente: los individuos que poseen poder solo construyen, en general, su propio privilegio; algunas veces ceden algo de éste, pero sólo como una táctica para mantener la mayor parte. En un mundo donde reina el individualismo y escasea el altruismo, la mayoría de los ricos y poderosos desean mantener el statu-quo socio-económico a cualquier costo. Solo otorgan las mínimas demandas económicas (salarios de subsistencia, condiciones de trabajo básicas, mínimos servicios sociales) para que las mayorías desfavorecidas no se subleven y, de este modo, se pueda asegurar la estabilidad social tan necesaria para la mantención del denominado ‘sistema democrático’.

La que ocurre entonces es que el capitalismo expansionista necesita el disciplinamiento social para poder globalizarse sin sobresaltos. Todos los Organismos represores del Estado deben estar alertas para controlar a la población; cuidando las formas - mientras que la violencia social es sinónimo de terrorismo, la represión gubernamental es enmascarada dentro de escenarios de seguridad nacional -, y desdibujando a través de una compleja mixtura de muestras de violencia en los medios masivos de comunicación, una realidad embebida en la pobreza y la exclusión.

En este sentido, los líderes y grupos de poder necesitan que los ciudadanos vivan en estado de constante temor hacia el ‘enemigo creado’, con el fin de que les concedan todo el poder que desean. Naturalmente, el único modo de conseguirlo es con el convencimiento del pueblo que el adversario está en todas partes y de que su amenaza es inminente.

¹⁷⁰ Wallerstein Immanuel, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI...* op. cit., pp. 89-90.

Un claro ejemplo es el escenario migratorio, ajeno a las capacidades de la comprensión micro coyuntural del ciudadano medio, y síntoma de la gran frustración de la modernidad: muestra cómo la prometida emancipación neoliberal desembocó en la dependencia más completa. En este aspecto, se señala la competencia del extranjero, generalmente los pares asalariados, para explicar la necesidad de cerrar las fronteras, buscar chivos expiatorios exógenos y ser competitivos como ‘Nación’. Sin embargo, la realidad es que la seguridad se encuentra presente solo como una estatalidad que simboliza protección para las élites y quienes trabajan para ellos, mientras que disciplina a los sectores ‘excedentes’ a través de un férreo control punitivo.

Por lo tanto, desde la óptica de las élites gubernamentales, mientras se busca el control/dominio social desde sus raíces, poco importa la problemática económica en sí; solo sus consecuencias y potencial propagación. Destruir las estructuras no está en los planes: la clave es, de manera contrapuesta, el fortalecer y conjugar más aún su supremacía en complicidad con los intereses de las élites económicas, incrementando a su vez el vigor de las instituciones que sostienen el statu-quo; ya sea tanto en los términos de poder duro (contención militar o policial), o de poder blando (control de la información, utilización de los medios y redes sociales para cohibir cualquier tipo de subversión).

En cuanto a este último punto, se busca una dialéctica difusa para la mayoría, pero que conlleva una clara finalidad para las élites: conjugar los valores, cultura, e idiosincrasia de intereses domésticos e internacionales que se entrecruzan bajo un sistema de compleja sustentabilidad, de tal forma que les permita mantener sus objetivos particulares de acumulación de poder y riqueza. Como sostiene Le Guin¹⁷¹, uno de los modos más evidentes de la mentira en tiempos posmodernos, es el ocultamiento intencional de la parcialidad de las posiciones debajo de los ropajes de la neutralidad.

¹⁷¹ Le Guin, Ursula, *Los desposeídos*, Editorial Harper & Row, Estados Unidos, 1974.

Bajo este escenario se destaca el análisis de la hegemonía cultural formulado por Gramsci¹⁷², quien argumenta que el control de la clase dominante no se basa simplemente en el poder económico o la coerción político-militar, sino que también es función de su habilidad para proveer un liderazgo cultural y moral. En este sentido, una clase llega a ser hegemónica cuando ofrece un sistema integrado de valores y creencias que sustenta la base del orden social establecido, y proyecta una gama particular de sus intereses de clase como si fueran del interés colectivo. Por lo tanto, el poder hegemónico no se impone a sus subordinados, sino que se lleva a cabo a través de un proceso negociado.

En el mismo sentido, Focault¹⁷³ hacía referencia a las normas interiorizadas, a diferencia de la ley que es impuesta. Bajo su análisis, es imposible realizar un verdadero cambio de poder político sin asegurar antes el poder cultural, y si no hubo previamente un largo trabajo ideológico de preparación dentro de la sociedad civil.

Un claro ejemplo es cuando se disemina la idea de pasar esta vida en el purgatorio para alcanzar el cielo en el más allá, con el objetivo de moldear la subjetividad de quienes intentan transformar su realidad. Si así fuera, la felicidad se encontraría condenada a ser siempre un postulado y una expectativa; mientras que su realización se mantendría siempre como una promesa a cierta distancia de la realidad. Por lo tanto, si se canaliza la lógica hacia el esfuerzo y el trabajo como vía para lograr la felicidad, se denota al ocio como medio para el mismo fin.

Dado este contexto, se debe aclarar que el convencimiento para perpetuar la hegemonía se asienta sobre la base de algunas de las debilidades de las mayorías: la formación ideológica dogmática, el desprecio por el análisis teórico, el oportunismo, el posibilismo y una pobre atención a la relación entre las palabras y las acciones, entre los valores y las prácticas.

¹⁷² Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

¹⁷³ Focault, Michael, *Vigilar y castigar, Nacimiento de la prisión*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1976.

El escenario más común es el engaño que trae consigo el ocultamiento de la identidad política ideológica de los discursos y proyectos: es el discurso más ‘marketinero y pragmático’ que seduce y atrae votos. Es la prédica que demoniza aquella ideología que busca impedir que se vulneren derechos, que se empobrezcan subjetividades, que se lesionen los vínculos sociales de empatía y solidaridad, y que se recorten las acciones orientadas a un bienestar que no se encuentra en la agenda de aquellos que creen que el ‘fin de la historia’ ha llegado.

Como contraparte, para los que aspiran a un mundo mejor y sospechan de las maravillas pro-sistémicas, se les promete la destrucción del viejo mundo (el continuo pasado que siempre se puede mejorar) para construir en su lugar uno mejor: se garantiza que con ‘fe’ en la racionalidad y la libertad individual, proveniente de una ideología dominante de igualdad y equidad bajo la promesa de movilidad social, se generarán oportunidades ilimitadas. Solo se necesita promover un espíritu puritano que mantenga una potente fuerza de antipatía a la dependencia de la ayuda del Estado.

Más aún, los que detentan el poder político y económico entienden que este sometimiento disfrazado de enajenación no es ni casual ni coyuntural: es la propia dinámica sistémica que así lo requiere. En este sentido, las élites no solo controlan los fundamentos materiales de la producción que les permiten extraer conformismo en la praxis, sino también los medios de producción simbólica que les aseguran la legitimación de su poder y de su control, generando un equilibrio que se perpetúa a sí mismo y que solo se puede perturbar mediante ataques desde el exterior.

En cuanto a este último punto, es importante para las élites aniquilar el espíritu de resistencia e incrementar el sentimiento de fatalidad. La violencia razonada se convierte en la forma considerada natural de solución de las contradicciones sociales; intentando permanentemente asociar revolución o militancia a dolor y sacrificio. Por otro lado, mientras la violencia como coerción física es un atributo exclusivo del aparato represivo, los aparatos ideológicos del Estado (el religioso, el escolar, el familiar, el

jurídico, el sindical y el informativo) buscan que las mayorías se encuentren incluidas por medio de una forma de articulación que simultáneamente las excluyera (democracia representativa) y las influencie a través de la educación/formación ciudadana y los medios de comunicación.

Gaventa¹⁷⁴ toma en consideración este escenario y propone tres niveles en las relaciones de poder. El primer nivel es el conocido ejercicio explícito de la coerción y la presión. El segundo es el de la intimidación y la regla de las reacciones anticipadas. Este segundo efecto normalmente surge de la experiencia de la subordinación y la derrota, en la cual los que carecen en mayor o menor medida de poder deciden no enfrentarse a las élites porque prevén sanciones que éstas les van a imponer para asegurarse su derrota. En este caso, no hay, en principio, cambio de valores, sino más bien un cálculo de probabilidades muy negativas con un efecto disuasivo para con el emprender cualquier desafío.

El tercer nivel de las relaciones de poder es más sutil y constituye una teoría de la falsa conciencia derivada del poder que se le confiere a una élite dominante en los dos primeros niveles. Su fortalecimiento en estos últimos le permitirá adquirir más poder para invertirlo en el desarrollo de las imágenes dominantes y su legitimación o creencia a través del control, por ejemplo, de los medios de comunicación o de otras instituciones de socialización que simbolizan este último nivel de dominio.

Por ende, el marketing político comprensivo y conciliador, el cual genera una empatía a través de una bondad y dulzura actuadas, se combina con una política agresiva sobre temas concretos de agenda, donde la gestión y la actitud se visualizan ante las cámaras con una gesticulación que barre cualquier tipo de posicionamiento ideológico ya caduco para el razonamiento de la ciudadanía media.

Al llegar a este punto de sumisión y autoconvencimiento, gran parte del pueblo termina siendo víctima de una ilusión en la cual las élites realmente son superiores ya que representan una expresión, una encar-

¹⁷⁴ Gaventa, John, *Power and Powerlessness: Quiescence and Rebellion in an Appalachian Valley*, University of Illinois Press, EE.UU., 1980, p. 22.

nación, un brazo ejecutor de la voluntad del pueblo. Como se decía en broma en la Yugoslavia comunista, mientras los representantes del pueblo iban en Mercedes, el pueblo es el que va en Mercedes por mediación, a través de sus representantes.

En definitiva, las élites son especiales, simplemente porque se las trata como si así lo fueran. Por lo menos hasta que la ciudadanía agota su paciencia. Y en ese momento, la coerción pasa de ser una opción, a una necesidad imperiosa por parte de quienes desean imperiosamente sostener el statu-quo.

En este sentido, Krasner¹⁷⁵ afirma que en ausencia de una estructura de autoridad jerárquica bien establecida en términos políticos, ideológicos e institucionales, la coerción y la imposición se constituyen siempre en la primera opción que los más poderosos pueden usar contra los débiles, sobre todo ante enormes inequidades de poder que permiten fortalecer un tipo de anarquismo oligárquico que vulnera los derechos de los más desprotegidos.

En contraposición, podemos afirmar que las relaciones de poder son, también, relaciones de resistencia. Una vez establecida, la dominación coercitiva no resiste por inercia propia. Su ejercicio produce fricciones en la medida en que recurre al uso del poder para extraer trabajo, bienes, servicios e impuestos a los dominados, en contra de su voluntad. Sostenerla, pues, vuelve a requerir de constantes esfuerzos de consolidación, perpetuación y adaptación de poder blando.

Una buena parte de ese trabajo de sostenimiento consiste en simbolizar la dominación con manifestaciones y demostraciones de poder. Scott¹⁷⁶ indica que cada uso visible, externo, de poder todas las ordenes, las muestras de respeto, las jerarquías, las sociedades ceremoniales, los castigos públicos, los usos de términos honoríficos o los insultos representan un gesto simbólico de dominación que sirve para manifestar y reforzar el

¹⁷⁵ Krasner, Stephen, *Soberanía, Hipocresía Organizada*, Editorial Paidós, Barcelona, 2001, p. 333.

¹⁷⁶ Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*, Ediciones Era, Editorial Txaparta, México, 2003, p.79.

orden jerárquico. Como lo reafirma Collins, los actos simbólicos decisivos “ponen a prueba la resistencia de todo el sistema de miedo reciproco”.¹⁷⁷

En este aspecto, la imposición de eufemismos en el discurso público tiene la misma función que el encubrimiento de una infinidad de situaciones desagradables en los diversos escenarios de la ‘dominación’, como así también en términos de su transformación en formas inofensivas o esterilizadas. Por ejemplo, la utilización de la palabra ‘pacificación’ para describir un ataque armado seguido de ocupación, desdibuja una verdadera situación de coerción como tal.

Por lo tanto, si la mayoría ciudadana cree y consiente el poder de las élites gubernamentales, esa misma impresión ayudará que éstos se impongan y, a su vez, incrementará su poder real. En consonancia, las élites pueden tratar de reforzar su posición tratando de convencer a los grupos perjudicados de que el orden social en el que viven es natural e inevitable; lo que permite que, además de buscar el consentimiento, se estimule la resignación ciudadana. Y si el descontento crece, solo sugieren esperar hasta que las próximas elecciones generen algún tipo de cambio marginal. Es parte de la economía psicológica: no pensar, ni observar, ni actuar sobre temas tristes, ya que ‘bastante amarga es la vida *per se*’.

Sin embargo, cuando todos los medios de influencia propositiva de las élites que intentan convencer a la ciudadanía fallan (dados el escenario crítico que derrumba las barreras obstaculizadoras de las falsas promesas y el vacío moral) y la situación se torna insostenible, la ciudadanía despierta y el descontrol asoma, inmediatamente las élites vuelven a adoptar un nivel razonablemente elevado de resistencia física concreta, tratando que la misma no sea reconocida pública y explícitamente para no generar aún más tensión.

Bajo este escenario, la importancia de evitar cualquier manifestación pública de insubordinación abierta que constituya una contradicción patente de la tranquila superficie del poder aparente (incluyendo una nece-

¹⁷⁷ Collins, Randall, *Conflict Sociology: Toward an Explanatory Science*, Academic Press, Nueva York, 1975, p. 367.

saria réplica desde las élites para restaurar el statu-quo simbólico), se torna vital para la continuidad sistémica. En este aspecto, el recubrir y resguardar la aplicación del poder coercitivo en torno a la información que se pueda diseminar en la ciudadanía, es una prioridad de élites. De lo contrario, aunque los subordinados luego se retracten ante la confusión generada o la resignación costumbrista, la primera llama que hace público el deseo puede despertar la conciencia de las mayorías y generar una potencial rebelión futura.

En cuanto a este último punto, es fundamental dar una apariencia de unanimidad, disciplina y consentimiento entre los grupos dominantes para con los subordinados. Cualquier manifestación interna de desorden, división, o informalidad cotidiana, se debe eliminar ante el público. Si alguien pronunciara públicamente que en algún momento el ‘emperador se encuentra desnudo y solo’, de que nadie toma la ideología imperante en serio, y si todos saben que los demás lo saben, sería la perdición para las élites y el statu-quo.

Otro eje temático fundamental para las élites es mantener la ilusión de la ignorancia a aquella gran masa social amorfa, inconsciente e ignorante, alejando a los individuos concretos que pueden generar procesos de desestabilización. En este aspecto, la lógica de atomización se torna fundamental. Si a los trabajadores se les permite reunirse, van a comparar injusticias, a conspirar, a planear y fomentar intrigas revolucionarias. Y entre ellos seguramente surgirá el gran líder.

Cabe destacar que los mítines masivos tienen un gran impacto visual y simbólico. Una gran reunión le da a cada participante cierto anonimato, reduciendo de esta manera el riesgo de ser identificado personalmente por cualquier acción o palabra que pueda salir del grupo. Pero a su vez, es clave cuando se disemina visualmente por la televisión, Internet, etc. La ciudadanía puede observar atónita el gran poder de convocatoria, sentirse identificada, y por ende, puede generar una necesidad de colaborar, de ser partícipe del cambio.

Para lo expuesto, podemos concluir que nos encontramos con Estados cooptados por élites, con intereses ajenos al colectivo y a la equidad. En este sentido, el control sobre el resto de la sociedad no se da principalmente a través de la violencia, sino que se busca permanentemente escindir el propio dominio de la vida de cada individuo de su rol social (a través de elecciones, procesos burocráticos, generando divisiones, etc.), entremezclando difusamente lo público y lo privado, lo natural y lo plausible, lo esperable y lo posible; pero sobre todo, encauzando toda protesta hacia formas sociales compatibles con la acumulación y la mantención del statu-quo.

Perpetuar el control a través de la dinámica económica sistémica

“Es más fácil engañar a la gente, que convencerlos que han sido engañados” Mark Twain

Cada vez más, los discursos económicos van moldeando a la sociedad bajo el criterio de las emociones y las creencias, ocultando en la mayoría de las ocasiones la tensión de los intereses de los grupos sociales. Como señala Zaiat¹⁷⁸, se transforman unos hechos económicos que serían muy fáciles de comprender (como quienes son los responsables del alza de los precios), en acontecimientos que adquieren autonomía de sus principales protagonistas.

Con la palabra dominante articulada en un discurso económico amplificado en el espacio público se obtiene legitimidad social, logrando que intereses particulares, que son de una minoría privilegiada, terminen asociados al bienestar general. Ya lo decía Marshall a finales del Siglo XIX: “El sacrificio de un placer presente en aras de un placer futuro ha sido

¹⁷⁸ Zaiat, Alfredo, *Economía a Contramano. Como entender la política económica*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2012, p.21

denominado por los economistas *abstinencia*. Pero este término ha sido malinterpretado, ya que aquellos que han acumulado mayores cantidades de activos son personas muy ricas, algunas de las cuales viven con gran lujo; y éstas, ciertamente, no practican la abstinencia en el sentido propio del término, que es sinónimo de sobriedad.”¹⁷⁹

En este marco, poco se comprenden las políticas económicas que provocan efectos negativos para la mayor parte de la sociedad. Sin embargo, el desempleo, los bajos salarios y las Pymes apremiadas son parte necesaria de la dinámica capitalista del control y subordinación para con la mayor parte de la ciudadanía.

En este sentido, se torna interesante destacar la noción de *agnotología* de Mirowski¹⁸⁰, siendo ésta el estudio centrado en la fabricación intencionada de la duda y la ignorancia en la población por motivos interesados. Habiéndose trasladado el concepto a la economía, las grandes crisis de las últimas décadas que han agudizado las desigualdades e incrementado exponencialmente la miseria global, generaron denodados esfuerzos de muchos de sus responsables para inyectar ingentes cantidades de ruido en la opinión pública, dirigidas especialmente a confundir a una población irritada y nerviosa sobre las causas y las consecuencias de lo sucedido.

En este aspecto, Scott¹⁸¹ argumenta que las élites dominantes intentan que la acción social aparezca en el discurso público como un desfile metafórico, con lo cual se pretende negar, por omisión, la posibilidad de una acción social autónoma de los marginados socio-económicos. Por ello, a lo largo de la historia, los diferentes gobiernos han comprendido que la ideología de dominación debe excluir o deformar aspectos de las relaciones sociales; ya que si las mismas se representan de manera explícita, resultarían en detrimento de sus propios intereses.

¹⁷⁹ Marshall, A., *Principios de economía. Un tratado introductorio*, México D.F., Fondo de Cultura, 1948 (1890) p.195.

¹⁸⁰ Mirowski, Philip, *Nunca dejes que una crisis te gane la partida*, Centro Libros PAPF, S.L.U., 2014, página 28.

¹⁸¹ Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*, España, Editorial Txalaparta, 2003, p. 80.

Bajo esta misma lógica, las élites emplean consignas con las que no se suele estar en desacuerdo, como la protección de los derechos humanos. Solo les otorgan un contenido que incluye algunos elementos sumamente deseables, con muchos otros que perpetúen la ‘misión civilizadora’ de los poderosos y de los privilegiados sobre el resto de la sociedad en estado ‘de salvajismo’. Un claro ejemplo es el que señala Duroselle¹⁸², donde las mismas palabras (democracia, libertad, elección, independencia, etc.) tienen a menudo sentidos radicalmente opuestos en diferentes países y regiones. O por lo menos, la cultura, los gobernantes y los medios de comunicación las explican de manera diferente según la coyuntura y sus propias necesidades.

La forma de sostener el control ha sido entonces el generar un aparato ideológico en términos de política económica, susceptible de ofrecer un campo de acción a las contradicciones que expresan. Por ello, a la consolidación de las bases institucionales y jurisdiccionales del statu-quo, se le agregó la victoria del capitalismo transnacional sobre las estructuras culturales domésticas que conllevaron a la pérdida de todo consenso social sobre la metodología de acción de los individuos y organizaciones anti-sistema.

Por otro lado, cuando las élites previsoras e inteligentes perciben que el actual sistema flaquea, se requiere una nueva estrategia que asegure su privilegiada posición. Por un lado, señalaba Lampedusa en su libro *El Gatopardo*: “Si queremos que todo siga como es, es necesario que todo cambie”.¹⁸³ Con firme determinación y gran cantidad de recursos a su alcance, contratando la inteligencia y la habilidad necesaria del capital humano al servicio de las élites, se engaña a las mayorías haciéndoles creer que un gran cambio se avecina; sin embargo, lo único que en realidad ocurre es la ejecución de un maquillaje engañoso, donde se cubre con una vestimenta atractiva los falsos cambios prometidos.

¹⁸² Duroselle, Jean-Baptiste, *Todo imperio perecerá: Teoría sobre las Relaciones Internacionales*, México, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 373.

¹⁸³ Tomasi di Lampedusa, Giuseppe, *El Gatopardo*, Madrid, Editorial Alianza, 2007.

En diversas ocasiones, el ocultamiento y la mentira implican la burla y la ironía. Como indica Zizek, “en las sociedades contemporáneas, democráticas o totalitarias, la distancia cínica, la ironía, la risa, pasan a ser parte del juego de la política. La ideología imperante no pretende ser tomada seriamente o literalmente”.¹⁸⁴ De este modo, la banalización de las problemáticas se tornan moneda corriente y los objetivos ulteriores se tornan difusos para las mayorías.

Como contraparte, desde la ciudadanía esta confusión se conjuga con la subjetividad de las ciencias sociales: desde valores históricos y comunes impregnados en determinada sociedad que son utilizados por los gobernantes de turno para explicar situaciones de crisis de las cuales no pueden encontrar soluciones apropiadas o racionales; pasando por caudillismos históricos y una demostración irracional de superioridad socio-económica y racial; hasta la normalización en la entrega de dadiwas políticas escondidas bajo el manto dialéctico de una fuerte actividad estatal en términos de Gasto Social. Todo ello embebido en una discursiva que persigue que la ciudadanía crea fehacientemente en los valores patrióticos como un todo; habilitando, de este modo, la justificación social de las divergencias en materia económica.

Ejemplos sobran y apabullan a las mayorías desconcertadas. Para citar solo uno en particular, cuando las élites políticas afirman verse asfixiadas por los pagos de la deuda externa, lo que conlleva a la imposibilidad de llevar a cabo políticas de redistribución de ingresos o medidas en pos de la seguridad social, en contadas ocasiones mencionan la culpabilidad de las élites económicas por la deuda generada; y lo que es peor aún, piden esfuerzos tributarios o generan ajustes recesivos mayormente perjudiciales para las clases medias y bajas.

Cabe destacar que también existe un desentendimiento de quien es el verdadero responsable político y corporativo, donde se toman las decisiones, si la disyuntiva es endógena o exógena, si la problemática es macro-

¹⁸⁴ Zizek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2003, p. 55.

económica o empresa vs. Estado, si las relaciones interestatales afectan (por ejemplo un actor Estatal donde se produce un bien realiza políticas desfavorables hacia otro actor Estatal importador), etc. En definitiva, una falta de capacidad total sobre la multiplicidad de variables en juego y su conjunción para con los efectos causados.

Como se ha mencionado previamente, los medios masivos de información se tornan determinantes para con la potenciación de la confusión generalizada. En este sentido, Augé sostiene, con una sutil claridad, la liviandad del análisis: “El efecto perverso de los medios, independientemente de la calidad y de las intenciones de quienes los dirigen, es que nos enseñan a reconocer; es decir, a creer conocer, y no a conocer y aprender.”¹⁸⁵

Por otra parte, los medios nos imponen cierta idea de lo habitual, de la lógica establecida, de la norma. Lo que las élites trasvasan son las simples desviaciones, las deformaciones contingentes y degeneraciones de este funcionamiento ‘normal’ de la sociedad (crisis económicas, guerras, etc.); estas, como tales, se pueden abolir mediante el mejoramiento del régimen existente. O sea, son productos del propio sistema, excesos en las alteraciones dentro del mismo statu-quo.

El rol del Estado sobre los mismos también da cuenta de ello. En términos empíricos, un estudio del año 2014 de Karlekar y Dunham¹⁸⁶ indica que el porcentaje de la población mundial que disfruta de una prensa libre se ha estancado en aproximadamente el 14%; y sólo una de cada siete personas vive en un país donde la cobertura de la información política es independiente del poder político - aunque siempre bajo los intereses de las élites económicas del mercado -, y la intromisión del Estado en los medios de comunicación es limitada.

¹⁸⁵ Augé, Marc, *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2015, p. 46.

¹⁸⁶ Karlekar, K. & Dunham, J., *Freedom of the Press 2014: Press Freedom at the Lowest Level in a Decade*, Freedom House, http://freedomhouse.org/sites/default/files/FOTP2014_Overview_Essay.pdf, 2014.

Finalmente, se ha observado a lo largo de las últimas décadas un desbaratamiento de las antiguas formas de organización de la producción y del trabajo – donde se contrastaban las clases trabajadores y el capital -; lo que genera que las formas de organización de las luchas sociales y políticas heredadas de una etapa anterior de la historia pierdan la eficacia que tuvieron en el pasado y, por consiguiente, su legitimidad.

Más aún, la fuerza de trabajo que va a la huelga o que no trabaja al ritmo exigido por el capital ya no se enfrenta a una ametralladora sino al cierre de la fábrica y a la conversión del capital en dinero. Mientras que los trabajadores que alzan la mano de la insubordinación se enfrentan al despido, se contratan trabajadores más sumisos y flexibles, a los cuales a su vez se los reemplaza periódicamente por una mayor tecnología y novedosa maquinaria a través de la fuga del capital variable - por medio del dinero - hacia capital constante, o simplemente se lo transforma en su forma de capital financiero para con su inversión en otros activos líquidos, especulativos, de consumo suntuario, etc.

La desocupación y sus derivaciones en la disminución en los niveles de ingreso de la mediad de los trabajadores, con su consecuente retracción en la actividad económica de las Pymes, conlleva a que los asalariados y los pequeños emprendedores sin capacidad de ahorro destinen la mayor parte de su riqueza generada al consumo. Más aún, cuando a estas mayorías de población tampoco les alcanza el dinero para adquirir los bienes y servicios deseados, se genera un autocontexto de endeudamiento vía préstamos bancarios y tarjetas de crédito, del cual las élites corporativas financieras también sacan provecho porque suelen ser los mismos dueños o tener alianzas/convenios con las grandes empresas de la economía real.

Es importante detenerse en este punto: como se ha mencionado previamente, las tarjetas de crédito han permitido que las clases medias y bajas puedan cumplir algunos sueños y accedan a productos sin necesidad de incrementar sus ingresos presentes; sin embargo, han generado enormes deudas futuras que suelen derivar en micro defaults, con posteriores crisis financieras macro y su efecto contagio para con la economía real. Ello con-

lleva indefectiblemente a un solo camino: una dependencia inquebrantable para con las élites económicas.

Por lo tanto, el sistema actual legitima la estrategia de las élites que apuntan a la lucha del pobre contra el pobre: desde una oposición artificial entre generaciones (activos/jubilados), pasando por quienes se encuentran más o menos estabilizados en un empleo y los que no lo están (trabajos precarios o excluidos), hasta resaltar las diferencias entre los mismos sectores productivos ‘poco competitivos’ versus los ‘capitanes de la industria’. Todo ello bajo un escenario que conjuga una generalizada confusión, con una ‘naturalizada’ dinámica económica sistémica.

¿Será la comprensión totalizadora a través de la educación la forma de luchar contra el disciplinamiento y la perpetuidad del sistema inequitativo? Parece ser parte de la solución necesaria, pero no suficiente. Las élites no quieren dejar ningún elemento al margen que pueda minar sus capacidades a futuro. Según un estudio de Halkett¹⁸⁷, los ricos gastan más que nadie en educación para asegurarse que sus hijos mantengan una fuerte ventaja en el mercado laboral (sobre todo por los contactos y las propias relaciones sociales que les permitan continuar siendo parte de la élite), el acceso al crédito, la influencia política y, sobre todo, la herencia. Es decir, buscan incansablemente que sus descendientes continúen con su legado de poder político y económico que sustenta la perpetuación de la actual división entre el reducido grupo de quienes más ganan, y el resto de la sociedad.

En definitiva, las clases dominantes persiguen sin pausa su tarea de acrecentar la eficacia del poder que ya disponen, diseñando nuevas modalidades de su ejercicio que les aseguren una renovada capacidad para controlar a las clases y capas subalternas y, de este modo, continuar siendo los dueños de la historia.

¹⁸⁷ Halkett, Elizabeth, Copyright The New York Times, 2013.

Traducción de Joaquín Ibarburu. http://www.clarin.com/opinion/ricos-gastan-lujo-mayor-educacion_0_1031296954.html

Si en un caso más extremo, el gobierno deja de ser representativo, la situación se torna difícilmente tolerable, y el cólera se acrecienta (lo que en determinadas situaciones puede hacer tambalear una paz social duradera), hay dos respuestas centrales en términos de escenarios posibles que manipulan las élites.

Por un lado, los intentos por desafiar el statu-quo chocan con la dialéctica de las altas esferas gubernamentales, las cuales solo resaltan la importancia de las ‘instituciones’ que deben ser preservadas para el bien de la ‘democracia’ y la ‘estabilidad macroeconómica y jurídica’; lo que, en definitiva, suele terminar prevaleciendo antes los ‘escenarios desestabilizadores’.

Por el otro, y en el caso de que el poder blando no brinde los resultados esperados, Garnier¹⁸⁸ sostiene que los gobernantes tienen suficiente confianza en los sistemas represivos, continuamente reforzados y perfeccionados, como para tolerar la existencia de bolsones de pobreza generadores de un proceso de subversión revolucionario; a los que siempre se les podrá aplicar, como último recurso, la estrategia castrense de la ‘contención’.

La necesidad de un cambio bajo un statu-quo que parece inquebrantable

“Hay desorden bajo el cielo, por lo que la situación es excelente”

Mao Zedong

La matriz civilizatoria occidental ha privilegiado la herramienta de la razón - la racionalidad y la lógica instrumental - como mecanismo de conocimiento y comprensión del universo y la naturaleza. En ese marco, la ciencia económica occidental ha producido varias y complejas arquitecturas conceptuales: una de ellas es el concepto de ‘bienestar’, concebido

¹⁸⁸ Garnier, Jean Pierre, *Contra los territorios de Poder: Por un espacio público de debates y... de combates*, Virus Editorial, Barcelona, Octubre 2006, p.46.

a través de la medición de los niveles de desigualdad, la pobreza, la satisfacción de las necesidades básicas o los niveles de consumo. En base a los mismos, se puede realizar un análisis empírico, cualitativo pero sobre todo cuantitativo - que nos permita evitar las discursivas suaves del ocultamiento -, de la realidad actual.

El Informe Mundial sobre Desarrollo Humano 2014 del PNUD¹⁸⁹, muestra que casi un tercio de la población del planeta es pobre o vulnerable a la pobreza. Por otro lado, 1.200 millones de personas ganaban menos de 1,25 dólares diarios, lo que derivaba claramente en una incapacidad de satisfacer sus necesidades básicas. Si a ello le agregamos los constantes incrementos de los precios de los alimentos esenciales o el cambio climático, el sufrimiento se incrementa para las 842 millones de personas que se encontraban con una desnutrición crónica.

Por otro lado, el 90% de la población mundial carece de pensiones y de un seguro de desempleo. Esto no es todo: los últimos datos indican que el desempleo juvenil supera el 13%, mientras la mitad de todos los asalariados del mundo se encuentra en empleos precarios o informales. La situación se agrava si nos ponemos a pensar que, a pesar del crecimiento económico global exponencial del último siglo, más de la mitad de los trabajadores del mundo disponen de menos alimentos de los que disponían sus antepasados hace más de cinco siglos.

Este escenario desolador no es casualidad, sino una clara causalidad: la economía de la vida cotidiana se encuentra sujeta a fluctuaciones cada vez más salvajes, el tejido social parece menos confiable y las instituciones que garantizan nuestra seguridad inmediata fallan permanentemente. Este contexto no es un problema exclusivamente endógeno: es estructural y global, donde la dinámica económica y financiera internacional ha provocado un escenario doméstico de permanente inestabilidad. Como consecuencia, el foco del análisis sistémico se termina concentrando en la interrelación de las crisis individuales micro, con las vulnerabilidades estatales macro.

¹⁸⁹ Entrevista a Bernardo Kliksberg, *¿Hacia dónde va el planeta?*, <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-252377-2014-08-07.html>, 2014.

Ante la situación descripta, la mayoría de una población denostada ante el declive en su calidad de vida, debería comenzar a demandar cambios; el poder ejecutivo no puede proveerlos (por acción u omisión), por lo que sería lógico que los ciudadanos reaccionen; ya sea activamente en las calles, o a través de elecciones. A consecuencia, los recientemente elegidos (o deteriorados) gobiernos se encuentran con mayores exigencias y, por ende, los políticos oficialistas se vuelven todavía más incapaces de brindar soluciones.

Siguiendo esta línea de análisis, Moravskik¹⁹⁰ afirma que las demandas de una sociedad en conflicto y su deseo de emplear la coerción en búsqueda de una mejora en su calidad de vida se encuentran asociadas con un número de factores, tres de los cuales son relevantes: divergencias en las creencias fundamentales, conflictos sobre los bienes escasos, y desigualdad de poder político.

Profundas e irreconciliables divergencias en las convicciones sobre la provisión de bienes públicos, como son las fronteras, la cultura, las políticas fundamentales, y las prácticas sociales locales, promueven el conflicto. Por lo tanto, cuando las diferencias entre los diversos aspectos descriptos se acrecientan, se genera una mayor propensión a las tensiones entre los diferentes actores e instituciones.

En este aspecto, cuando las asimetrías de poder le permiten a grupos evadir los costos de la redistribución de bienes y crecen los incentivos para la explotación, aunque esto implique ineficiencias para la sociedad como un todo, el repensar del statu-quo se pone a prueba por una gran parte de la sociedad que absorbe las pérdidas y se encuentra marginada de los beneficios, tanto individuales como colectivos. Cabe destacar que en el ejemplo de los casos extremos, como podría ser la escasez de alimentos, la esencia misma del conflicto no cambia; solo incrementa el deseo de los actores sociales (sobre todo los perjudicados y excluidos) de asumir los costos necesarios y sus correspondientes riesgos, para perseguir sus objetivos superadores y torcer el rumbo de la historia.

¹⁹⁰ Moravskik, Andrew, *Taking Preferentes Seriously: A liberal Theory of International Politics*,...,op. cit., 1997, p. 517.

La realidad que se observa en el corriente Siglo XXI es que existe una creciente preocupación de que, ante un futuro más que sombrío, las mayorías desahuciadas y descreídas no encuentran ni encontrarán respuestas al no poseer control alguno de su propio destino.

Una consecuencia de ello es que, en lugar de encontrarnos con reclamos sistémicos (como en el siglo perecedero) que se entienden inútiles dado el individualismo y la ineficacia reinantes, se han elevado a un primer plano ‘movimientos’ de naturalezas diversas, reunidos alrededor de reivindicaciones particulares: los ecologistas, la igualdad y el cuidado de la mujer, a favor de la democracia o la justicia social, la afirmación de identidades comunitarias (étnicas, religiosas), etc.

Por el contrario y como se mencionó previamente, que la articulación de estas reivindicaciones pueda llegar a aunarse para alcanzar una crítica radical de la sociedad (es decir, del capitalismo realmente existente), es, por ahora, un objetivo tibio y difuso. Algunos de esos movimientos se inscriben - donde pueden hacerlo - en el repudio consciente del proyecto social de los poderes dominantes; otros, por el contrario, no reparan en él ni lo combaten. Las élites comprenden perfectamente esta distinción y, a través de la manipulación y el apoyo abierto u oculto a unos u otros, generan una vida política que, aunque caótica y agitada, es altamente ineficaz para las ingentes y urgentes necesidades colectivas.

¿Cómo generar entonces un proceso que genere un verdadero cambio estructural y modifique el rumbo de la historia? Dependerá de una intolerante degradación en la calidad de vida, la adquisición de una verdadera capacidad de comprensión situacional y el statu-quo colectivo, y una falta quasi-total de accesibilidad a los recursos mínimos indispensables. Ese micro mundo personal oprimido debe encontrar los canales para convertirse en una mayoría unificada que pueda cambiar un futuro *per se* adverso desde sus más profundas raíces. Una desigualdad crónica y acentuada con el paso del tiempo, que llega a un límite, un punto de quiebre; en definitiva, que desate una poderosa fuerza ideológica asociada a los deseos de libertad e igualdad.

Para algunos autores, se torna entonces fundamental que la política se introduzca en el ámbito de la cultura y las tradiciones, de los saberes y sentidos que se construyen en la vida, en las relaciones colectivas, en los territorios, en la intersubjetividad.

Como indica Ceceña¹⁹¹, si bien es indispensable rescatar la subjetividad construida en los espacios alejados del poder, para descubrir las visiones y la epistemología de las resistencias, es igualmente importante rescatar esas otras subjetividades y percepciones que emanan de las relaciones con el poder, de la presencia en esos espacios en los que se convive con los poderosos, en los que se atraviesa por sus diferentes mediaciones y mecanismos de reproducción; ya que, según su visión, en estos espacios es donde en gran medida se forja la cultura de la disidencia o de la crítica radical y, por ende, la posibilidad de generar un cambio.

De la Maisonneuve y Messmer¹⁹² sostienen una visión opuesta: la desesperanza de hombres y mujeres, que no teniendo nada que ganar con la observancia del acuerdo contractual con el Estado, tampoco tendrían nada que perder con su rescisión. Por otra parte, Morin y Baudrillard¹⁹³ se manifiestan en similar sentido al referirse al ‘mito del progreso’, entendiendo como tal a la esperanza de un futuro mejor que justifique los padecimientos del presente. Si tenemos en cuenta un potencial escenario moral e ideológico volátil - sobre todo en el contexto de determinadas culturas y religiones -, la desaparición de ese mito puede hacerle perder totalmente la legitimidad al Estado.

Profundizando esta idea, la descomposición socio-económica nacional puede generar lo que Moore¹⁹⁴ denomina el ‘socavar o derrumbar’ la justificación del estrato dominante. Estas críticas se presentan como la de-

¹⁹¹ Ceceña, Ana (Coord.), *De los saberes de la emancipación y la dominación*, Colección Grupos de Trabajo - CLACSO, Buenos Aires, 2008, p. 24.

¹⁹² De la Maisonneuve, Eric & Messmer Pierre, *La metamorfosis de la violencia: ensayo sobre la guerra moderna*, Grupo Editorial Latinoamericana, Buenos Aires, 1998.

¹⁹³ Morin, Edgar & Baudrillard, Jean, *La violencia del mundo*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004, p.67.

¹⁹⁴ Moore, Barrington, Jr., *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*, New York, M. E. Sharpe, White Plains, 1987, p. 84

mostración que las élites no realizan las tareas asignadas y, por lo tanto, violan el contrato social.

Implícitamente, este autor imagina un radicalismo gradual en la impugnación del poder. El paso menos radical sería criticar a los miembros del estrato dominante por haber violado las reglas con las cuales pretenden gobernar; el siguiente paso sería acusar al estrato en su conjunto de no respetar los principios de su gobierno; mientras el más radical consistiría en repudiar los principios mismos con lo que el estrato dominante justifica su poder. Como definía Lenin, se torna aquella búsqueda en una ‘situación revolucionaria’; donde los gobernantes ya no pueden gobernar, ni los gobernados quieren ser gobernados.

En tanto este último punto, despojados hasta el punto de ser privados de los ideales y de objetivos políticos, a los marginados no les queda más que un poder, el de desestabilizar el orden social librándose actos destructivos e incluso autodestructivos: vandalismo, agresiones, motines, sabotajes, atentados. Es la violencia de quienes no tienen nada que perder ni que ganar, en un estadio en el cual ya se sienten abandonados por un sistema que los excluye.

En el nivel de las creencias, del cólera y de los sueños políticos, se gesta entonces una explosión social. La primera declaración habla en nombre de innumerables pobres, grita lo que históricamente había tenido que ser murmurado, controlado y reprimido. Si el resultado parece un momento de locura, si la política que engendran es tumultuosa, frenética, delirante y a veces violenta, se debe quizás al hecho de que los ‘oprimidos económicos’ rara vez aparecen en la escena pública; sin embargo, la presión que pudieran generar cuando finalmente entran en ella, harían del temor de las élites un necesario y consecuente cambio proactivo en términos de políticas a desarrollar.

Sin embargo, las élites ni siquiera plantean cierto temor por el cambio: las estructuras macroeconómicas y políticas globales no solo se encuentran blindadas jurídicamente, sino también custodiadas policial y militarmente. Por ende, no es necesario reparar en mejorar los indica-

dores de bienestar, ni detenerse a reflexionar y medir las consecuencias socio-económicas.

En este aspecto, Acemoglu y Robinson¹⁹⁵ aseveran que el desarrollo económico sostenido exige innovación y ésta no puede ser desligada de la destrucción creativa, que sustituiría lo viejo por lo nuevo en el terreno económico, pero que también desestabiliza las relaciones de poder en el campo político. Por ende, las élites se resistirán a ella; su enorme beneficio a costa del resto de la sociedad implica que el poder político bajo las mismas sea muy codiciado, y la lucha por obtenerlo se vuelva cada día más encarnizada.

Este contexto se manifiesta claramente a pesar de que las soluciones a algunas de las problemáticas descriptas solo requieren un ‘poco de voluntad’ para ceder en una lógica redistribución de la ingente riqueza generada. El solo brindarle servicios básicos de protección social a toda la población mundial costaría menos del 2% de Producto Bruto Global. Un porcentaje muy reducido en relación a lo que se gasta en armamentos; o mismo las utilidades que produce la especulación financiera.

Por lo pronto, pareciera ser que al daño moral del derrumbe socio-económico - que incluye la falta de aprecio al prójimo, una exclusión política ‘real’ (con una participación marginal a través del voto) de las mayorías, y el ‘no’ derecho a la autovalorización -, se lo confronta simplemente generando ciertas mínimas mejoras en la calidad de vida, junto con promesas de un futuro mejor (sin aclarar su lejanía); en definitiva, suficiente plafón para controlar cualquier tipo de tensión social que permita el sostenimiento sistémico. En este sentido, bajo la gobernanza de las instituciones existentes, solo se respaldan los beneficios concentrados y se utilizan los recursos acumulados para consolidar un poder político que potencia el círculo vicioso de la desigualdad.

Finalmente, otro obstáculo para el cambio se centra en los partidos políticos que defienden realmente los intereses de los más desprotegidos

¹⁹⁵ Acemoglu, Daron & Robinson, James, *Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza. Por qué fracasan los países*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2013, p. 502.

dos: estos difícilmente alcancen una suficiente competencia para elaborar una alternativa política de poder viable, generando solamente ‘ataques defensivos’ con una discursiva generalmente negativa, principalmente por no poseer el poder de financiamiento que les permita promocionar de manera permanente sus ideas.

Solo sería posible igualar las capacidades de los intereses concentrados si lograran apoderarse del Estado y los grandes Medios de Comunicación; ya que dentro de la lógica sistémica, los grupos de poder nunca apoyarán las causas de los intereses antagónicos (Partidos de Izquierda, ONGs combativas, Grupos Anti-sistema), cuyo objetivo central es el fin del capitalismo a través del desplazamiento del poder político y económico de las élites dominantes.

Por ende, podemos afirmar que para que se alcance un cambio real en el statu-quo, se debe producir un punto de inflexión en términos económicos-sistémicos, bajo un escenario de interacción entre las instituciones existentes y las coyunturas críticas a través de grandes acontecimientos que perturben el equilibrio existente. Un nuevo paradigma necesita la conquista del poder político (descreído actualmente, pero con enorme potencial en las manos adecuadas) y su sostenibilidad superadora a través un impulso cualitativo en la calidad de vida de las mayorías pobres del mundo.

Para ello se requiere que las mayorías empobrecidas y excluidas se ‘apoderen’ del Estado a través de un proceso verdaderamente ‘revolucionario’, concebido este concepto como una empresa fundamentalmente civilizatoria en pos del ser humano y la naturaleza; en donde la nueva correlación de fuerzas favorable a todo el colectivo de la sociedad sea ratificada por el control del entramado institucional, el orden legal y la capacidad de realizar una política económica justa, ética y equitativa.

En este sentido, la nueva gobernanza debe ejercer una ‘dirección intelectual y moral’ que permita alcanzar la sustentabilidad de largo plazo de un proyecto político superador. Para ello, se necesitan instituciones económicas y políticas que generen igualdad de oportunidades reales, fo-

menten la inversión en el desarrollo personal, y se potencien las políticas donde la equidad y la cooperación económica sean la regla y no la excepción.

Por ahora, lejana queda la hipotética posibilidad de crear un contexto como el descripto. Lo único que se vislumbra, por lo menos desde la arena política, son las mínimas - para no decir nulas - posibilidades que las clases medias, los trabajadores y los excluidos sean participes activos de la distribución equitativa de la riqueza producida a nivel global. Como indica Bourdieu: "La capacidad de proyectar hacia el futuro es la condición necesaria de toda acción racional. Para sustentar alguna ambición de transformar el presente de acuerdo con un futuro proyectado, se requiere un mínimo control del presente".¹⁹⁶

En definitiva, el pensar, racionalizar y desear, en conjunción con el poseer el dominio sobre sus propias vidas, se han tornado las claves de las mayorías olvidadas para que, más temprano que tarde, puedan cambiar radicalmente sus pauperizadas vidas.

¹⁹⁶ Bourdieu, Pierre, *La précarité est aujourd’hui partout*, en: Contre-feux, Raisons d’Agir, 1998, pp. 97-98.

El pensamiento individual

El individuo como el todo.

Las necesidades materiales vs. La riqueza espiritual

“Lo importante no es mantenerse vivo, sino mantenerse humano”

George Orwell

Foucault solía decir que “la soledad es la condición básica de la sumisión total”¹⁹⁷. Peor aún cuando la misma se potencia en el momento en que la pobreza estructural invade los hogares de cada uno de estos individuos. Raymond Carver¹⁹⁸, en su libro de cuentos *El Elefante*, graficaba la idiosincrasia del norteamericano medio. Al protagonista lo agobian hermano, hijos, ex esposa y madre pidiéndole dinero para poder mantener el nivel de vida. Pero como millones de norteamericanos que ya no tenían empleo ni crédito, solo se detenía a esperar que ‘el próximo verano sea la época en la que iba a cambiar su suerte’.

Lo expuesto refleja el ser del capitalismo. Les promete a los individuos una vida aventurera, agitada, estresante; pero apasionante para los más fuertes. Se asemeja a una economía-casino que crea el suspense, da a cada uno el estremecimiento del peligro, permite aplaudir a los vencedores y abuchear a los vencidos. Una cultura presentista que pone el énfasis en la velocidad y la efectividad, sin valorar la paciencia o la perseverancia. Ganancias exorbitantes en un corto plazo, una supervvaloración del interés personal, una preferencia sistemáticamente otorgada a la inmediatez, una desconfianza respecto a todo proyecto colectivo. Para los ganadores, el paraíso. Para los perdedores, el más humillante de los retiros.

¹⁹⁷ Foucault, Michel, *Discipline and Punish: The birth of the Prison*, Vintage Books, Nueva York, 1979 (Trad. de Alan Sheridan), p.237.

¹⁹⁸ Carver, Raymond, *El Elefante*, Editorial Anagrama, 1997.

Bajo esta lógica, Tarkowska¹⁹⁹ ha desarrollado el concepto de ‘humanos sincrónicos’, quienes viven únicamente en el presente y no prestan atención a la experiencia pasada o a las consecuencias futuras de sus acciones, lo que termina derivando en una menor vinculación con los otros. Las relaciones, por lo tanto, son efímeras; la colectividad se transforma en una mera conjunción ocasional que deja totalmente obsoletos los llamados a un ideario de mancomunidad con el prójimo.

Este contexto presenta entonces una fragilidad y aparente pre-scindibilidad de las identidades individuales como colectivos, dejando los lazos interhumanos subyugados a la esencia misma de la libertad individual. La opción que esa libertad no reconoce, ni garantiza, ni permite, es la determinación (de hecho, la capacidad) de aferrarse a la identidad ya construida, vale decir, a las acciones que presuponen e implican necesariamente la preservación de la red social en la que esas identidades puedan basarse y reproducirse.

En este aspecto, el pensamiento postmoderno se encuentra muy cómodo ante esta situación; la interpreta como el fin de lo que llama ‘los grandes relatos’ y asimila el estudio de las sociedades a la lingüística, con lo que pretende expresar el fin de los sistemas y de las grandes estructuras, con las correspondientes y ahora ‘innecesarias explicaciones del conjunto’. Todo ello es reemplazado por la historia inmediata, la intervención del individuo en su entorno directo, la multiplicación de los ‘pequeños relatos’, es decir, de las iniciativas particulares.

Por lo tanto, en la ideología actual, los términos de la negación se invirtieron: la modernidad se afirma por los derechos del individuo, aunque estos vayan en contra de la sociedad. Esta inversión es solo la condición previa de una liberación, un disparador que desata un potencial de agresividad permanente en las relaciones entre los individuos que simplemente conviven anárquicamente con sus pares en un mismo espacio geográfico.

¹⁹⁹ Tarkowska, Elzbieta, *Zigmunt Bauman o czasie i procesach temporalizacji*, *Cultura i Spoteczenstwo*, n. 3, 2005, pp. 45-65.

En este sentido, en lugar de pensar en crear un colectivo libre de explotación y violencia, una sociedad emancipada basada en el reconocimiento mutuo, el enfoque individualista acepta que el mundo no se puede cambiar de manera radical y se concentra, en cambio, en que cada ser humano viva tan bien como pueda, bajo una lógica de cambios marginales propositivos que impliquen un mayor bienestar.

En términos de las políticas económicas, la lógica capitalista apela a los sentimientos subjetivos de los individuos - Rousseau²⁰⁰ sostenía que ‘se debe obligar a las personas a ser libres’ -, apelando a las expectativas de cada uno como fuente suprema de autoridad. Por supuesto, cuestiona los valores de igualdad, solidaridad y, más generalmente, los valores colectivos vinculados a cualquier tipo de sistema socializador.

Por ende, el recurso principal que utilizan las élites consiste en presentar una nueva obligación (la obligación de elegir), como libertad de opción, deslindando al Estado de sus responsabilidades. Esta es en realidad una enajenación relativa: los conceptos de revolución y de emancipación son abandonados y reemplazados por la idea de la ‘micropolítica’. La multiplicidad del poder tendería a ser vista como el apuntalamiento de una pluralidad de luchas o identidades particulares: conflictos que apuntan al reordenamiento pero no a una superación de las relaciones de poder.

Como expresaba una de las más importantes promotoras de la doctrina neoliberal, Margaret Thatcher: “No hay sociedad; solo están los individuos y sus familias”.²⁰¹ Sus efectos devastadores a veces se atemperan, en parte, gracias a la coexistencia de otros principios éticos; en gran medida de origen religioso, cultural o social. Cuando estas barreras ceden, la ideología unilateral de los derechos del individuo avasallan descontroladamente los sistemas de protección estatal.

Dado este escenario que los libera del eje Estado-Céntrico, la reciprocidad genuina del organismo social y del individuo deja de ser simbiótica. Al individuo se le puede exigir un sacrificio, nunca un compro-

²⁰⁰ I. Berlin, *Rousseau, La traición de la libertad*, FCE, México DF, 2004, pp. 49-75.

²⁰¹ Revista *Woman's Own*, 31 de Octubre de 1987.

miso: porque aunque la institucionalidad brinda seguridad y estabilidad colectiva, solo el individuo, la persona, es capaz de una elección ética: la capacidad de cambio, la función esencial de la vida.

Derivado de lo expuesto, se torna racional que ante la incapacidad de dar respuesta de las instituciones preexistentes, los ciudadanos se retiren a su vida privada o a formas de representación más especializadas. Como consecuencia, los partidos se vuelven cada vez más débiles y las lógicas sistémicas globales cada vez más incapaces de resolver las necesidades de las mayorías.

En tanto este último punto, la interdependencia compleja, embebida en el proceso globalizador, también ha mellado en el ser humano como actor económico y social. En este sentido, Hoffman²⁰² afirma que la globalización no ha desafiado profundamente la coraza de la naturaleza nacional del ciudadano: aunque la vida económica se realiza a escala global, la identidad humana se mantiene nacional - y de aquí la fuerte resistencia a la homogeneización cultural -. Por ello, a pesar de que el mundo se encuentra parcialmente unificado por la tecnología y los procesos de transnacionalización económica, todavía se encuentra distanciado de una conciencia o solidaridad colectiva.

Como contrapunto, algunos autores afirman que la globalización ha generado la capacidad para apropiarse y alinear las sociedades hacia el interior. Las transnacionales de la cultura recrean una amplia gama de opciones que satisfacen necesidades cada vez más individualizadas; diversidad deseable y promovida pues no amenaza los fundamentos de la hegemonía del capital (más aún, las profundiza) y suele ser altamente rentable. Por lo tanto, actúa como un elemento de fragmentación al exacerbar el individualismo, como así también genera un escenario de confusión para con los intentos sectoriales de cohesión social. O sea, las libertades civiles y los derechos políticos de los individuos avanzan - a diferentes velocidades dependiendo cada región del planeta -, pero encorsetados para evitar cualquier tipo de alteración en el statu-quo socio-económico.

²⁰² Hoffman, Stanley, *Clash of Globalizations*, Foreign Affairs, EE.UU., 2002, p.111.

Lo expuesto nos permite entonces aseverar que se ha perdido la imagen de la sociedad como ‘propiedad colectiva’ de sus miembros, cuyo cuidado, dirección y administración es posible concebir en común; la creencia de que cualquier evento que cada individuo realice o se abstenga de hacer, es relevante tanto para la sociedad como un todo como para cada persona en particular.

Como consecuencia, se ha esfumado la confianza en que las epopeyas colectivas hacen una diferencia; donde la confianza en el otro y la seguridad de la longevidad de las instituciones sociales se combinaban para encender el coraje necesario para la actuación, así como la determinación a largo plazo de llevar los hechos hasta las últimas consecuencias.

Por lo pronto, mientras al individuo se lo ensalza en su ser, la comprensión sistémica de las culpabilidades es difusa para el ciudadano medio. ¿Cómo entender el rol de las élites? ¿Cómo nos determina el contexto coyuntural? ¿Es el sistema el ideal para dar respuesta a las necesidades de los que más sufren? Todas preguntas que hasta la fecha, no han generado el eco suficiente en las mayorías desahuciadas.

En este aspecto, un punto clave que utilizan las élites para perpetuar el control sobre cada individuo en particular y evitar los cuestionamientos previamente descriptos, ha sido el generar una gris diferenciación entre la necesidad material tangible y la riqueza espiritual. Cabe aquí destacar que la cultura, la religión, el medio, y las posibilidades influyen decisivamente sobre quienes quieren vivir mejor y buscan permanentemente cómo lograrlo. Y las élites lo comprenden cabalmente y utilizan estas herramientas para el sostenimiento sistémico.

Un ejemplo claro de tinte religioso muy utilizado por quienes detentan el poder ha sido la lógica budista. Según sus ideas, la raíz del sufrimiento no es ni la sensación de dolor ni la tristeza; ni siquiera la falta de sentido. Más bien, el origen real del padecimiento es la búsqueda continua e inútil de sensaciones fugaces (el consumismo materialista), lo cual genera un estado de tensión constante, de desazón y de insatisfacción.

Debido a esta búsqueda, la mente nunca está satisfecha. Incluso cuando experimenta placer no reconoce su felicidad, ya que teme que esta sensación desaparezca pronto.

Para mejorar la calidad de vida, el ser humano debería entonces dejar de intentar perseguir permanentemente los bienes materiales. La felicidad no dependería entonces de las condiciones externas, sino de lo que uno sienta por dentro. El sufrimiento no estaría causado por la mala fortuna, la injusticia social o los caprichos divinos; en realidad serían las pautas de comportamiento de nuestra propia mente. En este aspecto, el Budismo es claro: la mente reacciona con deseos, y los deseos siempre implican insatisfacción.

Ahora bien, mientras la concepción budista y otros movimientos ‘anti-materialistas’ (del que claramente no participan las élites mundiales) nos referencian al trabajo de la mente, lejos estamos de afirmar que el cerebro se encuentra utilizado al 100% de sus capacidades para generar un análisis de comprensión situacional que permita no solo analizar todas las posibilidades existentes, sino también el generar una fructífera vida material dado un cambio en los condicionantes externos.

En este sentido, cabe destacar que el pensamiento lógico, que luego debe complementarse con una formación educativa y ciudadana, comienza en la niñez. Y una mala alimentación, derivada de una situación medioambiental de pobreza estructural, genera daños extremos y de largo plazo. Como señala el Dr. Albino: “El cerebro es el órgano que más rápidamente crece. Pesa 35 gramos al nacer y a los doce meses pesa ya novecientos gramos. Ahí tiene el 80% del peso que tendrá ese cerebro de adulto. O sea que ese crecimiento gigantesco lo hace el niño en el primer año de edad. Y en el desarrollo del cerebro, el 50% depende de la alimentación y el otro 50%, de la estimulación”.²⁰³

Ya de adultos, Shah asevera que en estado de carencia, el cerebro comienza a funcionar de un modo distinto: “los individuos pobres a menu-

²⁰³ <http://www.lanacion.com.ar/1698886-los-inmóviles-la-experiencia-de-vivir-condenados-a-la-exclusión>

do se involucran en conductas irrationales, como podría ser el excesivo pedido de préstamos que solo refuerzan su pobreza; es decir, desarrollan comportamientos derivados del poseer menos. La escasez, por lo tanto, modifica el modo en que las personas centran su atención: la lleva a concentrarse más profundamente en algunos problemas, generalmente coyunturales, y a descuidar otros troncales de sus vidas".²⁰⁴

Aunque una mayor y mejor educación ya no sea sinónimo de bienestar económico - influido no solo por la denigración del asalariado y el limitado acceso al capital y al crédito para realizar algún tipo de emprendimiento -, una persona más educada seguramente comprenderá mejor el contexto en el que vive y se desenvuelve. En este aspecto, no solo encontrará seguramente mejores soluciones para sus propias necesidades: también obtendrá una mayor capacidad para discernir en el momento que deba elegir a los gobernantes que lleven a cabo las políticas acordes para lograr los cambios que ellos precisan.

Bajo esta lógica, hoy en día se continúa buscando la felicidad como en la época de las más maravillosas utopías celestiales. Sin embargo, un baño de pragmatismo ha generado la necesidad de desear meramente un presente marginalmente mejor; donde una evaluación futurista en pos de un desarrollo estructural diferente, se ha perdido entre los obstáculos colectivos y las resignaciones individuales. Los condicionantes educativos y socioeconómicos - sobre todo en términos de los altos niveles de frustración e inestabilidad - se han tornado elementos cruciales para analizar los procesos de infelicidad ascendentes.

Por un lado, el inalcanzable ascenso social que nunca llega, es acompañado por un escenario donde el vivir el hoy (o sobrevivir) de la mejor manera, es el razonamiento diario del que solo vislumbra un devaluado porvenir. Por otro lado, esta misma ciudadanía mayoritaria, empobrecida hasta la exclusión en muchos casos, no solo evita la confrontación para con las problemáticas diarias, sino que las analiza desde una perspectiva negativa y pasiva al no encontrar salida alguna.

²⁰⁴ <http://theslab.uchicago.edu/anuj/wp-content/uploads/sci.pdf>

Este punto no es menor: el considerar específicamente que el azar, el destino o la influencia de otros son determinantes mayores que la propia actitud para cambiar el entorno, significa perder la voluntad. Y cuando se pierde la voluntad, no queda mucho por hacer. Ello ha sido finamente retratado por Mario Benedetti en su libro ‘La tregua’, cuando menciona la resignación del protagonista, un hombre que “...además de desgraciado, se siente opaco, cuando no queda sitio para la rebeldía, el sacrificio o la heroicidad. Entonces hay que llorar sin ruido, porque nadie puede ayudar y porque uno tiene conciencia de que eso pasa y al final se retorna al equilibrio, la normalidad.”²⁰⁵

Finalmente, el otro aspecto central utilizado por las élites, además de denostar la acumulación de riqueza material en pos de la ‘espiritualidad’ u otras ‘pasiones mundanas de bajo presupuesto’ (como son los eventos deportivos, recitales, micro-celebraciones con familiares o amigos), es la potenciación de la envidia que alimenta el conflicto entre pares, la lucha del pobre contra el pobre. En este sentido, Vonnegut sostenía que había que tener cuidado con el hombre que se empeña en aprender algo, lo aprende, y no es más sabio que antes: “Porque luego se llena de venenoso resentimiento por la gente que es ignorante sin haberse tomado tanto trabajo”.²⁰⁶

En un sistema donde las brechas se han agrandado, la educación no es motor de ascenso social, y el acceso al capital es más que limitado para quien no tiene ‘buenos contactos’ o intenta desarrollarse económica mente ‘dentro de la ley’, se suele generar un malestar y rechazo sobre el par, aquel que se encuentra en la misma situación que uno, y cual es visualizado como una ‘competencia’ por los ingresos escasos.

El generar una ceguera hacia abajo a través de la creación de una realidad compleja y difusa por parte de las élites - por supuesto en conjunción con los medios de comunicación cooptados por estos -, potencia el analfabetismo social de las mayorías y genera un contexto ideal para dificultar la comprensión de las reales culpabilidades sistémicas. Por ende, solo se desarrollan escenarios miopes y mancos, en donde los empleados

²⁰⁵ Benedetti, Mario, *La tregua*, Grupo Editorial Planeta, Buenos Aires, 2016, p. 123.

²⁰⁶ Vonnegut, Kurt, *Cuna de Gato*, Editorial La Bestia Equilátera, Buenos Aires, 2013, p. 232.

públicos se pelean por paritarias con los privados, las Pymes de un sector disputan migajas con las de otro, o las clases medias sostenedoras de los mayores ingresos impositivos de los Estados conflagran con los más pobres que usufrutuan los planes sociales, entre otros.

En definitiva, para que se pueda generar un conocimiento real que realmente pueda desafiar al sistema, se debe dejar de lado el conocimiento lateral, que es un saber del azar, para avanzar sobre la actividad consciente del conocimiento, lo cual es un ‘saber con propósitos’. La idea consistiría en generar una plataforma para que estos saberes, junto a un desarrollo orgánico para explotarlos: un conocimiento con consecuencias, con un fuerte basamento ideológico, y con capacidad de generar escenarios que oxigenen y permitan evitar que a la mayoría de los seres humanos se los trate, simplemente, como una mercancía.

El ser humano como mercancía

“La libertad no es hacer lo que decidimos; es hacer algo que no teníamos previsto” Michel Houellebecq

Todo lo que hay en el mundo es consecuencia de los actos de los seres humanos, aunque no siempre se genera el tipo de consecuencia que esperan o desean cada uno de ellos. A nivel sistémico, las condiciones que permitieron el advenimiento de la sociedad de consumo e hicieron efectivo el accionar de sus principales protagonistas han sido las consecuencias imprevistas de la historia del capitalismo moderno a lo largo de los últimos tres siglos.

En este sentido, los trabajadores han sido separados del flujo social del hacer, de los resultados del hacer de otros, de los medios de producción y supervivencia. En este aspecto, la separación del hacedor respecto del hacer, se contrapone con su dependencia de lo realizado; pero que una vez producido, aparece como completamente independiente del bien o servicio generado.

Bajo este escenario, para promover, inculcar y asegurar la ética del trabajo como un precepto de civильidad básica bajo una cohabitación pacífica (vale decir, la condena del ocio en general, a la que se adosó el mandamiento que conmina a trabajar por el trabajo mismo, sin pensar en las recompensas materiales), las élites han utilizado a lo largo de la historia, como lo hemos descripto en pasados apartados, diferentes métodos de convencimiento (desde la coerción hasta la espiritualidad). El objetivo es unívoco y claro: sin una sociedad pacífica y laboriosa, se torna imposible la reproducción sistémica.

Para analizar la descripta situación del ser humano y su rol como actor económico productivo, es imprescindible comprender la visión marxista²⁰⁷ que invierte el valor real de lo que se produce y el valor de cada ser humano como tal: en otras palabras, la fetichización de las relaciones sociales. En este sentido, existe una objetivación del sujeto y una subjetivación del objeto: las cosas (el dinero, el capital, las máquinas) se convierten en sujetos de la sociedad y las personas (sobre todo los trabajadores) se convierten en objetos.

Se trata de un antagonismo que descansa en la manera que se organiza centralmente el carácter distintivo de la humanidad: la actividad creativa. En la sociedad capitalista el trabajo se vuelve contra sí mismo, alienado (enajenado de sí mismo), por lo que se pierde el control sobre la producción. A consecuencia, la negación de la actividad humana tiene lugar a través de la sujeción de la misma al mercado; ya que solo fluye durante el proceso que se logra cuando la capacidad de trabajo imaginativo, la fuerza de trabajo, se vuelve una mercancía para ser vendida a aquellos que la compran con capital.

Estos conceptos contrafácticos, indica Holloway²⁰⁸, entre creatividad y su negación, no resultan de un conflicto entre fuerzas exteriores; sino precisamente entre el trabajo que representa la creatividad humana en contraposición con el trabajo alienado. Es un conflicto entre la humanidad y su negación, entre la trascendencia de los límites (creación) y la imposición

²⁰⁷ Marx, Karl, *El Capital*, Siglo XXI, México, Tomo I, 1990, p. 221.

²⁰⁸ Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Ediciones Herramienta (4ta Ed.), Buenos Aires, 2010, p. 86.

de los límites (destrucción). En este sentido, las tendencias gemelas del capitalismo contemporáneo han intensificado claramente el trabajo alienado por medio de la introducción de nuevas tecnologías y prácticas laborales, junto con la extensión simultánea de la propiedad para encerrar cada vez más áreas productivas (genética, software, biotecnología).

Por el contrario, las élites tratan de evitar demostrar las, evidentemente claras, relaciones fetichizadas. La racionalidad desarrollada a través de los grandes medios de comunicación cooptados sostiene que la forma predominante y determinante de las relaciones entre las personas no es la dominación y la servidumbre, sino un simple contrato entre personas libres que son iguales ante los ojos de la ley. Esto es, las relaciones sociales cruciales no son inmediatamente transparentes en las formas interpersonales de dominio y esclavitud; en realidad han sido disfrazadas bajo la forma de ‘relaciones sociales entre cosas’, aquellos productos del trabajo que son, con justicia, intercambiables.

Bajo esta lógica, el ser humano no puede ser comprador si no deviene en mercancía que el empresariado esté dispuesto a comprar. Es por ello que se necesita una identidad atractiva. En este aspecto, los miembros de una sociedad de consumidores son ellos mismos bienes de consumo, ya que bajo esa condición se convierten en miembros de buena fe de la civilidad existente. Por lo tanto, aunque por lo general permanezca latente como una preocupación inconsciente e implícita, uno de los principales motivos de desvelo de los ciudadanos es convertirse en productos vendibles.

Todo ello utilizando solamente su fuerza de trabajo, sin inmiscuirse con las élites económicas dueñas del capital. Porque desde la propiedad, la libertad se reconcilia con la dominación. Si no se tiene acceso a los medios del hacer porque son propiedad de terceros, entonces se debe ofrecer la fuerza de trabajo a fin de sobrevivir a cambio de un salario.

Cabe destacar que Lukács, por el contrario, argumenta una mirada de reconocimiento situacional por parte de la fuerza laboral. Sostiene que en el proceso de cosificación, la conversión del trabajador en mercancía, aunque anula a éste – mientras no se rebela conscientemente contra él - y

atrofia y amputa su alma, no transforma, sin embargo, en mercancía su esencia humana anímica: “El trabajador, entonces, se vuelve consiente de sí mismo como una mercancía y, con eso, empiezan a descomponerse las formas fetichizadas de la estructura de la mercancía: el trabajador se reconoce a sí mismo y reconoce sus relaciones con el capital en la mercancía.”²⁰⁹

Sin embargo, el reconocimiento no significa capacidad de cambio. Ya sea por la propia debilidad de los mismos trabajadores, como así también por su falta de aptitud para penetrar en las conciencias de los empresarios que tienen como único objetivo reproducir y acumular la riqueza generada. En este aspecto, los propietarios de los medios de producción se encuentran obligados a comprar la fuerza de trabajo porque, tal como se mencionó, la libertad promovida por las élites es indiscriminada; por lo que tanto, los trabajadores, como en este caso los capitalistas, pueden utilizar su propiedad como lo deseen.

Este control que obliga a una conformidad alimentada por la separación de las personas de la trama social del hacer, no solo los constituye como individuos libres de las ataduras personales y de la provisión de los medios de supervivencia, sino también exento de cualquier tipo de responsabilidad para con la comunidad o una participación significativa en el quehacer colectivo.

Dado el contexto expuesto, la aseveración de que uno vive en un país libre es relativa: solo significa que uno elige el tipo de vida que desea vivir, como decide vivirla y qué elecciones hace para lograrlo. Pero no habla de los medios y las capacidades para alcanzar estos objetivos. Lo único que reafirma este sistema individualista que vivimos en la actualidad, es que cada uno es el único responsable sino alcanza la tan añorada felicidad.

Como contraparte de los ‘derechos ciudadanos de poder ser felices’, se encuentran sus responsabilidades. En este aspecto, la culpabilidad conceptual se focaliza solo con el individuo en particular que no cumple el contrato social, aquel que hace peligrar las intactas las funciones básicas del estrato dominante y la sustentabilidad del *statu-quo*.

²⁰⁹ Lukács, George, *Historia y conciencia de clases*, Grijalbo, México, 1985, p. 220.

Alemán²¹⁰ desarrolla este escenario cuando sostiene que desde muy temprano las vidas deben pasar por la prueba de si van a ser o no aceptadas (o sea si van a poder pertenecer bajo el amparo de un ‘lugar’ en la sociedad), en el nuevo orden simbólico del mercado. El mercado funciona como un dispositivo que se nutre de una permanente presión que impacta sobre cada individuo marcándolo con el deber de construir una vida feliz y realizada - la creciente expansión del fenómeno de la autoayuda da testimonio de ello -, misión imposible ya que bajo lo ‘ilimitado’ de las exigencias del capital, solo se construye un escenario obstaculizador para con la realización plena que se demanda.

En esta explotación sistemática del ‘sentimiento de culpa’, las epidemias de depresión, el consumo adictivo de fármacos, el hedonismo depresivo de los adolescentes, las patologías de responsabilidad desmedida, el sentimiento irremediable de ‘estar en falta’ o en ‘no dar la talla’, como así también la asunción como ‘problema personal’ de aquello que es un hecho estructural del sistema de dominación, entre otros, no son más que señales que reivindican que el capitalismo contemporáneo nace con la ‘primacía del yo’ y los distintos relatos de autorrealización formulados para sostenerlo.

Por lo tanto, es el régimen que impone restricciones sistémicas contra la voluntad, contribuyendo a definir al sujeto desde el adentro. En este aspecto, la subjetivación capitalista introduce a la sociedad en su lógica: cada individuo procura siempre incrementar su valor, pero no solamente el capital económico; sino más bien todo eso que se valora (el capital escolar, relacional, físico, etc.).

Esta racionalización permite a cada uno percibirse valorado de esta forma; sin embargo, al no sentirse ‘pleno’, se encuentra la satisfacción mayoritaria en el análisis relativo; sobre todo, negando el valor del prójimo al convencerse de que cada uno es el realmente valioso - y no nuestros pares -, lo que tiene como consecuencia una naturalización de las jerarquías

²¹⁰ Alemán, Jorge, <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-297662-2016-04-23.html>, Abril de 2016.

sociales, cuyo único logro es la colaboración con la élites para con la perpetuación del statu-quo.

Aglietta y Orlean²¹¹ desarrollan este concepto al referirse al agotamiento de la concepción marxista del antagonismo capital/trabajo, proceso que cedería su lugar a una ‘simple’ puja de intereses en el interior de la clase asalariada. Bajo esta caracterización, los individuos se comportan como átomos iguales entre ellos y poseen idénticas aspiraciones; lo que provoca una dinámica de polarización de unos con otros a través de los mecanismos de la rivalidad mimética, lo que oxigena a las élites para desviar el foco del conflicto y mantener sus intereses protegidos de las exigencias de la empobrecida ciudadanía.

Elementos probatorios sobran en cada uno de los rincones del planeta. Por ejemplo, los estudiantes universitarios de hoy (quienes se destacan por ser unos privilegiados en términos de posibilidades, capacidades y responsabilidades futuras en relación al resto de la sociedad) no solo tienen la presión de obtener un título, sino que además necesitan trabajar para solventarse y adquirir una experiencia laboral (y porque no otro título de post-grado) que asegure que sus currículum vitae se destaque entre los demás. Todo ello sin tener la seguridad de que conseguirán un empleo; y si lo logran, tampoco tienen certeza de que tipo de estabilidad alcanzarán y cuál será el desarrollo profesional que podrá brindar el mismo.

Por otro lado, una vez en la empresa, ya no corresponde a los gerentes mantener el control de sus subordinados, sino que actualmente es a la inversa; son los trabajadores los que deben competir con sus pares para llamar la atención de sus superiores, buscando en la disputa diaria el hacerles desear la compra de un servicio que los mantenga ‘vivos’ en la estructura corporativa.

En este aspecto, no hay forma de control social más eficiente que el halo de inseguridad que flota sobre las cabezas de los controlados. Como

²¹¹ Aglietta, M. y Orlean, A., *La violencia de la moneda*, Siglo Veintiuno, México, 1990.

indica Arizaga²¹², el ciudadano moderno es criado con las reglas de un capitalismo que hace de la planificación y la obediencia la regla para moverse en un nuevo orden regido por la inestabilidad y el peso de una demanda constante hacia la persona.

Por ende, el derecho a extender los contratos de quienes se encuentran sujetos a la competencia recurrente, tampoco es un reaseguro eterno para los vencedores: aunque solo los más eficaces son recompensados con el siguiente contrato a término, ellos tampoco poseen tipo de garantía alguna de no ser expulsados en la medida que las necesidades corporativas (financieras, operativas, logísticas) lo requieran.

Derivado de ello y puesto que privilegian la subjetividad, el juego y el desempeño, las corporaciones prohibieron el planeamiento a largo plazo y la acumulación de méritos para los empleados. De este modo, logran mantener a los trabajadores en movimiento constante, en búsqueda de evidencias siempre nuevas que les indiquen la prolongación de su permanencia. El ser una persona proactiva, con proyectos e iniciativas, y flexible a fin de adaptarse hábilmente a los cambios constantes, se torna fundamental. Inclusive para estar preparado cuando a uno lo despidan o la empresa quiebre.

Sin embargo, se le genera una contradicción al individuo que no sabe si posicionarse más en el terreno de la iniciativa que en el de la obediencia, según las nuevas reglas del capitalismo. Además de ello, bajo este contexto y en mayoritarias ocasiones, el sentimiento de culpa por no obedecer deja paso a una sensibilidad centrada en la inhibición, asociada a una constante demanda de iniciativas que aparta al sujeto del juego corporativo por sentir que no está a la altura de las circunstancias.

Cabe aquí destacar que la competencia, en el sentido de ser competente y de competir frente a las demandas sociales (ser proactivo, generar

²¹² Arizaga, Cecilia, *Sociología de la felicidad. Autenticidad, Bienestar y Management del yo*, Editorial Biblos, Argentina, 2017.

proyectos, flexible para adaptarse a los cambios), vuelve necesarios diversos dispositivos que contribuyan a la gestión del yo y al mantenimiento de los estándares requeridos. En este aspecto, y tal como indica Arizaga²¹³, se puede generar un proceso de medicalización de la vida cotidiana por el cual los medicamentos psicotrópicos vienen a dar una respuesta rápida y eficaz a un individuo sobrepasado por las demandas sociales. La medicalización es la respuesta *just in time* (justo a tiempo) de un sujeto impaciente por solucionar su malestar frente a estas demandas.

Como consecuencia del escenario descripto, la ‘flexplotación’ (la conjunción de la flexibilidad y la explotación laboral) ya no promueve un comportamiento racional, ni pretende hacerlo: después de todo, mientras que la capacidad de hacer proyecciones a futuro es la condición *sine qua non* de todo comportamiento racional, hacer que sea imposible (excepto a corto plazo) realizar cualquier tipo de proyección pareciera ser el principal objetivo, y el efecto más notorio, de la política de precarización. En definitiva, la sensación de estar ‘haciendo equilibrio’ se transforma en la norma, donde salvo para los excluidos sin retorno, siempre hay un abajo donde caer.

Por supuesto, las élites económicas tratan de demostrar que la realidad es totalmente diferente: a la generación de un escenario de permanente proactividad, se le adicionan las políticas corporativas donde se tratan de presentar a los beneficios como colectivos, focalizando los logros como un esfuerzo de todos y diluyendo las victorias individuales. Por el contrario, los costos de los errores, o inefficiencias, son personales, aunque en la mayoría de las ocasiones sea arrastrando una cadena de errores colectivos, generalmente desde arriba (accionistas, gerentes) hacia abajo (los trabajadores que solo cumplen órdenes). En definitiva, el conocido paradigma que socializa las ganancias pero individualiza las pérdidas.

Nos encontramos entonces con el paradigma neoliberal de la meritocracia más básica, la cual genera una sobrecarga de exigencia hacia

²¹³ Ibídem.

una iniciativa individual donde los éxitos y fracasos solo dependen de uno. Un escenario donde se potencia que prime la actitud personal, antes que el contexto situacional al que se expone el individuo. A ello debe adicionarle la competencia encarnizada entre pares, que no solo genera fricciones en el ambiente laboral dañando las relaciones sociales/humanas, sino que además socava los tiempos de reflexión para poder repensar un futuro mejor/diferente para aquel que se siente desgastado/explotado en el lugar donde pasa la mayor parte de su vida. Se refleja entonces una situación en la cual los límites entre el trabajo y el tiempo libre se desdibujan; y en donde el sujeto se convierte en un individuo ‘híper-ocupado’ que no posee un tiempo apropiado para realizar un análisis estructural y sistémico profundo.

No solo eso: las exigencias que trascienden el ámbito de la oficina o la fábrica y se ‘derraman’ a la vida personal, generan una demanda laboral para adquirir las aptitudes personales de competencia necesarias (incluido el encontrarse siempre conectado de la mano de la tecnología) fuera del horario estipulado de trabajo, eliminando tiempo valioso dedicado al plano del placer y el tiempo libre. O simplemente para dedicarle un lapso mental para tópicos particulares de cierta frugalidad coyuntural; como así también pequeños momentos para el recreo mental (un claro ejemplo son las series estadounidense de formato corto - generalmente de media hora de duración -, donde prevalecen los impactos permanentes).

Para concluir, el punto adicional que no se puede dejar de recalcar es la falta de oportunidades para trabajar de lo que uno desea; lo que realza aún más el descontento y potencia negativamente el escenario corporativo descripto previamente. Tal como indica Kovadloff, ‘en la actualidad la mayoría de las personas están lejos de realizarse vocacionalmente. Trabajan para ganarse la vida, para no ser desocupados y perder su filiación social.’²¹⁴ Una identidad profesional que se necesita recuperar para no solo convivir armoniosamente en sociedad, sino para forjar la razón de ser como individuos y como aportantes al bienestar colectivo.

²¹⁴ <http://www.lanacion.com.ar/1725282-en-el-freezer-el-dilema-del-empleado-congelado-en-el-trabajo>, 7 de Septiembre de 2014.

El consumo como objetivo ulterior

“El metafísico razona por deducción, tomando como punto de partida su propia subjetividad; el sabio razona por inducción, basándose en los hechos proporcionados por la experiencia. El metafísico procede de la teoría a los hechos; el sabio va de los hechos a la teoría. El metafísico explica el universo según él mismo; el sabio se explica a sí mismo según el universo” Jack London en ‘El talón de Hierro’

Anders sostenía que nada nos define más a los humanos del presente que nuestra incapacidad de estar mentalmente ‘actualizados’ respecto del progreso de nuestros productos, vale decir, nuestra incapacidad de controlar el ritmo de nuestra creación y de recuperar en el futuro (que nosotros llamamos ‘presente’) los instrumentos que se han apoderado de nosotros. “No es inimaginable que nosotros, fabricantes de esos productos, estemos a punto de crear un mundo al que no seremos capaces de seguirle el paso y que excederá completamente nuestra capacidad de ‘comprensión’, nuestra imaginación y nuestra resistencia emocional, y que a la vez trascenderá los límites de nuestra responsabilidad”.²¹⁵

En este sentido, las democracias capitalistas occidentales han impuesto su concepción evolucionista de la historia. La denuncia de viejos conceptos y sus visiones del mundo son sustituidas por extremos: una visión pesimista, nihilista y apocalíptica para la cual no hay nada más que comprender, o una visión triunfalista y evangélica para la cual todo se ha realizado o está en vías de realizarse. En los dos casos, el pasado ya no es portador de lección alguna y nada hay que esperar del porvenir.

Según Augé²¹⁶, entre estas dos visiones extremas hay lugar para una ideología del presente, característica de lo que se ha convenido llamar ‘la sociedad de consumo’. Una sociedad donde las relaciones y productos

²¹⁵ Anders, Gunther, *L'Obsolescence de l'homme. Sur L'âme a l'époque de la deuxième révolution industrielle*, Editions Inrea, París, 2001, pp. 30 y 32

²¹⁶ Augé, Marc, *¿Qué pasó con la confianza en el futuro?*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2015, pp. 13-14

a consumir son espontáneos, flexibles y livianos; siendo estas condiciones necesarias para un mundo en constante cambio.

Bajo la misma, se torna fundamental el control social inmerso en la fluida expansión del proceso globalizador. Para ello, el poder y la influencia de los medios de comunicación masivos cumplen una función clave. Ante la afluencia de imágenes y mensajes, y bajo el efecto de las tecnologías de la comunicación instantánea y de la mercantilización de todos los bienes materiales y culturales, los individuos perciben como contexto normalizado un consumismo conformista y pasivo, reducido y derivado de un proceso de endeudamiento no sustentable.

En este aspecto y ante la imposibilidad de filtrar información sobre la creación productiva moderna de bienes y servicios compuestos por tecnología de punta y alta dosis de creatividad, se ha generado lo que Duesenberry²¹⁷ ha denominado ‘efecto demostración’ a escala mundial, en el cual se argumenta que a pesar de las amplias diferencias en el nivel de ingreso entre los países más desarrollados y los más pobres - o donde la desigualdad es mayor -, los consumidores de estos últimos frecuentemente buscan igualar los estándares de consumo de los países más ricos. Este escenario ha penetrado profundamente en los poros de una mayoritaria ciudadanía global ávida de bienes materiales que le permitan mejorar su calidad de vida.

Como complemento, desde las élites se envalentona al resto de los individuos como devenidos ‘príncipes ciudadanos’ de las democracias capitalistas modernas, cuya libertad de elegir y de imaginar de las mayorías además se ven ampliamente abolidas por la sumisión a las ‘exigencias del mercado’ que se les demanda. En este sentido, podrán votar libremente, pero su voto se vuelve irrelevante en la mayoría de los casos, ya que es el mercado quien todo lo decide. Miserable compensación: el individuo queda entonces reducido al estatus de ‘consumidor’ beatífico.

²¹⁷ Duesenberry, James, *Income, saving, and the theory of consumer behavior*, Oxford University Press, New York, 1967.

Por lo tanto, una de nuestras metas fundamentales como individuos es que debemos ser buenos consumidores. Compramos innumerables productos que en realidad no necesitamos, y que hasta ayer no sabíamos que existían. El consumismo trabaja con la psicología popular para convencer a la ciudadanía que los caprichos son una sensación positiva que deriva del deseo, mientras que la búsqueda de la perdurabilidad es una opresión autoimpuesta.

Derivado de ello, los fabricantes diseñan deliberadamente bienes de corta duración e inventan nuevos e innecesarios modelos para que las personas se mantengan ‘a la moda’. La comercialización de nuevos productos apela a la búsqueda de la novedad, algo atractivo y fuente de anhelo que contribuya a calmar de ansiedad del momento. El progreso se piensa entonces como la necesidad de deshacerse de los productos antiguos y reemplazarlos por unos nuevos que se puedan aprender a usar más rápido, cuya capacidad de satisfacción sea inmediata, y que preferentemente tengan funciones previamente inexistentes, o que existían con menor eficiencia/eficacia.

Una enorme cantidad de bienes que no son estrictamente requeridos para la supervivencia han tendido a convertirse en necesidades y a generar nuevas obligaciones. Más aún, una vez que la ciudadanía se acostumbra a un nuevo lujo, lo da por sentado como un derecho; donde en gran cantidad de ocasiones se llega a un punto en que no pueden vivir sin estos.

Es por ello que la razón de los productos es la satisfacción que brindan; en consecuencia, la tarea vital del mercado es que una vez que la satisfacción cesa, se debe reemplazar cada mercancía por otra que brinde mayor goce. En este sentido, la vida de consumo sólo puede ser una vida de aprendizaje rápido; pero también una en la que todo se olvida velozmente.

Esta creencia alienta una circulación más rápida de los productos, a la vez que aconseja evitar el desarrollo de un apego perdurable y leal por alguno de ellos. La lógica mercantil evidentemente ha cambiado: en una sociedad donde prima la racionalidad del consumidor, la búsqueda de la

felicidad pasó de estar enfocada en la producción y la apropiación, para enfocarse en su eliminación.

La justificación del descarte y nuevo consumo no solo tiene como eje reactivar la economía (a pesar de que el consumo no es la única variable que determina el crecimiento y el desarrollo), sino también descartar la problemática de almacenamiento a futuro, lo cual deriva de incrementos de la productividad que expanden una producción sin la correlación de un proporcional traccionamiento de la demanda en el mercado. Es por ello que en este proceso de ‘instrucción y desconocimiento’, nadie tiene la menor oportunidad de escapar a la ‘tiranía del momento’.

En cuanto a este último aspecto, se torna fundamental el uso de las tarjetas de crédito como medio para cumplir este objetivo. Por ello Bauman²¹⁸ indica que hasta la existencia de las mismas, los ciudadanos estaban acostumbrados a postergar las satisfacciones: ajustarse el cinturón, negarse otros placeres, gastar de manera prudente, y ahorrar el dinero que se podía apartar con la esperanza de que, con el debido cuidado y paciencia, se reuniría lo suficiente para concretar los sueños de cada individuo.

Cabe destacar que esta dilación no es un tema menor, sino central bajo la lógica de la acumulación. En palabras de Weber²¹⁹, era el principio que hizo posible el advenimiento del capitalismo moderno, ya que permitió en su momento generar el ahorro necesario que desembocaría posteriormente en la tan necesaria inversión en tecnología, bienes de capital, desarrollos organizacionales, logística, etc.

En la actualidad, la tarjeta de crédito brinda la libertad de manejar las propias satisfacciones, de obtener los bienes cuando se desean y no cuando se ganan y puedan pagarse. La consigna es elocuente y seductora: ‘elimine la espera para concretar el deseo’. Para el beneplácito de los mercados y los políticos por igual, los jóvenes, hombres y mujeres habrán

²¹⁸ Bauman, Zygmunt, *Del Capitalismo como sistema parásito*, Buenos Aires, Diario Clarín, 27 de Diciembre de 2009, http://www.revistaenie.clarin.com/notas/2009/12/27/_02107667.htm

²¹⁹ López Zamora, Paula, *Aproximación a la figura y obra de Max Weber*, Compañía Española de Reprografía, España, 2006.

alcanzado la categoría de consumidores ‘serios’ mucho antes de empezar a ganarse la vida.

Con la mayoría de edad ya se pueden obtener tarjetas de crédito; las cuales serán necesarias, como lo mencionamos previamente, para convertirse en un producto bien cotizado - una tarea que demanda dinero -, siendo esta una precondición para ‘ser parte’ del sistema de acumulación. Esta dependencia en la juventud, luego continúa con el miedo a ser embargado en la adulterez, provocando una inhibición aún mayor para subvertirse ante las injusticias.

Más aún, a los efectos de continuar potenciando la ganancia extraordinaria para el capital financiero prestamista, la deuda debía transformarse en un activo permanente (y no circunstancial) de generación de recursos e intereses. Por lo tanto, si el deudor no puede pagar, no hay inconveniente: la corporación financiera no reclamará como reembolso el dinero urgente, sino que ofrecerá darle aún más crédito, generalmente a una tasa mayor, para continuar con el círculo vicioso descendente para la mayoría de los deudores, en contraposición del círculo virtuoso de los acreedores.

El problema es que bajo la dinámica descripta se esconde un momento en el cual la capacidad de repago se vuelve impracticable, y el sistema se torna inviable: las deudas se vuelven exponenciales y los ingresos directamente proporcionales - cuando no nulos -, enmarcados en procesos cíclicos de ajuste y recesión.

Sin embargo, Wilkis no encuentra una salida: “El dinero que proviene del sistema financiero e inmoviliza a los más vulnerables en ese lugar de deuda permanente, solo genera una necesidad cortoplacista que obstaculiza capacidades. Lo que ocurre es que la opción es endeudarse a tasas usurarias o no consumir”.²²⁰ En definitiva, la actualidad representa una gran expansión de las deudas (lo que se denomina ‘la era de la irresponsabilidad’), inviable en su sustentabilidad a menos que la economía crezca y la riqueza se distribuya de manera realmente acorde. Es por ello que a

²²⁰ <http://www.lanacion.com.ar/1698886-los-inmovenables-la-experiencia-de-vivir-condenados-a-la-exclusion>

este proceso creciente y difícilmente reversible, Bauman²²¹ lo denominó 'la jaula de hierro del consumismo'.

Bajo la descripta lógica y tal cual lo hemos observado, las mercancías - y su permanente renovación - pasan a ser más importantes que las relaciones interpersonales, frugales como la perdurabilidad de los productos que adquirimos. El comprar se ha convertido en uno de los pasatiempos preferidos y los bienes de consumo se transformaron en mediadores esenciales en las relaciones entre los miembros de la familia, amigos, compañeros de trabajo y la comunidad en general. En este aspecto, para convertirse en un consumidor compulsivo tal cual lo requiere el mercado, es necesario un nivel de constante vigilancia y esfuerzo que apenas libera tiempo para aquellas actividades que abastecen el bienestar personal y colectivo (material, cultural, o espiritual, etc.).

A consecuencia, alejados de cualquier tipo de pensamiento de generación de riqueza colectiva o del disfrutar de la intangibilidad de otros placeres mundanos en comunidad, el consumismo como eje objetivo central se va alimentado en gran medida por la desigualdad y la disputa posicional enraizadas en el sistema capitalista. Por lo tanto, los modelos que prevalecen hoy en día son los esencialmente anticomunitarios e individualistas; sobre todo los que sitúan a cada persona en permanente competencia recíproca, ocasionando el debilitamiento y la destrucción del entramado de lazos personales y socavando los cimientos sociales de la solidaridad humana.

En este sentido, ya que en el largo plazo lo único importante es que el ciudadano continúe siendo un fiel consumidor, debe dejar de lado otras actividades (como es el pensar, estudiar o reflexionar sobre el escenario social) que le quiten tiempo para ello; de ser posible, apartar a un segundo plano su condición de ciudadano ético y político. Es por ello que la adquisición de bienes y servicios materiales termina absorbiendo el más poderoso valor simbólico; ya que a través del poder de consumo, se busca un reconocimiento social ajeno a los idearios de un desarrollo personal y

²²¹ Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, Fondo de Cultura económica de Argentina, Buenos Aires, 2007, p. 58.

profesional cuyo eje se centre en desarrollar mejoras en la calidad de vida de la comunidad.

Finalmente, no se puede dejar de mencionar las implicancias que han tenido para los diversos gobiernos el tener que manejar el presupuesto de una sociedad que glorifica el consumo.

Al individuo medio poco le interesa si su poder adquisitivo proviene del ahorro externo, de créditos provenientes del sistema financiero, o de un Estado que subsidia el poder de compra. Por lo tanto, muchos gobiernos suelen potenciar el consumo como variable clave de una macroeconomía que vivencia cíclicamente procesos recesivos. Ante esta situación, los decisores del presupuesto, con un ojo puesto en las cuentas públicas y otro en las mentes de los votantes, deben balancear con precisión rigurosa los intereses de la sociedad y las capacidades macroeconómicas del Estado: en la mayoría de los casos, simplemente respaldan la póliza colectiva de seguros con escaso entusiasmo y creciente renuencia a la estabilidad macro, dejando en manos de los individuos el logro y la conservación del bienestar microeconómico.

Esta ‘privatización’ de las problemáticas traslada hacia los hombres y mujeres como individuos, la monumental tarea de lidiar con los problemas causados socialmente; quienes además de no corresponderle una responsabilidad mayúscula - para ello delegan en el poder del Estado, sus instituciones y los gobernantes la conducción de las políticas económicas -, en su mayoría se encuentran lejos de contar con los recursos suficientes para mejorar su posición socio-económica, o mismo del poder contribuir con el desarrollo económico de sus comunidades.

En este aspecto, Thatcher sostenía que “la política económica era nada más que el método, y que el objetivo era el corazón y el alma”.²²² Es decir, el capitalismo tiene un impulso que lo describe muy bien a sí mismo, que es el querer generar un dispositivo de rendimiento y goce que está más allá del principio del placer; en donde - y por eso se extienden las patologías de la responsabilidad -, el sujeto se encuentra siempre más

²²² <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/12-53326-2016-02-18.html>

allá de sus posibilidades, es decir se halla bajo imperativos con los que no puede cumplir.

Este escenario genera bronca y resentimiento, desatando sentimientos de impotencia que obstaculizan aún más su lógica. Es por ello que la racionalidad de la sociedad de consumo no apunta a tomar como base - en firme oposición a la sociedad de producción - la universalización del pensamiento y la acción de carácter racional, sino el dominio desatado de las pasiones irracionales. La nueva racionalidad de la sociedad de consumo se termina entonces construyendo sobre la irracionalidad de sus actores individuales. En este aspecto, Illouz²²³ se refiere al 'capitalismo emocional', en el cual la esfera económica, mediante el mercado y los consumos, penetra en las almas y sentimientos de los individuos.

Para concluir, la frustración y tensión de la ciudadanía ante la imposibilidad de adquirir lo que desean, suelen dar lugar a represalias desenfrenadas sobre estos perdedores de una sociedad que glorifica el consumo. Y el castigo, como mínimo, suele ser la exclusión/negación a poder adquirir más bienes y servicios a través ajustes macroeconómicos y la eliminación de las políticas sociales.

Tal como indica Barsky, "los sectores más humildes tienen que resolver el día a día en términos de alimentos, vivienda, salud. Les pasa de todo, y todo muy rápido. Es como si vivieran muchas vidas en una sola."²²⁴ En definitiva, vidas descartables e inútiles si no pueden consumir.

²²³ Illouz, Eva, *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Katz, Buenos Aires, 2007.

²²⁴ <http://www.lanacion.com.ar/1698886-los-inmóviles-la-experiencia-de-vivir-condenados-a-la-exclusión>

La humillación permanente

“El día que la mierda tenga un valor, los pobres nacerán sin culo”

Gabriel García Márquez

Smith²²⁵ definía a una persona humillada como aquella que se le demuestra brutalmente, por medio de palabras, acciones o hechos, que no puede ser lo que cree ser. La humillación, entonces, es la experiencia de ser derribado, oprimido, refrenado o expelido de forma injusta e irrazonable, contra la propia voluntad del ser humano.

La humillación a través de pobreza es una arista aún más dolorosa. No es correcta cierta creencia global en la cual un pobre es una persona igual a cualquier otra persona, pero sin dinero; en realidad, el pobre es pobre en alimentos, en educación, en introspección y en entusiasmo.

Por un lado, son humillados al estar excluidos, por la lógica *per se* del ser social, de la homologación de los intereses individuales con el colectivo sistémico. Por otro lado, la humillación genera un proceso de desmovilización que prosigue con un escenario de desmoralización del individuo. La conclusión personal es que nunca nada cambia - porque es así, el sistema no cambia -, y el único camino es retirarse a una vida privada carente de cualquier posibilidad de cambio sustancial para lograr una mejora socio-económica.

Para brindar respuestas que acallen a los humillados, domestiquen el dolor y reconcilien al afligido, a lo largo de la historia las élites utilizaron todas las herramientas disponibles, especialmente las de índole religioso y cultural. En tanto al primero, la idea de que el sufrimiento obedecía a un propósito más elevado (un ejemplo saliente es el del catolicismo y su posicionamiento ante la potencial ‘salvación eterna’), y por ende la creencia en la capacidad del sufrimiento de ennobecer y elevar, ha sido un tema re-

²²⁵ Smith, Dennis, *Globalization. The hidden Agenda*, Oxford, Polity, 2006, p.37.

recurrente en los dilatados esfuerzos de los políticos de turno de las democracias capitalistas occidentales.

Desde una perspectiva oriental y tal como lo mencionamos previamente, el budismo y otras religiones de la misma índole se presentaron como el remedio para la estresante tensión de las dinámicas capitalistas, transformándose en el complemento ideológico perfecto para acrecentar un proceso de acumulación sin obstáculos ‘mundanos’. En lugar de intentar lidiar con el ritmo acelerado del progreso tecnológico y los cambios sociales, se pretende que el individuo renuncie a esforzarse por mantener el control sobre lo que le sucede, rechazando cualquier sacrificio inútil de obstaculizar ‘la expresión de la lógica moderna’ - aunque esto implique *per se* un escenario de dominación -.

Para complementar la dinámica eclesiástica, la cultura y la idiosincrasia se han transformado en ejes fundamentales para comprender la concepción en la cual la desigualdad y la pobreza no son en sí mismo negativas. En este sentido, debían existir diferentes e inequitativas formas de adquirir propiedad e ingresos, aceptándolo simplemente como parte de la condición humana. La envidia que puede surgir se debe transformar en un anhelo propio de aspirar a un desarrollo personal mayor, en lugar de desear que los que se encuentran más arriba en la pirámide socio-económica se caigan: es decir, unirse a los ricos, en lugar de denostarlos.

El objetivo actualmente parece cumplirse: hay una sensación de más envidia que bronca; lejano a un escenario revolucionario, pero cercano a un contexto de resignación pro statu-quo. El inmiscuirse para adentro es una manera de abdicar y dejar fluir los acontecimientos naturalizados: una actitud pasiva que se conjuga con un desinterés peligroso para con la generación de un futuro mejor.

Bajo este escenario, la mayoría de los individuos termina privilegiando la seguridad de un entorno conocido con un futuro previsible, mientras busca reducir tanto como sea posible la parte del acontecimiento; sobre todo en sociedades complejas en que las divisiones y las diferencias de clase, junto con las calificaciones profesionales, son marcadas y múltiples.

Estas políticas pro-aceptación se conjugan con la debilidad o la culpa como un rasgo de identificación, como puede ser el obligar al humillado a reconocerse en un acto de rabia impotente. Este contexto además se lo contrapone con la promovida admiración dickensiana por la ‘buena gente común’; es decir, la identificación imaginaria de un mundo pobre pero feliz, sin corromper, y libre de la ‘cruel lucha’ por el poder y el dinero.

Más aún, bajo el pretexto de invitar a los pobres y excluidos a transformarse en ‘ciudadanos responsables del bien común’, lo que se busca en realidad es inyectar en su espíritu ‘preocupaciones de interés general’, que no son otras que las que emanan de los diferentes escalafones del aparato del Estado. Lo que no se tiene en cuenta, y en ello consiste la contradicción del análisis, es desde donde se mira a la bondadosa gente común para que parezca amable; ya que lo que termina sucediendo es que solamente se está tomando el punto de vista de las élites políticas y económicas.

Este punto ha sido trabajado por Zizek²²⁶, quien desde una ‘visión ciudadana’, abre el juego como contrapunto a la diferenciación entre la identificación imaginaria y la simbólica. La primera es la imagen que nos resulta amable, en nombre de una cierta mirada en el otro, con la representación de lo que nos gustaría ser - modelos, ideales -. Por otro lado, la identificación simbólica es aquel lugar desde donde nos observan, del modo en que ‘resultamos ser encantadores, dignos de amor’.

En un primer acercamiento, podríamos decir que en la identificación imaginaria, imitamos al otro en el nivel de la similitud - nos identificamos con la imagen del otro en la medida en que somos ‘como él’ -, en tanto que en la identificación simbólica, nos identificamos con el otro precisamente en un punto en el que es inimitable, en el punto que elude la similitud.

²²⁶ Zizek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2003, p. 147.

Sin embargo y a pesar de los esfuerzos de las élites para redoblar este ideario descripto en los medios de comunicación masivos, la pauperización empírica de los niveles de vida termina en muchos casos sobrepassando la discursiva romántica de la identificación propia y ajena; por ende, el miedo se apodera de la ciudadanía y motiva la competencia salvaje, eje central en el funcionamiento de las economías capitalistas: se teme perder los ingresos, el estatus, el reconocimiento social y la pertenencia. A consecuencia, y a sabiendas que la competición por los escasos bienes hay una gran mayoría de perdedores - incluyendo a una abrumadora parte de la sociedad que tiene miedo de serlo -, se genera una sensación paralizante claramente adversa para quien la padece.

En este aspecto, cabe destacar que para tomar las mejores decisiones, el miedo no es el mejor consejero. Sin embargo, el temor es una característica de la presente época, en la cual se mezclan dos conceptos antes separados: por un lado, por peligros concretos (por ejemplo a perder el trabajo); y por otro, uno mucho más general, una angustia, que no tiene un objeto preciso y que es el sentido de la propia precariedad.

El primer miedo era socialmente gobernable, mientras el otro era asistido, como se mencionó previamente, por las religiones o la filosofía. Como indica Virno, “ahora en cambio, en la globalización ambos escenarios se fusionaron. Vale decir: cuando se tiene miedo por un peligro concreto se siente también toda la precariedad respecto de la vida y su significado para cada individuo en particular. Es como si cada uno experimentase, al mismo tiempo, un problema económico social concreto y una relación con el mundo que aparece con todo su dramatismo.”²²⁷

En la descripta visión totalizadora, las angustias que la erosión institucional ha engendrado y perpetuado a través de los años - sumado a un abandono colectivo derivado de una individualización forzosa -, solo ha potenciado un mercado de consumo que le da forma a ese malestar: la estrategia de racionalización de la irracionalidad que representa el derrumbe socio-económico, la normalización de las diferencias y las inequidades, y

²²⁷ Virno, Pablo, *Cuando el verbo se hace carne*, coedición Cactus y Tinta Limón, Buenos Aires, 1^º edición, 2004

la obtención de una estabilidad inducida por medio de la precariedad de la condición humana. Si a ello se le adiciona el no poseer un capital financiero y humano de resguardo ante las vicisitudes cíclicas de la economía, las clases medias, trabajadoras y los excluidos potencian el sentimiento del fracaso personal.

Luego de la rendición generada por la impotencia, aparece la soledad, escenario bajo el cual el individuo queda desamparado en el vacío existencial de una existencia rutinaria - sujeta a la coyuntura social -, que promueve aún más la alienación del hombre en un mundo ordenado para la acumulación del capital concentrado. En este sentido, la inauténticidad contamina a la mayoría de los individuos sumergidos en la frustración, que se terminan relacionando a través de 'máscaras' que ocultarían, en palabras de Heidegger²²⁸, la lucha del uno contra el otro.

Ello conlleva inevitablemente a la degradación en el nivel de las vinculaciones humanas, corroídas, fundamental y tácitamente, por la hipocresía de la competencia y la envidia permanente; lo que a su vez potencia un círculo vicioso más individualista que obstaculiza fuertemente los procesos de asociación y lucha colectiva.

No es sorprendente entonces, como lo hemos mencionado previamente, que la política haya encontrado una caída acelerada en el listado de prioridades de los individuos. DeLuca sostiene que la capacidad de actuar y la comprensión situacional son fundamentales en este aspecto: "La apatía política es un estado mental o destino político desencadenado por la manipulación de fuerzas, estructuras, instituciones o élites sobre la que uno tiene poco control y quizás poco conocimiento."²²⁹.

La sensación de desprotección estatal conlleva a que las personas se tornen más competitivas, miedosas y poco afectas a lo ajeno. La bronca y el descontento van de la mano de deseos individuales que se multiplican, pero con la consecuente masificación de las frustraciones. En este punto,

²²⁸ Safranski, R., *Cronología de Martin Heidegger. Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*, Tusquets, 1^a edición, 2003.

²²⁹ DeLuca, Tom, *The Two Faces of Political Apathy*, Temple University Press, Filadelfia, 1995.

mientras los sucesivos gobiernos intentan mantener en pie una historia que se ha cultivado en base a la suma de glorificaciones individuales, la actualidad muestra un sistema carente de las respuestas apropiadas para que los sueños de los más desfavorecidos no se desvanezcan.

Por lo tanto, el no poder canalizar las problemáticas socio-económicas en verdaderos cambios de poder político - no simplemente ayuda coyuntural, como por ejemplo el trabajo comunitario o el apoyo a una causa moral específica -, son parte de un sistémico bloqueo en el accionar del individuo.

En este sentido, Beck²³⁰ señala que hay una fuerte paradoja entre las crecientes libertades individuales, en contraposición con una sensación cada vez mayor de impotencia pública. Más que nunca el individuo depende del juego colectivo de las fuerzas del mercado y el Estado - del que difícilmente alcance a ser consciente, y menos aún a comprenderlo o anticiparlo -, pero tendrá que pagar individualmente por cada decisión que tome o deje de tomar.

Es por ello que la mayor autonomía que se gana en el proceso de individualización, le insume a cada persona un doble problema. Por un lado, un sentimiento de desamparo, incertidumbre y vulnerabilidad frente a la pérdida de marcos de acción tradicionales; por el otro, más bien lo contrario, vuelve primordial cumplir con las exigencias impuestas socialmente.

Este aspecto solo potencia el escenario de autocensura y dominación. En este sentido, Marcuse afirma que el individuo sin libertad real le inyecta fortaleza a sus dominadores y los mandamientos que ellos promulgan, dentro de su propio aparato mental: “La lucha contra la libertad se reproduce a sí misma, en la psique del hombre, como la propia represión del individuo reprimido; lo que hace que a su vez, su propia autorepresión sostenga a sus dominadores y sus instituciones.”²³¹.

²³⁰ Beck, Ulrich, *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage, 1992, pp. 135-137. Traducción de Mark Ritter [trad. Esp.: *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998].

²³¹ Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, Joaquín Mortiz, México, 1986, p. 32.

Como contraparte, para aquel grupo minoritario que todavía tiene fuerzas para pelear, la dificultad para pensar políticamente una alternativa viable conlleva también a la impotencia, y porque no, hasta la decepción colectiva de estos grupos. En este sentido, poco se discute la desobediencia civil y la no violencia activa, con el temor de ser catalogados permanente de 'enemigos revolucionarios' que intentan cambiar el sistema. Las élites aprovechan este contexto de debilidad y los denominan 'grupos sociales peligrosos'. Bajo este escenario, el subversivo social se transforma en el mero instrumento de una política schmittiana o hobbesiana: conmigo o contra mí.

De este modo, se busca evitar cualquier tipo de discusión o análisis del porqué de la rebelión. La obediencia a la autoridad, cualquiera sea la índole de las órdenes que imparte, es una tendencia de conducta profundamente arraigada por los mecanismos coercitivos de las élites capitalistas; incluso si los sujetos consideran repugnantes y detestables las acciones que se les pide realizar. Si a este factor se le adicionan algunos sedimentos prácticamente universales de la socialización, como los atributos de lealtad, el sentido del deber y la disciplina, las mayorías traccionadas por liderazgos - aunque estos no posean un importante caudal de poder político - serán lo suficientemente maleables para evitar cualquier tipo de enfrentamiento contra la autoridad.

A ello se le debe adicionar la difundida idea por parte de las élites de que el 'poder' equivale al 'mal' (aunque ellos lo poseen y utilizan a su discreción y conveniencia), ya que este es indisociable de la dominación, la violencia y la corrupción. Esta 'satanización' también es un obstáculo para con el pensar la necesidad de inventar nuevas formas de ver y hacer política. Precisamente, el hecho de que se hayan erosionado la eficacia, la credibilidad y la legitimidad del sistema como un todo, hace que los seres humanos se refugien en las ilusiones de identidades particulares y sectoriales, que podrían protegerlos de permanentes factores de agresión 'externos' (aunque en realidad estos sean endógenos de la propia lógica del *statu quo*).

Este último punto explica el por qué no todas las perspectivas convierten a la resignación: lo que hoy se encuentra en boga son las pequeñas victorias, los objetivos específicos, la necesidad puntual. Cada grupo con su eje pragmático (ya sea económico, cultural, religioso, etc.), posee sus propios valores irreductibles, sin las antiguas profundas utopías de alcance universal. Es decir, es un deseo en el terreno social que rechaza el dejarse circunscribir en zonas de consenso, en áreas de legitimación ideológica: solo para citar un ejemplo, se torna un esfuerzo descomunal que un movimiento feminista llegue a un acuerdo doctrinal y programático con grupos ecologistas.

En otro eje fundamental dentro del escenario adverso descripto a lo largo de este apartado, las élites encuentran que el riesgo resulta menor si la agresión hacia el individuo se redirige hacia ellos mismos; un escenario de autoculpabilidad que se traduzca en boicots hacia el propio cuerpo y la propia psiquis.

Por ende, y dado que las vías de escape alternativas a la incapacidad de consumir y cambiar la propia realidad socio-económica se encuentran bloqueadas o plagadas de peligros, las élites fomentan la actual obsesión con el aspecto del cuerpo (que se manifiesta en dietas, el uso adictivo de drogas, los gimnasios, y las cirugías que recuerdan la tortura autoinflingida del hígado usted mismo), cumpliendo eficazmente la tarea de redireccionar la angustia excedente.

En la búsqueda de la normativización y de un deseo no conflictivo, los psicotrópicos producen una corrección de las conductas no aceptables, encerrando al sujeto en una nueva alienación. Como indica Arizaga²³², la noción de patología mental entra a ser cuestionada cuando el antidepresivo abandona la categoría de medicamento y se reemplaza por la curación del confort, que funciona así como una ‘aspirina del espíritu’. La subjetividad del hombre actual oscila entre el culto al desarrollo personal y el vacío existencial, la exigencia de la iniciativa individual y el sentimiento de no cumplir nunca con ella.

²³² Arizaga, Cecilia, *Sociología de la felicidad. Autenticidad, Bienestar y Management del yo*, Editorial Biblos, Argentina, 2017.

En el supuesto de no poder autosatisfacerse, los perdedores sistémicos sin retorno se encuentran obligados a canalizar sus frustraciones puertas afuera, buscando otras vías de supervivencia. Pueden intentar escapar recurriendo al sistema de seguridad social o de asistencia pública que, en términos generales, solo evita que caigan en la miseria extrema; sin embargo, con los procesos de pérdida de empleo generalizados a nivel global, ya hace décadas se encuentran mayoritariamente diseñados para aquellos enajenados de un mercado laboral que difícilmente vuelvan a tener alguna oportunidad de inserción digna.

Por otro lado, la apatía institucional los puede llevar a recurrir (una vez más a título personal) al dinero usurario, dado que el sistema de préstamos formal es ajeno a aquellos que no se encuentran inmersos en el sistema productivo. Este es un riesgo no menor: los escenarios de violencia que suelen desatarse ante la incapacidad de repago bajo este tipo de mercados informales, conllevan a que los individuos queden *prima fascie* excluidos de cualquier tipo de mecanismo de resguardo o protección estatal.

En algunos casos cada vez más excepcionales (ya que no suelen contar con subsidios o algún otro tipo de ayuda gubernamental), algunos individuos pueden intentar, con un mínimo capital, establecer sus propios negocios o incluso formar cooperativas con pares que se encuentren en situación similar. Lamentablemente, en un mundo donde la tendencia indica que los escenarios competitivos se abren paso para dejarles su lugar a los oligopolios/monopolios transnacionales, los pequeños emprendimientos que sobreviven lo hacen subordinándose a una disciplina del mercado que claramente no los favorece; es decir, a pesar de ser en muchas ocasiones individuos que poseen un gran empuje y autoconvencimiento, carecen de todo tipo de recursos (financieros, humanos, de capital) para sustentarse microeconómicamente a lo largo del tiempo.

Finalmente, el punto más extremo consiste en recurrir a las actividades ilícitas, a los intentos individuales de obtener indebidamente el acceso a la riqueza de los productos del quehacer social. Mientras no genere ruidos y/o tensiones que puedan desequilibrar el statu-quo, las élites, que

se protegen con seguridad privada y tecnología de punta en sus guetos sociales y productivos ajenos a los perjuicios derivados de la ola de violencia e inseguridad, se muestran ajenas a la fuerte degradación en la calidad de vida de los individuos.

Estos barrios cerrados consolidan el sentimiento del ‘nosotros purificador y homogéneo’, el cual brinda garantías de una posición social, y a su vez cumple el rol de resguardo como forma de contrarrestar la vulnerabilidad de la incertidumbre. En palabras de Provost, “La comunidad cerrada representa la segregación de la población. Quienes están cerrados, están eligiendo encerrarse, diferenciarse, protegerse del resto de la ciudad”.²³³

En cuanto a esta última temática, el cercarse en una ‘comunidad’ no puede sino significar también excluir a todos los demás de los lugares dignos, agradables y seguros; es decir, obligarlos a que se encierran en sus propias comunidades, barrios pobres carentes de infraestructura, salubridad, seguridad, etc. En este aspecto, podemos afirmar que en las ciudades actuales, el espacio se divide en ‘comunidades cerradas’ (guetos voluntarios) y ‘barrios miserables’ (guetos involuntarios). Solo una parte de la población, cada vez más reducida, lleva una incómoda existencia entre esos dos extremos, soñando con acceder a los guetos voluntarios y temiendo caer en los involuntarios.

Cabe destacar que en el caso de que los síntomas de malestar social desaten una violencia peligrosa para los activos de las élites, los límites coercitivos se corren y la dinámica represiva se acrecienta. Bajo esta lógica, la desgracia de los excluidos, históricamente considerada una plaga de origen colectivo que había que enfrentar y subsanar grupalmente, se ha reinterpretado como prueba de un pecado o delito cometido individualmente.

Una vez más y tal como se ha mencionado, las clases peligrosas se redefinen como grupos de individuos criminales (cuando no terroristas); lo que no solo permite obstaculizar una evaluación de las causalidades, sino que además impide la generación de un escenario de culpabilidad generali-

²³³ Provost, C., *Gated communities fuel Blade Runner dystopia and “profound unhappiness”*, *the Guardian*, 2 de mayo de 2014, <http://theguardian.com/global-development/2014/may/02/gated-communities-blade-runner-dystopiaunhappiness-un-joan-clos>

zada que - como mínimo - derivaría en una corresponsabilidad de las élites gubernamentales.

Para concluir, cada individuo puede intentar escapar del sistema opresor delinquiendo, pero se arriesgan a un ‘encierro literal’ derivado de los mecanismos de un ámbito judicial cómplice del aparato represor creado por las propias élites. En este sentido, no se abren juicios causales sobre el porqué se roba; sino que se califican los hechos por lo que realmente ocurrió. Por lo tanto, sin cuestionar o tratar de comprender las necesidades, la historia, o la desesperanza del que observa con bronca y desilusión el colectivo desigual que lo excluye y maltrata, siempre será penado individualmente por los actos que cometió.

Para adormecer mentalmente a una sociedad que debe deleitarse con el castigo del culpable, es estrictamente necesaria la complicidad de los grandes medios de información asociados a los intereses pro-sistémicos. Una y otra vez los diferentes medios de prensa ‘hipnotizan’ a la audiencia, los telespectadores, y los lectores, al condensar, canalizar y enfocar las frustraciones difusas y dispersas de los inhibidores morales; mostrándose gustosos de ‘poder ayudar al bien común’, seleccionando objetivos concretos sobre los cuales descargar la energía y frustración propia.

Nunca hay escases de figuras para encarnar el miedo y el odio: violadores, asaltantes, asesinos o inmigrantes son el foco de atención. En caso de dejar vacantes momentáneas, se inventan nuevos blancos de agresión que satisfagan el deseo de violencia, revancha y ‘justicia’ generada por una profunda y abundante angustia; una lucha de pobres contra pobres en la búsqueda desesperada de válvulas de escape alternativas que permitan desviar permanentemente el eje de la causa madre genuina: la necesidad de un cambio sustancial en la calidad de vida de las mayorías pauperizadas alrededor del planeta.

En definitiva, la denegación del reconocimiento, la negación del respeto y la amenaza de la exclusión han potenciado la explotación y la discriminación como factores que explican y justifican los rencores que los individuos pueden guardar con la sociedad. Como complemento, la ver-

güenza - y por ende también la aversión por uno mismo -, se incrementan a medida que se acumulan las pruebas de la propia impotencia; sobre todo cuando con el correr de los años, solo se observan adversos resultados empíricos que profundizan el sentimiento de humillación.

Para salir de este escenario de domesticación y marginalización de los poderes de turno, se requiere de un gigantesco esfuerzo de invención que desafíe los férreos límites impuestos por las políticas de supervivencia, el acoso represivo y judicial, y las tentaciones de las políticas de cooptación; donde cada individuo pueda atreverse a soñar no sólo a través de luchas cotidianas de resistencia, sino también pensando en la posibilidad de cambiar el mundo enfrentándose simultáneamente contra todas las formas de humillación, opresión, y dominación.

Evidentemente y tal como lo hemos desarrollado a lo largo del capítulo, en la soledad del individuo los esfuerzos no alcanzan. Solo a través de un sacrificio colectivo totalizador, derivado de una cuantitativamente enorme sumatoria de denostados esfuerzos conscientes de cada ser humano que sufre y quiere cambiar su vida, se podrá tornar el rumbo de la historia.

La mirada a futuro

“Lo más revolucionario que alguien puede hacer es proclamar con fuerza lo que está sucediendo” Rosa Luxemburgo

Hegel²³⁴ sostenía que se puede distinguir en el hombre la parte de la naturaleza - que le fue dada, por la que no es responsable consecuentemente - de la parte del espíritu libre, un resultado de su libre elección, el producto de su actividad. La naturaleza humana ‘en sí’ - en su abstracción de la cultura - es en efecto ‘inocente’; pero en cuanto empieza a imperar la forma de espíritu, en cuanto entramos en la cultura, el hombre se convierte en ‘retroactivamente responsable’ de su propia naturaleza, de sus pasiones e instintos ‘más naturales’.

²³⁴ Hegel, G.W.F., *Lecciones sobre la filosofía de la religión*, Alianza, Madrid, 1986.

Por lo tanto, para que la realidad se presente dentro del campo de la propia actividad (o inactividad), se debe concebir como parte de la responsabilidad de cada individuo. En este sentido, las personas poseen una lógica binaria: una de las cuales se fuga, en ocasiones dedicándose a ‘pensar en lo que se quiere’, mientras la otra se sujet a la norma establecida. Bajo esta dinámica, podríamos pensar que la respetabilidad y la valía de una persona se podrían medir a través de las consecuencias negativas que cada individuo se encuentre dispuesto a asumir por el bien de otros y de uno mismo.

Pero responsabilidad no es sinónimo de culpabilidad. Librados cada vez más a sus propios recursos y sagacidad, la ciudadanía se encuentra obligada a idear soluciones individuales para problemas generados socialmente por parte de las élites; más aún, se espera que alcancen respuestas a sus problemáticas socio-económicas mediante sus habilidades y bienes personales, aún a sabiendas que con la falta de educación y recursos, se hace extraordinariamente difícil. Esta ‘libertad’ sin medios de producción, capital ni capacitación suficiente, tampoco reconoce genuinas diferencias de clases, a las que se le atribuye simplemente los adjetivos de ‘naturalidad’ o ‘suerte’.

En adición, el libre acceso a todas las opciones imaginables solo han generado depresiones y autocondena: el razonamiento se centra en el ‘debo tener algún problema si no consigo lo que otros lograron’. Por otro lado, todo lo que ya se ganó y se obtuvo es de uno ‘hasta nuevo aviso’, ya que podría retirársele y negársele en cualquier momento; por ende se debe cuidarlo celosamente, aunque sea a expensas de una competencia feroz con el prójimo.

Este escenario es ideal para las élites; ya que como indica Durkheim²³⁵, aprovechan para sacar a la ciudadanía de sus problemáticas con constantes cambios rápidos y frugales de la coyuntura, generados bajo una fluidez endémica en base a modificaciones sin previo aviso; donde lo

²³⁵ Durkheim, Émile, *La science positive de la morale en Allemagne*, en: *Revue Philosophique*, 1987.

fluctuante, lo efímero y lo incierto se convierten en la norma: es decir, ya no se necesita creer que los actos tienen derivaciones que van más allá del instante inmediato.

Como consecuencia, la ciudadanía actual tiende a abandonar la concepción ‘cíclica’ y ‘lineal’ de los procesos; ya que, actualmente, la dinámica socio-política se centra en un modelo puntual donde el tiempo se pulveriza en una serie desordenada de ‘momentos’. En este sentido, no solo cada uno de los mismos tiene un valor que puede desvanecerse con la llegada del siguiente; sino que, principalmente, tienen poca relación con el pasado y con el futuro: por lo tanto, en lugar de preocuparse por los causales de la pauperización y las consecuencias que se puedan generar a largo plazo, el objetivo de las mayorías se focaliza en la mejora diaria marginal de su calidad de vida. Como resumió Beck, “el modo en que uno vive se vuelve la solución biográfica a las contradicciones sistémicas”.²³⁶

Bajo este contexto, los más desfavorecidos son quienes tienden a vivir el día a día con mayor intensidad, sin pensar en absoluto en el mañana. Banfield²³⁷ sostiene está moción con foco en lo venidero: la conducta de los individuos más pobres está gobernada por sus impulsos dado que no pueden sacrificar el presente en pos de una satisfacción en el mediano plazo, o porque ellos mismos no tienen sentido del futuro en absoluto. Es por lo tanto radicalmente imprevisor, y considera despreciable todo aquello que no puede consumir de inmediato. Su gusto por la ‘acción’ prevalece por sobre todo lo demás (la reflexión, la prospectiva, etc.).

Sin embargo, cabe destacar que una vez que un ‘hecho’ momentáneo agota su novedad, y que los placeres que ofrece se vuelven tediosamente conocidos y difícilmente accesibles para gran parte de la población global, entra en vigencia la ley de los rendimientos decrecientes, en la cual cada instante siguiente de felicidad requiere una mayor inversión de tiempo y esfuerzo: un derroche, si se considera la abundancia de lugares aún inex-

²³⁶ Beck, Ulrich, *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage, 1992, p. 137. Traducción de Mark Ritter [La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad, Barcelona, Paidós, 1998].

²³⁷ Banfield, Edward, *The Unheavenly City: The nature and Future of Our Urban Crisis*, Little Brown, Londres, 1968, pp. 34 y 35.

plorados y de entretenimientos todavía por experimentar por las mayorías; pero por el contrario, una necesidad para las élites que deben redoblar su ahínco para convencer a una considerable porción de la sociedad que nunca podrá disfrutar de los beneplácitos materiales de este mundo.

En este punto, el ‘bombardeo’ de los medios masivos de comunicación concentrados cumplen su función a la perfección: por un lado, generar modelos individuales de éxito (contados con los dedos de una mano): el ‘sueño americano’ donde se autoenvaientan las epopeyas para reproducir y potenciar esos momentos tan deseados. Por el otro, producir arque tipos de euforia colectivos que hagan olvidar, en instantáneos pero vibrantes y frecuentes eventos populares, los padecimientos estructurales.

En tanto al primero, a diferencia de los líderes del pasado, son los nuevos ídolos que se adaptan a la demanda: no muestran el camino, sino que simplemente se presentan asimismo como modelos a seguir, demostrando que a pesar de las dificultades de la vida, de que les aquejaban las mismas angustias y problemas que al resto de la empobrecida sociedad, fueron capaces de sobreponerse, salir adelante y triunfar. Es entonces, como se mencionaba previamente, la aceptación de la riqueza como consecuencia del esfuerzo o lo fortuito del individuo, sin comprender la situación económica estructural global en términos de la generación de valor social y el cómo (y el porqué) se genera una inequitativa distribución de los recursos.

En relación al segundo eje, el anhelo insatisfecho de la autodeterminación y la autoestima suele alivianarse enterrando la angustia de la individualidad, disolviéndola en un ‘todo mayor’ a través de la contraposición con breves pero intensos festejos de asociación (como los eventos deportivos o los recitales de música). Sin embargo, al finalizar estos acontecimientos masivos, la frustración en soledad vuelve a apoderarse hasta que se pueda encontrar alguna otra satisfacción grupal (como interminables y variados torneos de futbol), que vuelvan a poner parches a la impotencia diaria.

Por lo tanto, a diferencia del modelo utópico de la buena vida, la felicidad se termina pensando como una meta que uno debe perseguir a través de una serie de momentos de satisfacción y abundancia que se suceden, y no como un estadío sustentable en el largo plazo. Lo que es indiscutible es que los canales de escape sustitutos presentados hasta el día de hoy para combatir la angustia generada por la combinación de incertidumbre e impotencia, han profundizado e intensificado, más de lo que han aplacado, la angustia que debían disolver.

Bajo este marco, podemos concebir que las causas y consecuencias de la pauperización económica, la pobreza y la indigencia excluyente, no solo sean complejas sino también difusas; sobre todo si se potencian bajo concepciones hegemónicas de transmisión que incluyen un aprendizaje homogéneo y unívoco de los conceptos económicos, los cuales distan de una interpretación educacional pluralista para la media poblacional.

Complementando este concepto, para Durkheim la comprensión de los ‘individuos comunes’ sobre los hechos sociales propiamente dichos, deben ser descartados, ya que carecen de valor científico porque no han sido formulados crítica y metódicamente: “Los hechos de la psicología individual tienen este carácter y deben ser vistos de este modo. Al ser por definición, puramente mentales, nuestra conciencia de ello no nos revela ni su naturaleza real ni su génesis. Nos permite conocernos hasta cierto punto... nos da una impresión confusa, fugaz y subjetiva de ellos, y no nociones científicas claras de conceptos explicativos.”²³⁸

Esta clara debilidad en la comprensión situacional de las mayorías se traduce también en un mayor miedo a lo desconocido, lo que conlleva a una sensación de que uno como individuo debe despojarse lo que más puede de responsabilidad alguna en lo que ocurre tanto en la arena doméstica, como en la global. Este resquemor además se potencia con la violencia social generada por la desigualdad y la pobreza actual, lo que acarrea un ensimismamiento aún mayor en la seguridad del hogar o entorno próximo.

²³⁸ Durkheim, Émile, *Les règles de la méthode sociologique*, en: Giddens, Anthony (Comp), *Émile Durkheim, Selected writings*, Cambridge University Press, 1972, p. 59. [trad. Esp.: Las reglas del método sociológico. Barcelona, Altaya, 1994].

Este escenario conlleva sin dudas a un momento histórico donde la norma es la desaparición del sacrificio por las grandes causas. Se trata, dice Baudrillard²³⁹, de una ‘desubstancialización moderna’, lo que provoca y potencia la inseguridad del individuo. La intensidad con que la modernidad pondera sus encantos se contrapone con la pérdida de la tan necesaria felicidad pública, aquella participación plural en un espacio colectivo que aunaba identidades, proyectos, deseos. En este sentido, la angustia aterradora y paralizante no es ajena a la fluidez, la fragilidad y la inevitable incertidumbre del posicionamiento de clase y las perspectivas económicas de cada individuo dentro de un contexto social del cual se encuentra ajeno, decepcionado y temeroso.

Por otro lado, cabe destacar que también es cierto que la ignorancia no es el único factor que obstaculiza la acción del individuo para generar los cambios necesarios: la impotencia también se entremezcla con el sentimiento de incertidumbre cuando no se conocen a ciencia cierta los factores que condicionan el escenario situacional y, por ende, no se comprende que políticas es preciso implementar para que una situación adversa se vuelva, al menos, ‘más agradable’.

En adición, la ineptitud también es un factor que se conjuga con la impotencia: para citar un ejemplo, se genera una enorme bronca cuando se constata o llega a sospechar que, aún cuando se hubiera desplegado un inventario situacional completo, de todas formas habrían faltado las herramientas, las habilidades o los recursos para poner en marcha los mecanismos apropiados para el cambio.

Por ello, y tal como afirma Holloway²⁴⁰, el problema no solo radica en concientizar desde afuera a sujetos inherentemente limitados, sino en poner de manifiesto el conocimiento que se encuentra ya presente, aunque de manera reprimida y contradictoria. En este sentido, en lugar de fortalecernos o envalentonarnos, la experiencia que nos brota con furia desde adentro también puede humillar y generar más cólera aún, puesto que deja

²³⁹ Y. Boisvert: *Le monde postmoderne*, L'Harmattan, París, 1996, p. 95.

²⁴⁰ Holloway, John, *Contra y más allá del capital*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2006, p. 14.

al descubierto la extrema insuficiencia de la mayoría de los individuos para cambiar su destino.

Dado lo expuesto, lo que se observa es un enfrentamiento creciente entre individuos pauperizados que buscan denodadamente obtener un mayor provecho - aunque marginal en términos relativos a las élites o sus grupos de soporte -; creando a su vez la percepción de que la solidaridad comunitaria es en general irrelevante, sino contraproducente (excepto en la forma de alianzas temporarias de conveniencias y sin compromiso).

Cabe destacar que es dable que la individualidad se consuma en solidaridad; pero también se reconoce que esta consumación, en sus formas más altas, como la amistad y el amor, no requiere necesariamente de un marco institucional sistémico y colectivo. Es decir, un contexto contrario a los cambios estructurales que se requieren para cambiar el sistema: el análisis profundo, la frustración contenida, o el deseo postergado, entre otros, debe embeberse en un marco asociativo.

Por ende, sino se mitiga este escenario por vía de la intervención institucional, esta naturalización de la individualización por decreto vuelve inexorable la diferenciación y polarización de las oportunidades individuales y las perspectivas a futuro, perjudicando sobre todo a aquellos marginados de los procesos productivos de la sociedad. Altamira²⁴¹ apoya esta moción y sostiene que en una sociedad cuya riqueza se expande imponiendo la pobreza individual (sobre todo la de aquellos que no detentan propiedad alguna salvo la de su fuerza de trabajo), la autodeterminación de cada ciudadano contribuye exclusivamente a fomentar la competencia entre particulares.

Bajo la dinámica descripta, en la persecución del beneficio propio los individuos se aprovechan permanentemente los unos de los otros, se utilizan, se degradan; debilitando o incluso directamente desmoronando la confianza social y la autoestima de la mayoría de los seres humanos. Por ende, cada persona debe redoblar esfuerzos para con un desafío mayúscu-

²⁴¹ Altamira, Cesar, *Los Marxismos del nuevo siglo*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2006, p. 33.

lo: luchar internamente para salir de aquel narcisismo patológico que solo hace sentir mejor y conforme en el caso de que los demás se encuentren en peores condiciones que uno.

Por el contrario, cabe destacar que existe un escenario donde no todo es competencia o abatir al prójimo. Mafessoli²⁴² sostiene que existen casos de personas que desarrollan una moral sin obligación y sin sanción, cuya lógica radica en que existen más elecciones que obligaciones. En este aspecto, los individuos no son buenos jueces de las causas que motivan sus propias acciones, por lo que las sentencias individuales no contienen toda la información apropiada con la cual pueda llegar a realizarse una buena descripción sociológica del ‘contexto social’; por lo tanto, si los objetivos no son pertinentes, es mejor olvidarlos y que otros, si así lo desean, tomen cartas en el asunto.

Esta visión en la cual la aceptación de la contemporaneidad - sobre todo el ajustarse sin revisión a ella -, y vivirla superficialmente concentrándose sin más que en lo inmediato, se inscribe en una perspectiva de negación del desafío: es decir, consiste en focalizarse en que la vida de uno en su totalidad tiene sentido y vale la pena. Arendt²⁴³ da un paso más y sostiene que la modernidad podía ser reconocida por la emergencia de un nuevo modo de satisfacción, aquella ‘pequeña felicidad’ reservada a la vida que discurre en el seno del hogar; una felicidad privada y doméstica ligada a las posesiones personales y fugaces momentos de ocio.

Enmarcado en este contexto de conformidad, Nietzsche²⁴⁴ planteaba que si uno tiene una razón por la que vivir, lo puede soportar casi todo. Una vida con sentido puede ser extremadamente satisfactoria incluso en medio de penumbras; mientras que una vida sin metas es una experiencia desagradable y terrible, con independencia de lo confortable que sea. Por lo tanto, una salida simplista de liberación del sufrimiento del ser humano no sería cuando experimenta un determinado placer pasajero, sino

²⁴² M. Maffesoli: *Au creux des apparences*, Plon, París, 1990, p. 32.

²⁴³ Arendt, Hanna, *La condición humana*, Editorial Paídos Ibérica, España, 2005.

²⁴⁴ Deleuze, Gilles (1967), *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 2002.

más bien cuando comprende la naturaleza no permanente de todas sus sensaciones y deja de anhelarlas.

Lo que definitivamente se ha logrado es que las vidas se trastornen por la lógica de la acumulación, mientras los individuos son brutalmente desubjetivizados; ya sea por medio del embrutecimiento de la repetición infinita en empleos sin sentido, o por medio de la pobreza que excluye todo lo que no sea la pelea por la supervivencia.

En este sentido y tal como se mencionó previamente, Weber indica que dada la ignorancia reinante, las acciones efectivas de los sujetos se llevan a cabo en un estado de semiinconsciencia difusa o de efectiva inconsciencia con respecto al significado subjetivo de estas, evitando que se genere una tensión que pueda llegar a desatar un proceso de rebeldía y cambio. “Probablemente, el actor tenga una vaga idea de sus acciones, aunque sin tener real conciencia de lo que está haciendo. En la mayoría de los casos, las acciones están gobernadas por el impulso o el hábito.”²⁴⁵

Todo lo expuesto hasta aquí en este apartado genera una sensación simultánea de incertidumbre e impotencia; una condición absolutamente desagradable, irritante, vergonzosa, insultante y muchas veces humillante para la mayoría de los habitantes de este mundo. Un escenario bajo el cual solo se han de erosionar o destruir los lazos de compromisos mutuos, condición sine qua non del accionar solidario; sin este, difícilmente puedan alcanzarse los ejes troncales de las problemáticas expuestas.

Ahora bien, ¿Es suficiente este sentido confuso y abúlico de la vida para los individuos pauperizados, pobres y excluidos? ¿Apenas sobrevivir con satisfacciones materiales mínimas de corto plazo? ¿Conformándose con comprender su pertenencia en un lugar no deseado de la historia? ¿Pensando solo en cómo poder salir adelante, sin reflexionar sobre la situación del prójimo?

De no haber un punto de inflexión, un ‘cisne negro’ que rompa la monotonía del statu-quo, una explosión de furia que genere un nuevo mun-

²⁴⁵ Weber, Max, *Theory of Social and Economic Organization*, en: Eldridge, J. E. T, *Max Weber*, Nelson, 1971, pp. 102 y 103 Esp.: Economía y Sociedad, México, FCE, 2002.

do bajo un deseo que florezca de una manera imparable, pareciera ser que solo queda un camino: como sostiene Moisi²⁴⁶, se requiere que cada individuo genere una construcción continuista y planificada a lo largo de años de análisis, como así también posea la comprensión y los medios económicos e intelectuales apropiados para llevar a cabo el cambio estructural necesario que beneficie tanto a su persona, como a la sociedad en su conjunto.

Sin embargo, dada la compleja y dificultosa situación en la que se encuentran la mayoría de los individuos en cada rincón de la tierra, ambos ejes deben avanzar conjunta y mancomunadamente. Para que se genere un cambio radical, se torna clave comprender la necesidad de generar incentivos que modifiquen el sentimiento de apatía y pasividad. Por ello, la subversión del sentido común, punto de partida de la pedagogía emancipatoria, atraviesa ideas, sentimientos y creencias; resultando en consecuencia un proceso de desaprendizaje y aprendizaje que rehace y crea sentidos, que toca los miedos, los sueños, las esperanzas individuales y grupales, las utopías posibles, la fe y las crisis de fe, las posibles convicciones. Es la socialización de la sospecha frente a lo que se presenta como lugar común, como natural, como dado, como eterno. Además de la razón, el conocimiento y la estrategia, deben cobrar relevancia el deseo, la pasión, la alegría.

Para lograr este cambio estructural, el desarrollo de una ideología a conciencia, pragmática y entusiasta, se vuelve vital. El conocimiento es a la vez reconocimiento, la ideología es a la vez identificación, cierta representación del mundo, la internalización de la exterioridad social, racional y objetiva. Ello permitirá no hablar solo de desilusión, sino también de futuro: hay que reconstruir una alternativa a partir de la batalla ideológica, criticar los términos que son impuestos (como el ‘realismo’, tantas veces desmentido por la empírica historicidad) y proponer otro lenguaje, en lugar de combatir en el terreno de los que profesan mantener el statu-quo eternamente. De lo contrario, como indica Alemán²⁴⁷, el discurso sistémico solo produce subjetividades para que las mayorías se perciban a sí mismas im-

²⁴⁶ Moisi, Dominique, *La geopolítica de las emociones*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2009.

²⁴⁷ Alemán, Jorge, *En la frontera. Sujeto y capitalismo. Conversaciones con María Victoria Gimbel*, (ed. Gedisa). <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-251866-2014-07-31.html>

potentes tanto en su fortaleza política y económica, su comprensión situacional, y su sentimiento de deadoras eternas de un acreedor inalcanzable.

La pasión racional es el primer paso. La acción es el complemento superador. Marx diría que se debe '*sustituir el dominio de las circunstancias y el azar sobre los individuos, por el dominio de los individuos sobre el azar y las circunstancias*'.²⁴⁸ Para ello, la bronca contenida, la impotencia, y el anhelo de cambiar las cosas por parte de cada individuo, deberán potenciarse con el vigor colectivo. Ya que, aisladamente, la tarea entusiasta se invalida rápidamente al colisionar contra un enorme muro erigido por las avasallantes fuerzas coercitivas del poder concentrado.

²⁴⁸ Sen, Amartya, *¿Cuál es el camino del desarrollo?*, Revista Comercio Exterior, México, Vol. 35, N° 10, 1985, p. 945.



Capítulo VI

La sociedad anestesiada

La falta de comprensión colectiva

“El mejor argumento contra la democracia es una conversación de cinco minutos con el votante medio”

Winston Churchill

La historia de las sociedades es compleja y profunda, no caben dudas. La estructura social es un conjunto de relaciones posibles y pensables entre los individuos participantes. La mayoría de los acontecimientos son interpretados como resultado de este juego de relaciones, que son a la vez relaciones de fuerza y estructurales, relaciones de sentido social.

Adorno²⁴⁹, por su parte, complementa este concepto y sostiene que en la actualidad no se puede formular una definición adecuada de sociedad: en cuanto emprendemos la tarea, aparecen una serie de determinaciones opuestas, que se excluyen mutuamente: por una parte, aquellas que ponen el acento en la sociedad como un todo orgánico que abarca a los individuos; por la otra, se encuentran aquellas que conciben a la sociedad como un vínculo, una especie de contrato entre los individuos atomizados que se encuentran atrapados en la oposición entre ‘organicismo’ e ‘individualismo’.

Ahora bien, cabe destacar que la mayoría de las jerarquías socio-políticas carecen de una base lógica o biológica: no son más que la per-

²⁴⁹ Adorno, Theodor, *Society*, Skidmore College, Salmagundi, No. 10/11 (FALL 1969-WINTER 1970), pp. 144-153.

petuación de acontecimientos aleatorios sostenidos por mitos. Puesto que las distinciones biológicas entre los diferentes grupos de Homo Sapiens son de hecho insignificantes, la biología no puede explicar los intrincados desencuentros de las diversas razas, sociedades y culturas. Solo podemos comprender estos fenómenos estudiando los acontecimientos, circunstancias y relaciones de poder que transformaron ficciones de la imaginación en estructuras sociales reales.

Yuval²⁵⁰ lo sosténía de esta manera: un gran número de extraños puede cooperar con éxito si creen en mitos comunes. Cualquier cooperación humana a gran escala está establecida sobre tradiciones colectivas que solo existen en la imaginación de la gente. El ser humano cree en un orden particular no porque sea objetivamente cierto, sino porque creer en él permite cooperar de manera efectiva y forjar una sociedad mejor. En una comunidad donde predomina un individualismo que aísla y disgrega, cada uno vive sus propios conflictos, sin lograr esa ‘confianza’ - corriente de comprensión y simpatía conducente a la solidaridad: el ‘próximo/prójimo’ que posibilite un acercamiento humano verdadero -, que permitiría un desarrollo societal con objetivos comunes.

El papel histórico de la religión ha sido crucial para ello: un sistema de normas y valores humanos que se basa en la creencia de un orden sobrehumano, le ha conferido legitimidad a estas frágiles estructuras. Las religiones por ende afirman que nuestras leyes no son el resultado del capricho de las personas, sino que son ordenadas por una autoridad absoluta y suprema. Esto ayuda a situar al menos algunas leyes fundamentales más allá de toda contestación, generando un reaseguro para con la estabilidad social a través de una reflexión igualitaria sobre el destino de cada uno dentro del marco social vigente.

²⁵⁰ Yuval, Noah Harari, *De animales a dioses, Breve historia de la humanidad*, Editorial Ramdon House Modadori S.A., Argentina, 2013, p.129.

Como contraparte, las utopías laicas pueden parecer más generosas y desinteresadas que las religiones de salvación, dado que no comprometen ninguna recompensa individual ante la abnegación o el sacrificio. Por otro lado, aunque se cometan pecados, no hay ninguna posibilidad de que la gravedad deje de funcionar mañana (aunque la población deje de creer en ella).

En términos económicos, la balanza entre estos dos puntos tiene una clara inclinación: los sistemas liberales, por un lado, se basan en un orden natural - como la ‘mano invisible del mercado’ – que es *per se* un orden estable. Por el contrario, un orden imaginado se hallaría siempre en peligro de desmoronarse porque depende de los mitos; lo cual si ocurriese que se dejare de creer en ellos, conllevaría un grave inconveniente para unas élites que requieren previsibilidad y estabilidad de largo plazo.

Para los heterodoxos y marxistas, en cambio, no hay dilema: ni la mano invisible del mercado, ni la divinidad más pura, pueden explicar la racionalidad macroeconómica o, para ser más preciso, la política económica diseñada por el hombre. En todo caso solo existiría la necesidad de un Gobierno activo con un rol consensuador para los Keynesianos, o mismo bajo la lógica de un ‘Dios Estado’ para los Comunistas.

A lo expuesto le debemos adicionar la tesis culturalista, según la cual las religiones, etnias y costumbres se caracterizan por especificidades transhistóricas que definen identidades intangibles. En este sentido, Sztompka²⁵¹ sostiene que las modificaciones de tinte legislativo o las reformas económicas no impactan en los mismos tiempos y términos que los códigos culturales de la población, quienes reciben los cambios paradigmáticos de forma diferente dependiendo de la idiosincrasia en la cual se encuentren inmersos. Por ende, más allá de la voluntad individual, la cultura se ha transformado también en una importante variable diferenciadora que legitima la existencia de una determinada estructura social.

²⁵¹ Sztompka, Piotr, *La variedad de acercamientos a la investigación*, Academia de Ciencias, República Checa, 1995.

Para moldear el factor cultural descripto a las necesidades políticas, Hall²⁵² propone un análisis de la dominación a través de los medios de comunicación - como se ha mencionado, un factor clave en el Siglo XXI -, en términos de un proceso de tinte hegemónico más que de imposición; ello no solo ha permitido lograr el consentimiento popular a favor de las clases dirigentes, sino que principalmente ha logrado evitar la aparición de formas subversivas de organización que cuestionen fuertemente el statu-quo político y social existente.

En este aspecto, la dispersión de información cuantiosa e irrelevante ha permitido homogeneizar el discurso en grandes temáticas culturales transversales (dictaminar una agenda en términos de políticas de planificación familiar, las características que debe tener un 'empleado modelo', etc.) dictaminadas minuciosamente por las mismas élites.

Finalmente, el otro punto a destacar en términos culturales, es la subordinación, en toda su dimensión, a la lógica mercantil; donde la industria de la cultura (artística, literaria o científica) obtiene validación en la misma dinámica del intercambio. Si la cultura de la comprensión se encuentra encorsetada en los lineamientos de quienes poseen la riqueza y persiguen la acumulación de capital como objetivo unívoco y superador, este mismo mensaje con su consecuente finalidad - matizado según las capacidades (menores en la mayoría de los casos) de quien visualiza y consume - será la lógica derramada para el resto de la sociedad.

Los sistemas descriptos (el divino, el natural y el cultural), se complementan con el objetivo primario y básico de obtener ingresos para continuar sobreviviendo; por ende, la ciudadanía se encuentra obligada a eliminar el valioso tiempo (ya no prioritario ni suficiente) que le permitiría generar trascendentales discusiones y pensamientos sobre los mismos; los que, en definitiva, serían el puntapié de una lógica embrionaria que desate las potenciales epopeyas colectivas, las cuales siempre han requerido de un esfuerzo superador en términos de dedicación, formación, solidez ideológica y compromiso.

²⁵² Hall, Stuart, *Identités et Cultures, Politiques des cultural studies*, Ed. Amsterdam, Paris, 2007.

Sin embargo, cuando las crisis socio-económicas derivadas de la misma dinámica sistémica dejan de dar respuestas efectivas a las mayorías pauperizadas, no existe racionalidad, creencia o pasión que evite que los gobiernos se vean obligados a realizar esfuerzos continuos y tenaces para la mantención del statu-quo.

Evidentemente, la lucha de clases, tal cual planteada en las batallas ideológicas del siglo pasado, pareciera no ser más la única variable de análisis para quienes detentan el poder: la extensión relativa de la sumisión real ha requerido que se le otorgue valor a elementos diferentes a la contradicción directa entre el capital y el trabajo y, en consecuencia, a reivindicaciones no únicamente vinculadas con las injusticias del mercado y los factores que impactan en la distribución de la riqueza. En este aspecto, las élites políticas hacen hoy prevalecer la lógica de la confrontación difusa, bajo al halo de medios de comunicación hegemónicos que demonizan la socialización de las ganancias, al mismo tiempo que veneran los objetivos individuales como sagrados.

En este sentido, cabe destacar que como buena parte de las poblaciones afectadas por este sistema de organización social no se encuentran directa y sobre todo claramente vinculadas con procesos explícitos de explotación; ya que tal cual podemos subjetivar la comprensión literal, la identificación del problema se desplaza hacia los ámbitos de ejercicio del poder, al integrar los antagonismos de clase, cultura, raza, y género, junto con el entremezclar conceptos confusos para las mayorías. Es decir, implica una complejidad y profundidad mucho mayor que una simple relación proporcional de causalidad.

Por otro lado, dado que el problema es sistémico, estructural y colectivo, las élites buscan diseminar la idea de que las metas de mejora deben ser marginales y coyunturales. ‘Demasiado bienestar’ es el eje central que potencia la idea de naturalización de la estratificación social y los bajos estándares de vida establecidos por las élites a lo largo de la historia.

Tal como ya lo decía La Boétie²⁵³ cinco siglos atrás: los hombres que nacen bajo el yugo, educados y criados bajo la servidumbre, sin mirar más allá, se contentan en vivir como nacieron y, sin pensar en tener otro bien ni otro derecho que el que encontraron, aceptan como algo natural este estado, consintiendo la imposición franca de la dominación.

Por lo tanto, la existencia del individuo se encuentra dentro de un corsé donde su libertad es claramente cercenada por la alineación a las formas institucionales, bajo las cuales se termina perdiendo en el conformismo, la semejanza y la estandarización. A ello se le debe adicionar la idea de la culpabilidad infringida, lo que genera en las mayorías empobrecidas un sentimiento de autoresponsabilidad por las miserias que sobrellevan; lo que provoca, de este modo, un alejamiento por parte de las clases medias pauperizadas, los pobres y los excluidos, para con la búsqueda de las verdaderas causalidades del paupérísmo contexto socio-económico con el que lidian diariamente.

Por el contrario, lo que se observa es una clara relación inversa en términos de la determinación de los verdaderos culpables: en este sentido, los más desprotegidos son los que tienen que cargar con el peso de la acusación y demostrar fehacientemente su buena voluntad y determinación para comportarse como el ‘sistema social’ lo demanda; debiendo no solo reconocerlo, sino hacer culto de ello: desde dar libertad de acción a las iniciativas individuales, pasando por el aceptar indefectiblemente la apropiación privada de la riqueza y su inequívoca proyección en el futuro, hasta el diferenciar a la economía de otras actividades sociales. En definitiva, dar rienda suelta a la racionalidad instrumental que digita el culto al productivismo y la acumulación.

Por su parte, la permanente exacerbación de la lucha de ‘todos contra todos’ y de ‘cada uno para sí mismo’ por estar al frente del proceso de consumo y generación de riqueza, ha desarrollado una guerra competitiva que ha hecho volar en pedazos las solidaridades surgidas de las utopías ideológicas.

²⁵³ La Boétie, Etienne (1548), *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Terramar ediciones, 1a ed., Argentina, 2009, p. 55.

La disputa del pobre contra el pobre es altamente rentable para aquellos que quieren desviar de la atención pública sus responsabilidades para con el contexto situacional.

A pesar de ello, hay casos donde la situación excede los ánimos de los oprimidos económicos y se vuelve insostenible para determinados grupos de la sociedad (cabe aclarar que este contexto se potencia con mayor factibilidad y frecuencia en pueblos con ciertas características culturales y/o religiosas específicas), lo que puede derivar en una abanico de políticas coercitivas. El inconveniente primario que les surge a las élites son los costos derivados de la violencia que se pueda generar: cuantiosos en términos monetarios y cuestionados en términos políticos.

¿Cuál es la resolución más efectiva entonces para quienes manejan los destinos de la sociedad? Dependerá de la cintura política y la capacidad de represión de cada gobierno de turno y sus aliados económicos para, o intentar gestar una salida negociada, o simplemente un ‘aplastamiento de los focos subversivos’. A esa altura de los hechos, ya poco importarán las causales de la violencia o los negativos efectos económicos, políticos o sociales que se generarán a futuro para con algunos grupos en particular, o mismo para con la comunidad toda.

En definitiva, el siglo XXI demanda objetivos vinculados a un todo mayor; cuestiones que afectan la calidad de la vida, las identidades culturales, los derechos humanos y las democracias participativas. Para ello se necesita compromiso, comprensión y, por supuesto, la capacidad de cambiar un sistema fuertemente arraigado desde las ideas impuestas por las élites políticas y económicas. Por ahora, estas últimas solo han ‘blindado’ la existencia de régimes poco creíbles, los cuales lejos se encuentran de brindar respuestas concretas y adecuadas para los que más lo necesitan.

Una lógica impuesta

“No hay nada que uno pueda hacer en lo que no intervenga el lucro, el miedo de perder, y el ansia de poder. No es posible darle a alguien los buenos días sin tener presente cual de los dos, usted o el otro, es el superior. La gente o manipula, o manda, u obedece o engaña. Fracasamos como especie, como especie social.” Ursula K Le Guin

Las relaciones de poder aparecieron sobre la faz de la tierra junto con las formas más primitivas de la vida animal, lo que luego ha sido corroborado con todos los análisis racionales posteriores que implicaron la socio-biología del hombre. Si las jerarquías y las dominaciones acompañaron a la especie humana desde los albores de su existencia, nada hace pensar que la disolución de las relaciones de poder pueda plantearse, programáticamente, como un objetivo inmediato de una fuerza revolucionaria, especialmente si ésta renuncia a la conquista del poder político y económico.

Cabe destacar que la revolución social más trascendental ha sido justamente el desplome de la familia y de la comunidad local, y su sustitución por el Estado y el Mercado. La dimensión geográfica y demográfica así lo requirió: la provisión de la Salud, la Educación, los Bienes y los Servicios no podían sostenerse en la micro-comunidad.

Sin embargo, la liberación de las estructuras familiares y comunales ha costado un alto precio, sobre todo ante la falta de un colectivo sustituto de contención. En este sentido, el individuo se encuentra cada vez más solo, vacío e indefenso; alienado y amenazado por el poder que gobiernos corruptos y mercados amorales ejercen en su vida, obstaculizando valores éticos primarios y en contra de sus propios intereses.

Desde las élites, la herramienta más utilizada para suavizar ‘el descenso’, ha sido una intervención cultural que ha generado un consenso en la sociedad mundial: un tipo de vida definido por la globalización de un consumo estandarizado, bajo procesos productivos flexibles y descentrali-

zados. Las comunidades globales, que actualmente viven subyugadas a la lógica corporativa, han sido anuladas y sustituidas por una masa manipulable de consumidores y espectadores pasivos.

Lo que los grupos concentrados de poder sí desean es que las mismas familias y pequeños colectivos funcionen como un amortiguador: un entorno útil para contener y pacificar cualquier atisbo de subversión. Para ello, promueven ‘comunidades imaginadas’ que contienen a millones de extraños que se puedan ajustar ‘lo más posible’ a sus requerimientos. Una comunidad de gente que en realidad no se conocen mutuamente, pero que ‘imaginan’ que sí lo hacen.

Para el resto - los que ni imaginariamente pueden considerarse parte de una misma asociación - se encuentran el consumismo (todos podemos y debemos consumir lo que se encuentra ‘de moda’) y el nacionalismo (muy efectivo en cuanto a la unión social a través de un objetivo común - deportivo, comunitario, institucional -), los cuales hacen ‘horas extras’ para hacernos creer que todos tenemos un pasado y futuro en conjunto - y sobre todo los mismos intereses -; aunque ello sea solo una realidad intersubjetiva que solo existe en nuestra fantasía colectiva.

¿Cuál es el motivo por el cual esta discursiva, creada por un grupo minoritario, se fortalezca con el correr del tiempo? Evidentemente, hay condiciones sistémicas favorables para las élites que no eran viables en el pasado. El golpe a las ideologías desde el fin de la guerra fría bajo la lógica neoliberal ha sido un punto de inflexión clave. Simultáneamente, los sindicatos fueron perdiendo poder de negociación a través de los procesos de tercerización y flexibilización laboral, el crecimiento de la economía financiera en detrimento de la economía real, los permanentes ajustes fiscales ineficaces para equilibrar a gobiernos ineficientes, y una feroz competencia que se potenció de la mano de la globalización y que sometió a las Pymes a las decisiones de las grandes corporaciones trasnacionales (mayoritariamente vinculadas al poder político).

A la desvalorización territorial del trabajo en términos de lejanía física y fraternal (cuanto más lejos física y socialmente está la empre-

sa-marca, mejor), se le adiciona la falta de solidaridad a nivel intra-clase - desconocimiento de los pares - e intra estructura productiva - desintegración moral de la cadena de valor -.

Por otro lado, si la dependencia laboral y la subcontratación se tornan claves para con el control situacional, entonces el desempleo y la recesión productiva significan no solo un aflojamiento del mismo, sino también una exponencialmente creciente repulsión a las élites por parte de la ciudadanía; lo que, como consecuencia, fuerza aún más a las mismas a remodelar a las personas a su propia imagen y objetivos, potenciando la individualidad de la globalización: el salvaje quien pueda bajo un contexto de consumismo de supervivencia.

Así es que la fragilidad y la precariedad inherentes a la vida dedicada a la búsqueda de placeres y distracciones han pasado de ser la mayor amenaza a la estabilidad del orden social, a convertirse en su principal sostén. La modernidad descubrió que la condición de volatilidad que tiene como resultado la inseguridad perpetua de los actores, puede ser transformada en el factor de normalización más confiable.

La política de regulación normativa fue entonces reemplazada por la ‘política de precarización’: se descubrió que la flexibilidad de la condición humana, sumada a la inseguridad del presente y la incertidumbre, son los mejores materiales para la construcción de un orden duradero y resistente; la vida rebanada en episodios sin ataduras con el pasado y el futuro elimina la oposición al sistema de manera más radical que las instituciones más complejas (y exorbitantemente más costosas) de la vigilancia panóptica y la administración diaria.

Para desarrollar este escenario, ha habido una sofisticación en la manipulación autoritaria del sentido común; realizada sobre todo, y tal como se ha mencionado previamente, a través de los medios masivos de comunicación (donde se moldea el imaginario social y se sobornan actores claves), pero también con la utilización de las diferentes formas de creencias religiosas, la educación escolar, la familia y todas aquellas institucio-

nes que organizan, homogenizan y disciplinan nuestras convicciones - y lo que en definitiva genera un consenso para con una lógica impuesta -.

En este sentido, lo interesante no es la manipulación de la verdad a través de la propaganda; sino más bien, es la importancia casi nula que tiene la realidad ante una población que, cegada, solo percibe narrativas que calman, al menos de manera momentánea, sus deseos y frustraciones.

Esta capacidad adaptativa del modelo discursivo por parte de las élites, ha incorporado ágilmente conceptos generados por aquellos grupos que desean cambiar el statu-quo: los vacían de significado y los re-codifican de manera cada vez más palpable (reforma estructural, desarrollo sustentable) para aplacar los enormes impactos socio-económicos negativos. Alemán²⁵⁴ se refiere a una nueva ‘derecha progresista’, que ha sabido conjugar una suerte de sincretismo entre los manuales de autoayuda, la desafección por la política, una demagogia del amor, la felicidad y la proclamación de un mundo sin conflictos; donde todo intento de transformación estructural es rápidamente anatemizado como ‘autoritario’ y ‘antidemocrático’.

Como complemento, la discursiva de las élites también se cimenta en un escenario que fomenta el crecimiento económico - en definitiva la acumulación de capital - como factor casi exclusivo para el consecuente desarrollo de los pueblos. El principio BLAST (sangre, sudor y lágrimas en sus siglas en inglés) o del ‘sacrificio necesario’ para la consecución de un futuro mejor, ha sido una bisagra durante el transcurso del siglo pasado que continua hasta nuestros días. Sus fundamentos se basan en asumir la existencia de ciertos males contemporáneos para los cuales se requiere adoptar formas variadas de ‘sacrificios’; relacionados principalmente con la reducción de las prestaciones de la seguridad social, aceptar contextos de enorme inequidad, o permitir altos niveles de autoritarismo.

Es parte de una ideología fascista que, aunque matizada y suavizada (el buen ciudadano es aquel que trabaja arduamente) en un imperativo

²⁵⁴ Alemán, Jorge, *Neoliberalismo, experiencias populares e izquierdas*, Diario Página 12, 1/12/2015.

puramente formal: obedece simplemente porque debes hacerlo. Dicho de otra manera, renuncia al goce, se abnegado y no te pregunes sobre el significado de ello - el valor del sacrificio está en su misma insignificancia -; es decir, la verdadera ofrenda está en su propio fin, ya que encuentra satisfacción positiva en la expiación misma, no en su valor instrumental.

A consecuencia, el verdadero objetivo de la lógica impuesta termina siendo la actitud que exige, la congruencia que crea una ideología sesgada hacia la concentración de la riqueza, la acumulación sin sentido, y una forma de vida despersonalizada moralmente; todo ello bajo el lema de continuar en una misma dirección sin preguntarnos el porqué, el creer activamente en los valores que explican y justifican la propia subordinación.

Otro punto fundamental es la inevitabilidad estructural que normaliza escenarios de sumisión. Como sostiene Abercrombie, “la fortaleza de las élites se debe basar en un consentimiento alejado de la resignación del resto de la ciudadanía”.²⁵⁵ Por lo tanto, persuadiendo a la sociedad de que su posición, sus oportunidades, y sus problemas son inalterables e ineludibles, la hegemonía limitada puede producir esa actitud de obediencia, sin por ello cambiar los valores de la sociedad. Por ende, si la mayoría de la población se encuentra convencida de que es imposible hacer algo para mejorar su situación - y por ende todo seguirá siempre igual -, las críticas ociosas y las aspiraciones sin esperanza terminarán desvaneciéndose.

Como complemento, las élites generan una discursiva y praxis que es conducida a través de la ambigüedad de la ‘legalidad o ilegalidad’, según la conveniencia y el contexto político coyuntural. Como se mencionó previamente, el temor es un arma poderosa para encausar los deseos hacia, por ejemplo, el conformismo del consumo plausible o la satisfacción ante la desgracia del tercero; lo que crea un ‘cerco’ para con los sueños de un cambio real en la calidad de vida de los mayoritarios grupos dominados.

Este último eje se ha tornado fundamental para generar una ruptura sin envalentonar tensiones: ante la pérdida del contrato social, la mayoría de los grupos socio-económicos con menor poder solo se plantean, bajo

²⁵⁵ Abercrombie, Nicholas; Hill, Stephen y Turner, Brian, *The dominant ideology thesis*, Allen and Unwin, London, 1980, p.117

una lógica de permanente retracción circular, el cómo alcanzar mejoras marginales coyunturales con los menores costos posibles. A consecuencia la ‘alternancia’, es decir, el cambio de partidos para continuar aplicando la misma política (íntegramente sometida a las exigencias de la ganancia del capital), ocupa el lugar de una verdadera alternativa de poder; o sea, solo se habilita la elección consiente entre diferentes políticas minimalistas, pero de ninguna manera se permite avalar algún atisbo de cambio estructural.

Por otro lado, reproducir las apariencias hegemónicas, incluso bajo coacción, es vital para con la lógica de la imposición: las élites se preocupan menos por la sinceridad de las confesiones heréticas o de los arrepentimientos, que por la manifestación pública de unanimidad que representan. Una cosa es la duda personal o el cinismo introvertido; y otra la vacilación pública y el rechazo abierto a una institución y lo que esta representa. Por ello, es fundamental que se excluyan o deformen aspectos de las relaciones sociales que, representadas de manera explícita, resultarían en detrimento de los intereses de las clases dominantes.

El mismo Hitler afirmaba que no se podía gobernar al colectivo exclusivamente por la fuerza; sino haciéndoles entender donde se encuentra el poder y quienes, con cohesión y plena seguridad de sus actos, lo detentan: “Es cierto, la fuerza es decisiva, pero igualmente resulta necesario tener ese elemento psicológico que requiere el entrenador para dominar a sus animales. Ellos deben estar convencidos de que nosotros somos los vencedores.”²⁵⁶

Dado lo expuesto, se puede afirmar que la coerción ha sido ampliamente reemplazada por la estimulación; los patrones de conducta obligatorios, por la seducción; la vigilancia de comportamiento, por las relaciones públicas y la publicidad; y la regulación normativa, por el surgimiento de nuevos deseos y necesidades. La lógica parece ser: nadie añora lo que jamás tuvo, y el pesar no viene sino después del placer y consiste siempre en el conocimiento (y reconocimiento) del mal, junto con el recuerdo de la alegría pasada. Pero ello poco importa: la falsa libertad de la demo-

²⁵⁶ Hitler, Adolf, citado en Sharpe, Gene, *The Politics of Nonviolent Action*, Boston, Massachusetts, Porter Sargent Publishers Inc., part I (Power or Struggle), 1973, p. 43

cratización social contiene a la vez la grandeza del capitalismo, capaz de generar masas de individuos nacionales e identificados, como así desarrollar la suficiencia política para unir a una ciudadanía con fuertes intereses contrapuestos.

A pesar de ello, el sistema descripto, inmerso en el permanente círculo vicioso de la pauperización y una inequidad creciente que se hace insostenible, genera un escenario de no sustentabilidad que, en el largo plazo, se escapará de la lógica impuesta y golpeará al statu-quo.

En una primera etapa, cuando las élites pierden el elemento simbólico, público, de una clara dominación general, suelen continuar con una estrategia con foco en la preservación de las apariencias para ocultar la perdida de poder. En este contexto es habitual, como indica Guha²⁵⁷, que las élites permitan que los grupos subordinados jueguen a rebelarse siguiendo reglas específicas en períodos determinados, impidiendo formas más peligrosas de agresión.

En este sentido, la violencia y el desgano mellan contra la necesidad de mantener una fuerza de trabajo servicial y eficiente; es necesario entonces, mientras el avance de la tecnología y la Inteligencia Artificial no sobrepasen de forma abrumadora el trabajo humano (y una parte importante de la productividad requerida ante un mundo tan competitivo se encuentre ligada al capital social del que se dispone y no a la maquinaria), que la serie de construcciones, convenciones, y acuerdos sociales pacientemente elaborados a lo largo de los años por las élites se mantengan herméticamente estables para continuar con los ingentes procesos de acumulación.

Sin embargo, en el último medio siglo las élites entendieron que el Estado de Bienestar era contraproducente. Cada día que pasaba las clases medias y trabajadoras aspiraban a una mejor vida, con la posibilidad de consumir una mayor cantidad de bienes y servicios de calidad; es por ello que mientras los procesos de tercerización generaban en muchas ocasiones ventajas meramente coyunturales para la rentabilidad corporativa - ya que

²⁵⁷ Guha, Ranajit, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1983, pp. 18-76.

se trasladan los deseos de mejora en la calidad de vida de un lugar a otro del planeta -, el ‘bombardeo informativo’ pro statu-quo de los cooptados medios de comunicación se comenzó a tornar insuficiente para la consecución de los objetivos de acumulación exponencial.

Ello ha implicado la necesidad de poner en marcha el más importante de los mecanismos complementarios: una alianza estratégica con las políticas policiales y militares de terror global. Sin una estrategia global de disciplinamiento de la sociedad mundial, derivado de un programa político del capital en su etapa trasnacional, el capitalismo no podrá prosperar en el largo plazo. Por lo tanto, las élites no pueden permitirse quedarse observando atónitos y con pasividad un contexto revolucionario, mientras los ‘grupos subversivos’ toman la ley en sus propias manos. Es por ello que los requerimientos políticos desoídos (con la consecuente violencia que genera la desidia del interlocutor), suelen ser contrarrestados con coerción y represión por parte de las mismas Instituciones del Estado que deberían velar por una más democrática y justa equidad distributiva.

La impotencia entonces generada en la mayor parte de la población global, aunque ya desentendida de cualquier lógica impuesta, suele derivar en una esterilidad que obstaculiza aún más el análisis profundo sobre las verdaderas causales de un sistema donde prima la opresión socio-económica, la inseguridad social, y el deterioro ecológico y cívico.

Para concluir, la consecuente *anomia social* producida por el escenario descripto – que implica un cuadro de fragmentación social y diferenciación/multiplicación de las pertenencias -, se enmarca en una perdida de sentido de la acción pública prospectiva, un sentimiento de incapacidad de la sociedad de actuar sobre su futuro, el advenimiento de un proceso de incertidumbre colectivo que solo hace difuso y débil el potencial cambio estructural, y el confinamiento excluyente de una élite política a la lucha por el poder. En definitiva, un círculo vicioso del que parece no haber, al menos en una perspectiva racional cortoplacista, una clara salida.

El desasosiego de las mayorías

“Todo puede ocurrir en la vida, y sobre todo nada” Michel Houellebecq

El concepto de ‘infraclase’ fue acuñado y utilizado por primera vez por Myrdal²⁵⁸ al hablar de los peligros de la desindustrialización, lo cual sostenía, podría convertir a grandes sectores de la población en desempleados permanentes e inutilizables; no a causa de la ineficiencia o los defectos morales de quienes se quedaran sin trabajo, sino porque lisa y llanamente no habría trabajo suficiente para todos aquellos que necesitaran, desearan o pudieran trabajar. Una sociedad compuesta por víctimas de una exclusión sobre la cual no tendrían ningún tipo de control e influencia.

Por otro lado, la exclusión, que afecta a una gran parte de la humanidad, actúa como un fabuloso chantaje sobre la subjetividad popular. La cultura de la supervivencia, desarrollada como respuesta inmediata a la exclusión, conlleva en sus venas la impronta del cortoplacismo, la desesperación, y la necesidad de obtener rápidos resultados en medio de una incertidumbre generalizada.

La vida bajo la descripta nube de ignorancia e impotencia beneficia con creces el presente regreso de la categoría ‘suerte’ - rechazada desde la racionalidad instrumental de las potentes políticas económicas estatales establecidas en el último siglo -, devolviéndole una aceptación pública que se le había retirado y denegado a causa de su cercano parentesco con la contingencia, el accidente o el azar.

En este aspecto, la teoría de la falsa conciencia afirma que el contexto general de la sociedad capitalista le impide a los sectores desfavorecidos, carenciados y discriminados, percibir la verdad sobre su propia condición - en particular sobre las causas de esa condición -, y, por lo tanto, sobre la posibilidad de emanciparse de su miseria. Ello se complementa con el

²⁵⁸ Myrdal, Gunnar, *Economic Theory and Underdeveloped Countries*, Duckworth London, 1957 [trad. Esp.: Teoría económica y regiones subdesarrolladas, México, Fondo de Cultura Económica, 1959].

mensaje de los medios masivos de comunicación que conllevan unívocamente a la ‘profecía autocumplida’: si se corre el rumor de que todos piensan que el sistema es naturalmente de este modo y no puede ser modificado, la población tomará una posición pasiva ante la mayoría de las situaciones adversas.

En este sentido, aunque siempre habrá algún sector de la ciudadanía que desea expandir sus estrechas demandas iniciales hacia otras fundamentales de mayor amplitud que permitan deconstruir el orden social, el miedo conservador innato del ser humano, adicionado a los beneficios espurios de aquellos que han sido tentados para sentarse con las élites y negociar algún arreglo, solo potenciaron un avance histórico paradójico de tinte sindical/corporativo cómplice; donde la interlocución con los que detentan el poder no aboga ningún tipo de ruptura con el antagonismo sistémico estructural.

Por parte de las élites, el escenario descripto se justifica con mensajes centrados en la volatilidad, la fluidez, la flexibilidad y la brevedad de la vida útil. Una lógica que sostiene la estigmatización del pobre como el único responsable de su situación, ocultando las desigualdades de acceso al poder y la toma de decisiones, generando además la falsa impresión de que las ‘desinteligencias productivas’ que provocan las quiebras de las Pymes, los bajos salarios, o el desempleo y la exclusión, son fenómenos totalmente impersonales y naturales (es decir, no sociales). Lo descripto se encuentra enmarcado en lo que Eribon²⁵⁹ sostiene que es ‘la cuestión de la vergüenza’, donde la misma es una variable estructuradora en la vida de los grupos dominados.

Por lo tanto, si se entiende que la culpabilidad es endógena del propio individuo que fracasa, el excluido siente malestar; por el contrario si comprende que es parte de una lógica sistémica, ello podría desatar la ira e impotencia de unas mayorías que busquen como vía de escape un proceso

²⁵⁹ Eribon, Didier, Entrevista en el Diario Página 12, 1 de Julio de 2015. <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-35947-2015-07-01.html>

de unidad. Por lo tanto, la opción plausible de corto plazo fomentada por las élites se limita a alimentar la desesperanza que conlleve a una mejora económica individualista coyuntural que permita, al menos, escapar de una desesperada y potencialmente creciente depresión que invada el microclima propio y familiar; pero que más grave aún, provoque derivaciones en términos de tensiones de tinte colectivo.

Sobre este aspecto, las élites han logrado denostar los avances colectivos tratándolos de desasociar de las ventajas empíricas que los individuos pueden obtener de las políticas gubernamentales: ya sea a través de una potente propaganda en los medios de comunicación concentrados para con una inefectiva redistribución impositiva, o mismo en relación a la coerción de los derechos individuales que se ven avasallados ante determinadas políticas públicas, entre otros.

Sin embargo y como contraparte, en varias oportunidades las élites trabajan la discursiva de un modo en el cual son ellos los que culpan al resto de la sociedad de la falta de ‘asociación’ para alcanzar objetivos superadores.

Por un lado, esgrimen que es poco probable que las mayorías reconozcan, adopten y obedezcan de ‘buena gana’ el mandamiento de anteponer los intereses supraindividuales - supuestamente los objetivos colectivos son beneficiosos para todos - por encima de las inclinaciones y los impulsos personales.

También sostienen que grupalmente es más factible que prefieran analizar los efectos a largo plazo (lo cual podría implicar un análisis en pos del cuestionamiento de una ética de trabajo alienada) por encima de las satisfacciones inmediatas; tan necesarias para con el potenciar la vorágine consumista, punto esencial para el ‘buen funcionamiento’ de la macro y microeconomía.

Más aún, las élites han generado la impresión de que las agencias de acción colectiva efectiva de largo plazo se encuentran ausentes (y no aparecen modos evidentes de resucitarlas o concebirlas de nuevo). El

malestar solo tiende a alivianarse con la creencia adicional de que no debe lamentarse el deceso de la actuación grupal debido a que ésta habría sido irrelevante o desfavorable para el avance del bienestar y felicidad individuales.

Toda esta lógica de responsabilidades difusas a nivel individual o colectivo, solo ayuda a potenciar el desencanto respecto de la falta de compromiso político que se experimenta en la actualidad. En este sentido, también los permanentes fracasos de las élites en la incorporación ideológica de los pobres y excluidos, han sido contrapuestos por una realidad adversa y promesas futuras con claros límites lógicos para los más desfavorecidos. Por ejemplo, si los grupos subordinados se encuentran divididos geográfica y culturalmente, pueden considerar que resistir abiertamente es una temeridad absurda ante la severidad de una posible represalia.

En otro punto complementario, el desengaño ante los permanentes fracasos de pseudo-gobiernos que dicen trabajar incesantemente en pos de los más humildes - aunque un mero baño de realidad deja en claro que las élites solo protegen sus intereses -, se encubre diseminando la culpabilidad en los gobiernos previos, o a través de una necesidad de ‘más tiempo’ para realizar las ‘tan esperadas políticas adecuadas’ que permitan modificar la penosa realidad.

Contrariamente, cabe destacar que las mejoras que las élites suelen brindar son, en realidad, concesiones políticas ya conquistadas o derechos adquiridos en el pasado; que por falta de comprensión o frugalidad en las aturdidas mentes de unas mayorías que solo buscan sobrevivir el día a día, se desvanecen con el correr del tiempo.

Otra política común es la elección de grupos débiles utilizados como chivos expiatorios, los cuales generalmente no son responsables de los reclamos generados ni las problemáticas macro (por ejemplo las minorías de inmigrantes que ‘le quitan’ las fuentes de trabajo a la población nativa), pero que se perciben en condición de inferioridad y permiten generar un autoconvencimiento en el resto de la ciudadanía sobre su relativa mejora en términos de estatus y niveles de ingreso.

Ello genera, por un lado, un bienestar marginal y decadentemente imaginario al sentirse estos últimos en mejores condiciones socio-económicas que los acusados – con el consecuente desestímulo para con el reclamo hacia las élites políticas y económicas responsables -, pero que a la vez propone una lucha intra-clase que desvía totalmente la atención sobre los concretos y decisivos dilemas estructurales.

Bajo este escenario, otra herramienta que se destaca en las élites para abstraer a la ciudadanía de una reflexión profunda, es el no entremezclar el rol del Gobierno como institución con los poderes de Lobby económicos, ni con la gestión de los gobernantes.

Dado que lo importante es sostener el statu-quo para que las pérdidas económicas/financieras sean coyunturales y el ciclo de acumulación continúe indefinidamente a través de un círculo virtuoso que, aunque pueda sufrir algunos retrocesos, distribuya ganancias a los grupos concentrados en el largo plazo, Moore²⁶⁰ sostiene que lo importante para las élites es desviar el eje de la crítica hacia un individuo o grupo en particular que no cumple con el contrato social, dejando intactas las funciones básicas del estrato dominante y las estructuras gubernamentales.

Un claro ejemplo es la crisis financiera global del corriente siglo. En palabras de Lezcano, la enseñanza de la desestabilización económica del año 2008, con la consecuente inmoralidad sobre el repago de la deuda financiera - que además ahoga cualquier atisbo de recuperación - no ha sido suficiente para fomentar una conciencia sobre la necesidad de un cambio estructural en las instituciones nacionales y transnacionales: “...este proceso de engaño colectivo no puede dejar de haber contribuido a la sorprendente resignación con que la población del planeta ha asumido sin rechistar, salvo excepciones, que su dinero se desviara gratuitamente hacia bancos que después se negarían a devolvérselo, ni siquiera en forma de onerosos créditos.”²⁶¹

²⁶⁰ Moore, Barrington, Jr., *Injustice: The social Bases of Obedience and Revolt*, M.E. Sharpe, White Plains, Nueva York, 1987, p. 84.

²⁶¹ Lezcano, Emmanuel, *La economía como ideología. Un análisis sociometáforico de los discursos sobre “la crisis”*, Revista de Ciencias Sociales, segunda época, Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

Desde el momento en que el sistema nunca se cuestiona y que solo las personas deben rendir cuentas, la distribución de buenas y malas calificaciones reemplaza el análisis. Con ello se naturaliza el corolario de todos los males: la corrupción, la cual es fundamental para mantener esta democracia de baja intensidad, ya que sentencia una distancia prudencial entre los ciudadanos y la política. Si ‘todos son corruptos’ o ‘los políticos son todos iguales’, la deshonestidad como lógica sistémica termina convirtiéndose en una ‘función metabólica’ de la reproducción del capital.

Aquí debemos resaltar que en todo el escenario descripto, el diálogo es una estrategia central del statu-quo; no solo para corromper, sino para delinejar una agenda favorable que solo permita concesiones marginales que no afecten la estructura sistémica: es lo ‘realistamente viable’, demarcando la única forma legítima de resolver los conflictos que podrían resultar de las reivindicaciones de las mayorías desfavorecidas.

El discurso de la inevitabilidad del paradigma naturalizador suele ser efectivo en los más humildes y los excluidos; luego, para las clases medias se moldea una lógica más compleja que sostiene la inevitabilidad de los cambios en términos de la maximización de la eficiencia económica o el contexto supranacional.

Más allá de su dialéctica difusa, el poderío de la política es totalizador y no deja excluidos; todos deben sentir el rigor metódico del poder concentrado. En el peor de los escenarios, la mantención de la civilidad por parte de las élites descansa, en última instancia, en la coerción; o al menos en la amenaza de que se utilizará la coacción si no se acatan escrupulosamente las restricciones impuestas a los impulsos instintivos colectivos.

Para júbilo de las personificaciones de las élites, sus políticas han sido una especie de autocensura anestesiante que paraliza, doméstica e integra tanto a los elementos subversivos y revolucionarios, como al ciudadano medio que siente que cada día vive peor. Pero todos se sostienen a través de un argumento a favor de la paciencia, el cual ha sido central en tanto obstáculo para con la reforma estructural. Las cosas han de mejorar; si no de manera inmediata, entonces para nuestras futuras generaciones. En el horizonte aparecerá un mundo más próspero, más igualitario.

Por el contrario, el hoy solo muestra esfuerzos individuales de mayorías empantanadas en duras batallas cotidianas, que se agotan secuencialmente al reproducir una y otra vez una vida miserable; ello provoca que además se pierda una enorme cantidad de tiempo en enfrentar avenencias ilógicas para lo que tendría que ser el mundo de hoy: enfermedades curables, desnutrición, depresión, o represión. Estas palabras deberían sernos obsoletas; sin embargo, se encuentran más vivas que nunca y ocupan gran parte de una agenda cotidiana que inhibe cualquier tipo de análisis sistemático superador.

Lyotard²⁶² sostenía que la modernidad se encontraba signada por el fin de los ‘grandes relatos’ de origen; es decir, de los mitos del pasado y las grandes epopeyas que torcían el curso de la historia. Por ahora, el presente decepciona y el futuro es, como mínimo, sombrío. Podemos afirmar entonces que las prospectivas nunca han estado más cercanas de aquella certera definición que, por el contrario, nos aleja, con desesperanza, de aquellos mundos utópicos soñados.

De cara al futuro

“Para escapar de su miserable suerte, el pueblo tiene tres caminos: dos imaginarios y uno real. Los dos primeros son la taberna y la iglesia. El tercero es la revolución social” Mijail Bakunin

Según Jackson²⁶³, el comportamiento humano puede entenderse como el resultado de una tensión entre dos ejes: por un lado, el eje individual frente al comunitario; y por otro, la búsqueda de la novedad frente a lo tradicional. El punto de equilibrio al que se llega en cada sociedad respecto a dichos ejes es diferente, y dependerá de cómo se encuentran diseñadas las instituciones sociales, la capacidad de influenciar de los intereses creados, y la educación/formación de la ciudadanía.

²⁶² Lyotard, J.F., *La condición posmoderna*, Trad. Mario Antolín Rato. Ed. Cátedra, 7ma edición, Madrid, España, 2000.

²⁶³ Jackson, Tim, *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito*, Icaria editorial/Intermón Oxfam editorial, Barcelona, 2011, p. 280.

Como lo hemos observado, la característica del mundo actual es el cambio incesante, aquel que no permite sentarse a reflexionar sobre las estructuras que se encuentran pervertidas e infectadas por la corrupción y la concentración de poder y riqueza en élites que a su vez exigen (aunque raramente lo cumplen) que se efectivicen sine qua non las reglas establecidas bajo el inquebrantable *statu quo*.

Encorsetados bajo este contexto situacional, Badiou²⁶⁴ sostiene que la mayoría de la humanidad vive en una transición, donde las lógicas políticas del pasado reciente (capitalismo, neoliberalismo, revolución, socialismo, comunismo) han sido saturadas, y nos encontramos en una época de búsqueda de nuevas verdades.

En este sentido, por un lado la gran discusión se ha corrido del debate entre ‘izquierdas’ y ‘derechas’, para pasar a centrarse más ‘entre los de arriba y los de abajo’ (el denominado ‘1% y 99%’ respectivamente). Por otra parte y tal como lo sostiene Baudrillard²⁶⁵, los objetivos compartidos por individuos se expresan en nuevos tipos de movimientos sociales basados en intereses y circunstancias puntuales y coyunturales; los cuales distan de poder vehiculizar un verdadero cambio estructural.

Entretanto, el intervalo en que se vive actualmente crea un estado de incertidumbre y de dificultades reales permanentes. Es por ello que han florecido en el Siglo XXI modelos intermedios pragmáticos que muestran los ‘reacomodamientos’ del triunfante sistema capitalista. Un claro ejemplo de discusión es el denominado arquetipo ‘populista’. Según McCormick, “a principios del Siglo XIX se dijo que el socialismo era el grito de dolor de la gente ante el capitalismo. Ahora el populismo es el grito de dolor de la gente ante la captura que han hecho los mercados de los Estados.”²⁶⁶

²⁶⁴ Badiou, A., *Logiques des Mondes - l'être et l'évènement*, Le Seuil, París, 2006.

²⁶⁵ Baudrillard, J., *A l'ombre des majorités silencieuses*, Denoël, París, 1982.

²⁶⁶ Citado por Joan Subirats en <http://www.lapoliticaonline.com/nota/107215-populismo-es-un-concepto-zombie-que-se-usa-para-englobar-cosas-muy-distintas/>

Lo expuesto deja claramente en evidencia que la multiplicación de eventos generalmente indeterminados, alternativamente desconectados, e intencionalmente incoherentes, han potenciado la lógica de la interdependencia compleja entre los diferentes Actores tanto a nivel nacional e internacional; generando una realidad que se encuentra altamente fragmentada, y donde la puja de intereses permanente y despiadada representa una forma de vida aceptada - y hasta valorada - para la mayor parte de la ciudadanía global.

La realidad es que todo lo que en el pasado era portador de sentido colectivo, se ha visto arrastrado al desastre: servicios públicos, el sistema de protección social, la educación pública. A diferencia de una confrontación abierta entre fuerzas sociales con contornos y objetivos claramente delimitados, solo se aprecia una descomposición lenta, cuyos estallidos esporádicos de ‘violencia urbana’, atomizados y anómicos, no son más que síntomas de desesperación que permanentemente deben mantenerse bajo control por parte de las élites.

Para sostener el statu-quo, las élites han generado un escenario difuso - y sobre todo confuso - a nivel colectivo, sosteniendo varios esquemas estratégicos (por separado o en simultáneo); pero que tal como indica Bartels²⁶⁷, a fin de cuentas solo desarrollan políticas que reproducen las condiciones que empeoran la desigualdad económica y la exclusión política.

Por un lado, Yuval²⁶⁸ lo plantea en términos de la capacidad que han generado los poderes de turno para sostener una ficción. Un claro ejemplo es el ‘mito nacionalista de los Estados Modernos’, el cual desarrolló la posibilidad de que los seres humanos cooperen flexiblemente con un número incontable de extraños. Otro es el señalado por Turner²⁶⁹, quien se focaliza en el rol de las élites ‘como ilustradores’, aunque sea solo ritual-

²⁶⁷ Bartels, L., *Economic Inequality and Political Representation*, Working Paper, August 2005. <http://www.princeton.edu/~bartels/economic.pdf>

²⁶⁸ Entrevista a Yuval, Noah Harari, <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-37757-2016-01-17.html>

²⁶⁹ Turner, Victor, *The ritual process: Structure and Anti-Structure*, Aldine, Chicago, 1969, cap. 2.

mente, de los peligros del desorden y de la anarquía; aunque meramente sea para generar la percepción de que lo fundamental es mantener un orden institucionalizado.

Por otro lado y tal como se mencionó previamente, como elemento simbiótico casi perfecto el sentido común es básicamente conservador, y actúa como un naturalizador de las diversas opresiones. Por lo tanto, mientras una parte de la sociedad mayoritaria se ha resignado a un contexto que parece irreversible, una minoría fortalecida política, económica y coercitivamente, pero además homogénea en sus intereses en términos de objetivos generales para con la acumulación de poder y riqueza, entiende el orden social como algo flexible que puede manipular a su voluntad y en pos de sus intereses.

En este aspecto, se profundizan los escenarios de coerción blanda. Un eje central es el posicionamiento de candidatos que, más allá de pequeñas diferencias formales o de modos/acento, son portadores de un mismo proyecto político: la estrategia de reproducción del capital. Se tiene así una oferta política programada y predeterminada bilateralmente con los poderes económicos, ya que ellos son quienes financian las campañas a través de los medios de comunicación masivos.

Ello perjudica enormemente, tal como lo sostiene Scavino²⁷⁰, el objetivo de emancipación; es decir, el potenciar la idea de un sujeto que se autodetermina, con la concepción de que el propio hombre pueda crear un hombre nuevo. Bajo este contexto, el poder revelarse ante los sistemas simbólicos sancionados, como indica Castoriadis²⁷¹, se dificulta de sobremanera, ya que la relación de alineación con las instituciones ha sido mellada permanentemente con el transcurso de los años.

²⁷⁰ Scavino, Dardo, Entrevista en el diario con Tiempo Argentino el 20 de Septiembre de 2015.

²⁷¹ Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Editorial Tusquets, Colección Fabula, Barcelona, 1975.

En cuanto a este último aspecto, un punto central es que las mayorías empobrecidas no pueden percibir que el poder es multicéfalo y tiene largas correas de transmisión, reproducción y control que comunican funcionalmente los microescenarios con los centros de concentración y ejercicio de los macropoderes. Esto conlleva a que cada situación de conflicto, latente o tácito, no permita identificar claramente las personificaciones locales o particulares del poder que, si bien forman parte de un sistema articulado aunque contradictorio, rara vez son las mismas. En este sentido, el poder se encarna en una enorme variedad de figuras que no necesariamente manifiestan conexiones directas entre sí; hasta incluso en muchas ocasiones pueden parecer opuestas.

El otro eje a resaltar es la impotencia seguida de resignación. El sentir que nada puede cambiar, aunque se comprenda que la calidad de vida podría mejorar ostensiblemente si se realizan las políticas económicas y sociales acordes a un modelo de equidad material y desarrollo personal/profesional, deriva en peligrosos efectos negativos para con el propio cuerpo (stress con sus consecuentes daños orgánicos, adicciones) como ante terceros (violencia social, competencia desmesurada ante pares).

Es por ello que un verdadero cambio es complejo y se encuentra repleto de obstáculos; tanto exógenos y autogenerados. No solo porque la degradación progresiva y brutal de las condiciones de vida adormece los intentos de protesta - lo cual genera un contexto de 'salvar lo que todavía subsiste' en lugar de generar la obligación de lucha urgente para cambiar un statu-quo de fuerte opresión -, sino que además dilata el único camino largo y peligroso que es el organizar la fuerza y la conciencia de los pueblos frente al Estado hegemónico y a un modo de dominación y acumulación capitalista salvaje.

Es también hacer frente a una democracia electoral cada vez más vacía de programas e ideas - que cuando existen luego no son llevadas a cabo por los vencedores en las urnas -, junto con un abrumador desinterés político que se traduce en altos niveles abstención y falta de compromiso. Para contrarrestarlo, se puede pensar en la fuerza de la juventud para lograr

el cambio esperanzador, aquella que complemente la sapiencia de los más experimentados en cuanto a la concepción teórica y su experiencia de vida.

Sin embargo, a contraparte del idealismo embebido en los sueños de transformación del siglo pasado, las nuevas generaciones no se pueden ver reflejadas en la historia moderna: las élites han evitado puntualmente cualquier tipo de evaluación dinámica de los costos inter-generacionales en las últimas décadas. Sobre todo a sabiendas que es necesario comprender el pasado para poder cambiar el futuro.

Por lo tanto, la mayor parte de la juventud actual no aspira a transformar su vida ni ayudar a mejorar el ámbito colectivo: solo se limita a poder acceder al mercado de trabajo (con presiones dentro del mismo y poco tiempo de reflexión fuera de él - dedicado especialmente a un ocio escaso y marginal, contrario a lo que debería ser un claro derecho adquirido en el siglo XXI -), pedir un préstamo hipotecario para comprar una vivienda, y poder mantener económicamente a su grupo familiar (y no mucho más). El futuro, donde se busca forzosamente una integración en el marco de una clara fragmentación ideológica, se encuentra lejos de ser ostentoso u oneroso; simplemente se pretende alcanzar una digna calidad de vida.

El punto saliente a trabajar sería el cómo complementar y transformar la necesidad de cambio que tiene cada individuo hacia un movimiento colectivo superador, que ponga la ética y la justicia distributiva por delante de los intereses de unas minorías que lo quieren todo.

Lo que se observa hoy en día con un mayor éxito son los nuevos movimientos sociales que se han desarrollado (indígenas, mujeres, ecológistas, etc.); los cuales tienen a la dignidad, las exigencias democráticas y el bienestar como parte de sus reclamos particulares/sectoriales, y donde la convergencia de resistencias encuentra su sostén en una amplia diversidad de pensamientos.

Por el contrario, lejos se encuentran todos ellos de atacar la raíz del problema a través del socavamiento de las estructuras: hay una clara falta de sentido de la historicidad, de una visión de la totalidad del campo

dentro del cual se insertan, de una definición clara del adversario, y de los requerimientos necesarios para lograr una organización superadora.

El más claro ejemplo se sintetiza cuando las dos tendencias (resistencia activa y lógica autodesintegración sistémica) se mueven en diferentes niveles y no pueden encontrarse; de modo que aunque se obtienen protestas inútiles en paralelo con la decadencia inminente, no hay manera de unir ambas variables en un acto coordinado de un nuevo orden post-capitalista.

En este aspecto, mientras que las resistencias contra el capitalismo global parecen fallar una y otra vez para socavar su avance, estas acciones permanecen extrañamente fuera del contacto de muchas falsas tendencias emancipatorias post-capitalistas que señalan su desintegración progresiva, pero se mantienen siempre bajo el marco de políticas tibias y generalistas.

Por ende, no es posible resolver ninguna cuestión en particular si no se resuelven todas ellas; es decir, si cada uno de los actores/movimientos sociales solo consigue sus objetivos por separado, las ganancias totales serán marginales y pro-sistémicas. En este sentido, se debe plantear nuevamente el verdadero problema y la falsa dicotomía entre reformismo y revolución. Las iniciativas inmediatas no pueden ser ignoradas; pero tampoco pueden realizarse sin la inserción en un proceso global estructural de largo plazo que enfrente al statu-quo sostenedor del modelo unívoco de la reproducción y acumulación del capital concentrado.

Reforzando este escenario, los movimientos anti-sistémicos, (como los ‘indignados’, la ‘primavera árabe’, el ‘1% vs el 99%’), se diluyen ante la contraofensiva coercitiva - generalmente de tinte policial/militar - y de poder blando (medios de comunicación, instituciones paraestatales y privadas) de las élites. El objetivo de estos últimos es el volver los reclamos inviables macro y microeconómicamente; atando a las lógicas del pensamiento crítico a modelos totalitarios y prebendarios que ‘afectan enormemente’ la naturalidad e individualidad de los objetivos de cualquier régimen que (supuestamente) aboga por el bienestar de la ciudadanía toda,

garantiza la paz social, y salvaguarda la unidad nacional ante los potenciales procesos subversivos/revolucionarios destructores de la sociedad.

Derivado de lo expuesto, el punto de partida de la reflexión teórica es la oposición, la negatividad, la lucha. El pensamiento superador no nace solo del razonamiento y la reflexión en sí mismo; sino que se debe conjugar con la ira e impotencia que derivan de un proceso grave de desintegración ciudadana -a partir de un cierto umbral de de-socialización, dislocación y atomización del ‘cuerpo social’, en palabras de Garnier²⁷²-, donde son las propias construcciones, convenciones y acuerdos sociales pacientemente elaborados a lo largo de los años los que finalmente deben ser cuestionados y afectados.

Aquellos partidos políticos que deseen un cambio sistémico deben encontrar en la insistencia y la reformulación práctica permanente un estilo para mantener a lo político como un deseo y una apuesta; y no como un ideal que sólo sirva para restituirle al narcisismo su estatua de bronce inerte. Esa necesidad de suplantar la triste realidad con el artificio de un mundo paralelo, en el cual uno pueda reconocerse, hacerse reconocer, y luchar contra el pánico de un presente definitivo.

Hay que abandonar la pasividad y actuar. Proponer fines que no sean esencialmente defensivos a través de ideales claros y ordenados. Unir el deseo y el amor a aquella transformación social que permita animarse a dar batallas prolongadas. Cuando los individuos se encuentran realmente comprometidos con el problema, la intensidad es otra; aparecen hondas convicciones, inevitables sacrificios y renunciamientos empíricos que pueden parecer inexplicables para el que solo observa.

Para alcanzar este objetivo final superador que involucra a toda la sociedad oprimida, pauperizada y empobrecida, el sentimiento de soledad individual debe vehiculizar el retorno de lo reprimido, entendiendo que uno encuentra en el otro, aquel que tiene el mismo deseo y necesidad de un

²⁷² Garnier, Jean Pierre, *Contra los territorios de Poder: Por un espacio público de debates y... de combates*, Barcelona, Virus Editorial, Octubre 2006, p.47.

cambio igualitario, el momento de actuar: todas las mentes deben potenciarse en conjunto para alcanzar el destino anhelado.

El ‘estar unidos’ en el ejercicio de las diferencias o de las desobediencias hace que estas no sean fácilmente aislables, marginables, y por lo tanto condenables. La fuerza del encuentro, la grupalidad, y la creación de espacios comunes para sostener la desconfianza y la desobediencia ante el sistema, debe generar identidades que refuerzan la autoestima y la capacidad de desafío, haciendo más creíbles las rebeldías para sus mismos actores, y logrando que las rabias contenidas amenacen ya no a sus portadores, sino a quienes las originan desde el ejercicio del poder.

Es por ello que la reunión de las impaciencias, de los malestares frente a lo que se percibe como injusto, es un camino de sostén de los mismos; ya no como ‘problemas’ individuales, susceptibles de ser resueltos o marginados por el sistema, sino como elementos que al fusionarse comienzan a constituirse en desafíos al mismo. Bajo esta lógica, Alemán sostiene que “Para que haya voluntad colectiva se tendría que poner en juego un cruce radical, no metafísico, entre la singularidad más radical y la matriz más común. Hay una soledad comunitaria en los momentos donde se genera una irrupción de deseo igualitario entre todos los individuos.”²⁷³

Cabe destacar que para ello se necesita comprender al individuo en su más profundo ser. El ‘ser colectivo’ no se debe entender como una entidad que arranca el individualismo; sino como un complemento a aportar lo mejor de cada uno - la capacidad de evaluar, de pensar, de trabajar, de esforzarse - y lo proyecta hacia un ser social que no solo involucre a cada persona, sino que además comparta una solidaridad que pueda amalgamarse en un todo que respete las ideas, cumpla los objetivos y satisfaga los lógicos y racionales deseos del individuo que quiere mejorar su vida.

²⁷³ Alemán, Jorge, *Extractado de En la frontera. Sujeto y capitalismo. Conversaciones con María Victoria Gimbel*, (Ed. Gedisa). <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-251866-2014-07-31.html>

Este es el único modo para poder verdaderamente rediseñar el sistema: no cambiando unas élites por otras, sino por aquellas almas valientes que, unidas con hidalguía, se conjuguen activamente con la misma racionalidad y lógica que comprendieron las injusticias sistémicas y la necesidad de actuar sobre un conjunto de variables que les permitan, primariamente, alcanzar el poder. Posteriormente, desde una posición de fortaleza, este colectivo superador podrá generar las políticas económicas necesarias que mejoren la calidad de vida en base a una equidad distributiva y al desarrollo sustentable de los pueblos.





Capítulo VII

El futuro de la humanidad

Un interminable círculo vicioso de explotación, violencia y desanimo

“Es muy cómodo hablar de igualdad y acumulación de riqueza cuando la desigualdad y la miseria la sufre el otro. Abogo por un mundo donde seamos socialmente iguales, humanamente diferentes, y totalmente libres.”

Rosa Luxemburgo

La economía mundo actual es un sistema que ha yuxtapuesto una división axial del trabajo integrada por medio de un mercado mundial menos que perfecto en su autonomía, combinado a su vez con un sistema interestatal compuesto por presuntos Estados soberanos, una geocultura que ha legitimado un ethos científico como sostén de las transformaciones económicas - y el porqué de la obtención de ganancias extraordinarias -, y un reformismo liberal como el modo de contener el descontento popular ante la continua polarización socioeconómica que el desarrollo capitalista ha compuesto: esto es, un proceso de estabilización sistémica que asegure el statu-quo a través de la libertad económica y financiera, con la suficiente seguridad jurídica para reproducir y potenciar la acumulación de capital.

Este contexto en el cual estamos embebidos todos los ciudadanos del mundo, no se debe a leyes de la naturaleza, económicas, u otras fuerzas impersonales; sino al resultado de decisiones específicas dentro de estructuras institucionales sesgadas hacia intereses concentrados que potencian el poder de las élites e incrementan las inequidades socioeconómicas.

A consecuencia, el objetivo primario de los Estados se ha tornado meramente el incrementar los niveles de crecimiento económico del país, en lugar de buscar incansablemente los objetivos del desarrollo. Es por ello que el eje de la política económica gubernamental se aleja de una mejora diferencial en la calidad de vida de las poblaciones y una digna equidad distributiva, en pos de un apoyo ciego e irrestricto a la incesante acumulación de capital y a aumentos de la rentabilidad corporativa, y sin cuestionar formas ni externalidades que éstas puedan causar. Como mencionó una vez Robert F. Kennedy “el PBI incluye todo; menos lo que hace que la vida valga la pena.”²⁷⁴

Por lo tanto, las políticas económicas han generado que las heterogeneidades intrínsecas derivadas de las desigualdades del sistema capitalista no detengan su marcha, conllevando a que la lucha de poder entre las élites económicas/políticas y el resto de la sociedad sea de una asimetría sin precedentes. Este escenario solo potencia una fuerte reticencia a la profundización de políticas públicas que puedan paliar la escasez material creciente de las clases medias y bajas; en consonancia con la imposibilidad de generar verdaderos consensos productivos entre los diferentes actores socio-económicos dentro de un marco de paz social y estabilidad política.

Bajo este contexto, las problemáticas de la economía de mercado y su supervivencia han sido transferidas desde el ámbito local al nivel internacional: las tercerizaciones a mercados periféricos, la dependencia coercitiva de las PYMES de una economía real que no reacciona, la caída del Gasto Público/Social presionado por la deuda externa, una innovación tecnológica que contribuye al remplazo de los individuos por máquinas y a la flexibilización de las economías donde se realiza la producción de los bienes y servicios, la agricultura dominada por las multinacionales de la química o del agro-negocio, o el medio ambiente degradado por un desarrollo definido exclusivamente en términos de la lógica del mercado capitalista, solo son algunos de los ejes que ya no son específicos ni regionales, sino que afectan a la humanidad toda.

²⁷⁴ Discurso de Robert Kennedy del 18 de Marzo de 1968, extracto del libro “*El arte de la vida*” de Zygmunt Bauman; Ediciones Paidós Ibérica SA, 2009.

El escudo disuasivo de la dialéctica pro-sistémica de expulsión y precarización ha sido el ‘eficiente y modernizador’ proceso globalizador, el cual desestima errores o ineficiencias políticas de tinte redistributivo, migratorio o de asistencia social; un mundo en donde a pesar que el bien común pareciera todavía tener cierta relevancia, la mejora en la calidad de vida de los seres humanos en todo el planeta ha caído dentro de una retórica tácita y sin validez.

En este sentido, la expansión de un sistema global abiertamente amoral donde priman los objetivos de acumulación material y de poder individuales, se contraponen con lo que debería ser un mundo cooperativo e inclusivo para todos. Ello conlleva a que los valores de una verdadera democracia y sus consecuentes derechos sociales, hayan sido relegados a tibias mejoras marginales cuyo fin es minimizar las tensiones sociales. Por lo tanto, el nuevo orden multipolar característico del Siglo XXI no cuestiona las estructuras socio-económicas; más bien las profundiza. La única diferencia entre Estados se sitúa en su capacidad para con la mantención de la paz social y la posesión de los recursos escasos.

Como complemento, la política auténtica - mediante la cual se expresa la capacidad del imaginario inventivo de la humanidad - ha quedado reemplazada por una democracia espectáculo-mediática ilusoria, de baja intensidad, basada en un consenso hueco construido y manipulado por el capital que domina el sistema económico, y bajo un marco en el cual la alternancia (cambiar las caras para continuar haciendo lo mismo) ha reemplazado claramente a la alternativa (hacer las cosas de modo diferente).

En este aspecto, un punto clave que se destaca es el rol fundamental del control y la difusión de la información a través de los medios de comunicación, donde se han superado positivamente las barreras intra-clasistas a través de una tecnología cada vez menos costosa y más accesible. El mensaje directo y unipersonal entre el ser humano y el medio, ha desarrollado capacidades/potencialidades jamás antes vistas en la historia de la humanidad.

Por el contrario, como aspecto negativo para las mayorías, el mismo tiene como objetivo casi unívoco el reproducir la acumulación de riqueza y sustentar el poder político; por lo tanto, lejos se encuentra de crear contenidos que contrapongan y analicen hechos políticos, económicos y sociales a través de una mirada crítica y en pos de mejorar la calidad de vida. De hecho, la razón de fondo ha sido el generar un consenso bajo el cual el desarrollo de la humanidad se base y sea definido en términos de un progreso científico-técnico al servicio del capital (y a su vez evitar un derrame de información ‘social’ que pueda alterar el *statu-quo*). Los ejemplos abundan (y preocupan): la organización de la salud desvirtuada por la mercantilización del sector, los patrimonios culturales deshechos por una ‘macdonalización’ sistemática, o el arte reducido a su valor de cambio, solo diluyen una problemática de complejidad creciente con respuestas parciales y ambiguas.

Lo expuesto permite aseverar que el Mercado se impone como la ley universal del funcionamiento social. Sin embargo, como complemento se destaca un hecho más grave aún, derivado de la lógica de acumulación capitalista: la destrucción de las bases naturales de la reproducción social, como lo testimonian las graves problemáticas de la ecología. Este tipo de aniquilamiento de lo que constituye la fuente de vida física de la humanidad, lleva consigo la creación de un escenario de incertidumbre sobre el futuro, derivado principalmente de la ‘no sustentabilidad’ socio-productiva para con la continuidad humana en el planeta.

Despojarse de cualquier tipo de responsabilidad individual escudado en las todavía difusas cargas colectivas, ya no es excusa para aquellos grandes contaminantes del medio ambiente global. Mientras la acumulación de riqueza material no tenga una merma correlacionada con un desarrollo sustentable, y los objetivos personales se encuentren por encima de los generales, el proceso de degradación y escases de recursos naturales continuará creciendo exponencialmente.

Es evidente entonces que el poder militar, concentrado en el aparato estatal, se tornará fundamental para obtener los alimentos, el agua, y los recursos energéticos necesarios para hacer crecer las economías y mantener un statu-quo que favorezca a las élites políticas y económicas. Es por ello que la sumisión de la democracia a los intereses ligados a los procesos de acumulación (y no su convergencia), encuentra con más razón su reflejo en el lenguaje político.

Ello ha derivado en modelos democráticos de tinte occidental, ‘sentenciados’ como superadores post-caída del eje socialista, y éticamente aprobados por el ideario del sistema internacional; donde las políticas de coerción (más sencillas y directas para quienes poseen el poder de la estatalidad) hacia una población que solo pide las mínimas condiciones de supervivencia, se tornan un factor políticamente incómodo - ya sea en términos endógenos o desde la perspectiva internacional - para los gobernantes de turno en todas las regiones del planeta.

En definitiva, los conflictos a futuro parecen tener la impronta histórica de la humanidad: la lucha por el poder y los recursos. La temática analizada refleja no solo una tendencia a la falta de cooperación tanto de actores estatales como no estatales, sino también el no reconocimiento de políticas económicas desacertadas e inmorales; aquellas que tratan de homogeneizar las carencias socio-económicas domésticas con las estructuras histórico-culturales, dificultando una óptica realista sobre los verdaderos beneficios/prejuicios de los más necesitados.

Compreensión y compromiso

“Si no formas parte de la solución, formas parte del problema”

Miguel Benito

Voinovich sostenía que “una persona que se toma en serio la teoría (la lógica de la eficiencia y el equilibrio económico del modelo neoliberal, sostenida enfáticamente por los poderes del mundo actual) comenzará, tarde o temprano, a compararla con la práctica, para posteriormente rechazar una o la otra, y finalmente, a ambas. Pero una persona que no ha sido seducida por la teoría verá la práctica como un mal ordinario e inmutable, un mal con el que se puede convivir.”²⁷⁵.

En caso de que las injusticias se tornen difícilmente soportables, los cambios pueden comenzar por el comprender qué tipo de sistema planetario realmente predomina; para luego poder diagnosticar, según el punto de vista de cada uno, qué se necesita para mejorarlo en términos propios y para con el bien común.

Por un lado, bajo la racionalidad analítica del Sistema-Mundo, Mattick sostenía que “ninguna crisis real puede ser entendida si no se la sitúa en el contexto más amplio del desarrollo social global.”²⁷⁶ Como complemento, gran parte de la dificultad de comprensión se ha centrado en el poder discernir y actuar sobre los responsables endógenos, más allá del contexto histórico y la situación coyuntural internacional. En este aspecto, el poder de la cohesión colectiva no ha sido suficiente para revertir una realidad embebida en falencias educativas y una fuerte opresión política, característico de regímenes que entremezclan un discurso basado en la anarquía del subversivo y el despotismo ocultado bajo la sombra del control social.

²⁷⁵ Voinovich, V., *The anti-Soviet Soviet Union*, Harcourt, 1986, p. 147.

²⁷⁶ Mattick, Paul, *Crisis & Teoría de la Crisis*, Península, Barcelona, 1977, p. 39.

A contraparte, el objetivo de las élites es lograr que se llegue a aquel punto de inflexión en el cual ya no hay nada que reivindicar ni que negociar, y en donde se ha perdido toda esperanza de que la situación mejore. Para lograrlo, se torna esencial mantener las divisiones, atizar los miedos por cuestiones de seguridad, y alimentar la represión. Más aún, se busca imponer formas de civilidad y comportamientos ‘normalizados’, como la necesidad de vivir en un contexto de docilidad y amabilidad.

Es por ello que cuando la furia social intenta exceder los límites que las élites desean sostener, la solución semántica por excelencia es hacer de los pobres y excluidos los responsables de su situación: terrorismo, criminalidad u holgazanería, son algunos de los términos más utilizados. Todas sus derivaciones apuntan a la penalización de la pobreza y de cualquier atisbo de movimiento social que se pudiera extender a un proceso subversivo. En este sentido, Batista²⁷⁷ sostiene que el criminal es un fetiche, ya que solo ejerce como un tapón a la conflictividad social que hay por detrás. La criminalización se constituyó en un eje clave de la política, con foco en discursos atemorizadores que se agudizan siempre que crece el protagonismo popular.

Pero también puede entenderse, lisa y llanamente, como la criminalización de la solidaridad. La misma mella y cuestiona los valores de la igualdad y el bien común; lo cual a su vez desemboca en el cuestionamiento de las libertades políticas, las costumbres, y la democracia jurídica. Es un círculo vicioso que retrotrae la fortaleza colectiva hacia adentro, sumergiendo al ser humano en el miedo y la protección propia como objetivo último; el cual, aunque deslucido y minimalista, se torna el menos riesgoso para evitar el tan temido escenario de incertidumbre y depresión generalizada para los desposeídos.

Por el contrario, el vacío que han dejado la seguridad, la visión y el planeamiento a largo plazo, ha sido ocupado por una sucesión, cada vez más acelerada, de proyectos episódicos; cada uno de los cuales no ofrece

²⁷⁷ <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-304512-2016-07-18.html>

frece más que otro escenario desconocido e intrigante, pero seguramente tan efímero y peligroso, explícita como implícitamente, como el anterior.

En este sentido, ‘la foto’ para quien observa la inequidad, la opulencia de las élites, o el bienestar relativo de quien posee algo más - donde se torna casi imposible crear un escenario de racional reflexión de largo plazo -, conlleva a que rebalse el contexto pacífico y se derramen tensiones disparadoras de inseguridad y violencia que afectan a todos los grupos sociales, sin discriminación alguna.

Ante este caso extremo donde la discursiva se torna insuficientemente disuasiva, el sistema actual tiene la capacidad de producir una adhesión subjetiva al poder punitivo; profesado este a través de una política penal que puede resolver los problemas sociales bajo el eje de una ‘industria de la seguridad’, ligada principalmente a la acumulación de riqueza de las propias élites.

Sin embargo, para evitar llegar a esta situación disruptiva, el capitalismo moderno ha fabricado un ‘hombre nuevo’ como principal variable catalizadora; sin legados simbólicos, sin historias por descifrar, sin interrogantes por lo singular e incurable que habita en cada uno. Como indica Garnier, “A la interdependencia y la complementariedad que predominaba en el pasado entre personas que pertenecían, en última instancia, a una misma ‘sociedad de semejantes’ (por muy conflictiva que éstas fuesen), les sucede una disociación y una segmentación generalizadas - algunos hablan incluso de ‘desocialización’-.”²⁷⁸ A futuro, el foco de la compleja problemática sistémica debe inevitablemente ser limitada al ‘dilema del individuo’.

Este contexto de fragmentación de las mayorías que facilita el carácter ilimitado de las élites por perpetuarse y expandirse por doquier, introduce una inevitable pobreza de la ‘experiencia y la razón’. En este aspecto, la escisión de los movimientos y de las luchas sociales, la insuficien-

²⁷⁸ Garnier, Jean Pierre, *Contra los territorios de poder. Por un espacio público de debates....y combates*, Virus Editorial, Barcelona, 2006, p. 37.

cia de su necesaria politización - es decir, de su inscripción en una visión social de conjunto coherente y eficaz que responda a los desafíos - , el desconcierto ideológico - un orden elástico que contiene y genera cambios coyunturales y marginales - y las desviaciones ilógicas de las respuestas a las agresiones económicas, constituyen, en conjunto y en el corto plazo, una enorme fortaleza con que cuentan los poderes fácticos.

Como complemento, se ha invisibilizado la idea marxista de la lucha de clases: como sostiene Houtart²⁷⁹, hoy los intereses contrapuestos se encuentran escondidos detrás de las variables potenciadas por el sistema (el deseo, el objetivo específico, la competencia desmedida), que trasvaza a todos los sectores socio-económicos; pero del cual solo las élites pueden sacar un real provecho creciente y sustentable en el tiempo.

En este aspecto, la misma lógica sistémica conlleva a que los seres humanos se encuentren solamente valorizados en función de la competitividad individual en la producción de valor agregado y su capacidad de consumo. Ello a pesar de su contradicción con un salto tecnológico que ha quebrado el vínculo entre la creación de riqueza, el incremento de la productividad y el aumento del empleo; lo que ha provocado que, indefectiblemente, la tasa de desocupación global no sólo haya alcanzado techos históricos en los últimos años, sino que además se haya tornado incrementalmente estructural.

El desenlace de lo expuesto es la ‘crónica de una muerte anunciada’: campesinos y pueblos autóctonos rechazados cuando las ganancias de la tierra exigen de escalas de producción; pobres y excluidos afectados enormemente por los programas de ajuste estructural; clases medias fragilizadas por las políticas monetarias inestables y las transacciones financieras especulativas; gran parte de los niños y adolescentes del mundo privados de un sistema formativo acorde por la concepción elitista de la educación; fuertes disminuciones del salario en sus diversas variantes (devaluaciones, incrementos de impuestos regresivos, aumentos de la edad

²⁷⁹ Houtart, F., *Deslegitimar el capitalismo. Reconstruir la esperanza*, Ruth Casa Editorial, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 134.

jubilatoria, etc.) en complicidad con sindicatos débiles y corruptos; científicos limitados por las exigencias de la rentabilidad; y Pymes con crisis financieras recurrentes dado el escenario de concentración económica en pocos actores; entre otros. En definitiva, la cara visible de una pauperización en la calidad de vida de las personas que luchan infructuosamente, se resignan, o simplemente no comprenden su escenario situacional.

Como los resultados terminan siendo mayoritariamente adversos y las falacias se acumulan a lo largo del tiempo, el descreimiento potencia una desazón que aleja las ideas de asociación y fomenta el encierro con el propio medio; aquel que genera rabia, ira, congoja. A consecuencia de ello, el empirismo histórico nos demuestra que lo único que se ha crecido con máxima intensidad ha sido un inconformismo agresivo; bajo el cual falta coherencia y fortaleza racional para salir de un letargo dominado por la apatía, junto con una democrática tolerancia hacia el fraude derivada principalmente de un trasfondo de aburguesado acomodo y laxos ideales.

Por ende, los objetivos colectivos se desvanecen; solo hay intereses individuales que buscan otros réditos que les sean útiles. El sálvese quien pueda, aquella racionalidad libertaria que conlleva hacia un estadío de salvaje predación, se vuelve, como mínimo, injusta: la historia ha demostrado que nunca las condiciones y oportunidades son las mismas para todos. Sin embargo, las pujas permanentes y más salvajes que nunca, no solo amedrentan los consensos racionales y superadores, sino que fomentan la inmoralidad y la falta de ética dentro de un sistema que, precisamente, no pregoná estos valores.

Es, en definitiva, el reflejo de la falta de expectativas estabilizadas inmersa en la crisis del contrato social. Un contexto que solo aleja aún más al ciudadano de un criterio de análisis apropiado que permita desarrollar una lógica antisistémica; esto es, la medida en la cual cada uno contribuye a cuestionar, en el dominio que le es propio, el funcionamiento de la economía-mundo y su propia realidad socio-económica.

Por ello se torna urgentemente necesario generar una capacidad de comprensión que complemente el pensamiento y la acción específica con un rol activo, tanto desde lo individual y lo colectivo. Como lo indica Franz Hinkelammert, se debe exhortar la “radicalización del presente”.²⁸⁰ Actuar, actuar, actuar... Sentir vergüenza de la vida que se lleva. Es evidente que falta pasión dentro este gran globo democrático en el que estamos inmersos. La serenidad y objetividad es inofensiva y no sirve para cambiar el mundo.

Bajo la misma lógica, Borón sostiene que “Si las jerarquías y las dominaciones, con todas sus secuelas degradantes y opresivas, acompañaron a la especie humana desde los albores de su existencia, nada autoriza a pensar que la disolución de las relaciones de poder pueda plantearse, programáticamente, como un objetivo inmediato de una fuerza revolucionaria, especialmente si ésta renuncia a la conquista del poder político”.²⁸¹

Por lo tanto, el planteo de conquistar el poder con una fortaleza colectiva que pueda derribar las enquistadas estructuras institucionales actuales, pareciera ser el primer paso para generar un salto cualitativo superador. El pasado ha evidenciado que dentro del statu-quo actual pregonado por las élites, solo se han vislumbrado mejoras (cuando no peores condiciones) marginales que no solo son insuficientes, sino que indefectiblemente no tienen tipo de sustentabilidad alguna de mediano/largo plazo. En este aspecto, Felber²⁸² sostiene que si las personas no aprenden a cooperar y ser solidarios, nunca pondrán en tela de juicio las relaciones de poder y, por ende, siempre intentarán luchar en el ámbito y bajo las premisas de las élites.

²⁸⁰ de Sousa Santos, Boaventura, Una nueva cultura política emancipatoria, En publicación: *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires. Agosto 2006, p.53.* Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/santos/Capitulo%20II.pdf>

²⁸¹ Boron, Atilio, *Poder, contrapoder y antipoder. Notas sobre un extravío teórico-político en el pensamiento crítico contemporáneo*, Chiapas, México, núm. 15, p. 153.

²⁸² Felber, Christian, La economía de bien común, Revista Noticias de Argentina, 18 de Abril de 2015.

Nos encontramos entonces con una crisis homogénea que provee soluciones heterogéneas; con beneficiados y perjudicados en el corto plazo, pero sin un claro proceso virtuoso de desarrollo sostenible de largo plazo. Y mientras no se analicen las verdaderas causas y se obstaculice la determinación de las consecuentes responsabilidades, la tendencia hacia la inequidad distributiva y la pobreza creciente difícilmente pueda revertirse. Más aún, la ‘normalización’ de estos escenarios perversos, solo generará un mundo - con muchos submundos de características diferentes - de escenarios distópicos cílicos y de difícil retorno.

¿Qué deparará el futuro?

“El mundo se divide, sobre todo, entre indignos e indignados, y ya sabrá cada quien de qué lado quiere o puede estar.” Eduardo Galeano

El objetivo de los que quieren un futuro mejor ya no se encuentra subordinado, como si lo estaba siglos atrás, a fines trascendentales y superiores como la libertad y el bienestar humano; actualmente nos encontramos embebidos en un espacio donde ya no existe el dominio de la humanidad sobre su propio destino, del conducir la historia racionalmente y poder determinar su meta final.

Más bien se ha convertido en un movimiento sin causa, que escapa a todo dominio sin propósito alguno. La esperanza de la limitación progresiva de los riesgos hasta su eliminación definitiva, y la reducción de las variables desconocidas en las ecuaciones humanas, no encuentran cabida en la modernidad. El futuro está, total y verdaderamente, fuera de control; y lo más probable es que siga siendo así, al menos en el corto/mediano plazo.

Si tomamos el presente como referencia, las mejoras marginales conllevan la mayor atención; una utopía del momento, guiada principalmente por deseos intra-sistémicos plausibles. Entre la opresiva imprevi-

sibilidad de un futuro infinitamente abierto sin porvenir, y la abrumadora multiplicidad de un pasado vilipendiado, el presente, convertido en el gran hegemón, ya no surge de la lenta maduración que deja traslucir los lineamientos prospectivos, sino que se impone como un hecho consumado, abrumador, cuyo súbito surgimiento escamotea la historia y satura la imaginación del mañana.

Los instrumentos dominantes desarrollados bajo este contexto, han sido las semánticas legítimas de la convivencia política y social: el respeto a la institucionalidad a través de normas socio-económicas injustas, una democracia de hecho que solo se expresa a través del voto, y una sumisión a las ‘verdades’ de los medios de comunicación manejados por los intereses concentrados; entre otras aseveraciones que retumban como sentencias en las mentes y corazones de la mayor parte de la ciudadanía.

En este sentido, el amoralismo actual no permite una aprehensión de la realidad en su sentido completo: esto es, el sistema económico dominante que reduce la realidad a los criterios del mercado, dejando en ausencia los otros parámetros vitales como el bienestar, la seguridad alimentaria o la cultura, entre otros. Lo que genera la universalización de la sumisión al capital y a la lógica de la acumulación, es la subordinación de los pueblos a las lógicas del poder del statu-quo y las necesidades y urgencias cotidianas.

Ante este escenario, cada día se alejan más las posibilidades de establecer necesarias nuevas reglas del juego económico: esto es, el reemplazo de la noción de ganancia por la de necesidad, la propiedad y organización colectiva de los principales medios de producción, la consideración de un modo social para con el desarrollo de las tecnologías, el control democrático de las actividades económicas, el consumo como medio y no como objetivo, o el Estado como órgano político/técnico y no como instrumento de opresión.

Más aún, la utilización sostenible de los recursos estratégicos cimentaría la simbiosis en lugar de potenciar la explotación de la naturaleza; priorizar el valor de uso sobre el valor de cambio implicaría otra filosofía

de la economía; y una democracia generalizada en todas las relaciones sociales, políticas y de género le posibilitaría a todas las culturas, filosofías y religiones el participar en una nueva definición de la vida colectiva. Es decir, un cambio real en la forma de vivir a través de un desarrollo material equitativo y sustentable.

Tal como lo sostiene Houtart²⁸³, el capitalismo tal cual lo vivenciamos hoy en día no cumple con los objetivos mismos de la economía y su objetivo primordial; es decir, construir la base material de la vida física, cultural y espiritual de todos los seres humanos en el mundo. Es por ello que Wallerstein sostiene que para alcanzar una solución factible, se debe comenzar con la desmercantilización de los procesos económicos mundiales: “El capitalismo ha sido un programa de mercantilización de todas las cosas, por lo que se debe buscar un programa en que nada sea mercancía y que permita eliminar la categoría de ganancia”.²⁸⁴

Dado que la desposesión alcanza ya los niveles de la esencialidad de la vida, las resistencias y el cambio en el corriente siglo XXI se debieran erigir desde las memorias profundas que permitan vislumbrar mundos organizados y concebidos desde perspectivas no capitalistas: es decir, existe el deber fundamental de crear las condiciones de la reproducción de la vida en dignidad, restituyendo la integralidad de un proceso de creación e intersubjetividad sin escisiones entre la naturaleza y la asistencia social, la igualdad distributiva y lo político, el bienestar y el desarrollo productivo.

Por lo tanto, el eje de los procesos de producción y consumo de la vida material deben ser equitativos a través de una des-enajenación del pensamiento que permita concebir la vida desde otras bases políticas y epistemológicas. En este aspecto, Fassin sostiene que: “hay que reconstruir una alternativa a partir de la batalla ideológica, criticar los términos que nos

²⁸³ Houtart, Francois, *El camino a la utopía desde un mundo de incertidumbre*, Ruth Casa Editorial, Panamá, 2009, p. 31.

²⁸⁴ Wallerstein, Immanuel, *La decadencia del poder estadounidense*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2006, p. 157.

son impuestos y proponer otro lenguaje, en lugar de combatir en el terreno del adversario".²⁸⁵

Es por ello que se debe desarrollar una ética de la vida, como fundamento de todas las otras éticas. No se trata de una serie de normas elaboradas en abstracto, sino de una construcción constante por parte del conjunto de actores sociales con relación a la dignidad humana y al bien común. Se trata de un deber moral, no solamente individual de cada ser humano, sino del ser social por la vía de la organización comunitaria, dejando de lado los ingentes intereses particulares cortoplacistas que ciegan cualquier atisbo de construcción colectiva de largo plazo.

El nuevo sujeto histórico debe ser capaz de actuar sobre la realidad, a la vez múltiple y global, con el sentido de urgencia que precisan el genocidio y el ecocidio contemporáneo. Aquellos conceptos de discontinuidad, ruptura, y revolución (cuando las luchas eran menos agudas y los significados parecían más claros), que en las últimas décadas han sido denostados, bastardeados y ninguneados con fuerza por las élites que desean con vehemencia la continuidad del statu-quo, deben volver a ponerse en el centro de la escena política de aquellos miles de millones que solo 'sobreviven' el día a día.

El punto culminante del impulso hacia otro mundo debe ser la negatividad, es decir, el rechazo al mundo existente. Hay que desarrollar una memoria que no es nula: el individuo, por condicionado que se encuentre, debe despertar su lucidez y tiene que poder revelarse ante el temor que genera el empobrecimiento y el paso del tiempo sin soluciones. El sentir como insoportable las opresiones implica un paso adelante en la posibilidad de dar batalla contra las injusticias. El forjar sentimientos de rabia, indignación, intolerancia ante las mismas tiene que permitir generar ideas que no sean ignoradas o autoreprimidas.

A consecuencia, la subversión del sentido común es un paso imprescindible para atrevernos a desear una transformación de nuestras

²⁸⁵ Fassin, Eric, *Es la victoria póstuma de Thatcher*, Entrevista en el diario Página 12, 18 de Mayo de 2015. <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-272908-2015-05-18.html>

concepciones y acciones políticas, desafiantes del sistema cultural que multiplica, reproduce y refuerza la dominación. Como indica Korol²⁸⁶, implica desnaturalizar el despotismo, descubrir sus mecanismos y sus responsables, quiénes son los tiranos y quiénes son avasallados. Qué intereses se defienden o reproducen con la opresión. Y sobre todo, cómo se vuelve insopportable vivir y convivir con estas injusticias. La crítica debe ser radical: se debe deslegitimar el sistema para poder recrear la esperanza.

Para alcanzar esta meta se debe elaborar una conciencia colectiva basada en el análisis de la realidad y la ética. Se trata de estudiar los mecanismos de funcionamiento de la sociedad y de entender sus lógicas, con criterios que permitan distinguir efectos y causas, discursos y prácticas. La profundidad de esta subversión y la búsqueda por restablecer la integralidad como punto de partida exigen una completa refundación social. Por ello, los contenidos de la emancipación abarcan todos los campos: desde la reinterpretación del mundo hasta el cambio de mentalidades, dando lugar a la creación de una nueva cultura de la acción.

Este último eje es fundamental, ya que las palabras en soledad no poseen la fuerza necesaria para realizar los cambios estructurales. En un mundo donde la discursiva y el pensamiento parecen forzados a simplificarse hasta volverse evanescentes o a saturarse hasta volverse ornamentales, Zizek sostiene que "...hay que creer en posiciones tajantes; sino se cae en la modestia, donde todo lo que se dice son hipótesis, alejándose de la claridad y dogmatismo donde se encuentra cada uno. Hay que asumir riesgos y tomar posiciones".²⁸⁷

Las victorias electorales podrán llegar a través de largas campañas de educación y organización, de asegurar bases populares en los círculos concéntricos de militantes, simpatizantes y quienes respaldan de modo pasivo. Con la formación de equipos técnicos y una conducción que alimente la esperanza a la hora de enfrentarse a las urnas. En este sentido, el generar la tendencia descripta a favor de los excluidos es un paso pre-científico e

²⁸⁶ Korol, Claudia, *La subversión del sentido común y los saberes de la resistencia*, en Ceceña, Ana (Coord.), *De los saberes de la emancipación y la dominación*, Colección Grupos de Trabajo - CLACSO, Buenos Aires, 2008, p.178.

²⁸⁷ Zizek, Slavoj, Entrevista en el diario con Tiempo Argentino, 20 de Septiembre de 2015.

ideológico, que necesita indefectiblemente de complementarse y nutrirse con una posición política activa por parte de las mayorías desfavorecidas.

Es claro que sin poder político y económico no se producirán cambios: no habrá reforma agraria, ni educación superadora, o salubridad con insumos y tecnología de primer nivel para todos. Sin embargo, la conquista del poder económico por parte de quienes desean cambiar de raíz el sistema, es prácticamente una utopía: las élites económicas dispondrán de toda su maquinaria pro-sistémica para evitar la generación de riqueza en aquellos grupos que pudieran desestabilizar el statu-quo.

El camino entonces pareciera ser unilateral: con los pocos ingresos corrientes generados por intelectuales, trabajadores, y todo aquel que desee el verdadero cambio estructural, se deberá alcanzar el poder político para luego, desde los organismos de ejecución gubernamentales, avanzar sobre los medios económicos y financieros.

Como complemento, mientras se intenta conquistar el poder del Estado a través de medios ‘teóricamente democráticos’ - a pesar de la información falsa y contradictoria, los sistemas electorales corruptos, la coerción económica, etc. -, se debe poder crear situaciones justas de poder dual que trabajen paralelamente bajo el poder institucionalmente aceptado, manteniendo una presión constante sobre los requerimientos racionales y éticos que merecen ser subsanados.

En esta construcción pragmática existen algunos ejes importantes a tener en cuenta. Por un lado, se debe evitar generar estructuras laxas, muy expuestas a las infiltraciones y a las fracturas desde adentro. Ello permitirá que las luchas por el conocimiento, el poder y el cambio se concreten de manera sustentable en todo lugar y en todo momento.

Por otro lado, mantener la acción y sostener la motivación, exige resultados. No se precisa de un logro cualquiera, sino del tipo de los que movilizan a varios actores sociales en una acción común, sobre objetivos relacionados con una visión de conjunto y de dimensión global. La acumu-

lación de la lucha es un movimiento que necesariamente se debe fortalecer positivamente; es decir, tiene que conllevar un enfoque sólidamente incrementalista para lograr un cambio estructural.

No caben dudas que la búsqueda se debe centrar en alcanzar victorias, cambios, que aunque sean parciales o marginales, generen esperanza y experiencia. La oportunidad solo podrá llegar después que una serie de intentos ‘prematuros’ que resulten fallidos. El no intentar un cambio o permanecer cínicamente buscando la ocasión perfecta, solo deriva en una dilación del tiempo en donde la ‘táctica’ o el ‘momento adecuado’ nunca terminan llegando.

Por ende, una vez que ocurre este aspecto aislado puede ser observado como arbitrario, como algo que también podría haber no sucedido; debido a esta percepción, la ciudadanía trata de suprimir sus consecuencias, de restaurar el antiguo orden. Pero cuando esta escena se repite, se puede percibir como una necesidad histórica subyacente; más aún si las nuevas generaciones poseen otra formación, un deseo de cambio latente, un proyecto de vida superador. Como sostiene Hegel²⁸⁸, una revolución política se encuentra generalmente sancionada por la opinión de la población solo cuando aquella se renueva.

Finalmente, para generar un resultado sustentablemente positivo y alcanzar el objetivo ulterior, se deben utilizar las mismas armas de las élites, aquellas que tanto resultado les han dado: el ocultamiento, la mentira, las ideas difusas y frugales que se puedan generar, según las especificidades de cada país, deben penetrar en las mentes de las mayorías todavía desconcertadas. Estos métodos y herramientas deben continuar sistemáticamente, sin flaquezas ni retrocesos, hasta la toma de poder; para luego, una vez en el mismo, poder quitarse las máscaras del engaño y comenzar a desarrollar las políticas económicas acordes con las metas propuestas.

En definitiva, esta transformación, que es individual y es colectiva, implica un gran riesgo, ya que no resuelve simplemente una diferente

²⁸⁸ Hegel, G., *Fenomenología del Espíritu*, Editorial Pre-Textos, España, 2006.

formulación de las ideas que tenemos sobre el mundo, sino que atraviesa nuestras nociones más profundas, nuestras prácticas cotidianas, nuestra manera de estar en la vida y en la historia.

Conlleva, por lo tanto, crisis personales y colectivas; cuestiona aspectos fundantes de nuestra identidad, como la estructura familiar, las creencias religiosas, el respeto a los saberes emanados desde los diversos poderes. Nos obliga a dejar de analizar el contexto estructural bajo un espíritu positivista, aquel frío prisma del examen científico que nos aleja del impulso revolucionario. Es embeberse de emociones; sin ellas, los grandes cambios son inviables.

Es volcarse hacia el afecto y la ternura, los cuales devienen aspectos centrales en el movimiento del cambio, ya que permiten pensar en el otro, en el que sufre. Es el mix entre el amor y la lucha que evita el retiro a la solidaridad de los vínculos primordiales y los transforma en la mancomunión con los diferentes. Es la racionalización de los recursos escasos para hacer sustentable la vida en un planeta que languidece.

Están aquellos que se conforman ante una histórica pasividad derivada de la costumbrista miseria en la que viven. Están aquellos que no saben lo que es la dignidad: lo que no se conoce, no se desea. Están los convencidos por los medios de comunicación, funcionales a un sistema que protege sus fuentes de poder y riqueza. Están aquellos que, en la lucha por la inclusión, se conforman con estar un poco mejor que el resto. Están aquellos que prefieren vivir infelizmente serviles y estresados para conservar su condición diferencial de una vida al menos digna. Y finalmente están los ricos y poderosos, quienes a como sea quieren sostener el statu-quo.

Estos últimos dominan las instituciones, el poder de coerción. Hacen que el cambio sea árido, dificultoso, tumultuoso. Por ello, urge la necesidad de que el resto de la sociedad toda, despierte de la anestesia en la que se encuentra inmersa hace décadas y comprenda que se puede y se debe vivir mejor. Para ello se requiere de estudio, análisis, capacitación, in-

volucramiento. Plantear y sostener una idea de cambio estructural que sea expresada permanentemente, en cada acción particular cotidiana, y en cada acto colectivo. Los sostenedores del sistema harán todas las maniobras posibles, utilizando las herramientas legales pero también las prácticas corruptas - y si es necesario opresivas -, para que los cambios sean, como mucho, marginales.

Despertar es comprender que la equidad material es necesaria y justa: todos tenemos derecho a una vida digna, al ocio, a la recreación, a disfrutar cada momento. A poder capacitarnos para desarrollarnos en lo que nos satisface; pero en la actividad bajo la cual podamos contribuir de la mejor manera a la sociedad en su conjunto. A que nuestros hijos vivan mejor que nosotros, y que nuestros nietos vivan mejor que nuestros hijos.

Es necesario destruir la idea de que no hay alternativas. Es el retorno a la utopía, en el sentido de lo que no existe hoy, pero que puede ser realidad mañana; es decir, un sueño no ilusorio sino necesario. Para lograr este cometido, ideología y pasión deben fusionarse. Debemos pensar, reflexionar y desear cohesionadamente para hacer realidad ese objetivo tan anhelado. El capitalismo es una cosa; la vida es otra. Seamos realistas, soñemos lo imposible.



Tel: (011) 4952-7082/1982
www.editorialalmaluz.com.ar

Impreso en BonusPrint
Martín Cassino
Luna 261 - CABA
Marzo 2018